

DE LA AUTORA BEST SELLER CON LA SERIE MI LOCURA

UNA VALQUIRIA
PERDIDA EN EL
MIDGARD
PARTE 2: LA REDENCIÓN

R. CHERRY

Lvl
EDITORIAL
FicSeam

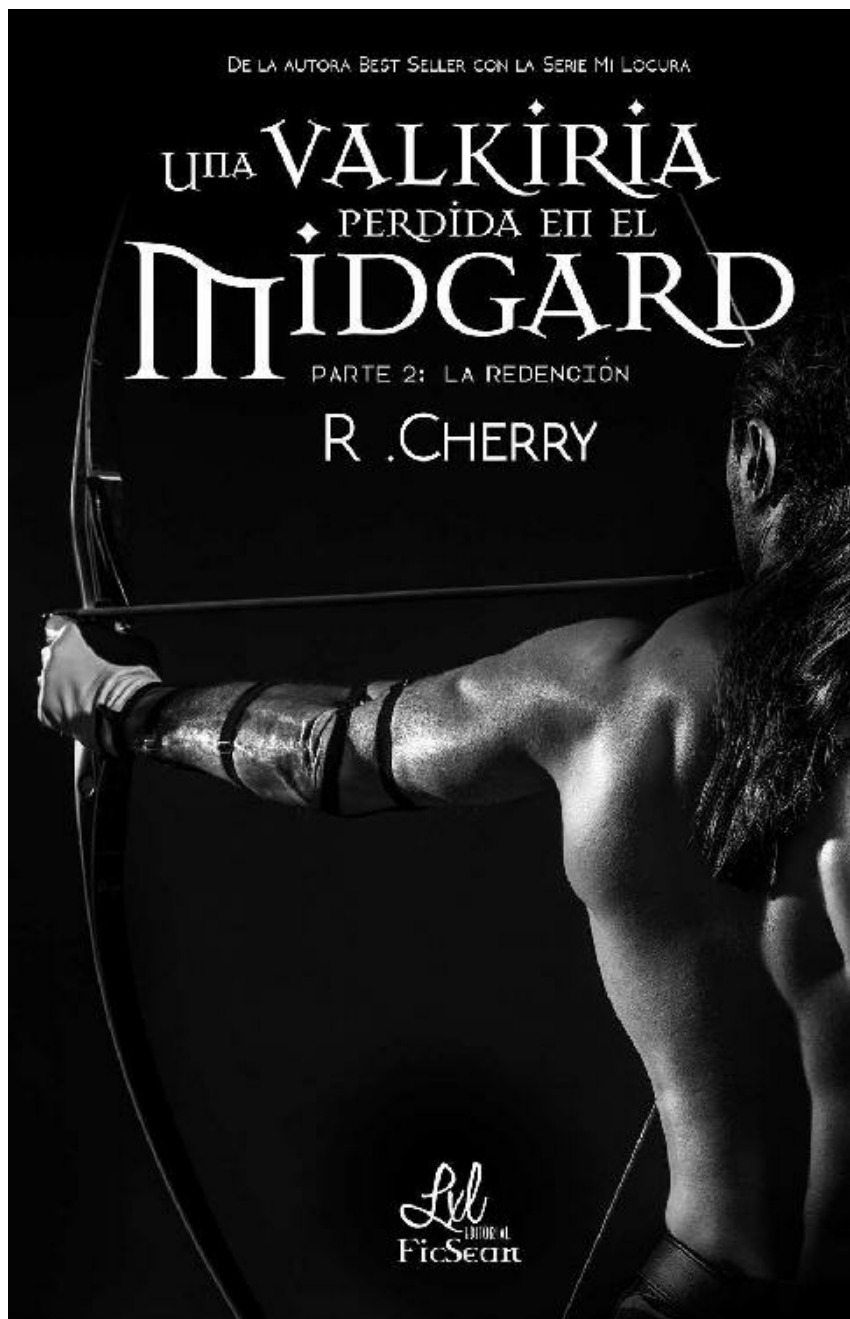
DE LA AUTORA BEST SELLER CON LA SERIE MI LOCURA

UNA VALQUIRIA
PERDIDA EN EL
MIDGARD

PARTE 2: LA REDENCIÓN

R. CHERRY

Lel
EDITORIAL
FicSant



Una valkiria perdida en el Midgard: La redención

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© R.Cherry 2018

© Editorial LxL 2018

www.editoriallxl.com

04240, Almería (España)

Primera edición: noviembre 2018

Composición: Editorial LxL

ISBN: 978-84-17763-01-5

«All the pain and the truth
I wear like a battle wound
So ashamed, so confused
I was broken and bruised
Now I'm a warrior
Now I've got thicker skin
I'm a warrior
I'm stronger than I've ever been
And my armor, is made of steel, you can't get in
I'm a warrior
And you can never hurt me again»
Warrior, Demi Lovato.

*A mi leedora cero,
la gran guerrera que siempre he querido ser.*

Agradecimientos

Este libro quiero dedicárselo a toda esa gente que se ha tirado de cabeza en la realidad de Lyss, a esos que han sufrido con ella, amado y luchado. Va por vosotros. Después de la espera ha llegado el momento en el que podréis descubrir lo que el pasado le ocultó durante tanto tiempo, pero no solo eso. Cientos de preguntas y misterios se esconden entre estas páginas, y estoy segura de que el ansia os corroerá, como lo ha hecho conmigo, hasta que consigáis las respuestas que tanto deseáis saber. ¿Estáis preparados para volver a adentraros en el mundo de los valkyr? Hacedlo armados para ayudar a Lyss y luchar contra esos malditos elfos, ¡no dejemos que venzan!

También va para mi hermana, mi leedora, mi valkiria y guerrera favorita, por ser la locura personalizada y amar a Lyss como tan solo yo la amo. Gracias por darle tanta luz a esta locura, Bu. A mi padre, por enseñarme a no rendirme, por ser el héroe sin capa que ha estado durante estos tres años, que ya dura esta aventura, apoyándome en todo, a pesar de que haya veces que no parezca más que una niña que solo sueña.

A mis amigas Lucía, MJ, Camy y Vero, por ser las locas que me sacan de la cueva cuando parezco una ermitaña y por aguantarme siempre sin cansarse.

Al amor de mi vida, por creer en mí casi tanto o más de lo que me creo yo misma, por alegrarme la existencia y ser mi guía cuando no puedo más. Gracias y mil veces gracias.

Y finalmente, como llevo haciendo durante todos mis libros, gracias a mi Churry, Angy Skay. Sabes que sin ti ninguno de mis libros habría sido igual. Gracias por querer a Lyss, a Gala y a Egil como si realmente existieran, por haberte enamorado de su historia y por haberte dejado seducir por nuestro amado Ottar. Siempre será nuestro. #ConsultoriosJFAIPoderYParaSiempre

Prólogo

Entré en la casa más alejada de todas, en aquella en la que estaba el fiero guerrero con el que me topé una vez, el Dökkvalkyr más rudo de todo el Midgard: Ulric.

—Te recuerdo, Lyss Egildóttir. —Avancé entre la penumbra, sin decir ni una sola palabra. Estaba de pie frente al fuego, con el torso descubierto. En su espalda había cientos de runas grabadas—. Sé quién eres, Lyss.

Se sirvió una copa de *whiskey* y se sentó en una butaca junto a una hoguera que brillaba como nunca había visto que lo hiciera una. Ulric era distinto. Su energía era tan fuerte que incluso me desconcertaba en algunos momentos.

—Cuéntame quién crees que soy.

Me acerqué a donde se encontraba, en el sillón orejero, hasta apoyarme en el respaldo de este, esperando a que contestara. Le dio un largo trago a la bebida hasta conseguir terminársela, por lo que se sirvió un poco más.

—Eres Lyss Egildóttir, nacida en el año 886, hija de uno de los grandes reyes vikingos, Egil Thorbransson, y la *skjaldmö*¹ más indómita de toda Noruega, Gala Hammerdóttir. —Su voz se quebró al hablar de ella—. Hija de la mejor de las guerreras y madres... De mi sobrina Gala.

Coloqué mi puñal contra su cuello, sujetándolo con fuerza, con la firmeza que en tantas ocasiones me había faltado. Cogí aire y fijé mi vista en el fuego. Algo en mí había muerto al descubrir el engaño de los dioses. Mi corazón se había resquebrajado en tantos pedazos que dudaba que en algún momento fuese a estar unido de nuevo.

Los dioses estarían orgullosos del monstruo que ellos mismos habían creado a base de dolor, rabia, ira y calumnias. Habría dado mi vida por ellos, por el honor de haber servido en sus filas, pero aquello ya había acabado. El desconsuelo había arrasado mi alma igual que lo haría un huracán. Se lo había llevado todo, incluso los fugaces recuerdos que aún atormentaban mi mente.

—Yo ya no soy aquella niña indefensa, Jokull —le susurré al oído. Alzó la cabeza, fijando sus ojos en el techo, y tras eso los cerró, dejándose llevar. No iba a luchar contra algo que, supuestamente, los dioses habían decidido. Si aquel era su final, lo aceptaría como el guerrero que era—. Los dioses no volverán a acogerte en el Valhalla. No hay lugar para ti, traidor —le gruñí.

¹ Escudera vikinga

1

Ottar

Un mes antes

Podía verlo en sus ojos, cómo se habían apagado, igual que lo había hecho su alma y la devoción que había sentido hasta entonces por esos dioses que decían ser padres de todo. Habían faltado a su palabra. Una vez más, la habían alejado de todo lo que una vez amó.

La alejaron de mí.

Apreté la mandíbula con rabia. Golpeé con fuerza la pared que había detrás de mí, haciendo un agujero. Dejé ir un profundo gruñido y salí del zulo. Me volvía loco pensar la de eones que habían pasado desde que me robaron lo único valioso que había conseguido durante toda mi existencia. Esos malditos dioses me lo habían arrebatado todo, y ahora haría lo mismo con ellos. Se arrepentirían de lo que habían tomado por la fuerza. Su sangre se derramaría, teñiría los nueve reinos y alimentaría las ramas del Yggdrasil. Yo mismo rasgaría cada uno de sus cuellos. Se ahogarían en su propia desgracia sin poder hacer nada por evitarlo.

Volví al interior del búnker y fijé mi vista en ella, en todo su cuerpo, en cómo descansaba. Volvía a estar junto a mí, tumbada en mi lecho y preparada para convertirse en la reina que estaba destinada a ser. Acaricié su rostro, apartando parte del cabello que aún la cubría. Era tan hermosa... Más de lo que llegaría a ser ninguna de las diosas, quienes, envidiosas, quisieron menguar su ser. Jamás había conseguido olvidar esa mirada verde que relucía. Había pasado eones desde la última vez que la vi, y ahora volvía a ser mía, completamente mía.

Sonreí, hasta que sus ojos se abrieron. El terror tomó el control de su expresión, pero poco después se volvió seria. Dejé ir una sonora carcajada e intenté acariciar de nuevo su rostro, pero antes de que lo hiciera, se apartó como pudo.

—¿Dónde estoy? —me preguntó confusa.

—Donde todo empezará de nuevo. —Aparté su cabello hacia un lado—. Ahora todo irá bien, no habrá más dolor. —Se echó hacia atrás, arrastrándose sobre el maltrecho colchón—. Y cuando lo haya, solo yo seré el causante de

él, mi reina.

Lyss

Sus ojos estaban llenos de maldad, de lujuria y de oscuridad. Aquel pequeño ápice de bondad que divisé en ellos se había desvanecido, igual que mis hermanos.

¿Dónde demonios me encontraba? Apenas podía moverme. Sentía todo el cuerpo entumecido y adormilado. Me pasé una mano por la cabeza. Me dolía tanto que era incapaz de pensar con claridad.

—Ottar —dije entre dientes, llena de rabia.

—Pronto lo sabrás.

Se acercó a mí, con esa media sonrisa que tanto me asqueaba. En su mano derecha sujetaba con fuerza mi *geirr*². ¿Cómo era capaz de sujetarla siendo un elfo oscuro? ¡Nadie debería poder ni siquiera rozarla! Y mucho menos un maldito ser afín a Loki.

Apreté la mandíbula, moví las manos y fue entonces cuando sentí que estaban sujetas, atadas para que no pudiera apenas moverme.

—Suéltame —siseé.

—¿Para qué, *kottr*³?

Aquella simple palabra me sumió en la oscuridad, haciendo que volviera a sentirme liviana.

—*Mi hermosa y pequeña kottr.*

Padre acarició mi cabello, colocándolo detrás de mi oreja, mientras miraba a madre con devoción. Ella solo tejía. Era feliz cuidándonos y luchando por toda nuestra gente igual que la más salvaje de las escuderas, como lo había hecho siempre.

—*Padre, ¿cuándo volverá el abuelo? —le pregunté.*

—*Está vigilando la linde junto al Jokull.*

—*¿Por qué, padre?*

Madre se puso en pie, con una enorme sonrisa esbozada en sus labios y sin dejar de observarnos.

—*Debemos protegernos de aquellos que amenazan nuestra tranquilidad, mi dulce Lyss —me contestó ella.*

—*¿De quién, madre?*

—*Hay gente muy mala al otro lado de las montañas, al límite del*

territorio, que quieren hacernos daño.

—No debes acercarte a nadie, y mucho menos a quien encuentres en el bosque.

—Y lo hiciste, Lyss. —Sonrió—. Te acercaste a la linde, te adentraste entre las tinieblas.

No podía apartar la mirada de él; era capaz de acaparar toda mi atención. Su oscuridad era tan profunda, tanto, que absorbía mi energía.

—Te encontré a ti —le susurré.

Las palabras salieron de mi boca como si necesitaran hacerlo, como si mi alma las estuviera escupiendo, sin que pudiera hacer nada por frenarlas.

—Así es.

—Suéltame —le repetí entre dientes.

—Si lo hago, ¿me atacarás? —Lo miré, alzando una de mis cejas—. En realidad, no me importa que lo hagas —admitió—. No podrías salir de aquí aunque te dejara hacerlo yo.

Apreté los dientes. Cada vez estaba más enfadada. Los pequeños rayos no tardarían en bailar sobre mi piel, y en cuanto pudiera, lo achicharraría hasta que su cuerpo se redujera a cenizas.

—Una vez escapé.

—No estamos en el mismo lugar, ilusa. —Sonrió. Negó con la cabeza—. Además, aunque estuviéramos allí, no podrías salir —me explicó—. Tengo cientos de hombres vigilando esa puerta. —Señaló la entrada.

Cada vez estaba más cerca de mí, tanto que mi cuerpo era capaz de notar la oscura energía que emanaba de cada uno de los poros de su piel. Me moví sobre el lecho, intentando alejarme.

—No te va a servir de nada. —Se arrodilló frente a mí, fijando sus ojos en los míos—. No podrás huir, Lyss —me susurró al oído—. Ya no. —Sonrió a la vez que se ponía en pie y, sin dejar de mirarme, se acercó a la puerta de la entrada—. Ahora llega la sorpresa. —Me guiñó un ojo y abrió. Se frotó las manos a la vez que se hacía a un lado, dejando espacio para que alguien entrara—. Adelante —murmuró con su profunda voz.

No pude apartar la mirada de él, de su escultural cuerpo cincelado en mármol blanco. No era extremadamente fuerte, aunque sí lo suficiente como para que sus músculos se marcaran ligeramente. Cerré los ojos durante unos segundos. Nada me importaba, ni siquiera quien fuera a adentrarse en el zulo.

Pero entonces ella apareció con toda su arrogancia. Sus ojos estaban teñidos de rabia y rencor. En su mano derecha sujetaba un cuchillo con la hoja ancha y afilada que relucía bajo la tenue luz que iluminaba la sala. Tragué saliva. Empecé a sentirme mareada al notar cómo todo el mal que la rodeaba asolaba mi ser. Con una sonrisa esbozada en sus labios y llena de maldad, se acercó hasta donde me encontraba.

—Ahora es mi turno, querida. —Dejó ir una sonora carcajada que llenó la sala. Bajé la mirada, esperando a que el sino que se hubiera escrito para mí se llevara a cabo. Si debía morir en aquel zulo, lo haría sin oponer resistencia—. ¿Estás preparada para sufrir, maldita?

Apreté la mandíbula. Me sentía derrotada, sin fuerzas para luchar, sin ganas de vivir ni un solo minuto más.

—Estoy preparada.

Desvié los ojos hacia Ottar, quien se limitaba a observar cómo Skule llegaba a mis pies, preparada para todo.

—Adelante —dijo el elfo a la vez que se daba la vuelta.

Con la mirada perdida y el corazón hecho trizas, vi que se marchaba.

² Lanza retráctil en forma de daga

³ Gato/a

2

Dos horas después

Ni siquiera era capaz de sentir mi cuerpo. Las heridas eran tan profundas que dudaba que llegaran a cicatrizar en algún momento. Dejé que mi cabeza cayera hacia atrás, derrotada. Mis ojos se habían llenado de lágrimas durante toda la sesión, como ella la había llamado, pero no había dejado que ni una de ellas se escapara de mis ojos. Como pude, me arrastré hacia el colchón, dejando un gran reguero de sangre roja y oscura como la noche. Por cada centímetro que recorría, un escalofrío azotaba mi cuerpo, provocando que la angustia que sentía fuera aún mayor.

Me acurruqué en el lecho, haciéndome un ovillo, soportando el mal que me corroía en cuerpo y alma. Empecé a temblar, tomada por el dolor, por el frío que rodeaba todo aquel lugar y que penetraba en mis huesos. Suspiré, abrazándome a mí misma, intentando sentir algo de calor, pero el profundo dolor hacía que no pudiera apenas hacerlo. El pecho me abrasaba, y ni siquiera podía coger el suficiente aire como para llenar mis pulmones.

Alguien tocó la puerta, haciendo que diera un leve respingo. Contuve el aliento hasta que se abrió, dando paso a Moa, la elfo de la luz que había conocido la primera vez que me retuvieron. Podía ver la pena en sus ojos, el desasosiego que no la dejaba dormir. Su alma estaba parcialmente apagada, igual que su mirada.

—Lyss... —susurró acongojada.

No le dije nada. Solo permanecí tumbada, ya que no podía hacer un simple movimiento. Apenas podía moverme, y menos aún erguirme. Se acercó a mí, arrodillándose en el filo del colchón.

—Dioses. —Se tapó la boca al ver todas las heridas que me había hecho esa salvaje. Mis ropajes estaban destrozados a causa de cada una de las acometidas que me había propinado—. Has perdido mucha sangre —me dijo, girándose hacia el enorme charco que había en el centro de la sala.

Lo sabía a la perfección, me sentía terriblemente débil, sin fuerza ni siquiera para respirar, pero debía hacerlo.

—¿A qué has venido, Moa? —le pregunté.

Cerré los ojos a la vez que un profundo dolor me atravesaba todo el torso, haciendo que un pequeño quejido se me escapara.

—Ya lo sabes, valkiria. —Acarició mi cabello con delicadeza—. Vengo a

sanarte.

No comprendía por qué dejaba que aquella maldita me hiriera de esa forma y luego hacía que Moa me salvara.

—No... quiero que me... sanes —balbuceé. Negó con la cabeza una y otra vez, entristecida, con parte de su corazón roto por la angustia que sentía —. Quiero morir.

—Él no lo permitirá.

—¡Él no debe decidir nada! —exclamé, intentando alzar la voz, pero el dolor provocó que un profundo quejido rasgara mi garganta.

—Debo hacer lo que me ordena.

Miré sus ojos llorosos a la vez que ella se limitaba a curar las heridas que había en mi vientre y piernas.

—¿Por qué? —le pregunté.

No me respondió. Un mohín se dibujó en sus labios y volvió a decirme que no. Dejé de mirarla. De nada me iba a servir rebatirle, por lo que me dejé hacer. Una vez más, Moa estaba vacía por dentro, su corazón se había apagado.

Mis ojos se cerraron poco a poco. La elfo estaba haciendo que el dolor se volviera más profundo durante unos segundos. Apreté los dientes, intentando aguantar el mal que me recorría. Su poder era asombroso, por lo que poco después dejé de sentirlo todo para dejarme llevar por la tranquilidad que me hacía sentir. Parecía estar flotando.

—Tranquila, Lyss. —Me acarició el cabello—. Todo irá bien —escuché vagamente cómo me prometía.

Mi cuerpo se sumió en un abismal sueño que calmó el intenso dolor que me aterrorizaba seguir sintiendo, proporcionándome la paz que hacía mucho que no alcanzaba, hasta que mis ojos volvieron a abrirse y, como si de un rayo se tratara, volvió a sacudirme. Dejé ir un profundo alarido que resonó en el interior del zulo. Apreté la mandíbula con fuerza, tratando de contenerme, pero de nada sirvió. Cientos de quejidos se agolpaban en mi boca, creando que incluso mi cuerpo se viera azotado por terribles espasmos que aumentaban mi mal. Cerré de nuevo los ojos.

Escuché una voz que me resultaba terriblemente familiar:

—Lo lamento tanto...

Permanecí en silencio; ni siquiera era capaz de pronunciar una sola palabra. Lo que Skule había hecho se volvería en su contra. Pagaría por cada

una de las heridas que me había ocasionado, por todos los cortes que habían ensuciado mi piel.

—Lyss —me llamó.

Se movía por la sala, pero lo que oía no era lo que debería. No caminaba como una persona normal, por lo que solo podía ser alguien a quien ya conocía. La busqué con la vista, hasta que me topé con la suya. La mujer de cabellos dorados estaba agachada frente a mí, al otro lado del zulo, observándome.

—¿Qué...? —intenté hablar. Hice acopio de las pocas fuerzas que me quedaban para conseguir hablar—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte —me dijo en voz baja.

Tragué saliva, hice una mueca y permanecí en silencio, sin ganas de nada.

—Lyss..., jamás pensé que ese maldito elfo podría llevárete así —murmuró en voz baja—. Su ejército cada vez es más grande —hizo un gesto de desagrado— y más fuerte. —Se calló cuando su voz se vio quebrada. Sabía tan bien como yo que el Ragnarök estaba cerca, cada vez más—. Los tuyos te necesitan —terminó diciendo.

Una lágrima se escapó de mis ojos, llena de rabia y rencor.

—Ellos ya no son nada mío... —le aseguré—. Todos me engañaron, y nadie osó rebatir a esos malditos dioses —gruñí.

Un profundo ataque de tos hizo que mi cuerpo se volviera aún más vulnerable. Me puse una mano en el pecho. Una de las heridas más grandes que me había hecho se había vuelto a abrir. El don de Moa no había sido capaz de sanarla.

—¡Claro que lo son! —exclamó, alzando la voz.

—Dejaron de serlo cuando me traicionaron —murmuré sin fuerza.

Desde mi llegada al zulo, había tenido tiempo de pensar en lo ocurrido sobre cuando descendí al Midgard. Todos aquellos a los que consideraba mi familia me habían decepcionado de una forma u otra. Se habían aprovechado de mí.

No dejaba de llorar. El agua de la lluvia caía sobre mi rostro, empapando mis ropajes, incluso las pieles que me cubrían. No comprendía cómo había podido marcharse de nuevo, cómo me había vuelto a abandonar. Me pasé una de las manos por el rostro, perdida.

En cientos de ocasiones pensé en el futuro que podríamos tener juntos,

pero de repente todo se había esfumado, como él. Los hombres de padre habían descubierto a uno de los suyos, un elfo oscuro. Sentía un profundo terror a que esos hombres lo encontraran, pero también temía el día en el que tuviera que volver a vivir con su ausencia.

—Él debía desaparecer de tu vida... —susurró.

Me sentía exhausta. Mi corazón continuaba lleno de decepción y rabia, y lo peor de todo era que, a cada minuto que pasaba, aumentaba.

3

—¿De qué demonios hablas?

—Conozco tu historia, Lyss... —me contestó con pesar—. Más de lo que me gustaría.

Cada vez me sentía más confusa, pero la verdad era que ya nada me importaba. Tenía tanta ira contenida en mi interior que no sabía cómo iba a poder gestionarla. Los débiles hilos de luz empezaron a recorrer mi piel, pero ni siquiera eran capaces de brillar.

La observé durante unos segundos; no podía apartar la mirada de ella. Todavía no sabía con quién hablaba, aunque tampoco necesitaba saberlo para seguir viviendo la corta vida que me esperaba. La guerra había acabado conmigo o, mejor dicho, mis propios dioses lo habían hecho.

—Lyss...

Cerré de nuevo los ojos, abandonándome al sueño que acechaba mi ser. Estaba derrotada.

—¡No puedes dormirte! —exclamó—. Tienes que salir de aquí y luchar por todos aquellos que habitan en la Tierra.

Apreté la mandíbula a la vez que cerraba mis manos en puños.

—¿Quién eres tú para decirme lo que debo hacer o no? —gruñí en voz baja.

Una terrible tos volvió a azotarme, haciendo que incluso un pequeño reguero de sangre se escapara de mi boca. Maldecí para mis adentros. No era capaz ni siquiera de contener la rabia que me corroía. Durante eones había vivido en aquel que pensaba que era mi hogar. Asgard había sido mi reino y sus habitantes, mi familia. Pero de aquel momento ya no quedaba nada, tan solo recuerdos. Todos los que me habían traicionado serían olvidados, igual que esos malditos dioses a los que una vez veneré.

—Yo no fui capaz de salvar a los míos. Hazlo tú.

—No me hagas pagar tus errores, porque son solo tuyos —le contesté con desdén.

Negó con la cabeza y dejó ir un intenso suspiro. Sin decir nada más, volvió a desaparecer como si jamás hubiera estado allí. No necesitaba que nadie me guiara ni me dijera qué debía hacer con mi vida. No lo permitiría.

—No vuelvas más —le espeté a sabiendas de que me escucharía.

Cogí el poco aire que mis pulmones podían recoger sin sentir el terrible

dolor que me recorría a cada ligero movimiento que mi cuerpo hacía.

No comprendía cómo todo el mundo había sido capaz de engañarme, cómo habían podido alejar a una niña de la que era su familia, destrozando a todo un pueblo. Todo lo que había vivido no había sido más que una maldita farsa. Nadie era quien creía, ni siquiera Astrid. Mis ojos se llenaron de lágrimas al recordarla. Jamás volvería a ver mi *amma*⁴, la única persona que al final se había opuesto a los dioses.

Lloré en silencio, vaciando mi corazón, dejando que el rencor apaciguara mi mal y el desconsuelo fuera el único que acunara mi alma. No iba a permitir que nadie más volviera a rozar mi destrozado corazón. Me sentía tan mal que creía que en algún momento moriría de pena, del desasosiego que tenía dentro, y que no iba a dejar de latir. Habían envenenado mi sangre con sus mentiras, con su traición. Pero no lo volverían a hacer jamás. En el momento en el que saliera de aquel lugar, si es que llegaba a hacerlo, desaparecería de la vista de esos malditos. Sería libre.

¿Dónde estaba? Había recorrido el bosque de principio a fin. Me había arriesgado a llegar al territorio de los enemigos de padre y lo había buscado hasta la saciedad sin encontrar ni un solo rastro de que él hubiera estado allí. No lo comprendía. ¿Qué había hecho para que desapareciera así? Las batidas habían terminado. Hacía varias lunas que los guerreros habían vigilado aquella zona.

Tragué saliva y cogí aire. Me pasé una mano por la cabeza, recorriendo las largas trenzas que madre había hecho con mi pelo.

—¿Dónde te escondes? —Hice una mueca.

Escuché cómo una rama crujió a mi espalda, por lo que no pude evitar esbozar una sonrisa. Era él, estaba segura. Al darme la vuelta, mi gesto desapareció, ya que frente a mí no estaba quien yo deseaba, sino quien me protegía. Bajé la vista y oí cómo caminaba en mi dirección, por lo que no pude hacer más que permanecer quieta.

—¿Es que no te das cuenta de lo peligroso que es que estés aquí? —Alzó la voz—: ¡¿Me estás escuchando, Lyss?! —Asentí dos veces, pero en ningún momento lo miré—. Lyss, ¿sabes cuán preocupados están tus padres? —me dijo con su rasgada voz—. No puedes marcharte así. —A pesar de que estuviera allí, no me arrepentía de haberme arriesgado. Necesitaba verlo, y aun habiéndolo hecho, no lo vi—. Mírame —me ordenó con fiereza.

Me sujetó con fuerza del brazo, tanto que incluso llegó a hacerme daño.

—Me haces daño —murmuré.

—Tú le haces daño a tu madre cuando te escapas así.

—Pero, Jokull... —dije en voz baja.

—Jokull —repetí su nombre.

—Habían sido tantos los encuentros que ese maldito hombre frustró — escuché que decía Ottar desde la entrada—, tantas veces en las que te observaba desde la distancia esperando a que se despegara de ti... Tantas que incluso me volvía loco. —Lo miré. Estaba apoyado contra la pared del fondo, observándome fijamente—. Estabas tan cerca pero a la vez tan lejos... —murmuró cerrando las manos en puños—. Ese condenado permanecía a tu lado a sol y sombra. No había momento en el que se marchara —gruñó—. Me hervía la sangre solo de pensar en cuán cerca estaba de ti.

Observé su hermoso rostro. Porque sí, a pesar de ser un elfo oscuro, había algo en él que encendía una mecha en mi interior, una extraña curiosidad que me hacía sentir desconcertada.

Dio un paso hacia adelante. De su hombro derecho colgaba un gran arco y por su pecho se cruzaba el cinto de un carcaj repleto de flechas. Se acercó lo suficiente como para permanecer frente a mí, arrodillado, con sus ojos fijos en los míos.

—Pero ahora te vuelvo a tener a mi lado, mi vikinga.

⁴ Abuela

4

—He anhelado tanto tu cuerpo, Lyss... —me susurró lascivo al oído a la vez que acariciaba una de mis mejillas.

Mi cuerpo tembló bajo su tacto, y algo en mí se encendió al escucharlo. Me sentía muy confusa, tanto que ni siquiera sabía qué pensar.

—Mi espíritu sabía que seguías viva —murmuró, arrodillándose.

No sabía qué era lo que había en él, pero en ciertos momentos era capaz de ver un ápice de luz en su mirada. Lo que no tenía claro era cuánto tiempo iba a seguir latente en él. Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando una de sus manos se posó sobre la más grande de mis cicatrices, aquella que él mismo resiguió. Mi alma se resquebrajó sin llegar a romperse, pero sí lo suficiente como para abrirse a él.

—Hay tantas cosas que no comprendo... —admití.

Me miraba con preocupación; cosa que en cierto modo no era capaz de entender.

—¿Qué no comprendes? —me preguntó.

—Nada, no entiendo nada de lo que está pasando. —Bajé la vista.

—No hace falta que lo entiendas, mi dulce Lyss. —Acarició mi rostro—. Debes sacar todo ese mal, arrasar con aquellos que te hirieron... —murmuró—. Vengarte.

Alcé la vista y la fijé en la suya. No sabía por qué, pero en cierto modo tenía razón: era demasiado el dolor que afligía mi alma. Debía alejarme de él.

—Y yo te ayudaré a hacerlo. —Sonrió con malicia.

Negué una y otra vez con la cabeza. Durante unos minutos recapacité. No podía luchar contra mí misma, y mucho menos contra aquellos a los que había acompañado durante eones, ¿o sí?

—No tienes nada que temer, pequeña —musitó.

Dos segundos después escuché cómo un chasquido salía de su interior. La puerta se abrió, chocando brutalmente contra la pared, tanto que incluso llegué a pensar que había hecho un agujero. Tras esta apareció Skule, con esa asquerosa sonrisa que siempre llevaba esbozada en su boca, llena de desdén y arrogancia.

—Toda tuya —le dijo Ottar a la vez que se ponía en pie.

—¡No! —grité con las pocas fuerzas que conservaba—. ¡No me dejes con ella!

Intenté alejarme, pero ella no hacía más que avanzar hacia donde me encontraba. No podía permitir que volviera a tocarme o mi condena sería eterna.

—¡*Hrafn*⁵! —chillé antes de que saliera del zulo.

Entonces se detuvo en seco. Mis palabras habían sido escupidas desde mi interior como si algo en mí las hubiera empujado.

—¿Cómo has dicho? —me preguntó, dándose la vuelta.

—*Hrafn* —repetí.

Fijó su mirada en mis ojos, sonrió de medio lado y volvió a girarse para desaparecer. Mis ojos se llenaron de lágrimas. No sabía por qué me sentía así. Un huracán había arrasado la poca seguridad que había quedado en mí y se la había llevado consigo.

—Ahora eres toda para mí —dijo con sorna Skule.

Cerré los ojos, esperando a que el primer golpe llegara, a que volviera a rasgar mi piel una vez más. Pero no lo hizo. Por alguna razón, no llegó. Apreté la mandíbula, intentando contener el llanto que empezaba a tomar el control de mi ser. Mi pecho subía y bajaba frenético, igual que latía mi corazón.

—¿Dónde está esa valquiria que vi luchar una vez? —me preguntó. No le respondí. Permanecí quieta, sin mirarla—. Dime, Lyss.

—Muerta —gruñí—. Está muerta.

—No, no lo está —me rebatió—. Está frente a mí, derrotada, hundida en su propia mierda, en la desgracia que la ha hecho arrodillarse.

Negué con la cabeza. No viviría arrodillada jamás, lucharía por aquello que mi corazón me pidiera, pero en aquel momento no podía hacer nada. Mi cuerpo y mi ser estaban agotados, muertos en vida.

—¿Qué importa eso?

—No lo sé —murmuró—. Pero la verdad es que perder a una gran guerrera como tú sería un desperdicio.

—Haz lo que tengas que hacer y deja de lamentarte —le espeté con rabia.

Alzó los hombros, desenfundó su daga y me miró. Escuché cómo alguien se acercaba. Poco después apareció el *draugr*⁶. En las manos llevaba varios metros de cuerda, por lo que supuse que iban a volver a atarme al poste.

—Así será más sencillo.

Bajé la cabeza a la vez que sentía cómo una lágrima se escapaba de mis ojos, para morir en la tela de mis ropajes. «Sé fuerte», escuché la voz de

Astrid en mi cabeza como si estuviera a mi lado. Otra lágrima se me escapó. Solo ella se había preocupado de cuidar de mí y de protegerme como lo habrían hecho mis padres.

—Seré rápida.

—Haz lo que quieras —le contesté con desdén.

La primera de las puñaladas fue a mi pierna. Había rasgado la piel de mi muslo, haciendo que la sangre saliera a borbotones. Como pude, ahugué un grito que quemó mi garganta. El dolor se volvió un calambre, haciendo que no pudiera moverme ni un ápice.

—Cuando la sangre tiña el cielo, Asgard caerá —escuché la voz de un hombre.

Alcé la vista y lo encontré en la entrada, pero apenas se le veía el rostro. Iba cubierto con una larga capa con capucha que le cubría prácticamente todo el cuerpo y le ensombrecía la tez. La piel de sus manos había sido quemada por algo. Estaba arrugada y enrojecida, por lo que no pude evitar hacer una mueca. Apenas podía ver sus facciones. Solo sus manos se escapaban de la oscura tela que lo escondía.

La elfo empezó a negar con la cabeza una y otra vez, enfadada. El hombre permanecía junto a la puerta, observándonos con atención. Skule se giró para observarlo, enfurecida.

—Lárgate de aquí —gruñó.

—Ándate con cuidado, Skule... —El hombre sonrió, tenebroso.

—¡Fuera! —gritó.

—Tus amenazas no sirven de nada conmigo, estúpida. —Rio—. Sabes que Loki no atiende a aquellos ciegos por la ira.

¿Cómo podía hablar así del dios de la trampa? Los dioses no debían involucrarse en lo que allí ocurría, e igual que habían hecho los Vanir y los Aesir, Loki también se estaba adentrando en la humanidad para poder controlar mejor a su maldito ejército de elfos oscuros.

Mi verdugo se dio la vuelta para observarlo con desprecio, pero de nada sirvió; el hombre había dejado de temer a los seres que Loki doblegaba a su antojo. Al ver que el otro no se movía, Skule le lanzó una mirada al monstruo que estaba detrás de mí.

—Llévatelo —le ordenó.

El ser no dudó en levantarse con rapidez, soltando la cuerda con la que empezaba a sujetarme al poste para ir a hacer lo que le había ordenado Skule.

—Sí, señora.

La elfo hizo una mueca y volvió a fijarse en mí. Esa vez pude encontrar de nuevo la rabia en ella, esa que había pasado desapercibida nada más entrar. Alzó de nuevo el puñal, colocándolo sobre mi hombro derecho, aquel que contenía la runa que siempre había estado grabada en mí. Cogí el aire que pude, intentando aguantar la siguiente estocada.

—Me alegra saber que esa valquiria está muerta. —Rio—. Así solo tendré que acabar de matarla en vida.

⁵ Cuervo

⁶ Monstruo, el que camina después de la muerte, criatura de la mitología nórdica.

5

—No puedes dejar que siga hiriéndote... —renegó—. ¡Eres una valquiria de Odín! —alzó la voz.

—Yo no soy de nadie —gruñí entre dientes—, y menos de esos malditos dioses que me engañaron durante años.

Se arrodilló a los pies del colchón en el que aún seguía tumbada tras los fuertes golpes que me había propinado Skule. Por suerte, tan solo había sido un corte; el resto sanaría con rapidez.

—Lyss, no debes rendirte —me pidió desesperada.

—Y no lo haré... Pero jamás volveré a luchar por ellos.

Negó con la cabeza.

—¿Sabes? —murmuró—. Hubo un tiempo en el que yo también dejé de creer en ellos, pero debes recapacitar, volver a confiar en lo que dicen.

—¿Cómo voy a confiar cuando se han pasado toda la vida mintiéndome? —le pregunté con pesar, aunque no esperaba respuesta alguna.

Cerré los ojos. A mi mente volvieron cientos de imágenes, recuerdos de cuando no era más que una niña, y aunque eran confusos, aún podía entender parte de ellos.

—Madre —llamé a Gala.

—¿Sí, mi pequeña kottr?

Era demasiado hermosa como para ser real, además de la mejor de las guerreras que jamás pisarían cualquiera de los nueve reinos. Los dioses conocían su habilidad, y por ello era considerada una de las grandes escuderas de toda Noruega.

Sonreí al ver cómo se giraba para mirarme, dejando sobre la mesa un knífr⁷.

—¿Puedes explicarme de nuevo la historia de las valquirias? —le pregunté.

Asintió a la vez que se acercaba hasta donde me encontraba y me hacía un gesto para que me sentara sobre el jergón.

—Te hablaré de Sigrún, la mujer guerrera más indomable de los reinos, quien, con sus cabellos de oro, consiguió domar a bestias y vikingos como nadie lo hizo. —Sonrió—. La primera valquiria.

Cuando el recuerdo se esfumó, no pude evitar fijar mi vista en la suya, y la observé con detenimiento.

—¿Quién demonios eres? —le pregunté confusa.

Tragó saliva a la vez que hacía una mueca y cogía aire.

—Mi nombre es Sváva, hija del rey Eylimi y tía del gran guerrero Sigurd, el asesino del dragón. —Observé cómo sus ojos se llenaban de lágrimas, pero intentó recomponerse rápidamente—. También conocida como Sigrún.

—La esposa de Helgi —musité.

Había sido ella durante todo este tiempo quien había querido que descubriera lo que ocurrió entre los clanes. Era ella la líder de los valkyr, la mujer que presuntamente había asesinado a su propio marido y se había marchado junto a los elfos oscuros. La miré con desconfianza. No sabía si lo que había escuchado respecto a lo que había hecho era cierto, pero debía descubrirlo o acabaría reconcomiéndome.

—¿Lo hiciste?

—¿Te refieres a si maté a mi marido, al amor de mi vida? —me preguntó con rabia—. No, no lo hice.

Por alguna razón, mi corazón me pedía que la creyera. Suspiré, a pesar de todo el dolor que aún recorría mi cuerpo.

—¿Quién lo hizo? —quise saber.

Necesitaba conocer lo que había ocurrido en el Midgard, ya fuera para arreglarlo o para averiguar qué harían los elfos oscuros por llevar a cabo el Ragnarök.

—¿Quieres saberlo?

Asentí en repetidas ocasiones; me estaba poniendo incluso nerviosa. No entendía por qué, pero Sigrún era capaz de contactar conmigo de alguna forma que ni siquiera los dioses sabían.

—Cuando llegamos al Midgard, todo fue confuso. Los dioses nos habían explicado vagamente lo que estaba ocurriendo, pero al llegar nos encontramos con que los elfos oscuros ya habían tomado posesión de la zona norte de Noruega y parte de Dinamarca. —Hizo una mueca de desagrado—. Esos malditos seres habían matado a decenas de indefensos humanos, incluso se habían llevado a algunos de los que mantenían cautivos.

—¿Qué ocurrió aquella noche? —Fui directa al grano.

—Aguarda, valkiria —me pidió.

Negué con la cabeza. Tenía demasiadas preguntas de las que nadie sabía

las respuestas, y tal vez ella sí que las supiera.

—Hay tanto que no entiendo...

—Yo te ayudaré a hacerlo.

Entonces recordé la noche en la que estuvo en mi alcoba durante mi última estancia en Asgard. «Necesitas una guía, Lyss —recapitulé mentalmente—, alguien que te sepa llevar en tu nueva vida».

—Lo sabías todo —murmuré con pesar.

Mis ojos se inundaron de lágrimas al darme cuenta de que incluso ella me había mentado, de que me ocultó la verdad y me llevó por el camino que ella quería.

—No, todo no —me corrigió.

—Conocías el engaño al que me habían sometido.

Mi corazón se había resquebrajado un poco más. No podía entender cómo todo el mundo había podido saber lo que pasaba y no fueron capaces de alertarme de ello. La única que lo intentó fue Astrid, y aun así se lo impidieron.

—No, pero sabía que eras la clave de todo.

Mis recuerdos eran tan vagos como las respuestas que me habían dado a las preguntas que ya había hecho.

—Lyss, escúchame —me pidió—. Se arrodilló frente a mí, acariciando mi cabello con una de sus manos. Pude ver la bondad en ella, en su alma, y lo que había más allá de sus ojos. Había sufrido durante años una soledad parecida a la mía, además de haber perdido a su pareja de vida—. Debes hacerme caso —me rogó.

Escuché cómo alguien se acercaba al zulo, por lo que abrí los ojos desmesuradamente. Si no nos dábamos prisa, jamás volveríamos a hablar.

—Pero... —murmuré perdida.

Me dijo que no moviendo la cabeza. Debía escucharla, pero no era lo que quería. Solo deseaba conocer lo que había acontecido en el Midgard desde que ella y el resto de los valkyr habían descendido.

Cada vez estaban más cerca. Podía sentir su energía, cómo mi corazón se aceleraba al sentirlo próximo a mí. Tenía un extraño magnetismo en su interior que provocaba estragos en todo mi ser, aunque me negara por completo a que eso ocurriera.

—No pienses en ellos. —Miró hacia la puerta—. Deja de centrarte en él.

—Se acerca. —Puso los ojos en blanco a la vez que cogía aire y los fijaba

en los míos—. Tengo tantas preguntas para ti... —le dije.

—Solo hay tiempo para una.

Tragué saliva, intentando pensar en una de los cientos que se agolpaban en mi mente y que no sabía si algún día serían respondidas.

—¿Cómo puedes hablar conmigo?

—Porque yo no estoy muerta, Lyss.

⁷ Cuchillo

6

En cuanto respondió a mi pregunta, desapareció como si nada. Lo hizo en el momento justo, antes de que la puerta se abriera. Permanecí atenta, en silencio, recapacitando sobre lo que me había dicho y observando para ver quién estaba a punto de aparecer tras ella; aunque tenía muy claro quién iba a ver en apenas unos segundos. Tragué saliva a la vez que me recostaba contra la pared, intentando parecer algo más decente y no una simple mujer derrotada, porque las mujeres, al igual que las valkirias, no nos dejábamos vencer así como así, ni por nada ni por nadie.

Ottar apareció con el gesto serio y la mirada llena de rabia. Estaba perdido, o al menos eso era lo que reflejaban sus ojos. Los fijó en mí a la vez que se acercaba rápidamente hasta donde me encontraba. Suspiré, quedándome prácticamente vacía al sentir de nuevo cómo nuestras almas se encontraban una vez más. Todo mi vello se erizó. No sabía por qué, pero mi cuerpo era capaz de reaccionar a su ser.

—¿Por qué haces esto? —le pregunté acongojada. Empecé a temblar cuando las palabras salieron de mi boca como si mi desasosiego las hubiera empujado.

—¿Qué por qué lo hago? —me preguntó con saña.

Pude ver la ira en su mirada, cómo una chispa se prendió en su interior, incendiándolo todo con la rabia.

—Responde —le pedí.

—Porque pagarás todo mi mal —fijó sus ojos en los míos— por haberte alejado de mí cuando ya nos habíamos encontrado —escupió—, por permitir que esos repugnantes dioses te alejaran de mí —dejó ir un fuerte gruñido que hizo que un escalofrío me recorriera—, por cada uno de los años de oscuridad que he pasado sin ti. —Golpeó la pared con firmeza—. Alguien debe compensar mi dolor. —Tragué saliva, asustada por la rabia que había en él—. Y esa serás tú, mi vikinga. —Sonrió con maldad—. Te resarcirás de todo lo que has hecho y rogarás clemencia.

—¿Cuánto va a durar esto, Ottar? —le pregunté sin fuerzas.

—Hasta que vuelvas a recordarme. —Se arrodilló ante mí y pasó una de sus grandes manos por mi mejilla, colocando con delicadeza un mechón que cubría mi rostro—. Mi vikinga, todo esto es solo por tu bien —susurró con dulzura—. Debes comprender lo que ha ocurrido y el mal que han provocado

tus dioses, esos a los que tanto amas.

—¡Ya no son mis dioses! —exclamé con rabia.

Sentí que la presión que había en mi pecho se aliviaba ligeramente. Lo que nunca había dicho, había salido de mi boca como si ya no pudiera aguantarlo más. Vi cómo Ottar sonrió de medio lado al escucharme.

—Ya hemos dado el primer paso. —Acarició de nuevo mi mejilla. Solo pude cerrar los ojos, sentir que el calor de su cuerpo acunaba mi rostro con una ternura abrumadora que consiguió dejarme sin palabras—. Ahora solo queda avanzar —sentenció. Como un cuervo negro, fijó sus oscuros ojos en los míos, adentrándose en mi alma, igual que ya lo hizo una vez—. Di mi nombre, dulce Lyss. —Permanecí en silencio, con la vista fija en la suya. No podía apartarla. Era como un imán que me atraía hacia él—. ¡Dilo! —me ordenó, alzando la voz. —Un escalofrío me hizo temblar y mi corazón se aceleró como si se me fuera a escapar por la boca. Todo mi vello se erizó al sentir su poderosa voz resonando en el interior del diminuto zulo—. Por favor, dilo —me rogó, como si fuera indefenso.

—Ottar.

—*Mi hermosa Lyss. —Se acurrucó a mi lado.*

Me dejé cobijar entre sus brazos, aquellos que durante lunas habían sido mi hogar cuando nadie se había percatado de mi ausencia. Acarició con delicadeza mi cabello, en el cual aún colgaban restos del heno sobre el que yacíamos. Sus ojos estaban fijos en los míos. Podía ver la devoción en ellos, cómo sería capaz de venerar cada paso que diera, pero no era aquello lo que quería. Me conformaba con saber que nadie sería capaz de separarnos.

—*Jamás permitiré que te alejen de mí —susurré.*

Cuando abrí los ojos, sentí una profunda presión que se adueñaba de mi cuello, impidiéndome respirar.

—Lo hiciste, maldita —gruñó lleno de rabia, enloquecido.

Negué con la cabeza a la vez que colocaba mis manos sobre las suyas, intentando zafarme de su agarre. Pero de nada sirvió. Me tenía sujeta con demasiada fuerza como para conseguir que me soltara.

—Dejaste que te apartaran de mi lado —apretó la mandíbula con rabia, haciendo que esta se marcara a ambos lados de su rostro—, permitiste que nuestras almas se alejaran. —Los párpados empezaron a caérseme y no me

permitieron ver cómo la expresión de su hermoso rostro se tornaba oscura y temible, como la del resto de los elfos—. ¡Eran una, maldita sea! —alzó la voz.

Podía sentir la rabia hablando por él, cómo el dolor había tomado el control de su cuerpo y de su mente, haciendo que el más puro instinto de los elfos oscuros emanara de su interior. Negué con la cabeza, pero de nada sirvió; seguía inducido en esa oscuridad que podía ver en cada centímetro de su piel, la cual se había vuelto algo grisácea y sucia, como si por dentro se hubiera teñido de negro. Sus ojos estaban llenos de rencor, tanto que ni siquiera estaba segura de si conseguiría seguir con vida una noche más.

—O... —intenté hablar—. Ottar...

No me prestaba atención. Estaba enajenado por su dolor, el cual lo eclipsaba todo por completo. Cerró los ojos con fuerza, y durante unos segundos me permití sentir pena por él. Había vivido con un profundo mal que lo había corrompido sin dejar nada a salvo. Intenté alzar una de mis manos con la que pudiera rozar sus mejillas, pero ni siquiera llegué a rozarlo, ya que levantó una de las suyas, aprisionando la mía con una fuerza sobrenatural.

Pero había algo que aún no era capaz de entender. ¿Realmente era él el mismo Ottar que aparecía en mis recuerdos? No podía serlo. El que había visto en tantas visiones era dulce y protector, pero él... El elfo que tenía frente a mí no era más que un despreciable ser oscuro y manipulador guiado por el mismísimo dios de las trampas, Loki. Iban a guiar a los suyos a una guerra en la que la humanidad sería el precio y en la que no sobreviviría nada.

—Me estás... Me estás ahogando... —conseguí decir.

—Hay veces que desearía que hubieras muerto... —admitió—. Habría sido más sencillo vivir con ello que con tu maldita ausencia.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, soltó su agarre, provocando que una angustiada tos tomara mi interior, por lo que mi cuerpo no pudo evitar temblar. Apenas podía llenar mis pulmones con el poco aire que había dejado entrar en ellos, aunque era insuficiente como para seguir viviendo.

—No sabes cuánto odio a esos malditos dioses —murmuró. —Bajé la mirada a la vez que me tapaba la boca, intentando recomponerme. Cogí una gran bocanada de aire y alcé la vista de nuevo—. Debes recordar, valkiria —

me pidió.

7

De su cinturón sacó el mismo cuchillo que ya había visto, ese en el que había tallado el mismo gato que en el hacha que me dio Ulric. Clavé la vista en el objeto, sin apartarla en ningún momento.

—Había veces que pensaba en cómo sería olvidarte, en lo sencillo que habría sido todo si jamás hubieras existido —se sinceró—. Pero ahora estás aquí de nuevo.

Con un rápido movimiento, rasgó los ropajes que llevaba, dejando al aire mi delicada ropa interior que, por suerte, cubría mis pechos. Tragué saliva, hasta que sentí una de sus manos sobre mi piel. Sus dedos rozaban el borde de la tela, provocando que un fuerte escalofrío me recorriera de pies a cabeza, erizando todo mi vello.

—Estás a mi lado, y no voy a permitir que vuelvas a alejarte. —Alcé la vista cuando noté la suya fija en la mía, de qué manera esos dos pozos oscuros como la noche escrutaban mi alma una y otra vez en busca de algo de lo que alimentarse—. No comprendo por qué aún en tu interior hay pureza, esa asquerosa luz que prendieron tus condenados dioses —gruñó. Apoyó una de sus grandes manos en la pared que había junto a mi cabeza, golpeándola con fuerza—. Quiero ver el odio en ti, el rencor hacia esos que una vez dijeron que eran tus creadores y que realmente lo que hicieron fue alejarte de lo que amabas más que a tu propia vida. —Su gesto se torció—. Te arrebataron a tu familia, a los que eran tus verdaderos padres —murmuró con desprecio—, borraron tus recuerdos —negó con la cabeza—, te hicieron creer que habías nacido en un reino que no era tuyo —añadió alzando la voz—. ¡Me hicieron desaparecer a mí! —gritó, lleno de furia.

Un profundo vacío tomó mi interior al sentir cómo la ira que emanaba de él se pegaba a mí taponando cada uno de los poros de mi piel. Tragué saliva. Mi corazón se había acelerado tan súbitamente que mis pulmones necesitaron que tragara una bocanada de aire para llenarse.

—Pagarás... Te arrepentirás de todo lo que has hecho —gruñó.

Colocó sobre mi agitado pecho el cuchillo que aún sujetaba entre sus manos. Apreté la mandíbula, angustiada, aunque tal vez aquello fuera lo único que lograra liberarme de los demonios que me corroían desde que había conocido la maldita verdad que los dioses me habían escondido.

Cerró los ojos, sintiendo mi agitado corazón con el dorso de su mano, y al

abrirlos no pudo evitar esbozar una media sonrisa llena de maldad. Con un rápido movimiento, colocó el filo del cuchillo sobre la cicatriz que una vez abrió.

—Recuérdame, vikinga —me susurró al oído.

Su voz resonó en mi cabeza, haciendo que todo mi ser se indujera en una profunda oscuridad que se unió al fuerte dolor que me recorrió al sentir la hoja del cuchillo adentrándose en mi piel. Ahogué un grito que rasgó mi garganta, hasta que, de repente, toda mi energía se esfumó, haciendo que acabara desplomándome.

Ottar

Cerré la puerta tras mi espalda. Había estado observándola durante horas mientras el veneno hacía su efecto. Permanecería sumergida en un profundo sueño hasta que decidiera que era el momento de despertar. Cogí aire, apoyé mi espalda en la fría puerta de metal y cerré los ojos, sintiendo cómo la rabia aún no se había disipado. El fuego interno que rugía en mí jamás se apagaría, por lo menos hasta que ella volviera a recordar. Entonces acabaría con todo y con todos, y lo haría de su mano, alimentando ese odio que empezaba a crecer en su interior.

Sonreí de medio lado, orgulloso. La destrozaría, acabaría con cada uno de los cimientos que aún sujetaban su alma, y no sería más que un puñado de ruinas de lo que una vez fue. No dejaría que nadie la hiriera, tan solo yo modelaría su ser hasta darle la forma que tanto deseaba.

Me pasé una mano por el cabello, apartándolo de mi rostro. Ladeé la cabeza y me encontré con la oscura mirada de Skule, llena de rencor y odio. Sabía cuánto odiaba tener a Lyss cerca. Sabía que ella jamás podría ocupar el lugar que estaba predestinado a ocupar mi vikinga. Ni en sus mejores sueños lograría ser la reina de los Svartálfar. Al girarme, vi cómo el maldito *draugr* de Skule se interponía en mi camino, por lo que apreté la mandíbula.

—¿Qué demonios estás mirando? —escupió.

—Es tu turno.

Alzó una ceja y poco después sonrió de oreja a oreja. Se frotó las manos antes de llevar una de ellas hasta la cinturilla de sus pantalones, donde colgaba su preciado cuchillo.

—Gracias.

—Aprovecha. —Me acerqué a ella—. No durará mucho. —Asintió dos veces antes de hacerle un gesto al *draugr* para que abriera la puerta. Tras eso, dio un salto con el que se puso en pie para encaminarse hacia el zulo—. Adelante.

Pasó junto a mí, acarició mi hombro y besó mi mejilla. Skule era distinta, despiadada y sin alma, pero había algo en ella que cambiaba a cada paso que daba.

—Es hora de jugar.

Dejé que Skule se ocupara de Lyss. Se escapó una vez, y no volvería a hacerlo jamás, no sin antes enterarme. El dolor que había provocado en mí no era más que un simple recuerdo de todo lo que había sufrido desde su desaparición. Saber que iba a permanecer junto a mí durante toda la eternidad me hacía sentir mejor. Aun así, el rencor perduraría hasta que cambiara de parecer y asumiera el lugar que le pertenecía. No tardaría en doblegarse. Sería mía.

—Su dolor no cambiará nada —me dijo Moa nada más verme entrar.

—Me da igual. —Me dejé caer sobre la butaca.

Miré hacia uno de los lados, buscando a Aila, pero no estaba. No aparecía por ninguna parte, cosa que me empezó a incomodar.

—¿Dónde está esa maldita?

—Le he dicho que se marche.

La miré con odio a la vez que me ponía en pie, enfadado. Me dirigí hacia ella y la agarré por el cuello, sintiendo cómo mi respiración se agitaba. Apreté con fuerza su delgada garganta, alzándola por encima de mí, y fijé los ojos en los suyos. No había miedo ni dolor, tan solo paz, cosa que hacía que me cabreara aún más.

—¿Y quién te crees que eres?

—Suéltame. —La lancé sobre la cama, lleno de rabia y con la mandíbula apretada, e intenté controlar el rencor que recorría mis venas—. ¿Crees que puedes hacer lo que quieras con todo el mundo, Ottar? —dijo en voz baja mientras se recuperaba.

Volví a acercarme a ella. Había veces que me sacaba de mis casillas, sin embargo, por alguna extraña razón, no había podido matarla nunca. Algo en mi interior me decía que debía permanecer con vida.

—No eres nadie —escupí.

—Sí, lo soy —me espetó con desdén—. Por algo me nombraste tu

consejera.

—Eso no te da derecho a opinar.

Me di la vuelta y me acerqué al botellero improvisado que habían hecho especialmente para mí. El Midgard estaba lleno de seres despreciables con los que acabaría en algún momento, pero también tenía algo bueno: el *whiskey*. Cogí una de las botellas que reposaban sobre la madera y serví un poco del cobrizo líquido en un vaso. De un solo trago me lo tomé, y volví a llenarlo.

—¿Dónde está la niña?

—Grimm se la ha llevado.

La miré con los ojos bien abiertos. Ese maldito no hacía más que entrometerse en mis planes, y no me gustaba nada.

—¿A dónde? —le exigí nervioso.

—Al norte. —Dejé ir un profundo grito que hizo que Moa temblara. No la había visto, pero sabía cómo reaccionaba. Llevaba demasiado tiempo a su lado—. ¡No puedes detenerlo! —alzó la voz.

Me giré hacia ella y la miré con rabia a la vez que negaba con la cabeza.

—Claro que puedo.

—¡Es tu padre! —me rebatió.

8

Lyss

Un mes después...

El tiempo allí dentro pasaba tan lento que podría contar eones desde que llegué, pero ya nada importaba. Había olvidado lo que era vivir, lo que era amar, incluso lo que era odiar. En mi interior solo existían la soledad y las tinieblas que habían asolado mi alma sin dejar rastro de nada que no fuera confusión. Sentía que me pesaba el cuerpo, cómo apenas podía moverme por el interior de aquel maldito zulo que se había vuelto mi hogar, el único en el que podía estar y del que jamás salía, aunque tampoco me lo permitían. Tan solo entraba aquel que tenía llaves o a quien dejaban entrar, como era el caso de Skule, quien disfrutaba haciéndome sufrir. Pero no derramé ni una sola lágrima y ni un solo grito. No iba a darle el gusto de volver a oírme.

Por otro lado, Ottar venía cada mañana y cada noche. Permanecía junto a mí a pesar de que tan solo era capaz de observar cómo mis heridas no dejaban de sangrar. Por suerte, o por desgracia, con él siempre venía Moa, la sanadora.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó preocupada. Permanecí en silencio, con la vista fija en la pared que había frente a mí. Hacía demasiado que no hablaba, aunque ella no hacía caso de ese gesto—. Tranquila. — Sonrió con tristeza.

Junto a Moa apareció Sigrún una vez más. No apartaba la mirada de la mía, pero ya nada me importaba.

—No puedes rendirte —me dijo—. Debes seguir luchando.

Pero no, ya no había lucha alguna que me incumbiera ni humanidad a la que salvar; solo existía yo. No volvería a arrodillarme ante nadie, y aún menos ante unos dioses traidores.

Empapó las gasas con las que me curaba con la sangre que había salido de mis heridas. Apreté la mandíbula al notar cómo el dolor volvía. Era lo único que me hacía sentir realmente viva.

Ottar no dejaba de observarme. Era como si quisiera descubrir qué escondía mi alma, y la única verdad era que ya ni siquiera sabía si tenía. Lo había perdido todo, los dioses me lo habían arrebatado.

Moa siguió curándome a pesar de que nadie decía nada, ni siquiera el elfo le dirigía la palabra para decirle cómo y qué hacer. Estaba en sus manos, y era ella la única que velaba por mi bienestar, dentro de unos límites. Jamás podría interponerse entre Skule y yo. Me heriría cientos de veces, y ahí estaría Moa, mi ángel de la guarda, para curarme todas y cada una de ellas.

Me miró a los ojos atentamente. Podía ver algo en ellos, una mezcla de frialdad y compasión, sin embargo, por alguna razón, no conseguía creer lo que de ellos emanaba. Ottar era un elfo oscuro de los peores, así que, ¿por qué iba a tener piedad conmigo? No lo haría, igual que no lo había hecho desde mi llegada, o incluso Skule con sus armas.

—Esta será tu última cura.

Y tras eso, salió del zulo.

Ottar

Tragué saliva, me apoyé en la pared y negué con la cabeza. Esa maldita valkiria no iba a entrar en razón jamás. Era terca como ninguna otra, y conseguía desquiciarme a cada segundo que pasaba junto a ella. Pero tenía que conseguirlo, no me daría por vencido. Volvería a ser la reina que estaba destinada a ser. Ocuparía el lugar que le correspondía a mi lado, guiándonos hacia el más oscuro de los finales en el que el ocaso sería el único objetivo.

Moa salió de la sala unos minutos después con el gesto torcido, como siempre. Desde que llegó la primera vez, algo había cambiado en su interior. Sentía pena por ella y, aunque no era como el resto, sentía mucha empatía por los que no eran de nuestra raza.

—No puedes tenerla ahí para siempre.

—Claro que puedo —murmuré—. Pero no hará falta tenerla toda la vida.

Me miró con los ojos bien abiertos a la vez que hacía una mueca.

—¿Cuándo saldrá?

—Lo sabrás cuando ocurra, Moa.

Alzó los hombros antes de que un intenso grito nos alertara. Escuché mi nombre salir por su boca, cómo su débil voz había sacado la fuerza suficiente para llamarme. Cogí aire, orgulloso, antes de entrar en el zulo, y me di la vuelta para lanzarle una última mirada a Moa, quien no salía de su asombro.

—Tú ganas.

Fijé la mirada en sus vacíos ojos, esos que ya no reflejaban la pureza que

una vez inundó su interior. Sonreí de medio lado. Había rencor en ellos. Su alma se había apagado para resurgir como un ave fénix lleno de sed de venganza. Me arrodillé ante ella, acaricié su rostro y sentí cómo su vista bajaba hasta mis manos.

—No tengo que ganar, vikinga.

—¿Qué es lo que quieres? —me preguntó con desdén.

—Que recuerdes, que tu rabia florezca. —Negó con la cabeza, no muy convencida—. ¡Esos estúpidos dioses se rieron en tu maldita cara!

—Lo hicieron —admitió.

Bajó la vista hacia el suelo, por lo que no pude evitar fijarme en su magullado rostro, el cual empezaba a cicatrizar a pesar de los restos del veneno que bañaba la hoja del cuchillo de Skule.

—Ayúdame a recordar —me pidió.

Escuché como alguien golpeaba la puerta de la entrada de mis aposentos con fuerza, por lo que salí del agua en el que reposaba y me anudé una toalla a la cintura.

—¡Adelante! —alcé la voz.

Tras la puerta apareció Skule, con todo su cabello trenzado y recogido hacia atrás, dejando que su rostro reluciera bajo las tenues luces que alumbraban mi hogar. Alcé una ceja al ver cómo me observaba, llena de lujuria. No apartó la mirada; jamás se cohibía. La dureza que había en ella nunca se disipaba, ni siquiera en momentos como aquel.

—¿Qué quieres? —le pregunté sin darle mucha importancia.

—Acabar con ella. —Sonrió.

Se acercó a mí, apartando las largas trenzas que cubrían parte de su pecho, el cual iba enfundado en un oscuro corsé rojo como la sangre.

—No vas a hacerlo —le aseguré. Me di la vuelta, encaminándome hacia la cama, dejé que la toalla cayera a mis pies y me vestí con un fino pantalón—. Recordará.

Una gran sonrisa se dibujó en mi boca al escucharme decirlo, convencido de que así ocurriría. Skule rabiaba al descubrir que era cierto. Sus posibilidades de ocupar el lugar que solo le pertenecía a la valquiria se habían disipado por completo. Jamás reinaría, y eso la enloquecía.

—¿Cómo estás tan seguro? —me preguntó nerviosa.

Se acercó a mí, cambiando su gesto, intentando camuflar la desazón que la corroía de pies a cabeza. Me miró pícaro y comenzó a deshacerse de las

ligaduras que sujetaban la parte superior de sus ropajes.

—Me ha pedido que la ayude.

Cuando estuvo frente a mí, acarició mi pecho y bajó sus manos hasta deshacerse lentamente del pantalón.

—¿Lo harás? —me preguntó en voz baja, susurrándome al oído.

Apreté la mandíbula al sentir que una de sus manos se posaba en mi miembro y lo agarraba, segura de lo que iba a hacer.

—Skule —gruñí entre dientes.

Besó mi cuello con un erotismo desmedido que me hizo olvidar por un momento todo lo que nos rodeaba.

—¿Qué?

El más puro instinto animal que dormía en mi interior resurgió. La sujeté por la cintura y con una fuerza desmedida la arrojé sobre el lecho. Llevaba demasiado tiempo sin yacer con ella. Me miró desafiante, con una sonrisa en sus labios, preparada para dejarse poseer. Con un rápido movimiento, rasgué las telas que cubrían sus piernas, dejándola completamente indefensa ante mí.

9

¿Me había rendido o tan solo estaba luchando para conseguir descubrir lo que me escondían? Sí, actuaba por interés propio, igual que lo habían hecho los dioses al traicionarme, así que, ¿debía sentirme culpable? No, claro que no. Por primera vez en toda mi existencia podía ser libre de hacer lo que me viniera en gana, e iba a aprovecharlo. Sería dueña de mi camino y de mi futuro, y no de las normas.

Alguien tocó la puerta, por lo que no pude evitar moverme inquieta en mi sitio, hasta que esta se abrió y Ottar apareció.

—Te voy a llevar a otro lugar —me anunció.

—¿Por qué? —le exigí.

Hizo una mueca a la vez que cerraba la puerta y se encaminaba hacia donde me encontraba.

—No quiero que estés aquí más tiempo.

Fijé mis ojos en los suyos, tratando de descifrar qué se escondía en ellos, pero ni siquiera eso era capaz de hacer. Había creado una dura coraza que no sabía si lograría romper. No me gustaba aquel hombre, pero, por alguna razón, mi cuerpo me pedía estar a su lado y descubrir lo que tanto tiempo se me había ocultado.

—Las cosas van a cambiar.

No comprendí sus palabras hasta que dos fuertes elfos entraron, golpeando violentamente la puerta contra la pared de hormigón que había detrás de esta. Tragué saliva al ver que la mirada de Ottar se volvía aún más oscura de lo que ya era. Albergaba un mal mayor que no sabía si sería capaz de seguir confinando en su interior. Con un ligero movimiento, vi cómo les ordenaba a los matones que me levantarán. Alcé una ceja, los miré con odio, y como pude intenté zafarme de sus manos, pero fue imposible.

—Puedo ponerme en pie sola —gruñí.

—Era por si necesitabas ayuda. —Sonrió de medio lado.

—No necesito nada —siseé—. Y mucho menos si proviene de ti.

Ottar dejó ir una sonora carcajada que inundó el zulo. Sonaba profunda pero a la vez armónica. Era capaz de hacer que todo mi vello se erizara. Ladeé la cabeza hacia ambos lados y, segundos después, él carraspeó, haciendo que los malditos elfos que me mantenían sujeta me soltaran.

—Marchaos.

Los dos asintieron sin decir nada y, tras lanzarme una última mirada, cerciorándose de que no los atacaría, desaparecieron. Ottar no dejó de mirarme ni un solo segundo, ni siquiera cuando el *draugr* de Skule se asomó por la entrada, dejando ir un profundo gruñido.

—Vamos —me ordenó.

Me fijé en el horrible monstruo que me vigilaba con sus podridos e inexistentes ojos. Era repugnante sentirlo mirarme fijamente.

—¿A dónde? —le pregunté en voz baja.

Sentir cómo esos dos pozos oscuros no hacían más que permanecer fijos en mí hacía que el nerviosismo me corroyera por dentro, y él lo sabía, ya que su burlona sonrisa no se borraba ni por un segundo.

—Quieres recordar, ¿no?

Asentí a la vez que noté mis manos temblar. Solo con pensar que podía volver lo que había estado dormido en mi ser, hacía que todo mi cuerpo se revolucionara. Aunque la verdad era que me aterraba descubrir lo que una vez fue mi vida y todo lo que viví.

—Entonces, será mejor que hagas lo que te diga —gruñó. Dio varios pasos, hasta que mi espalda chocó con la fría pared. Pegó su boca a mi oreja, encendiendo un fuego interior que empezaba a crecer en mí a pasos agigantados como si de una hoguera se tratara—. O dejaré que sean Skule y su bestia quienes se encarguen de ti.

Lo observé desafiante, sin apartar la vista de él. No conseguiría amedrentarme; ya no. Estaba cansada de que todo el mundo me manejara a su antojo, pero no volverían a hacerlo. Solo yo sería quien tomaría el control de todo y decidiría qué hacer y cómo.

Asentí dos veces y posé una de mis manos en su fuerte pecho, intentando apartarlo de mí, hasta que una oleada de sentimientos me arrolló. El contacto de su piel contra la mía me hizo arder como si estuviera en el mismísimo Muspelheim. ¿Qué demonios había escondido en su interior? En el poco espacio que tenía me aparté tan rápido como pude, igual que hizo él al sentirlo. Tragué saliva, analizando lo que había ocurrido.

—Adelante, entonces —murmuró en mi oído, volviendo a acercarse.

—Aléjate —le ordené.

No quería volver a sentir esa oleada que desconocía, pero parecía que para él era más que familiar. Sonrió de medio lado, provocando que mi nerviosismo se acrecentara de inmediato. Dejé ir un gruñido mientras lo

empujaba, alejándolo, cosa que pareció divertirle. Negó con la cabeza dándose la vuelta para encaminarse hacia la puerta.

—Sígueme —dijo, alzando la voz y dejándose de juegos.

No parecía enfadado, ni siquiera serio. Tan solo estaba tranquilo; más de lo que hasta entonces lo había visto.

Cuando traspasamos la puerta, pude ver cómo al final del pasillo se dibujaba la silueta de ese maldito monstruo que había estado vigilándome, el asqueroso *draugr* de Skule, que siempre andaba cerca. Como una profunda oleada, cientos de olores inundaron mis fosas nasales, haciéndome sentir confusa y débil: sangre, tierra húmeda, excrementos y putrefacción. Me tapé la boca y la nariz como pude. Había algo que predominaba sobre todo el hedor: la muerte. Las piernas me empezaron a fallar, las manos me temblaban y un sudor frío recorría mi espalda. La cabeza empezó a darme vueltas, haciéndome sentir mareada, provocando que ni siquiera fuese capaz de sentir la noción del espacio. Miré hacia Ottar. La fuerza que me sostenía en pie desapareció y la vista se me nubló, tornándolo todo oscuro y frío. Podía escuchar las voces de todos los que habían perdido la vida en aquellas tierras a manos de los malditos elfos que me mantenían cautiva.

Cogí una bocanada de aire que llenó mi boca de cada uno de esos malditos olores que sentía. Extendí los brazos, intentando sujetarme a la pared para no desfallecer y caerme de bruces contra el suelo.

—Ott... —susurré sin conseguir decir su nombre.

Todo era cada vez más oscuro, tanto como las mismísimas tinieblas, e igual de gélido que el frío que asolaba Niflheim. Hasta que lo sentí. Sus brazos pasaron detrás de mis piernas antes incluso de que me desplomara, abrasando mi piel como si de las ascuas de una hoguera se tratara. Su respiración se había vuelto agitada, igual que el latido de su corazón.

Escuché cómo alguien se acercaba corriendo, con urgencia y desasosiego, desde el final del pasillo hasta donde nos encontrábamos.

—Tranquila, Lyss —me dijo Moa.

Abrí los ojos lentamente. Todo me daba vueltas, haciéndome sentir mareo e incluso angustia. Parecía estar moviéndome, aunque en realidad no hacía más que estar recostada sobre una cama. Cogí aire, cerré de nuevo los ojos con fuerza, intentando calmar esa sensación, aunque de poco me sirvió, así que opté por sentarme sobre esta, hasta que escuché a alguien carraspear a mi espalda. Di un respingo que casi me hizo ponerme en pie. No me giré, ya que

podía percibir su aroma, sentir su oscura energía rodeándome y engullendo parte de la mía. Cerré de nuevo los ojos, igual que hice con mis manos. Apreté la mandíbula hasta que escuché el tintineo de unos hielos chocando entre sí, bailando en el interior de un vaso de cristal.

Se puso en pie y caminó pausadamente hacia donde me encontraba a la vez que provocaba que mi corazón enloqueciera. Aquel maldito elfo era capaz de desarmarme y cohibirme con tan solo su presencia. Conseguía que me replanteara todo lo ocurrido y que dudara de si realmente debía seguir pensando en todo lo que me habían ocultado. Ottar era oscuridad, fuego y perdición, pero a su misma vez era luz.

—Valkiria —dijo con su ronca voz, la cual provocó estragos en mí.

Todo mi vello se erizó. Era como si su voz hubiera atravesado mi alma a la vez que recorría mi piel. Permanecí en silencio, sin siquiera girarme, sintiendo su penetrante mirada fija en mi nuca. Las manos me ardían al recordar cómo nuestro contacto había encendido un desmedido incendio que había arrasado conmigo.

—Algo ha hecho que te desvanezcas.

Suspiré al sentir que cada vez estaba más cerca. Mi respiración se aceleraba sin que pudiera hacer nada por impedirlo, igual que ocurría con mi corazón, que latía desatado. Estaba muy cerca, tanto que incluso podía sentir el aire que se escapaba de su boca encontrándose con la mía. Una de sus manos voló hacia mi cintura, haciendo que abriera los ojos de inmediato y los fijara en esos dos pozos tan oscuros como la noche, que no hacían más que atraparme cuando los míos se posaban en ellos.

—Cuando recuerdes, mi vikinga... —me susurró al oído—. Cuando recuerdes, lo comprenderás todo —me prometió.

Acarició mi rostro con una sutil delicadeza que me dejó pasmada. Las palabras no eran capaces de salir de mi boca; ni siquiera empujándolas lo harían. Apreté la mandíbula cuando sentí el fuego abrasándome por dentro. Pero no solo ocurría en mí, sino que su interior también estaba incendiado.

De repente, noté cómo una profunda punzada atravesaba mi nuca, haciéndome perder de nuevo la fuerza en las piernas. Vi a Ottar sonreír de medio lado, malicioso, oscuro como solo un elfo de los suyos lo sería. Tras él aparecieron tres elfos más de mirada tenebrosa y piel blanquecina, tanto que incluso parecía translúcida. La vista se me nubló en el instante en el que dos manos me sujetaron y unos tambores comenzaron a sonar en la lejanía.

—Es hora de empezar, mi Lyss.

10

Grité. Lo hice con todas mis fuerzas, con las pocas que me quedaban y que aún me mantenían con vida. El profundo dolor era tan potente que ni siquiera me permitía abrir los ojos. Sentí mi garganta desgarrada, igual que parte de mi piel. Olía a sangre, a fuego y a cera, pero sobre todo al flujo que no dejaba de emanar de cada una de mis heridas. Cogí aire, sintiendo cómo mi pecho subía y bajaba frenético. Todo estaba tan oscuro que tan solo era capaz de vislumbrar la tenue luz de unas velas al final del sitio en el que nos encontrábamos.

Apenas podía aguantar el peso de mis párpados, que no hacían más que intentar cerrarse a cada segundo que pasaban abiertos. El dolor no desaparecía. Era tan profundo que llegaba a meterse en mi columna para inmovilizarme. Todo el cuerpo me pesaba, y apenas podía respirar sin sentir cómo el mal me recorría. Estaba tan agotada que no sabía cuánto tiempo lograría mantenerme despierta.

Parpadeé, luchando por disipar la angustia y la confusión que me inundaba, hasta que lo vi. Fue entonces cuando ya no pude hacer nada más. Abrí la boca e intenté volver a gritar, pero algo impedía que mi voz saliera. Frente a mí estaba Moa, con un largo vestido de color blanco. Tenía el rostro manchado de negro y bajo sus ojos se dibujaban dos lágrimas de sangre roja como rubíes.

Cogí una bocanada de aire que mis pulmones apenas pudieron retener y poco después intenté forcejear. No podía moverme porque me tenían atada, y el daño que había recibido mi cuerpo era demasiado grande como para ignorarlo. Los nervios me tomaron, provocando que respirara agitadamente, al igual que latía mi corazón. ¿Qué demonios estaba haciendo Moa? Ottar no apartaba los ojos de los míos, pero eran distintos a como los había visto hasta entonces; ni siquiera parecían suyos. Los míos se llenaron de lágrimas al ver la maldad, la ira y la rabia que aún había en su interior.

—Es hora de empezar. —Sonrió con inquina.

De repente, todo volvió a turbarse. Las velas se apagaron de golpe, dejándonos completamente a oscuras, y los tambores se detuvieron.

Me desperté sobresaltada, envuelta en un sudor frío que me recorría la espalda. Miré asustada hacia todos lados. ¿Qué era lo que había vivido? ¿O tal vez no había sido más que un sueño? Lancé la manta que me tapaba hacia

el suelo y levanté la camiseta que me cubría. Me sentía abrumada y confusa. En mi vientre no había nada, ni una sola cicatriz, ni una sola herida. Negué con la cabeza. Estaba muy segura de lo que había sucedido. El dolor había sido real, o eso creía.

Desde que había descendido del Valhalla —razón por la que todo había cambiado radicalmente en mi existencia—, me había perdido en mi propio camino. Me senté en la cama en la que yacía a la vez que miraba todo lo que me rodeaba. La oscuridad en la que había estado sumida desde que llegué había desaparecido. Los aposentos en los que me encontraba tenían grandes ventanales por donde entraba la luz del sol, la cual iluminaba toda la estancia. Era tan distinto a lo que me había encontrado que no parecía ser ni el mismo lugar.

Me puse en pie, y me acerqué a la ventana. No sabía dónde estaba, pero aquellas tierras eran tan hermosas como Asgard. Frente a nosotros había un gran lago rodeado por montañas altas cubiertas de nieve. Miré maravillada el bello paisaje que tenía rendido ante mí.

Alguien tocó la puerta, alertándome, por lo que con rapidez me di la vuelta para ver quién aparecía tras ella. Esta se abrió y vi el blanquecino cabello de Moa asomarse. Una sonrisa se dibujó en su rostro al darse cuenta de que ya estaba despierta.

—Buenos días, Lyss.

La miré; me sentía perdida y perpleja. Parecía tan radiante... Nunca la había visto tan dichosa como lo parecía en aquel momento. La Moa triste y con mala energía había desaparecido para dar lugar a la que tenía frente a mí.

—¿Cómo has dormido, pequeña? —me preguntó, acercándose.

—Eh... —Me pasó una mano por el pelo—. Bien, creo.

Sonrió de oreja a oreja a la vez que entraba, cerrando la puerta tras de sí.

—Me alegra oírte.

Se acercó hasta donde me encontraba, atusó mi cabello recogéndolo en una larga trenza rojiza y estiró las mantas que cubrían la cama. La observé moverse. Ver cómo había cambiado tanto en tan poco tiempo me resultaba chocante.

—Te siento extraña, Moa... —murmuré.

—¿Por qué dices eso, valkiria? —me preguntó a la vez que abría uno de los armarios que había a uno de los lados de la cama.

Tragué saliva, miré hacia otro lado y poco después alcé los hombros. Tal

vez solo fuera impresión mía, pero aquella Moa era distinta a la que había visto hasta entonces.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

Me dolía la cabeza. Era como estar incompleta. Los recuerdos se sucedían demasiado deprisa y se entrelazaban con las visiones que no había dejado de tener desde que había llegado al Midgard.

—Has dormido mucho, pequeña. —Hizo una mueca a la vez que se acercaba.

—¿Cuánto? —volví a preguntarle.

—Algo más de dos días.

Abrí los ojos tanto como pude. ¡No me lo podía creer!

—¿Dos días?! —alcé la voz.

Moa se limitó a asentir a la vez que terminaba de recoger las mantas con las que había dormido y el vaso de agua del que se suponía que en algún momento debía haber bebido. Me dejé caer sobre el colchón. Hacía tanto que no descansaba que no recordaba cómo era hacerlo.

—He tenido un sueño tan extraño... —Negué con la cabeza.

La elfo de la luz se acercó a mí, sentándose a mi lado. Pasó una de sus manos por mis piernas a la vez que las acariciaba con cuidado.

—Muéstramelo.

Tomé sus manos entre las mías, cerré los ojos y le enseñé el terrible sueño que había tenido la noche anterior. El dolor que había sentido se repetía al cerrar los ojos. Era capaz de sentir lo mismo y revivirlo una y otra vez aun sin estar allí. Su gesto se torció. Ella también podía notar todo lo que había vivido, igual que me ocurrió cuando Niels me mostró cada una de sus visiones y recuerdos.

—Dioses...

Se tapó rápidamente la boca, como si se le hubiera escapado.

—No te preocupes... —susurré.

—Lo siento, Lyss —me dijo en voz baja—. Es un sueño espeluznante.

Se abrazó a mí, acongojada. Podía sentir su energía, cómo se había tornado débil y apagada, casi como cuando la conocí.

—¿Por qué Ottar me mantiene viva?

Miró hacia la puerta, cerciorándose de que estuviera cerrada a cal y canto. De uno de sus bolsillos sacó un pequeño aparato y lo activó. Tras eso asintió, fijando sus ojos de nuevo en los míos.

—Todo lo que dice es cierto, Lyss —admitió—. Todo lo que te ha dicho, cada uno de esos recuerdos que veías... Él ha estado estrechamente relacionado contigo, por eso tu ser es capaz de reconocerlo.

Cientos de flashes empezaron a recorrer mi mente, todo mi vello se erizó y un escalofrío me invadió. Durante unos segundos, se me nubló la vista y solo pude sentir las manos de Moa agarrándome con fuerza, intentando que no me desvaneciera.

—Tranquila, Lyss —escuché que me decía.

A mi pensamiento acudió él; su rostro, sus dos pozos oscuros como la noche. Negué una y otra vez, intentando echarlo. Aun así, podía ver su sonrisa burlona, cómo me miraba...

—Sácalo, Moa —le rogué.

—Solo tú puedes echarlo.

Miré a la elfo de la luz, quien había colocado una de sus manos en mi frente, viendo lo mismo que veía yo en tiempo real.

—Aleja tu mente de él y llévala lejos de aquí.

Escuchaba a Moa en la lejanía como si estuviera metida en una cueva, escondida. La oscuridad volvió a tomar lugar. Una profunda niebla se lo llevó todo, colocándome en un escenario distinto que no conocía.

—Hola, Lyss.

12

Ottar

Allí estaba ella con su poderosa y sencilla belleza. Apareció tras las largas cortinas. Se había deshecho de sus ropajes, dejando que una tela vaporosa y casi transparente cubriera su cuerpo. Sentí cómo todo mi ser se encendía, cómo mi corazón se aceleraba recordando que en los viejos tiempos éramos capaces de amarnos sin límites, sin prejuicios.

Un fuego interno rugió, haciéndome arder como nadie había vuelto a conseguirlo. Solo ella era capaz de arrastrarme al mismísimo Helheim y traerme de vuelta para salvarme como la valquiria que era. Mi reina, mi valquiria, mi vikinga.

En su mirada divisé la inocencia que una vez tuvo, cómo sus mejillas se sonrojaban como las de la joven Lyss que conocí. Eso hizo que me volviera aún más loco, que deseara poseerla una vez más para hacer que recuperar todos y cada uno de los recuerdos que esos malditos dioses hicieron desaparecer de su mente.

—Acepto.

Las palabras salieron de su boca mediante un hilo envuelto en timidez. Era demasiado dulce e indefensa, tan delicada como jamás lo sería un elfo oscuro.

—Veo que Aila ha cumplido con su cometido —le espeté sin apartar la mirada de ella.

—Así es.

Sonreí de medio lado. Estaba tan sumamente hermosa que sería capaz de hacer que perdiera el sentido y que me postrara a sus pies con un solo chasquido. Pero ¿qué hacía un líder oscuro doblegándose por una maldita valquiria? Ella había sido siempre mi punto débil, y entonces lo era mucho más; podía someterme con una mirada.

—Ven aquí.

Extendí uno de mis brazos, ofreciéndole mi mano. La miró, en principio desconfiada, pero segundos después su expresión cambió para mí. Sonrió cohibida, pero en sus ojos pude ver que tan solo era un espejismo. En ellos había más que esa timidez, y brillaban llenos de vida. Tomó mi mano y dejó

que la guiara por el interior de mis aposentos.

—Me alegra que hayas entrado en razón.

—Debí hacerte caso mucho antes —admitió.

Bajó la mirada hacia el suelo, pero no dejé que lo hiciera durante mucho tiempo, ya que posé uno de mis dedos bajo su barbilla y la alcé. Necesitaba sentir su mirada en mí, notar que el miedo que había en ella había desaparecido.

—Hay veces en las que estamos ciegos y no vemos más allá de lo que nos han inculcado.

—¿Y tú qué ves, Ottar? —me preguntó, llena de curiosidad.

—Yo lo veo todo, valkiria, lo que hay más allá de las sombras... —murmuré, dándome la vuelta—. Soy el señor de las tinieblas y he venido a arrasarlo con aquello que debe ser mío.

Cogí uno de los vasos que había junto al botellero, le puse dos hielos y lo llené de *whiskey*. Verla allí, con ese aspecto tan frágil pero a la vez seductor, me iba a hacer perder la cabeza.

—Y... —empezó a decir.

—Recordarás antes de que eso ocurra.

Permaneció quieta detrás de mí, pero podía sentir su mirada, vigilándolo todo, observando cada uno de los objetos que la rodeaban, incluido yo.

—Hay algo que tienes en tu poder y que me gustaría recuperar.

Al girarme, vi cómo su gesto había cambiado. La inocencia que había dejó paso a mi Lyss, a la auténtica.

—Ah, ¿sí? —le pregunté, alzando una ceja.

Me miró desafiante, por lo que no pude evitar sonreír. Cerró las manos en forma de puños y los rayos empezaron a recorrer su piel como habían hecho cientos de veces. Se acercó hasta donde me encontraba, pero antes de que pudiera tocarme, los pequeños filamentos se desvanecieron.

—¿Qué es lo que quieres, Lyss?

Sin pensárselo dos veces, tomó el vaso que sujetaba en mi mano y se lo llevó a la boca, dejando que el amargo sabor rozara sus labios, y poco después acabó desapareciendo entre estos. Se relamió, acabando con una pequeña gota que aún persistía y que provocó estragos en mi interior. Un simple gesto había hecho que mi miembro se endureciera en tan solo un segundo, ¡un maldito movimiento!

Tragué saliva, le serví otro vaso más y dejé que el líquido se vertiera en el

que ya tenía ella. Le dio un largo sorbo, casi terminándoselo de nuevo.

—Quiero mi *geirr*.

—Así que quieres tu lanza... —murmuré a la vez que andaba a su alrededor. Asintió. Parecía ansiosa, pero también molesta, por lo que no me arriesgaría a hacerla estallar—. Muy bien, la tendrás —le anuncié.

Me detuve a su espalda a la vez que escuchaba cómo alguien caminaba en el exterior.

—¿Y bien? —me preguntó inquieta.

Dejé ir una sonora carcajada. Estaba más nerviosa de lo que realmente dejaba ver, y eso me gustaba: alterarla con tan solo mi presencia, hacer que todo su cuerpo estuviera atento a mis gestos.

—Aguarda, valkiria.

Acaricié su rostro cuando volví a moverme, haciendo que todo su vello se erizara ante el contacto de nuestras pieles. Su cuerpo sabía tan bien como el mío que alguna vez habían sido amantes y que nos pertenecíamos.

—¿Hasta cuándo? —quiso saber sin dejar de mirarme.

—Esta noche. Nos reuniremos junto al líder, nos alimentaremos y celebraremos tu decisión.

Me miró desconfiada, sin embargo, aceptó sin pensarlo mucho. Era una mujer impulsiva, guerrera y valiente, igual que lo había sido su madre, cosa que admiraba sobremanera.

No dijo nada más. Se dio media vuelta, con intención de marcharse, pero algo impidió que lo hiciera. Noté cómo un escalofrío la recorría de pies a cabeza y hacía que me mirara con urgencia.

—Nos vemos esta noche, entonces.

—Eh... —murmuró nerviosa—. Sí.

Parecía estar confusa, como si algo la perturbara, pero no lograba ver qué era.

—Bien. —Sonreí. Cogió aire y cerró los ojos, intentando alejarse de lo que le molestaba una y otra vez y de lo que no podía deshacerse—. Sé que hay algo que aún ronda tu mente, Lyss.

—Quiero saber una cosa, Ottar. —Me senté en la butaca que había junto al botellero, le di un trago al frío líquido y no aparté la vista de la de ella—. Antes de que llegara, vi algo —me dijo, acercándose y sentándose junto a mí. Esperé a que siguiera contándome. Parecía confusa, pero a la vez segura de lo que estaba diciendo—. Te llevaste a Engla.

Puse los ojos en blanco; la niña de los Lettvalkyr que no había callado ni un solo segundo desde que llegó.

—Así es.

—¿Dónde está? —me preguntó preocupada—. ¿Por qué lo hiciste, Ottar?

—Esa niña podría haber destrozado todo nuestro plan —le expliqué, sin importarme lo que pudiera hacer con dicha información—. Es muy sensible a las energías, pero me temo que eso ya lo sabes. Podría habernos descubierto antes siquiera de que hubiéramos llegado al norte del territorio.

—Eso no es así... —me contradijo—. Engla tan solo es una niña. Ciertamente tiene una sensibilidad mayor a las energías, pero jamás podría habernos detectado.

—Subestimas su poder, Lyss.

Hizo una mueca, sin estar aún convencida de lo que le estaba diciendo; es más, parecía no darle la importancia que merecía. No estábamos equivocados. Esa maldita valkyr era capaz de saber dónde nos encontrábamos en apenas unos segundos. No necesitaba nada, tan solo cerrar los ojos.

—Engla encuentra a todo el mundo —resumió la valkiria.

Tras eso, se puso en pie y fue directa hacia el exterior, resignada y sin ganas de hablar.

13

Lyss

—Hermosa valkiria —escuché a un hombre hablar—. He escuchado tanto hablar de ti que incluso llegas a resultarme familiar.

Me di la vuelta y me encontré de frente con un hombre de ojos azules como el cielo pero eléctricos como mis rayos. Estaban llenos de arrogancia y egocentrismo. En su boca se dibujaba una sonrisa burlona que llegaba a confundirme y desconcertarme a partes iguales.

—No sabes lo importante que eres. No llegas ni siquiera a imaginártelo.

Ladeó la cabeza, observándome con detenimiento. Se acercó hasta donde me encontraba, acarició mi mejilla con uno de sus largos dedos y olió mi pelo. Apreté mis puños mientras vigilaba cada uno de sus movimientos.

—¿Quién...? —murmuré.

Se llevó el dedo índice a la boca, haciéndome callar, y me fulminó con sus ojos, como si solo él pudiera hacer las preguntas.

—Soy Loki —Sonrió—. De Asgard.

Lo miré perpleja. Jamás había visto a Loki.

—¿A qué has venido, Loki?

—He venido a por ti, valkiria.

Loki no era solo el dios del mal, sino un embaucador sin escrúpulos que se divertía a costa del mal ajeno. Adoraba crear la confusión en la gente, manejar a todos a su antojo, igual que había hecho cientos de veces con elfos, dioses y gigantes.

El hijo de los gigantes Laufey y Farbauti esbozó una sonrisa de medio lado sin dejar de observarme. Sentía curiosidad por el transformista. Tenía tantos nombres, se había hablado tanto de él, que mis ganas de saber más crecían a pasos agigantados.

—Eres una necia y algo egoísta, Lyss. Has cambiado —murmuró, dando vueltas a mi alrededor—. Me gusta. —Sonrió—. Tengo un glorioso propósito para estar aquí, para ti, valkiria.

—¿Qué demonios tengo yo que ver en ese propósito?

—Tú serás aquello que todos desean, la reina de mis Svartálfar, mi mano derecha, la ejecutora de mi plan. —No podía apartar los ojos de él. No sabía

qué era lo que sentía, pero era capaz de abrumarme hasta límites insospechados—. Tus oídos se impacientan por escuchar las historias no contadas, ocultas por la oscuridad del pasado. Tus ojos se exasperan por ver lo que nadie jamás ha visto. Pero lo mejor de todo... —hizo una pausa— es tu mente. Está hambrienta de poder, sedienta de sangre y de venganza. — Sonreí de medio lado. Ejecutaría mi venganza, y no lo haría sola. Los dioses se arrodillarían ante mí, pedirían clemencia y conseguiría lo que llevaba deseando desde hacía meses: la verdad—. Admite tu lealtad a mí, valkiria — alzó una ceja—, y te daré aquello que más deseas.

—¿Y qué crees que es lo que más deseo?

—El resarcimiento, Lyss, una compensación por todo el mal que han hecho.

Se colocó a mi espalda. Con un rápido movimiento, sacó una daga y rasgó la parte trasera de la túnica que me cubría, dejando al aire gran parte de mi dorso. Dejó ir una leve carcajada que inundó el lugar en el que nos encontrábamos.

—El destino está escrito en tu piel.

Acarició el tatuaje que se había grabado cuando aún estaba en el Valhalla, erizando todo mi vello.

—Lo sabía —murmuró en voz baja.

El dios de la trampa provocó que un fuerte escalofrío me recorriera de pies a cabeza, sacudiéndome sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Empuñarás la espada del Ragnarök, *konungr*^b. —Sonrió.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté nerviosa.

El dios me miró de arriba abajo, negó con la cabeza una y otra vez y una risotada se escapó de su interior, aunque no intentó disimularlo.

—Joven valkiria, yo lo sé todo.

—Eso no es verdad —lo desafié.

—Ya lo verás. —Sonrió de medio lado—. Los nueve reinos verán cómo el ocaso de los dioses llegará a manos de mis guerreros.

Antes de que pudiera decir nada más, Loki se esfumó convirtiéndose en un hermoso cuervo de plumas negras como el azabache y oscuras como la noche. No pude apartar la mirada de él hasta que con su propia magia abrió el enorme ventanal que había en la alcoba para desaparecer.

—Adiós... —murmuré.

—¿Con quién hablas? —me preguntó una vocecilla a mi espalda.

Al darme la vuelta, me encontré con Aila. La joven elfo llevaba entre las manos unas telas bastante largas de las que no podía ni siquiera intuir el color, cubiertas por una manta oscura. Desvié la mirada hacia esos ojos grises y claros que no dejaban de observarme estupefactos.

—Eh... —murmuré—. ¿Qué es eso? —disimulé, mirando el bulto que aún colgaba de sus brazos.

Se acercó a la cama a la vez que intentaba destapar lo que había bajo la tela. Lo estiró sobre el colchón, y no pude evitar acercarme para saber qué era lo que se escondía. Empezó a destaparlo con una lentitud que provocaba que mi nerviosismo aumentara sobremanera.

—¡Destápalo! —le ordené.

—Ahora mismo, señora.

—¡Vamos, vamos! —le apremié.

La muchacha dio un bote, sobresaltada, y es que mi voz se había alzado más de lo que creía que haría. Una fina capa que se escondía bajo la manta era lo único que cubría el misterioso traje, o eso creía. Aila se hizo a un lado para que pudiera ser yo quien apartara el último obstáculo que me impedía conocer lo que había. Tragué saliva a la vez que con dos dedos sujetaba la fina tela, y poco a poco fui desvelando el secreto.

Un hermoso vestido negro, simple pero delicado, yacía sobre las oscuras mantas que había en la cama. Pasé mis dedos por encima. Era tan bello que no podía apartar la mirada de él. Lo cogí con suma delicadeza, intentando no dañarlo. Estaba deseando probármelo, por lo que rápidamente me deshice del fino camisón que llevaba, quedándome completamente desnuda. Tal era mi ansia por verlo sobre mi cuerpo que ni siquiera me importó tener a Aila mirando, o eso pensaba, ya que, al darme la vuelta, no encontré a nadie.

Me acerqué al espejo de cuerpo entero que había junto al armario y, cuando me vi en el reflejo, me quedé pasmada. No sabía qué era lo que más me asombraba, si la belleza del vestido o lo bien que le sentaba a mi cuerpo. Lo observé con detenimiento. Los hombros estaban cubiertos por largas y majestuosas plumas negras, como las de Hugin y Munin, los cuervos de Odín, que llegaban a cubrir la parte superior de mi espalda como si llevara unas alas replegadas. Me miré de lado. Eran tan relucientes que no parecían siquiera ser reales. El vestido no tenía mangas y quedaba ceñido en la parte del torso, ajustándose a la cintura con una pequeña banda cubierta de piedras. La parte baja era ligera, fina y opaca, con una larga abertura que empezaba un

poco más arriba de la rodilla y llegaba hasta el final.

Pasé una de mis manos a lo largo del torso del vestido y abrí ligeramente las piernas, dejando que mi muslo asomara por el corte, quedando cubierto tan solo por la parte más alta, casi llegando a mi cintura.

—Es digno de una reina.

Estaba anonadada, todavía mirándome en el espejo, como si fuera una egocéntrica, pero era tan sumamente bonito que era capaz de dejarme sin palabras. No podía dejar de mirarlo ni un solo instante.

—Como tú —escuché que añadía Ottar a mi espalda.

Ottar

Estaba sumamente hermosa, tanto que solo con verla así sería capaz de arrodillarme ante ella, doblegándome, para que pudiera hacer conmigo lo que le viniera en gana, igual que lo había hecho ya una vez. Aquel vestido había sido creado especialmente para ella, para la mujer que ocupara un lugar a mi lado. Sería la más poderosa entre los Svartálfar, y estaba seguro de que recordaría, que permanecería junto a mí.

—¿De dónde ha salido este vestido? —me preguntó sin dejar de mirarse.

Sabía tan bien como yo que su belleza llegaba a límites insospechados cuando sobre su delicado cuerpo se posaba aquel bonito vestido.

—Lo han confeccionado para ti, Lyss —le comenté sin apartar la vista de ella—. Lo han hecho para mi reina.

Cuando se dio la vuelta para mirarme directamente a los ojos, sentí cómo un huracán recorría mi interior, haciendo que mi miembro se endureciera. Aquella maldita valquiria era capaz de hacerme perder el poco control que aún tenía.

—Es tan bonito...

Sus ojos brillaban como si estuviera viendo lo más hermoso de los nueve reinos, y la verdad era que tan solo yo podía verlo. Carraspeé y desvié la mirada.

—Esta noche cenarás conmigo, y quiero que lo lleves —le dije—. Aila te preparará y te guiará hacia la sala en la que estaremos aguardando por ti.

Asintió dos veces, mirándome. Me di la vuelta, apretando la mandíbula e intentando reprimir los instintos que me pedían que me lanzara sobre ella y la volviera a hacer mía una y otra vez.

—Nos vemos esta noche, Ottar.

⁸ Reina

14

Lyss

Ottar se había marchado tal y como había aparecido en un primer momento, sin decir nada, como si de un fantasma se tratara. Por el contrario, Aila entró de nuevo con unos cepillos y abalorios que aún no había entendido dónde acabarían.

Desvié la mirada de nuevo hacia el espejo que había frente a mí. No podía dejar de observar el hermoso vestido que me cubría y se unía a mi piel como si de esta se tratara. Pasé mis manos a lo largo de mi cintura, subiendo hacia el pecho y los hombros, que estaban cubiertos de plumas. Por un instante me imaginé que eran de Hugin y Munin, los chivatos de Odín, los cuervos que recorrían los nueve reinos vigilando lo que ocurría en ellos para después volver al Asgard y contárselo al padre de todos.

—Lyss —me llamó la joven elfo.

Me fijé en ella, en cómo su oscuro cabello se recogía en una larga trenza en la parte trasera, dejando que dos mechones acunaran su rostro con delicadeza. Sus ojos eran tan claros que incluso llegaban a parecer grisáceos. Los había enmarcado en un ahumado de kohl negro que hacía que resaltaran aún más; eran realmente hermosos. No parecía como el resto, y no solo físicamente, sino que sus gestos eran completamente distintos a los que había visto. Los elfos oscuros eran rencorosos, duros, y manipuladores, pero Aila era todo lo contrario. Era delicada, tímida y recatada, y no había mal en ella, o eso creía. Me hacía sentir confusa.

—Debo arreglarle el cabello —me dijo temerosa.

La miré, alzando una de mis cejas. No comprendía a qué venían tantos preparativos. ¿No se suponía que los elfos oscuros no eran más que unos bárbaros sanguinarios? Ottar había enviado a la joven para que cuidara de mí, pero no entendía por qué.

—Adelante.

Con un ligero movimiento de su cabeza, me pidió que me sentara frente a ella en una de las sillas que había al otro lado de los aposentos, junto a una gran mesa de madera. Acarició mi cabello y fue peinándolo poco a poco, con una delicadeza pasmosa, deshaciendo cada uno de los nudos que había en él.

—¿Por qué llevas el pelo recogido? —le pregunté curiosa.

No dijo nada. Permaneció en silencio, peinándome con cuidado y colocándome los pequeños abalorios. Tenía ganas de ver qué era lo que estaba haciéndome en el cabello. Me sentía ansiosa e incluso emocionada, como hacía eones que no estaba.

—Porque no soy más que una sierva.

La miré de reojo. Su gesto se había torcido y parecía triste, pero poco después se volvió seria y fría como el hielo.

—Cuéntame más —le pedí.

Sentí cómo de golpe se detenía ante mis palabras. Miró hacia atrás y fue a cerrar la puerta para que nadie pudiera escucharnos. Se acercó de nuevo a donde nos encontrábamos y siguió con lo que estaba haciendo.

—Realmente no recuerdo mucho de lo que fue mi infancia —murmuró sin dejar de peinarme—. Mi madre y yo vivimos durante años en un sitio del que apenas podíamos salir. El resto de los elfos nos vigilaban noche y día para que permaneciéramos allí... —Suspiró—. De algún modo, estábamos siempre custodiadas. —Tragué saliva al sentir cómo la pena y el dolor iban invadiendo su ser y, por tanto, toda su energía—. Grimm hizo que mi madre sirviera a los más altos cargos de nuestra raza, pero lo que yo no sabía es que había algo oculto en ese favor... —Su voz se quebró.

De entre sus manos se le escapó el cepillo metálico, haciendo que cayera al suelo, provocando un fuerte estruendo que me erizó el vello.

—¿Qué ocultaron? —me interesé. Me di la vuelta para poder mirarla fijamente, haciendo que mi cabello se escapara de entre sus manos. Parecía muy dolida, pero también había rabia en ella—. ¿Qué hicieron, Aila? —volví a preguntarle, acongojada.

—Ellos... —susurró con pesar.

Antes de que pudiera decir nada más, alguien tocó la puerta, sobresaltándonos, por lo que rápidamente miramos hacia ella. Tragué saliva y cerré con fuerza los puños, alerta por si quien se encontraba tras esta era una amenaza.

—Adelante.

Moa apareció con una media sonrisa en sus labios, por lo que pude suspirar de alivio. Aquella mujer era la bondad personificada.

—¿Qué os ocurre, niñas? —nos preguntó la elfo de la luz.

—Pensábamos que podías ser otra persona.

—Oh, disculpad. —Su sonrisa se torció. Hizo una mueca y se pasó las manos por la cara. Cerró la puerta a su espalda para que nadie más entrara—. Solo venía a ver cuán hermosa estabas.

Su voz se apagó cuando me puse en pie para recibirla. Durante unos segundos permaneció pasmada, quieta, como si hubiera visto un fantasma. Lo cierto era que incluso yo me veía despampanante con aquel vestido. Pero no solo eso, sino que estaba segura de poder conseguir lo que me propusiera y más.

—Por los dioses... —murmuró a la vez que se tapaba la boca.

Aila la miró sorprendida por lo que había dicho. En aquel lugar estaba prohibido mentar a los dioses, y Moa lo había hecho.

—No digas nada —le pidió a la sierva.

La joven asintió con la mirada fija en ella, a pesar de que no parecía muy segura de aceptar lo que le estaba pidiendo Moa.

—Madre mía, Lyss, estás tan sumamente bella... Jamás había visto a una mujer como tú.

—Es una valquiria, Moa —precisó Aila.

—Ella es más que eso. Tiene lo mejor de los dos mundos: valquiria de corazón y humana de nacimiento.

—¿Cómo...? —intenté preguntar.

Dejó ir una melódica carcajada y negó con la cabeza. Sus ojos brillaban esperanzados, igual que lo hacía la energía que la recorría. Era feliz, pero no lograba comprender por qué.

—Joven valquiria, hay tantas cosas que sé y que tú aún desconoces... Tantas que ni siquiera sé si algún día conseguirás saberlas todas. —Rio.

Se acercó a donde nos encontrábamos, con una enorme sonrisa dibujada en sus labios, sin apartar la vista de mí. Con un leve gesto, me pidió que me sentara de nuevo. Acarició mi cabello con delicadeza y siguió peinándolo como había estado haciendo Aila.

—Ya puedes marcharte —le dijo a la joven sierva.

—Pero Ottar...

—Ya me encargaré de hablar con él, no te preocupes. —Moa sonrió.

—Gracias.

Aila se inclinó un poco hacia delante, agradecida. Moa tenía un corazón puro, noble y lleno de amor, ese que no se cansaba de repartir entre todos aquellos que eran bondadosos con ella.

—Hay algo que no entiendo... —murmuré.

Fijé mi vista en el gran ventanal. La noche estaba cayendo y, poco a poco, el sol se iba escondiendo tras las altas montañas que rodeaban la fortaleza en la que nos encontrábamos. Porque sí, aquello era un bastión inexpugnable.

—¿Qué no comprendes, Lyss?

—¿Por qué eres feliz, Moa? —le pregunté, llena de curiosidad—. Estás en un lugar lleno de enemigos, de gente que no te quiere, que no te respetan, que no cuidan de ti... No le importas a nadie.

—Eso es cierto... Pero no me preocupa. —Hizo una mueca—. Lo único que me hace feliz es saber que, a pesar de tu dolor, serás capaz de traer algo de luz a este pozo de oscuridad en el que estamos metidas.

—Confías demasiado en mí, Moa.

—Lo hago porque sé a ciencia cierta que puedo hacerlo. —Comenzó a trenzar parte de mi cabello—. Y debes hacerlo tú también, Lyss. Debes confiar en ti misma.

—Sé lo que me ofrecen, Moa —murmuré, jugueteando con mis manos—, y lo que quiero. No tengo nada que pensar.

Tragó saliva. Vi cómo su gesto cambiaba, pero no acababa de difuminársele la sonrisa que aún había en sus labios.

—Es hora de que terminemos.

15

No dejaba de caminar de un lado a otro. Podía sentir el nerviosismo en mí, pero no comprendía realmente por qué. Iba a reunirme con el gran líder de los elfos oscuros, compartiría junto con él y Ottar una cena en la que ni siquiera sabía qué decir. ¿Estaba realmente segura de lo que iba a hacer? Lo cierto era que no. Ansiaba con todo mi corazón y mi alma vengarme de los dioses que una vez me engañaron. Pagarían por todo mi mal, y lo haría con la ayuda de los elfos.

—Lyss —escuché que me llamaban.

Me giré, y a mi espalda pude verlo. Loki había vuelto a mis aposentos. Estaba apoyado contra la puerta, la cual se encontraba cerrada. En su mirada había persuasión, pero también egolatría y una soberbia más grande que en Yggdrasil, el árbol de la vida.

—¿Qué quieres, Loki?

—No estoy del todo... —hizo una pausa a la vez que iba acercándose a mí— seguro de que vayas a hacer lo que me dijiste.

Alcé una ceja, sin dejar de mirarlo, y segundos después me di la vuelta para fijarme en el exterior de la casa. La noche se había cernido sobre nosotros. Decenas de antorchas alumbraban los alrededores para que así fuese más fácil de vigilar.

—¿Y eso por qué? —le pregunté desafiante.

—No confío en ti, valkiria. Es más..., ¿por qué debería hacerlo? —Sonrió de medio lado.

Posó sobre mis hombros sus dos grandes manos y bajó lentamente por mis brazos hasta llegar a la altura de mis muñecas. Con un ágil movimiento, rasgó parte de la piel de las palmas de mis manos. Me aparté de él tan rápidamente como pude y lo miré asustada. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Loki guardó la daga que sujetaba entre una de sus manos, llevó una de las mías hasta que sus labios rozaron la sangre que emanaba de la herida y sonrió.

—No necesito nada más, valkiria.

Segundos después desapareció, como ya había hecho la vez anterior. Las manos me temblaban. Sentía la sangre gotear poco a poco sobre el oscuro suelo de madera, cómo repiqueteaban cada una de las gotas.

—¡Lyss! —exclamó Aila nada más entrar en la alcoba.

En su rostro solo había terror. Estaba asustada, más incluso que cuando me hablaba de los castigos a los que la sometían si no cumplía con su cometido. Corrió hacia donde me encontraba y con agilidad rebuscó en la bolsa de tela que colgaba de su hombro derecho un retazo con el que poder frenar la sangre que emanaba de las heridas.

—¿Qué demonios ha ocurrido? —me preguntó asustada.

—Eh...

Empecé a sentir cómo mi cuerpo se volvía cada vez más pesado, cómo todo me daba vueltas, hasta llegar a un punto en el que pensé que iba a caerme. Bajé la vista hacia mis manos, hacia las de Aila, pero ya no había ni rastro del líquido escarlata que una vez había teñido la madera, volviéndola oscura como la noche.

La vista se me nubló, haciendo que cayera hacia atrás. Por suerte, con la poca fuerza que me quedaba, pude apoyarme en la pared que había detrás de mí, impidiendo que me golpeará contra esta.

—Lyss, Lyss —me llamaba Aila.

—*Es hora de que todo empiece, valkiria.*

La ronca voz de Loki resonó en mi cabeza como lo haría el eco rebotando entre las altas montañas que nos rodeaban.

—Señora, por favor —dijo en voz baja.

La joven intentaba sujetarme para que no acabara cayendo al suelo, aunque de poco sirvió. Pasó sus brazos por debajo de los míos, tirando de mí hacia arriba, pero no había manera. Por suerte, apareció uno de los guerreros de Ottar, quien se asomó por la puerta al escuchar los sollozos de Aila. Entreabrí los ojos. Los párpados me pesaban, y pude ver que el soldado se dirigía hacia nosotras.

—Norak —lo llamó ella.

Parecía serio y rudo, como el resto de los elfos, e incluso más terrorífico que algunos de los que ya había visto. Su piel era tan clara, casi translúcida, que incluso llegaba a ver las venas bajo esta. Cerré los ojos, sintiendo que ya ni a ellos los podía mantener arriba sin que me costara un sobreesfuerzo.

—Suéltala —le ordenó.

Con un rápido y fuerte movimiento, me sujetó en brazos y, sin delicadeza alguna, me dejó caer sobre la cama, haciendo que incluso llegara a rebotar sobre ella.

—Pero ¡¿qué haces?! —exclamó la joven—. ¡No la trates así!

La elfo corrió hacia él. Podía escucharlo, pero también oí cómo de un bofetón fue capaz de tirarla al suelo, haciendo que se golpeará con el armario que había detrás de ella.

—Haré lo que quiera, maldita perra —gruñó el elfo.

Durante unos minutos reinó el silencio. Aila no se atrevió a rechistar ni una sola vez más, hasta que alguien carraspeó a la entrada. Intenté abrir los ojos, pero no me hacía falta ver para saber de quién se trataba.

—Norak, aléjate de ella.

La voz de Ottar tenía tantos matices que era imposible descifrarlos todos. Era ronca y oscura, pero a la vez altiva y dominante. Todo mi vello se erizó al sentir su mirada en mí, a pesar de que ni siquiera era capaz de verlo.

—¡Aléjate! —alzó la voz.

El elfo oscuro obedeció y se encaminó hacia la entrada algo molesto ante la orden que le había dado su superior.

—¿Qué ha pasado?

Noté que venía hacia donde me encontraba, cómo su energía cambiaba y se calmaba a medida que se acercaba. Había preocupación en él, pero también rabia. No entendía por qué, pero lo averiguaría. Una de sus manos rozó mi brazo derecho con delicadeza, devolviéndome, por alguna rara razón, la fuerza que había perdido minutos atrás. ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

—Debe estar débil, señora —murmuró Aila—. Lleva mucho tiempo sin alimentarse como es debido.

Ottar me observaba con detenimiento. No podía apartar sus ojos de los míos, igual que yo no podía hacerlo. Había una extraña conexión entre nosotros que todavía no sabía hasta qué límites podía llegar a unirnos, pero necesitaba saber hasta dónde podía llegar y a dónde nos podía llevar.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí —le respondí escueta. No se conformó con esa simple respuesta, por lo que alzó una de sus oscuras cejas y aguardó a que volviera a contestar—: Ha sido solo un leve vahído.

—Moa se ocupará de ti. —Miró a Aila y torció el gesto.

Desvié la vista hacia ella, quien parecía preocupada por lo que el elfo pudiera llegar a hacerle. No dejaría que le tocara ni un solo pelo.

—No es necesario, Ottar.

—Se hará lo que yo diga —gruñó molesto.

—No puedes ser siempre un tirano, *hrafn* —le dije en voz baja, alargando

mi mano hasta tocar la suya.

—¿Cómo has dicho?

Ottar

Sabía tan bien como yo que aquella palabra era sagrada, y que la pronunciara sin ni siquiera recordar su significado hacía que un infierno me arrasara por dentro. Lyss era capaz de llevarme la contraria sin que le supusiera esfuerzo alguno, y eso suponía que me saliera de mis cabales. Era guerrera e inconformista, pero también cabezota. Había veces que no era capaz de aguantarla.

—¡He dicho que se hará lo que yo diga! —alcé la voz.

Aila bajó la vista al suelo, asustada. Sin embargo, la valquiria permaneció desafiante, segura de poder ganar esta pequeña batalla. Dejé ir una carcajada. «Maldita valquiria estúpida», pensé.

—Tienes mucho que aprender, Lyss, o acabarás muerta antes de que puedas verlo.

16

Me miré una última vez en el espejo antes de salir. Tras la puerta me esperaba Moa, quien permanecía exultante y jubilosa. No apartó la mirada de todo mi cuerpo. Le era imposible dejar de observarme, igual que ya le había ocurrido a Ottar al verme.

—¿Vamos? —le pregunté.

—Ajá —Sonrió.

Nos adentramos en un largo pasillo que envolvía el caserío casi por completo, ya que lo rodeaba dejando en la parte central un espacio abierto. Desde este podíamos ver todo lo que ocurría en el salón de la planta baja sin tener que descender. Me apoyé ligeramente sobre la barandilla y sentí cómo mis piernas empezaban a temblar. Jamás había tenido miedo a las alturas; las valkirias no lo concebíamos. Estábamos tres plantas más arriba, por lo que nos encontrábamos a bastante altitud.

Moa tomó una de mis manos y tiró de ella, guiándome por el pasadizo hasta llegar a unas anchas escaleras que daban al resto de las plantas. No me había percatado de lo grande que era la casa hasta aquel momento. Allí había muchísima gente, pero casi nadie vivía en el caserío.

—¿A quién veré? —quise saber cuando vi que ya nadie nos rodeaba.

—A Grimm.

Conocía a aquel nombre, pero no era capaz de saber si estaba en lo cierto y si mis recuerdos eran los correctos, aunque me acordaba a la perfección de su rostro.

—¿Grimm? —le pregunté.

—Sí, nuestro líder.

Grimm había aparecido durante mi cautiverio, la primera vez que estuve entre los elfos oscuros. Skule me había encerrado en un zulo del que no podía salir y en el que me torturaba noche y día, como había hecho cuando llegué de nuevo.

—¿Estará él en la cena?

—Así es —me respondió a la vez que asentía.

—¿Estará Skule? —le pregunté, a pesar de que no quería saber la respuesta, ya que me temía que así iba a ser.

Moa hizo una mueca a la vez que me decía que sí con la cabeza. Torcí el gesto; no había nadie a quien odiara más que a ella. Cerré los ojos, sintiendo

cómo el enfado empezaba a recorrerme. Debía calmarlo, o la noche no acabaría bien.

—Tranquila. Ottar no dejará que te ponga una mano encima.

—Si lo intenta, ya puede dar por perdida la mano.

Me miró con los ojos bien abiertos, como si no llegara a creerse lo que le estaba diciendo, por lo que no pude evitar dejar ir una sonora carcajada que llamó la atención de los que estaban en la planta baja. Algunos elfos me miraron estupefactos. Mientras, solo pude continuar bajando, intentando hacer como si nada.

Al llegar al final de la escalera, Moa se hizo a un lado, dejando que terminara de descender con tranquilidad. Todos me observaban, cosa que no me agradaba de ninguna de las maneras. La elfo de la luz me hizo un gesto, guiándome por el interior de la planta baja. Rodeamos la zona central, que se veía desde el pasillo, y caminamos en dirección a dos grandes puertas de las cuales una permanecía abierta.

—Es por aquí.

Me guio hacia el interior, y fue entonces cuando lo que vi me dejó pasmada. Era como haber vuelto años atrás o, mejor dicho, siglos atrás. Las paredes estaban llenas de antorchas que alumbraban el lugar. En el centro del gran salón se extendían dos largas mesas que llegaban casi al final de este, y entre ambas brillaba una poderosa hoguera. El fuego no hacía más que bailar al son que el viento le marcaba, despreocupado y libre como nadie.

Desvié la vista. Al final de la estancia había dos majestuosos tronos y, frente a estos, una mesa llena de comida, igual que lo estaban las dos anteriores.

—Dioses... —murmuré en voz muy baja.

El olor a carne asada, a madera ardiendo y a *hidromiel*⁹ envolvió mis fosas nasales, transportándome a tiempos inmemoriales. Todo aquello me parecía tan familiar que era incluso capaz de sentirlo como mío. Cuando pisé una de las alfombras de pelo de oso que cubría el suelo, unos acompasados tambores empezaron a sonar, creando una conjura de la que creí que no podría salir. Escuché que alguien carraspeaba a mi espalda, sobresaltándome, por lo que no pude evitar girar sobre mis talones hasta encontrarme con su mirada ceniza, esa que no me deseaba nada bueno.

—Grimm... —murmuré en voz baja.

—Lyss —me saludó altivo, como si supiera más de mí de lo que lograra

imaginar—. Te diría que me alegro de que hayas venido —hizo una pausa—, pero mentiría... No entiendo qué interés tiene en ti ese zoquete de mi hijo, no eres más que una simple humana disfrazada de valquiria.

Cogí aire, intentando calmar las ganas de ahogarle que tenía, no me había gustado en ningún momento, pero cada vez sentía más ganas de quitarle de en medio. Le miré desafiante, alcé una ceja y resoplé, callando todas y cada una de las injurias que golpeaban mis labios hasta ser dichas.

—Yo tampoco lo sé, pero para tu desgracia, él quiere que permanezca a su lado y así lo haré —espeté con rabia—. Al menos por el momento.

Tras cruzar cuatro palabras, me di la vuelta y miré a mi alrededor evadiéndome de lo que acababa de ocurrir. Aquellas gentes no eran tan distintas como pensábamos. Lo cierto era que se parecían más a nosotros de lo que jamás los dioses serían capaces de admitir. Al final del salón, apareció Ottar, dejándome embobada por completo. Habían trenzado su cabello, igual que habían hecho con el mío, añadiéndole abalorios y dejando parte de este libre para que pudiera moverse a su antojo. Vestía unos pantalones vaporosos de color negro, dejando al aire gran parte de su torso, que solo se cubría con una larga raya rojiza, oscura y brillante como la sangre, que en forma de T se dibujaba bajo sus clavículas y moría más allá de la cinturilla de su pantalón. Sentí cómo mi boca se secaba al segundo. No lograba apartar la mirada de su fuerte pecho, de esos brazos que más de una vez me habían sujetado.

Ottar era delgado, pero sus músculos se marcaban allá donde mi vista se posaba. Por alguna extraña razón, quería acercarme a él, tocarlo y sentir su piel contra la mía; o, mejor dicho, lo necesitaba. Cerré los ojos, intentando alejar de mi mente aquella estúpida idea. Al abrirlos, me encontré con una sonrisa pícaro y desafiante.

—Buenas noches, valquiria —dijo socarrón.

Desvié mis ojos hacia su frente, en la cual también había una gran raya del mismo color que la anterior y que señalaba su pequeña y redondeada nariz. Sus dos pozos negros como la noche se fijaron en los míos, haciendo que un escalofrío me recorriera de pies a cabeza y me impidiera seguir avanzando.

Comenzó a acercarse hacia donde me encontraba. Por un momento dejé de ver lo que nos rodeaba para fijarme por completo en él, en cómo avanzaba hacia mí. Su mirada era tan profunda que era capaz de absorberme y lanzarme al más profundo abismo, ese en el que tan solo él tenía el control.

Cuando estuvo frente a mí, tomó una de mis manos, le dio la vuelta y besó mi muñeca por la parte interna, erizando todo mi vello.

—Me alegra verte. —Sonrió.

No dije nada, solo me limité a asentir sin apartar la vista de la suya. Me sentía en un recóndito trance que me aislaba de todo y me hacía sentir en paz. Aquello era demasiado extraño. Era tan distinto a lo que había imaginado... En Ottar había oscuridad, muerte, dolor y las almas que se había llevado de todos aquellos a los que les había arrebatado la vida, pero por alguna razón era el único capaz de hacerme sentir en calma.

—¿Me acompañas?

Le dije que sí con un pequeño movimiento de cabeza, inducida por un estado de sumisión que no me permitía ni siquiera pestañear. Tomó una de mis manos y una chispa saltó ante el contacto de nuestras pieles. Solté su mano ante el contacto. «¿Qué demonios ha sido eso?», me pregunté. Vi cómo Ottar sonreía de medio lado. Sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo. Me sujetó de nuevo, y esta vez nuestros cuerpos no ardieron al unirse, cosa que en cierto modo me decepcionó.

Me guio por el interior del gran salón hasta que cinco hombres vestidos con pieles, cabezas y manchados de carbón aparecieron. Entonces, una poderosa melodía a base de tambores empezó a resonar por todo el interior del lugar en el que nos encontrábamos. Cantaban como si de un rito se tratara, invocando a seres que jamás deberían despertar.

No podía dejar de observarlos. Cada movimiento que daban, cada paso adelante provocaba que mi corazón se acelerara al ritmo de sus instrumentos y conseguía descolocarme. Entonaron una canción de guerra. Estaban preparados para acabar con todos aquellos que se interpusieran en su camino, y no tendrían miramientos. No les importaba quién intentara detenerlos; los matarían igual que ya hicieron con cientos de elfos de la luz.

—Vamos —murmuró Ottar a la vez que pegaba su boca a mi oreja.

Tiró de mí, guiándome, sorteando a los guerreros que cantaban y a las gentes que empezaban a llenar el gran salón. La mayoría eran hombres, parte del ejército de Grimm. Entre ellos pude identificar a uno. Norak iba acompañado de tres jóvenes elfos con los que jaleaba y reía. Cuando me vio, no pudo evitar fijar sus oscuros ojos en los míos. Había algo tenebroso en su interior que no me gustaba.

Parpadeé, intentando apartar de mi mente a aquel hombre, pero de nada

servió. Me sentía débil y manejable, lo que hacía que mi corazón se acelerara a causa del enfado. Apreté las manos, cerrándolas en puños, y negué con la cabeza. Tenía que calmarme, o acabaría achicharrando a alguien.

—¿Dónde nos sentaremos? —le pregunté nerviosa.

—Allí —me dijo Ottar, señalándome el final de la sala.

Asentí lentamente al ver cómo Norak se quedaba en la parte trasera de esta. Me sentía incómoda. Aquel elfo no hacía más que vigilarme. A cada paso que daba, allí estaba su mirada, persiguiéndome como un lobo acecha a su presa.

⁹ Bebida de los dioses a base de agua y miel

17

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Moa, preocupada.

Negué con la cabeza. La cena había transcurrido más o menos con tranquilidad, si es que eso podía ocurrir entre una horda de elfos. Me había levantado, alejándome de Ottar, de todos aquellos que no hacían más que observarme, hasta que Moa me encontró.

—La verdad es que no... —murmuré cabizbaja.

—Tranquila, ya te acostumbrarás. —Sonrió—. Sé cómo te sientes.

Cogí aire. Aquella no era la Lyss que había aprendido a luchar, no era esa a la que le habían arrebatado a sus padres, no era la vikinga que debía ser, y eso se había acabado. Debía aceptar mi nuevo sino, acatar las pocas órdenes que recaían sobre mí y vivir, simplemente vivir y ser libre para decidir. Loki me había asegurado que tendría la suficiente independencia como para poder hacer lo que me viniera en gana, y estaba decidida a utilizarla.

—No, no pienso acostumbrarme, Moa, porque yo no voy a ser como tú.

—Lyss, a mí también me miraban cuando llegué, y no por ello he cambiado.

—La que ha cambiado soy yo, Moa. He dejado que la rabia y los dioses acabaran conmigo, pero eso ya no va a ser así —le aseguré.

La mujer hizo una mueca, preocupada, pero aun así tuvo una mirada de cariño y compasión para mí.

—Estaré contigo siempre que me necesites.

Asentí sin apartar la vista de la suya. Era demasiado bondadosa como para estar junto a los elfos oscuros. Moa era un regalo de los dioses para todo aquel que se topara con ella y pudiera conocerla.

—Gracias.

Norak y uno de sus hombres no dejaban de observarme, cosa que me incomodaba y no me gustaba ni un pelo. Apreté la mandíbula al ver que el segundo se levantaba del asiento en el que se encontraba y me sonreía lascivamente. Aquel hombre me repugnaba sobremanera. Era tan asqueroso que incluso se me revolvía el estómago con lo poco que había comido.

Vi cómo se movía entre los bancos, pasando entre los elfos que permanecían en pie, hablando con unos y otros. Nadie se fijaba en lo que él hacía salvo yo. Se dirigía hacia donde me encontraba, lo que hizo que cerrara las manos en puños, preparada para lo que pudiera ocurrir. Busqué con la

mirada a Ottar, el cual había desaparecido de la sala, por lo que maldije entre dientes. No había ni rastro de él; tampoco de Skule ni de su *draugr*. «¡Ojalá tuviera mi *geirr!*», me dije a mí misma.

Me acerqué a una de las mesas, en la que se había sentado Moa, intentando pasar desapercibida, pero nada se escapaba a esos ojos vacíos y llenos de maldad. Su mirada permanecía fija en mí. Ni siquiera necesitaba mirar a su alrededor; simplemente, apartaba a aquellos que se topaban en su camino. Me senté al lado de la elfo de la luz, una milésima de segundo, el tiempo justo para poder robar un puñal de los que había sobre la mesa, y lo escondí.

Me acechaba. Aquel elfo creía ser un depredador digno de cazar a una presa como yo, pero lo que no sabía era que la única cazadora que había en la sala era yo. Alcé la comisura de mis labios ligeramente y apreté la mandíbula con fuerza, preparada para lo que estuviera por llegar.

El elfo cada vez estaba más cerca, lo que erizaba mis nervios, provocándome aún más rabia de la que ya contenía mi cuerpo. Sujeté con fuerza el puñal que había escondido entre las telas del vestido y fijé mi vista en la suya, desafiándolo. No iba a amedrentarme. Si lo que quería era luchar, acabaría muriendo entre mis manos. No dejaría que me rozara ni siquiera la piel.

—Hola, preciosa —me dijo cuando estuvo a menos de diez centímetros de mí.

Podía sentir su terrible olor inundando mis fosas nasales, cómo su oscura energía empezaba a rodearme, haciendo que mi vello se erizara. Era aún más repulsivo de cerca.

—¿Qué quieres? —le pregunté con malos modales.

Acercó una de sus manos a mi cabello. Aunque intenté apartarme, no sirvió de nada, ya que se lo llevó a la nariz, deleitándose con mi olor. Dejó ir un profundo gruñido digno de un animal que me horripiló.

—A ti —me susurró al oído.

Escucharle hizo que una arcada me sobrecogiera. Me aparté de él, aunque con rapidez me sujetó por el brazo haciendo una presión desmedida.

—Suéltame —siseé con rabia.

—¿O qué? —me preguntó retador.

Cogí aire y cerré los ojos. Necesitaba calmar los nervios y la cólera que empezaban a hervir mi sangre como si estuviera en el mismísimo

Muspelheim.

—No eres más que una simple rehén que no vale para nada —me dijo con desdén.

—Te mataré.

Alzó una de sus cejas dejando ir una sonora carcajada que inundó la sala e hizo que todos se giraran hacia nosotros. Su expresión cambió un segundo después de la gracia al terror más absoluto.

—Ottar... —murmuró—. No... No sabía que era tu protegida.

—No te matará ella —escuché a mi espalda—. Te mataré yo.

Antes de que pudiera mover ni un solo músculo, Ottar pasó frente a mí, agarró al elfo por el cuello e hizo que acabara estampándose contra la pared que había al final de la sala. La cólera y la inquina que había en él eran tan grandes que incluso hizo que un escalofrío me recorriera. Empezó a golpearlo con fuerza en el estómago y en el rostro, haciendo que la sangre empezara a emanar de su boca y nariz a borbotones.

—*Hrafn* —lo llamé.

Se giró hacia mí, fijando sus dos pozos negros en los míos. Se habían vuelto rojizos como la más pura sangre. Respiraba agitado, hasta el punto de que parecía un lobo enfurecido. La gente que nos separaba se apartó a un lado, creando un pasillo por el que me encaminé hacia donde se encontraba. Caminé pausadamente, sin apartar la vista de la suya, controlando la bestia que había dentro.

Durante unos segundos solo existimos nosotros; todo lo demás se esfumó. Solo estaba el elfo que me había acompañado desde mi llegada al Midgard o, mejor dicho, desde mi vuelta al reino al que siempre había pertenecido y en el que él aguardó mi regreso. Pero todo eso se esfumó cuando uno de los hombres que se encontraban al final del salón empezó a jalear. Ottar volvió a girarse hacia el elfo que permanecía apresado contra la pared y que apenas podía respirar. Así no lo mataría, tan solo le provocaría una leve agonía de la que pronto se recompondría en el momento en el que lo dejara ir. Había tanta rabia en mí que la ira era capaz de guiar mis pasos. Haría que aquel maldito sirviera como ejemplo.

Cuando llegué a donde se encontraba, posé mis manos sobre sus hombros, todavía sujetando el puñal.

Ottar

—Déjame a mí —me susurró al oído.

Negué con la cabeza, lleno de rabia y rencor. Aquel maldito había osado tocarla, desafiarla y menospreciarla. Se arrepentiría de lo que había hecho. Sonreí de medio lado, sintiendo cómo Lyss apretaba mis hombros pidiéndome paso. Se colocó a mi lado, observando con detenimiento el gesto de terror que había en el rostro de Dag.

—¿Segura? —le pregunté.

Antes siquiera de que pudiera responderme, sacó un puñal de entre las telas del vestido y cortó por completo su cuello, seccionando sus arterias y haciendo que una cascada de sangre emanara de la herida. Sonrió, con el rostro manchado de sangre, y me miró. Dag seguía ligeramente consciente. La pérdida de sangre acabaría siendo un problema, pero aún no lo era.

Lyss

Me hice a un lado, observando cómo aquel malnacido se vaciaba cada vez con mayor rapidez. Ottar sonrió negando con la cabeza. Con un rápido movimiento y con sus propias manos, atravesó el pecho del elfo y le sacó el corazón, el cual aún bombeaba sangre. Miré a nuestro alrededor. Todos nos observaban pasmados, aunque poco después empezaron a vitorearlo.

—Bien hecho, vikinga.

Metió el corazón del elfo dentro de su boca y dejó que se desplomara en el suelo encharcado de sangre. Asentí, sin dejar que el puñal cayera al suelo. Las manos empezaron a temblarme como si hubiera sido la primera vez que mataba. Cogí aire llenando mis pulmones, dejando que el rencor se escapara y diera paso a una calma que solo Ottar era capaz de conseguir en mí.

18

Antes de salir, cuando me di la vuelta, desvié la mirada, y junto a la puerta pude ver cómo Skule se atusaba el pelo y los ropajes, recolocándolos en su lugar. Fijó sus ojos en los míos, luego en los de alguien a mi espalda y, cuando me giré para ver lo mismo que ella, me encontré con Ottar. La elfo dejó ir una sonora risotada que me sentó como una puñalada. ¿Es que aquello no iba a acabar? La rabia me invadió de nuevo, por lo que decidí salir de aquel lugar. Necesitaba escapar, alejarme de ellos y conseguir lo que quería: recordar.

Subí con rapidez hacia mi habitación, aunque antes de que pudiera hacerlo, escuché cómo alguien salía también del salón.

—Será mejor que no pienses mucho en ello, estúpida —me dijo Skule desde la planta baja, riéndose.

Apreté las manos en puños, dejando que la electricidad corriera por mi piel. La furia era tan grande que no podía hacer nada por calmarla. Viviría durante eones con aquel dolor. Sería el recordatorio de una traición.

Horas después alguien tocó la puerta, por lo que me levanté sobresaltada del butacón que había junto al gran ventanal, ya que apenas vivía nadie en aquel caserío. Antes de que dijera nada, la puerta se abrió y tras ella apareció Ottar, con los ropajes hechos girones.

—¿Qué demonios quieres?

—Mi indómita Lyss... —murmuró, cerrando la puerta.

—Ottar...

Apreté la mandíbula al imaginar cuáles eran sus intenciones. Aquel elfo no tramaba nada bueno, o al menos eso era lo que creía. Antes de que cerrara, chasqueó los dedos, haciendo que Aila entrara con un carro lleno de botellas, vasos y algo para comer. Tras eso, volvió a chasquearlos para invitarla a salir.

—Solo he venido a pasar un rato contigo, ¿o es que ni siquiera eso puedo hacer?

Tragué saliva y, con disimulo, intenté encontrar el puñal con el que había asesinado al maldito elfo en el dobladillo que había hecho en mi vestido. Lo sujeté con fuerza, dejando que mi gesto fuera el de una mujer tranquila. Conseguiría lo que quería, y lo haría antes de que él pudiera percatarse.

Ottar

Sentía cómo me pensaban las piernas, cómo la cabeza se me iba, pero había algo que tenía claro: la quería a ella y en aquel preciso instante. Serví dos vasos de *whiskey* e introduje un par de hielos a cada uno de estos. Tal vez los humanos no tuvieran grandes cosas, pero la bebida la bordaban. Me deshice de la prenda que me cubría, aunque estaba destrozada y no era más que una tela con agujeros.

—He venido a hablar contigo, pero antes quiero invitarte a un trago.

Me acerqué a donde se encontraba, lentamente, sin apartar la mirada de ella. Era tan sumamente hermosa que jamás encontraría a nadie que llegara ni siquiera a parecersele. Apreté la mandíbula sintiendo cómo el ansia por hacerla mía no hacía más que crecer y crecer sin control alguno. Lyss era un tesoro, el ser máspreciado que existía en los nueve reinos, y eso lo sabían sus malditos dioses. Pero gracias a su codicia, a su rencor y miedo, los elfos conseguiríamos lo que nos traíamos entre manos: acabaríamos con ellos y provocaríamos el Ragnarök con el que siempre habíamos soñado.

—¿De qué quieres hablar? —me preguntó, alzando una de sus cejas pelirrojas.

—De ti, Lyss. —Cerró los ojos, volviendo a sentarse en la butaca junto a la que había estado en pie. Miró por la ventana, perdida, hasta que me escuchó demasiado cerca—. Tus recuerdos permanecen dormidos, pero tengo algo que los despertará —le aseguré a la vez que removía el líquido de los vasos.

Su mirada brilló. Aquella era la mejor noticia que podría tener en eones. Recordaría todo lo que había ocurrido en su vida pasada sin dejar que los vagos espejismos que esos malditos dioses le habían metido en la cabeza la confundieran sin dejarle ver lo que de verdad había pasado tiempo atrás.

Me alejé ligeramente, sin perderla de vista.

—Primero bebe esto, y luego te daré lo que necesitas.

Me miró con desconfianza, pero poco después tomó el vaso entre sus manos, llevándose a la boca y saboreando el *whiskey* que había en él. Se relamió los labios como lo haría un gato, indefensa, aunque al mismo tiempo seductora. Era una mujer capaz de parecer el ser más débil del universo, sin embargo, a la vez poderoso como ningún otro.

—Sigo sin fiarme de ti, Ottar.

Se puso en pie y se encaminó hacia mí. Era como una pantera, tan elegante como peligrosa, una unión perfecta en el cuerpo de una sola mujer.

De entre los pliegues del vestido sacó el puñal con el que había degollado a Dag y me golpeó con fuerza, haciendo que cayera de espaldas sobre el colchón. Sin pensárselo dos veces, se arremangó la falda del vestido y se sentó sobre mí, con la mirada fija en la mía, llena de desconfianza. Mi corazón se desbocó, haciendo que mi respiración se volviera agitada e incluso nerviosa. Lyss era capaz de descolocarme.

Me miró con superioridad, igual que había hecho cientos de veces. Las comisuras de sus labios se alzaron juguetones, desafiantes, mientras que colocaba con agilidad el puñal sobre mi yugular.

—Ya sabes lo que quiero, Ottar.

Mi miembro se endureció al escuchar mi nombre en su boca, sintiendo cómo todo su ser recaía sobre el mío, dejando que nuestras pieles se unieran una vez más. Quería tomarla, recordarle todos y cada uno de los momentos que habíamos vivido a base de embestidas.

—¿Qué es lo que quieres, valkiria? —Sonreí lascivo.

Posé mis manos sobre su cintura, haciendo que se revolviere nerviosa sobre mí, hasta que me sintió. Entonces, sus mejillas se sonrojaron como las de una niña. Hice acopio de todas las fuerzas que me quedaban, porque un solo gesto más y acabaría poseyéndola en aquella misma cama.

—Mi *geirr*. Me dijiste que cuando pasara la cena me la darías.

Hice una mueca de decepción, aun sabiendo desde el principio a qué se refería, aunque ojalá hubieran salido otras palabras de entre sus deliciosos labios.

—La tendrás —le aseguré—. No es necesario que me amenaces con ese puñal. De nada servirá.

—¿Cuándo? —me exigió, más nerviosa que antes.

—Por eso, no debes preocuparte.

Con un rápido movimiento, la dejé sobre el colchón, apartándola de mí. La piel me hervía, igual que lo hacía todo mi ser al sentir el contacto con la suya. La necesitaba como hacía eones que no sentía, pero aún no era el momento. Lyss debía entregarse a mí en cuerpo y alma, como ocurrió tiempo atrás.

—La quiero ahora —apuntilló. Cogí aire a la vez que me ponía en pie, alejándome de ella—. ¡Me lo debes! —Me golpeó con fuerza la espalda.

—Antes debes beber lo que te he dicho.

Hizo una mueca, sin estar segura de lo que le decía, pero aun así asintió.

Lyss

Solo quería recuperar lo que era mío. No me importaba el precio que tuviera que pagar con tal de conseguirlo. Igual que ocurriría con mi venganza, utilizaría a los elfos oscuros para hacer que esos dioses que una vez me engañaron se arrepintieran de todo lo que habían estado haciendo durante una eternidad sin importarles lo que después pasara. Cuando Ottar se alejó de mí, pude sentir los estragos que había provocado la unión de nuestros cuerpos, cómo nuestras pieles habían ardido y se habían apagado entre ellas como si de una alianza perfecta se tratara.

—¿Qué es? —le pregunté curiosa al ver cómo se acercaba al carro que había traído consigo.

—Aguarda y calla.

Parecía nervioso, incluso crispado. Estaba segura de que él había notado lo mismo que yo, aunque algo me decía que, en él, las consecuencias habían sido aún mayores. Sonreí al pensar en el poder que tenía sobre él, en cómo reaccionaba a mi ser.

—Dímelo —le ordené.

Negó con la cabeza y poco después me miró serio.

—Te he dicho que aguardes. —Me fulminó de un vistazo.

Miré el puñal que aún sostenía entre mis manos. Todavía había restos de sangre en la empuñadura y la hoja se veía ligeramente magullada. Había sido utilizada durante mucho tiempo, o eso era lo que podía descifrar a simple vista.

—Toma. —Ottar se encaminó hacia donde me encontraba, con la vista fija en la pequeña botella que sostenía entre sus manos. Estaba llena de un líquido rojizo oscuro, aunque apenas podía verlo con claridad—. Debes bebértelo todo.

Me tendió la pequeña botella en forma de lágrima invertida, la sujeté entre mis manos con delicadeza y asentí con la mirada fija en ella.

—De acuerdo.

Se sentó frente a mí para poder observarme con claridad y asegurarse a ciencia cierta de que me tomaría hasta la última gota que quedara en el diminuto frasco.

—Vamos, Lyss.

No estaba segura de que aquello fuera bueno para mí, ni siquiera sabía si podía fiarme de verdad de él o si aquello me dañaría, por lo que durante unos segundos me lo pensé. ¿Valía la pena beber aquel brebaje con tal de conseguir lo que quería? Miré la ampolla con desconfianza; tan solo eran un par de sorbos.

Ottar puso una de sus manos sobre mi hombro derecho, pero segundos después la retiró, a sabiendas de que eso no haría más que hacernos saltar envueltos en chispas.

—Hazlo —me presionó.

Sin estar segura de nada ni de nadie, destapé la abertura de la botella y tragué saliva. De inmediato, un dulce aroma me envolvió, adentrándose en mí, grabándose por completo en mi mente para que jamás volviera a olvidar. Me la llevé a la boca y, en apenas unos segundos, el líquido se vació por completo.

—Muy bien, pequeña. —Me acarició el cabello con delicadeza y con una sonrisa perniciososa en sus labios.

19

Durante horas había sentido cómo mi estómago se revolvía igual que lo hacía mi mente. Dolía tanto que parecía que iba a estallarme. No había sido capaz de recordar nada, pero podía notar que algo cambiaba en mí. Tragué saliva perdiendo la mirada en el lejano horizonte que ya empezaba a atisbarse con la tenue luz del sol. Ottar había permanecido a mi lado durante la noche, y por primera vez desde que nos reencontramos pudimos hablar, aunque solo hubieran sido unas escasas frases repletas de rencor y curiosidad.

Giré la cabeza y vi cómo aún descansaba sobre mi cama con los ojos cerrados, tranquilo. Se podría decir que estaba en paz. Su atlético pecho subía y bajaba con una extraña normalidad. Era tan distinto que incluso llegaba a confundirme. No era únicamente un sanguinario y despiadado elfo, sino que en él había una parte capaz de razonar como cualquier humano o valkyr. Era todo lo contrario a Norak o a cualquiera de los elfos que había visto, incluso distinto a Grimm, su propio padre y líder de los elfos oscuros.

—Hay algo de lo que quiero que hablemos —murmuró, aún con los ojos cerrados.

—¿De qué? —le pregunté, desviando la mirada de nuevo al profundo bosque.

Se levantó de la cama. Con un par de pasos llegó hasta donde me encontraba y se sentó en la butaca que había frente a mí.

—Hay alguien..., alguien a quien conoces, que también ha estado ocultándote la verdad, igual que lo han hecho los dioses —fijó sus ojos en los míos—, a pesar de que ha tenido la oportunidad de hablar contigo. —Apreté las manos, cerrándolas en puños. La sangre empezó a hervirme. Cada vez estaba enfadándome más, y no sabía cuánto más iba a poder aguantar. Dejé ir un soplido que me vació por dentro, llena de dolor y de furia—. Estoy seguro de que querrás saber quién es.

Asentí lentamente a la vez que lo veía sonreír jocosamente, cosa que a mí no me hacía ninguna gracia. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, de pies a cabeza y sin dejar un solo vello sin levantar.

—¿Quién? —le exigí enfadada.

Había intentado ignorar el mal que me rodeaba. Tan solo quería descubrir lo que el pasado tenía oculto, pero sentirme traicionada hacía que todo mi interior se prendiera en llamas, provocadas por el rencor y el sufrimiento a los

que me habían sometido esos malditos dioses que en algún momento dijeron ser mis padres. No podía aguantar más todas esas preguntas, todo el mal que sentía por su culpa. ¡Habían borrado los años más felices escondiéndome mi propia verdad!

—¿Quién? —repetí más resentida que hacía unos minutos.

—Ulric.

Parpadeé. No comprendía qué tenía que ver Ulric conmigo, y mucho menos con los elfos.

—¿Qué demonios sabe ese Dökk?

—Todo, Lyss —me contestó escueto—, pero será mejor que lo compruebes por ti misma.

Entré en la casa más alejada de todas, en aquella en la que estaba el fiero guerrero con el que me topé una vez, el Dökkvalkyr más rudo de todo el Midgard: Ulric.

—Te recuerdo, Lyss Egildóttir. —Avancé entre la penumbra, sin decir ni una sola palabra. Estaba de pie frente al fuego, con el torso descubierto. En su espalda había cientos de runas grabadas—. Sé quién eres, Lyss.

Se sirvió una copa de *whiskey* y se sentó en una butaca junto a una hoguera que brillaba como nunca había visto que lo hiciera una. Ulric era distinto. Su energía era tan fuerte que incluso me desconcertaba en algunos momentos.

—Cuéntame quién crees que soy.

Me acerqué a donde se encontraba, en el sillón orejero, hasta apoyarme en el respaldo de este, esperando a que contestara. Le dio un largo trago a la bebida hasta conseguir terminársela, por lo que se sirvió un poco más.

—Eres Lyss Egildóttir, nacida en el año 886, hija de uno de los grandes reyes vikingos, Egil Thorbransson, y la *skjaldmö* más indómita de toda Noruega, Gala Hammerdóttir. —Su voz se quebró al hablar de ella—. Hija de la mejor de las guerreras y madres... De mi sobrina Gala.

Coloqué mi puñal contra su cuello, sujetándolo con fuerza, con la firmeza que en tantas ocasiones me había faltado. Cogí aire y fijé mi vista en el fuego. Algo en mí había muerto al descubrir el engaño de los dioses. Mi corazón se había resquebrajado en tantos pedazos que dudaba que en algún momento fuese a estar unido de nuevo.

Los dioses estarían orgullosos del monstruo que ellos mismos habían creado a base de dolor, rabia, ira y calumnias. Habría dado mi vida por ellos,

por el honor de haber servido en sus filas, pero aquello ya había acabado. El desconsuelo había arrasado mi alma igual que lo haría un huracán. Se lo había llevado todo, incluso los fugaces recuerdos que aún atormentaban mi mente.

—Yo ya no soy aquella niña indefensa, Jokull —le susurré al oído. Alzó la cabeza, fijando sus ojos en el techo, y tras eso los cerró, dejándose llevar. No iba a luchar contra algo que, supuestamente, los dioses habían decidido. Si aquel era su final, lo aceptaría como el guerrero que era—. Los dioses no volverán a acogerte en el Valhalla. No hay lugar para ti, traidor —le gruñí.

Ottar

—Detente —le ordené.

Todo estaba saliendo como debía, tal y como había planeado desde un principio. El rencor que había en ella era tan grande que incluso llegaba a cegarla ante sus actos. No era capaz de reaccionar a lo que su mente le decía, sino que tan solo se dejaba llevar por su arrasada alma, aquella que clamaba venganza. Me acerqué a ella, puse mis manos sobre sus hombros y pude sentir que su energía se contagiaba de la mía.

—Te daré el resarcimiento que mereces, mi vikinga. —Me miró de reojo, llena de furia. Había tanto en Lyss que no sabía si iba a poder calmar ese fuego que arrasaba con todo su interior—. Ahora no es momento de acabar con la vida de este miserable. Llegará su momento cuando el cielo caiga y los gigantes vuelvan. —Las pequeñas hebras de luz no hacían más que recorrer sus manos. Estaba preparada para acabar con Jokull por haber ayudado a los dioses con su conspiración en su contra—. Lyss...

Lyss

Me di la vuelta tan enfada que podía sentir mis ojos arder, cómo un maldito infierno me destrozaba por completo y cómo las amargas lágrimas empezaban a acechar. No lloraría, no derramaría ni una sola de estas por alguien como él. Se suponía que era mi tío, sangre de mi sangre, pero no había sido capaz de desvelarme el secreto que todo el mundo conocía, todos salvo yo.

—¡No puedes impedirme que acabe con él! —alcé la voz. Me sujetó por los hombros con fuerza, hasta que me di la vuelta y fijé mis ojos en los suyos

—. Ottar... —gruñí.

—Tranquila, fiero —me susurró al oído. Por alguna extraña razón, aquel maldito elfo era capaz de calmarme con tan solo unas simples palabras—. Dejaré que lo mates, pero cuando llegue el momento.

Antes de que pudiera hacer nada, el elfo sacó de algún lugar que no vi una jeringuilla con una aguja y se la clavó en el cuello a Ulric, dejándolo completamente inconsciente.

—¿Qué había ahí? —le pregunté a la vez que corríamos hacia la salida del poblado de los Dökk.

—Un líquido preparado por Moa.

Lo miré con los ojos entrecerrados. ¿Quién demonios era realmente Moa y por qué era capaz de hacer algo así?

20

No comprendía cómo alguien tan puro y bondadoso como era Moa había sido capaz de crear algo tan dañino como ese líquido, a pesar de que se había utilizado contra un hombre que bien lo merecía.

Nos subimos rápidamente al coche. Porque sí, incluso Ottar contaba con uno, igual que los Lettvalkyr.

—¿De dónde has sacado este coche?

—Lo robé.

Tenía la mirada fija en la carretera. Parecía molesto, estaba serio, incluso más de lo que solía estar.

—¿Por qué me has detenido? —le pregunté en voz baja.

No contestó. Permaneció en silencio con el gesto torcido y concentrado en lo que estaba haciendo. Lo miré. Cuando sus ojos se posaron en los míos, sentí que mi corazón se desbocaba intentando salir de mi pecho. ¿Qué era aquello que me ocurría?

—Abre la guantera —me ordenó.

Aún perpleja por lo que era capaz de hacerme sentir con una sola mirada y con el ceño fruncido, asentí. Hice lo que me pedía. Abrí con cuidado el cajón que me señaló, suponiendo que era eso a lo que había llamado «guantera», hasta que un bulto envuelto en una delicada tela roja cayó en mis pies. Lo miré extrañada, sujeté entre mis manos aquello y poco a poco fui apartando la tela, aunque no necesitaba nada más para saber lo que era. Mi *geirr* vibró entre mis manos, haciendo que una sonrisa se dibujara en mis labios. Era mi lanza, la que me había acompañado durante toda mi existencia. Mis ojos se llenaron de nuevo de lágrimas. Ella había sido mi única compañera.

—Gracias —le dije en voz baja.

—Te dije que volvería a ser tuya.

—Sí...

Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Era una sensación extraña, algo parecido a la felicidad. Mi arma era capaz de alegrarme el alma, aunque todo mi ser estuviera destrozado. Una parte de mí que creía haber perdido volvió, llenándome de nuevo.

—De verdad, gracias.

—Siempre cumplo lo que digo —murmuró sin ganas.

Volví a mirar por la ventana, pensativa. Todo había cambiado tan deprisa que no me había dado tiempo ni siquiera a asimilarlo. En apenas unos meses había pasado de venerar a mis dioses a formar parte de un clan de elfos oscuros. Lo más insólito de todo era estar bajo la protección de uno de los líderes de los oscuros, quien decía conocerme de una vida pasada. Suspiré, perdida en mis pensamientos. Quería conocerlo todo sobre el Midgard, recordar el que una vez fue mi reino. Ansiaba descubrir lo que se escondía en la Tierra, cómo eran sus gentes y los seres que habitaban aquel reino.

—Quiero... pedirte un último favor... —balbuceé, sin apenas esperanzas de que accediera a ello.

Permaneció en silencio, como si no me hubiera escuchado, ignorando mis quejidos y preguntas. No le di importancia, pues en realidad sabía que acabaría consiguiendo lo que quería. La Lyss que se dejaba doblegar había muerto en vida con las mentiras que la asolaron, y ya solo quedaba lugar para la guerrera que siempre había sido y que no se dejaría amedrentar por nadie.

Llegamos al caserío dos horas más tarde. Me encontraba pesada o, mejor dicho, agotada. Cuando estaba cerca de aquel lugar, mi energía se desvanecía por completo como si fuera capaz de eliminarla. Me cerré la chaqueta al bajar del coche, ya que podía sentir el frío entumeciendo mi cuerpo. Ottar, por su parte, parecía seguir mudo, lo que cada vez me enfadaba más.

Nada más traspasar los grandes portones, pude ver que Skule nos observaba desde el otro lado de la sala con atención, sin quitarnos los ojos de encima. No me gustaba aquella mujer. Si por mí fuera, ya la habría matado con mis propias manos, como hice con aquel malnacido. Dejé ir un bufido y, cuando me encaminé hacia las escaleras, escuché cómo alguien venía detrás de mí.

—Lyss —me llamó Ottar.

—Oh, ¿ahora ya hablas? —le pregunté tan jocosa como molesta.

Hice una mueca a la vez que veía que este fruncía el ceño a disgusto. No me iba a callar. Le diría todo lo que se me pasara por la cabeza, a pesar de que no le fuera a agradar de ninguna de las maneras.

—¿A dónde vas? —me preguntó, ignorando lo que le había dicho.

Puse los ojos en blanco. No se había dignado a responderme, por lo que, sin pensarlo dos veces, giré sobre mis talones y me encaminé de nuevo hacia mis aposentos. Entonces me sujetó por la muñeca con la fuerza sobrehumana que tenía. Me estaba haciendo daño, pero no dejaría que lo viera. Apreté la

mandíbula y cogí aire.

—¿Te he dicho que a dónde vas?! —alzó la voz, haciendo que un escalofrío me recorriera.

—Me da igual lo que quieras saber, Ottar —gruñí desafiante.

Tenía el corazón tan acelerado como él su respiración. Estaba furioso, pero ni siquiera sabía por qué, aunque algo me decía que jamás lo sabría. Me solté de su agarre, a pesar de que segundos después volvía a tenerme cogida con aún más fuerza que antes. Fijé mis ojos en los suyos. Podía notar su rabia emanando de cada uno de los poros de su piel, cómo su pecho bajaba y subía nervioso, sin ser capaz de calmar la furia que lo recorría. Negué con la cabeza, lo golpeé con el mango de mi lanza y me solté. Sujeté con firmeza mi *geirr* y lo amenacé con ella, colocando la hoja de esta pegada a su cuello, preparada para acabar con él. Dejó ir un profundo gruñido que resonó por el interior de todo el caserío. Me miró lleno de odio y, tras eso, se dio la vuelta y se marchó.

No entendía a qué venía su enfado. En ocasiones pensaba que su parte racional perdía la batalla y era el elfo interior el que tomaba el control. Se imponía a la razón, aplastándola y negándose a dejarla brillar. Ottar era temperamental, con un carácter muy fuerte, y no se dejaba doblegar por nadie, ni siquiera por su propio líder. Negué con la cabeza. Jamás sería como ellos, aunque estaba destinada a entenderme con ellos.

Volví a subir escalones hasta que sentí cómo la cabeza me daba vueltas. Cada vez iba a peor, incluso empezaba a notarme mareada. Me sujeté con fuerza a la barandilla para asegurarme de que no me caería de bruces contra el suelo. Cerré los ojos y cogí aire.

—Madre —la llamé.

Era ella, la mayor de las escuderas que jamás habían existido. Los dioses estaban de su lado y la habían bendecido con dones que solo ella poseía, además de contar con el amor de un pueblo que la adoraba y admiraba a partes iguales.

—¿Qué ocupa tu mente, kotr?

—Quiero conocer qué se esconde más allá de nuestras tierras, madre —murmuré—. No sé qué hay en el bosque. Necesito saber qué se esconde en él. —Me dijo que no con la cabeza. Era testaruda como el abuelo. Aunque si había alguien que la pudiera hacer entrar en razón, esa era yo—. ¿Es cierto

todo lo que cuentan las historias, madre?

Dejó de trenzarme el cabello para humedecerlo un poco con agua a la vez que con cuidado iba deshaciéndose de los posibles nudos que quedaban en la parte baja de este.

—Pequeña, no debes pensar en ello.

—Madre, soy una guerrera como tú —murmuré, intentando que entrara en razón—. He aprendido a defenderme y quiero saber qué hay allí.

—Lyss —me llamó padre. Apoyó su espalda contra la pared de madera, junto a la entrada de nuestra gardr¹⁰, y se recogió los cabellos hacia atrás. Me giré ligeramente para poder verlo bien, pero, velozmente, madre me sujetó con fuerza del cabello para que no me moviera ni un ápice y pudiera seguir trenzándolo—. Eres una guerrera, pero hay seres en los bosques que son demasiado poderosos y peligrosos como para que puedas defenderte sola de ellos —me explicó—. Son traicioneros, y serías la perfecta víctima para ellos —murmuró, colocándose frente a mí—. No puedo dejar que te hagan daño, mi pequeña valkiria —me dijo a la vez que me besaba en la cabeza.

—Pero, padre... —murmuré.

—Nada —sentenció—. Si quieres ir a alguna parte, deberá ser con Jokull o alguno de nosotros, jamás sola. —Alzó la voz—: ¡¿Entendido?!

—Padre...

—No hay nada más de lo que hablar, dóttir¹¹.

Dejé ir un quejido. Creían que jamás me había adentrado en el bosque sola, pero lo cierto era que me había escabullido en muchas ocasiones durante meses. Fue allí donde conocí a uno de los seres más hermosos e interesantes que jamás había visto, un hombre distinto, de una raza a la que nadie había comprendido. Gracias a los dioses, nadie se había percatado de su presencia, puesto que habrían acabado con él antes de que pudiera volver junto a los suyos.

¹⁰ Casa

¹¹ Hija

21

Abrí los ojos con el corazón en un puño, tan acongojada que se me había olvidado incluso cómo respirar. Un sudor frío me recorría la espalda, haciéndome sentir angustiada como jamás lo había estado y tan sola como realmente estaba. Los recuerdos empezaban a aflorar en mi mente, y los primeros en aparecer habían sido mis padres, aquellos que me dieron la vida.

Las lágrimas me nublaron la vista a la vez que negaba con la cabeza una y otra vez. Me sentía tan desolada que por un momento creí que mi alma se caía a pedazos, igual que lo hacían cada una de las pequeñas gotas que emanaban de mis ojos. Aquel maldito reino iba a volverme loca. Eran tantas las emociones que vivía estando allí que al final acabaría perdiendo la cabeza. Suspiré, notando que las lágrimas empapaban mi rostro y la chaqueta que me cubría.

A rastras, sin apenas fuerzas, continué subiendo las escaleras hasta que conseguí llegar a mis aposentos. A duras penas intenté acercarme a la cama, ya que las piernas me fallaban.

—Ottar —dije en voz baja.

Había sido él. Fue el ser que había encontrado en el bosque cientos de veces; estaba segura de ello. Mi corazón me lo gritaba, a pesar de que mi mente no fuera capaz de reconocerlo. Negué con un gesto, confusa. ¿Todo lo que me había dicho era real? Otro vahído me sacudió, haciéndome perder la poca fuerza que tenía. Moví la cabeza, intentando volver en mí, aunque tan solo fuera durante unos segundos, los suficientes como para poder alcanzar la cama.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté curiosa.

Era una criatura muy distinta a todo lo que había visto. No era ningún animal, no se parecía a un oso ni a un ave, ni siquiera se asemejaba a ninguno de nosotros, a pesar de que en cierto modo me recordaba a mi gente.

—Ottar —contestó con sus oscuros ojos fijos en los míos.

En ellos había un enorme cielo nocturno. Eran tan oscuros como la noche y tan brillantes como las estrellas que acompañaban al dios Maní, la luna, mientras huía del monstruoso lobo Hati, quien moría por devorarlo.

Me acerqué a él, tan solo un diminuto ápice, lo suficiente como para

apreciar la blancura de su piel. Alcé una de mis manos, sin temor alguno, di un paso más hacia delante y la posé sobre una de sus mejillas. Su piel estaba fría como el hielo. En él vivía el más puro invierno, pero a la vez era tersa y delicada. Al sentir mi contacto, pude notar cómo esta empezaba a calentarse lentamente como si frente a la hoguera estuviera.

Ottar cerró los ojos, sintiendo que el calor tomaba parte de su ser a la vez que dejaba ir un suspiro. Puso una de sus manos sobre la mía, haciendo que mi dorso quedara completamente helado, al contrario que mi palma, creando una unión perfecta.

—Una unión perfecta —murmuré.

—Tú y yo, mi vikinga.

Escuché su voz a mi espalda, como si de un leve susurro se tratara, y llegó a helarme la sangre y a acelerarme el corazón. Ottar era capaz de crear una enorme tormenta en mi interior y segundos después apaciguarla con su aparente calma.

—Lo éramos, Lyss —me dijo en voz baja—. Hasta que te marchaste —prosiguió, lleno de rencor—. Desapareciste...—murmuró a la vez que se acercaba a mí—. ¡Te largaste, Lyss! —alzó la voz—. Abandonándome —gruñó con desdén—. Nos abandonaste a todos.

Negué con la cabeza a la vez que me daba la vuelta para poder mirarlo. Dejé ir un profundo soplido que me vació por completo.

—Sabes que jamás lo quise.

—Pero, aun así, lo hiciste —espetó—. Te fuiste.

—¡No me fui! —grité, llena de rabia—. Me robaron de mi hogar, me arrebataron lo que era mío.

Sus palabras me dolían incluso más de lo que jamás pensé que lo harían. Recordarle había encendido una luz en mi interior que aún me ayudaba a conservar la esperanza en que parte de mi vida pasada podría regresar.

Cerré los ojos, notando cómo las amargas lágrimas se agolpaban intentando escaparse de entre mis pestañas, creyendo que así podrían aliviar el mal que no hacía más que demoler mi interior. Suspiré, haciendo que de nuevo mi mente y mi alma volaran lejos de aquel lugar, alejándose durante unos instantes de la triste realidad.

Mi corazón se consolaba con aquellos pocos momentos en los que me

cobijaba entre sus brazos, esos que podía compartir a su lado. Me acurruqué contra su pecho, igual que lo había hecho ya cientos de veces. Los años habían pasado, pero seguía sintiéndome confusa respecto a él. Era muy distinto a todo lo que las gentes hablaban sobre los suyos, o incluso a lo que los caminantes decían.

Todos los que me rodeaban despreciaban a aquellos seres, a pesar de que nadie había visto jamás uno. Los elfos oscuros eran tratados como monstruos con los que asustar a las pequeñas criaturas para que no se alejaran del poblado. Decían de ellos que eran seres peligrosos, sanguinarios, despiadados como ningunos y capaces de acabar con cualquiera sin tener un ápice de compasión.

Pero él era tan diferente... No parecía siquiera formar parte de su clan. Era cuidadoso, precavido y protector. Desde el día en el que lo conocí, había cuidado de mí como tan solo los míos lo habían hecho.

—Deberíamos alejarnos de aquí, Lyss... —murmuró, acariciando mi cabello.

—Sabes que no puedo hacerlo.

Jamás abandonaría mi hogar. No podía marcharme dejando a todos los que me amaban sin pensar en el mal que los asolaría si desaparecía. Acabaría con ellos y con su corazón, estaba segura de ello, y no podía permitir que ocurriera. Habían cuidado de mí, me habían amado, protegido y alimentado. Aquel era mi hogar, donde mi corazón residía y donde se encontraba aquello a lo que más veneraba: mi familia. Adoraba a Ottar como no había querido a nadie, pero el amor por mis padres era aún mayor.

Las lunas no habían dejado de pasar desde que lo encontré en el bosque. Desde el primer instante en el que lo vi, supe que algo en él era diferente. Lo que no conocía era lo que ocurriría. Jamás llegué a pensar que mi vida se vería ligada a la de un elfo de quien apenas sabía pero en quien depositaba toda mi confianza. Sabía que no me traicionaría, pues no era como padre y madre decían. Él no era un elfo oscuro como los demás, o eso quería creer.

—No podré estar contigo mucho más... —susurró en voz baja—. Las lunas pasan, vikinga, y cada vez soy más fácil de ver.

—Pero...

No podía creer que aquello fuese a ocurrir. Ottar no podía desaparecer así como así; no otra vez. Ya lo había hecho en una ocasión. Me abandonó como si ya nada le importara, sin compasión, dejándome con el corazón

roto. A pesar de eso, tiempo después regresó, y gracias a los dioses que lo hizo. ¡Jamás podré agradecerles lo que hicieron! Si él había vuelto, había sido gracias a ellos, que nunca me abandonaban y siempre cuidaban de mí.

—Lyss, debes entenderlo.

—No puedes marcharte, Ottar... —Sentí cómo mis ojos se humedecían—. No puedes volver a hacerlo.

No quería ni imaginarme cómo sería volver a vivir sin él. Revivir aquel momento me dolió tanto que no pude evitar cerrar los ojos, alejándome de aquellos recuerdos, sintiendo que mi corazón se encogía al escucharlo. Si él se marchaba, no habría nada... Todo desaparecería a su lado, volviéndose oscuro, como las más profundas tinieblas de Niflheim. Todo se perdería, incluida yo.

—¿Qué me hiciste, Ottar? —le pregunté.

22

—Amarte —me dijo con pesar—. Solo eso.

Tras eso se marchó, dando por zanjada nuestra conversación, dejándome con un inmenso nudo en la garganta y con el vacío asolando mi corazón. Cogí aire, tratando de deshacerme del malestar que me había sobrecogido, aunque de poco me iba a servir. Suspiré. Poco a poco fui deshaciéndome de mis ropajes. Me sentía sucia, indeseable e incluso maldita. Habían manchado mi existencia y mi destino, pero era hora de afrontar el pasado, conocerlo, aprender y seguir adelante. No había tiempo para lamentaciones, solo para volver a recordar y sacar algo bueno de todo aquello, si es que eso era posible. Me metí en la cama, echando todo el pesar que había en mí por la ventana y cubriéndome por completo con las mantas.

—Madre —la llamé.

—¿Qué te ocurre, joven Lyss? —me preguntó a la vez que acariciaba a su hermoso kottr.

Bebí la poca agua que quedaba en el vaso, alzando la vista hacia donde se encontraba. Llevábamos mucho aguardando la llegada de padre. Demasiadas lunas habían pasado desde su marcha. Aun así, confiábamos en que los dioses hubieran estado cobijando su sino. Los hombres que lo habían acompañado tampoco habían regresado al poblado, ni siquiera aquellos que fueron en su búsqueda.

—¿Cuándo volverá padre?

—Estoy segura de que no tardará. —Sonrió con tristeza.

Sabía tan bien como yo que cabía la posibilidad de que jamás volviera, pero si eso no ocurría, alguien debería tomar su lugar.

—Si padre muere...

—No digas eso —gruñó molesta.

Negué con la cabeza. Podía ocurrir, y ambas lo sabíamos. Padre era un grandioso guerrero, pero toda Noruega estaba viéndose envuelta en una guerra que ni siquiera él era capaz de controlar.

—Si así lo escoges, madre, seré la reina que nuestro pueblo necesita.

—Sabes que eso no me corresponde, dóttir. —Su voz se desvaneció como el agua de un pequeño riachuelo—. La thing¹² será la encargada de ello

Entré en la oscura gardr del hombre más sabio del poblado. Había

llegado tras las lluvias, ofreciéndonos su sabiduría. No era un hombre normal. Los dioses lo bendijeron con dones que ni siquiera los mortales podíamos imaginar.

—La joven e indómita Lyss —dijo con su ronca voz. Me acerqué a donde se encontraba. Estaba sentado sobre un montón de pieles que formaban algo así como un trono y que lo mantenía erguido. Apenas se podía mover, pero tampoco lo necesitaba—. Hay algo que quieres saber, ¿verdad, valkyrja ¹³? —Asentí lentamente mientras veía cómo las hierbas que había junto a él se encendían y dejaban que un poderoso humo inundara todo lo que nos rodeaba—. Pero también hay algo que escondes —murmuró.

Me senté frente a él. No me iría de allí sin tener las respuestas que necesitaba. Conseguiría mi propósito.

—¿Están los dioses con mi padre? —le pregunté al vidente.

—Siéntate —me ordenó a la vez que extendía una de sus manos.

Besé el dorso de esta y le entregué las piedras de sol que tanto ansiaba.

—Responde —le exigí.

—Hay tantas cosas que creemos saber..., tantas que ni siquiera nos percatamos de lo que realmente ocurre a nuestro alrededor. —Ladeó la cabeza para poder mirarme mejor—. ¿No crees, Lyss?

Mi corazón se aceleró. No sabía hasta dónde era capaz de llegar su sabiduría ni si los dioses conocían la existencia de Ottar. Jugueteé con mis manos. Entre ellas, no dejaba de mover la última de las piedras que aún tenía en mi poder.

Cerró los ojos, dejándose llevar.

—La oscuridad del bosque no te deja ver, niña.

—Solo quiero saber si mi padre volverá —contesté con desesperación.

—Eres tan ambiciosa como indoblegable, Lyss, pero aún no puedes verlo.

Negué con la cabeza. No estaba respondiendo a aquello que le preguntaba, por lo que mi desazón crecía.

—Spakr¹⁴ —lo llamé.

—Debes recordar todas y cada una de mis palabras, o las tinieblas que se esconden más allá de la linde no te dejarán ver la luna.

—¡Spakr¹⁴! —grité.

Ottar

La había observado tantas veces dormir..., tantas que ni siquiera era capaz de recordarlas. Como una maldita diosa, era capaz de desvelarme, irrumpiendo en mi mente y creando estragos en mi ser. Lyss era la única que conseguía devastarme con una sola mirada, recomponerme con una sonrisa y matarme con una palabra.

Negué con la cabeza. Creí haber olvidado todo aquello, cómo era sentir el huracán que solo ella creaba en mi ser. Pero no. Aquella condenada vikinga era inolvidable. Soñé cientos de veces con volver a tenerla entre mis brazos, con notar su cuerpo junto al mío..., tantas que parecía mentira que hubiera vuelto cuando ya creía haberla perdido por completo. Cogí aire, sintiendo que la furia y el odio empezaban a hervir mi sangre. Lo que jamás ignoraría sería la traición a la que la habían sometido los dioses, el mal al que nos habían empujado. Recordaría y se uniría a mí en su contra, hasta que pudiera arrancarles el corazón a todos y a cada uno de ellos.

Lyss

A la mañana siguiente me desperté sobresaltada, angustiada por los recuerdos y por una terrible pesadilla que me había acechado durante toda la noche. Apenas había podido dormir. Aun así, me incorporé en la cama y fijé la vista en la mesa que había al final de la alcoba. En ella reposaba un pequeño baúl. Lo miré desde la lejanía. ¿Quién había dejado eso allí? Y lo peor de todo, ¿cómo no me había percatado de ello? Me froté los ojos para cerciorarme de que era cierto. La luz del sol entraba por el gran ventanal, iluminándolo todo a su paso.

Me puse en pie con lentitud. A los pies de la cama me encontré algo parecido a una camiseta bastante grande. La tomé entre mis manos y me vestí con ella, cubriendo mi desnudez. Fijé la mirada en el cofre, que no dejaba de llamar mi atención, provocando que la curiosidad se antepusiera al misterio. Resoplé mientras colocaba algunos mechones de mi cabello tras mi oreja y, sin apartar la mirada del objeto, fui acercándome con sigilo, vigilando por si hubiera alguien escondido. Por suerte, allí no había nadie salvo yo.

Con la delicadeza de una pluma y con dos dedos, giré la pequeña llave para después abrir con cuidado el baúl. En su interior había una nota doblada sobre sí misma que reposaba en una fina tela blanca que escondía algo en su interior, o eso creía. Tomé la pequeña nota entre mis manos y la miré durante

unos segundos, pasmada y nerviosa. Sentía cómo el corazón se me iba a salir del pecho si no leía lo que estaba escrito. Cogí aire y decidí abrirlo.

Te espero en el prado donde la luna dibuja su rostro.

Recuerda y encontrarás el lugar.

Recuerda.

Ottar

¹² Asamblea

¹³ Valkiria

¹⁴ Sabio

23

Miré con atención cada una de las letras que componían la nota, cómo se alzaban con delicadeza sobre el papel con una caligrafía casi perfecta. La admiré como si fuera el más bello de los paisajes, y es que era tan elegante, tan delicada, que jamás pensé que estuviera escrita por un ser como él, tan oscuro y amenazante.

—Donde la luna dibuja su rostro... —murmuré.

Recordaba aquella expresión, pero ya no sabía de qué parte venía. ¿Sería la antigua Lyss quien lo recordaba o aquella que los dioses habían moldeado a su antojo? Dejé ir un suspiro que me vació por dentro a la vez que abría la mano. La nota cayó sobre la mesa cuando me disponía a destapar lo que había bajo la suave tela perlada. Con detenimiento y cuidado la moví, dejando a la vista un hermoso collar con una reluciente piedra de jade incrustada en plata. Con la yema de los dedos la rocé y esta, ante el contacto, empezó a brillar como lo haría la estrella polar en el más oscuro de los cielos. La contemplé perpleja. Era realmente bonita y delicada; jamás había visto nada igual.

Al sacarla del baúl, alguien tocó la puerta, haciéndome dar un bote. Con un rápido movimiento cogí el papel, arrugándolo por completo, y lo escondí junto al collar entre mis manos, colocándolas a mi espalda. Carraspeé, sintiendo que el corazón se me salía por la boca y las palabras se agolpaban en mi garganta impidiéndome hablar.

—¡Adelante! —alcé la voz.

Segundos después, la puerta se abrió. Tras ella apareció Moa con el gesto serio. Parecía preocupada e incluso molesta.

—Buenos días —la saludé con una sonrisa.

La elfo de la luz esbozó una triste sonrisa que me bajó los ánimos, igual que estaban los suyos. La miré con pena. La brillante energía que rodeaba a Moa se había apagado para dejar una tenue luz que ni siquiera era capaz de guiarla.

Antes de acercarse hasta donde me encontraba, cerró la puerta a su espalda y lentamente vino hasta mí. Sin que pudiera hacer nada, la mujer se abrazó a mí en un intento desesperado de calmar su atormentada alma. Le correspondí abrazándola aún con más fuerza, y escondí lo que había en el baúl para que no pudiera verlo.

—¿Qué te ocurre, Moa? —le pregunté preocupada.

Aún entre sus brazos, pude sentir cómo un escalofrío la recorría, cómo había necesitado aquella muestra de cariño durante tanto tiempo que ya no sabía de qué manera apartarse de mí. Tomé una de sus manos entre las mías, guiándola hacia la cama, dejándola a los pies de esta, sentada, mientras con disimulo escondía el collar y la nota.

—Hay algo que me preocupa... —musitó cabizbaja.

—¿El qué? —quise saber.

La mujer cogió aire y dejó ir un suspiro que me heló la sangre. Se la veía tan afectada que ni siquiera sabía cómo reaccionar.

—¿Qué hay de aquella Lyss a la que conocí? —me preguntó apenada.

—Poco... —murmuré.

Me sentía mal al verla así, al ver cómo su brillo se apagaba con cada palabra que salía de su boca. Moa era una mujer fuerte, dura y con una energía que se veía a kilómetros, tan bondadosa como compasiva. Había elegido estar en aquel lugar a pesar de todos los estragos que los rodeaban, y aún no sabía por qué.

—No me gusta lo que estás haciendo... Pensé... —Cerró los ojos con fuerza para volver a abrirlos y así mirarme—. Jamás me imaginé que alguien tan bueno como tú fuese a dejarse contaminar por seres como estos. —Desvié la mirada al sentir el mal que había en ella. Era cierto que había cambiado, pero no a algo peor, sino por el dolor que llevaba sintiendo desde que conocí parte de mi verdadera historia—. No eres la misma valquiria que la que llegó. —Tomó una de mis manos entre las suyas con delicadeza—. Lyss, has cambiado tanto que ni siquiera te das cuenta de ello.

—He evolucionado a algo mejor, Moa...

—No dejes que se metan en tu cabeza, no aceptes nada relacionado con ellos, Lyss, no puedes permitir que tomen el control.

—Eso no va a ocurrir, Moa —murmuré—. Jamás volveré a ser aquella Lyss —le espeté molesta—. No voy a dejar que nadie me pise. —Cogí aire, intentando contener el enfado que empezaba a nacer en mi interior—. Pienso vengarme y conseguir que los dioses se arrodillen ante mí. Se arrepentirán de todo el mal que han creado.

—Pero, Lyss...

—Moa, de verdad. —Mi voz acabó convirtiéndose en un pequeño hilo hasta que terminó por desvanecerse por completo. Me pasé una de las manos

por la cara, negué con la cabeza y carraspeé, obligándome a seguir hablando —: Sabes tan bien como yo lo que ha pasado. No puedes echarme en cara lo que está pasando. Vosotros no sois más que un daño colateral en esta ecuación —le dije casi desesperada y llena de dolor. Me sentía decepcionada. El corazón me dolía tan solo de mirarla. Estaba entristecida al ver que incluso ella era capaz de menospreciarme dudando de mí—. Márchate —le pedí.

—Lo siento, Lyss, no quería herirte. —Suspiró—. De veras que lo lamento.

—Da igual, Moa —le dije desganada.

Hizo una mueca de tristeza, se puso en pie y, sin rechistar, se encaminó hacia la salida, entristecida. Cogí el collar y lo apreté con fuerza mientras veía cómo se acercaba a la puerta.

—Permíteme un consejo, Lyss. —Se giró para mirarme directamente a los ojos—. Cúbrete las espaldas y no seas ingenua —me advirtió—. Ah, y será mejor que te cambies de ropa, o pasarás frío ahí fuera.

—Gracias, Moa.

Asentí sin apartar los ojos de ella, quien, abatida, acabó desapareciendo tras la puerta, haciéndome sentir una terrible persona. No sabía qué me ocurría con ella, pero verla así me destrozaba por dentro.

Suspiré. Necesitaba volver a recordar para continuar avanzando, pero sobre todo para saber a qué se refería aquella nota y dónde se encontraba aquel lugar. Cerré los ojos y sujeté con firmeza el collar que resguardaba en uno de mis puños. Me puse en pie y dejé la nota sobre la mesa volviendo a observar con detenimiento la hermosa piedra que brillaba envuelta en plata. La colgué de mi cuello, provocando que empezara a salir de ella una luz cegadora que llegaba incluso a quemar.

Mi corazón empezó a desbocarse al sentir la irritación. Me dolía la piel, así que como pude y tan rápido como me fue posible me deshice de él lanzándolo a la cama, alejándolo de mí. Me miré el pecho. Lo sentía ardiendo, tanto que me daba la sensación de haber tenido brasas pegadas a él. Pasé una de mis manos por él, pero no había ni rastro de la quemazón que había notado. Aún seguía caliente. Era extraño... Hasta que me percaté de que la runa que había grabada en mi piel se había tornado rojiza como el fuego, reaccionando a la piedra.

Ahugué un grito que rasgó mi garganta a la vez que me tapaba la boca. Notaba que un persistente hormigueo recorría la cicatriz, como si se tratara de

cientos de pequeñas hormigas. Un escalofrío me erizó todo el vello. ¿Qué demonios acababa de ocurrir?

24

Me deshice de la camiseta que me cubría y abrí ambas puertas del armario que había junto a la cama. En él encontré algunos vaqueros, camisetas sencillas y jerséis lo suficientemente gruesos como para no pasar frío. Cogí el collar. La piedra ya no brillaba, y no emanaba el calor ni la luz que había salido de ella. Lo colgué de mi cuello con un poco de miedo, expectante, por si volvía a ocurrir, pero nada sucedió.

Alguien tocó la puerta antes de que pudiera terminar de ponerme el jersey que había cogido. Me escondí el collar entre la piel y la tela para que no lo vieran e hice pasar a la persona que aguardaba tras la puerta.

—Buenos días, señora —me saludó Aila.

—Hola.

Sonreí levemente terminando de abotonarme los vaqueros. La joven llevaba consigo una bandeja con comida y bebida, lo que me sorprendió.

—El señor me ha pedido que le traiga algo para comer. —Vi cómo se acercaba a la mesa que había frente a la cama y dejaba la comida bien servida sobre ella—. Aquí lo tiene todo. —Sonrió.

—Gracias. —Me coloqué las botas que llevaba desde que llegué bajo la atenta mirada de la joven elfo oscuro—. Aila..., ¿puedo preguntarte algo?

Su gesto se torció. La sangre se le había helado, y había pasado de una sonrisa a la intranquilidad.

—Claro, señora —dijo en voz baja, titubeante.

—¿Sabes si alguien ha entrado en esta habitación durante la noche? —Hizo una mueca tratando de recordar, pero poco después empezó a negar con la cabeza varias veces—. ¿Segura? —le exigí.

—Sí, Lyss —murmuró—. Segura.

—Deja de llamarme señora, hazme el favor —le ordené.

Asintió con rapidez a la vez que bajaba la mirada, desviándola de la mía, como si se sintiera avergonzada.

—Estoy segura, Lyss —me aseguró.

—De acuerdo.

—¿Por qué lo preguntas? —me preguntó curiosa.

Alcé una de mis cejas sin apartar la mirada de ella. No quería hablarle mal, pero tampoco quería que supiera más cosas de las que debía.

—No es nada. No te preocupes —musité.

La joven, me dijo que sí con un ligero movimiento de cabeza y se disculpó segundos después.

Sin decir nada más, dejó la comida sobre la mesa, la bandeja a un lado de esta y se marchó como si jamás hubiera estado allí. Cuando hubo desaparecido de mi vista, me acerqué a la mesa, observando lo que me había traído.

No sabía qué hacer en aquel lugar. Los días pasaban y no hacía más que permanecer en aquella habitación que se había convertido en mi hogar; cuatro paredes que me cobijaban del frío y la tempestad de los monstruos que vivían en mí desde que había llegado al Midgard, aquellos que me atormentaban la mente sin dejarme respirar. No había recordado el prado donde la luna dibujaría su rostro. En realidad, apenas había podido observar algunos vagos recuerdos en los que él no hacía más que aparecer. Ottar había sido el rey de mis visiones, el amor de una vida pasada y el verdugo de mi presente.

Había pasado tantas horas que ya no sabía cuánto tiempo hacía que no salía de aquel lugar. Ni siquiera había visto a Moa desde días atrás, cuando apareció el baúl en la alcoba. Ottar tampoco había aparecido, a pesar de no haber acudido al punto de encuentro.

Cogí aire, pero el dolor que tenía era demasiado grande como para ignorarlo. Cerré de nuevo los ojos, intentando que el dolor de cabeza que me taladraba se debilitara, pero de nada sirvió. Las ventanas y las puertas estaban cubiertas. Ni un ápice de luz era capaz de atravesarlas, salvo la tenue luz que emanaba del collar que Ottar me entregó cada vez que tocaba mi piel. Lo sujeté entre mis manos con fuerza, me hice un ovillo en la cama y dejé que todo me arrasara.

Corría emocionada por el bosque, sorteando los árboles que me encontraba en el camino, alejándome del poblado que me había visto crecer. Estaba segura de que jamás notarían mi ausencia, ni siquiera madre lo haría. Creían saber dónde me encontraba: junto a Balder, quien deseaban que fuera el hombre que me protegiera durante toda la vida. Pero lo que no imaginaban era que Ottar ya había robado mi corazón, llevándoselo consigo al más oscuro de los reinos.

—¿Dónde te escondes, hrafn?!

Alcé la voz sin miedo a que alguien pudiera escucharme. Hacía demasiado que corría, tanto que jamás podrían escucharme ni verme desde

la linde de nuestro poblado. No me importaba lo que pudiera ocurrir, solo lo que estuviera relacionado con él.

Cierto era que Balder había permanecido junto a mí desde que nacimos y fuimos inseparables durante muchas lunas, hasta que nuestros padres decidieron que debía ser él quien cuidara de mí el resto de mis días. Jamás lo impondrían, pero aquel era su deseo más anhelado. Aunque lo que más deseaba era conocer el mundo del que Ottar provenía, explorar el Midgard y ver a todos los seres que se escondían más allá de las montañas, lejos de los lugares a los que padre había llegado con sus naves.

—Será mejor que dejes de correr —lo escuché detrás de mí.

Esbocé una amplia sonrisa. Aquel hombre era capaz de hacer que algo en mí se volviera loco. Mi corazón se desbocaba como el mejor de los corceles.

Tan veloz como pude, me di la vuelta para mirarlo directamente a los ojos. Era tan distinto y tan hermoso que me resultaba extraño que alguien así existiera. Estaba segura de que los dioses lo habían creado. Solo ellos podrían haber dado forma a un ser tan bello como él.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó a la vez que me cobijaba entre sus brazos.

—Ahora, en el Valhalla. —Sonreí.

Ni siquiera allí estaría tan bien como a su lado. Era la paz que calmaba mi ser, la luz que iluminaba mis días y la luna que me acompañaba por las noches.

—Ya te anhelaba, mi hermosa mujer.

Sentí cómo mi cuerpo empezaba a arder bajo su mirada. Era capaz de prender las ascuas más apagadas y crear en ellas la hoguera más cálida de los nueve reinos. Caminamos con tranquilidad durante toda la tarde, hasta que llegamos a un pequeño prado desde el que se veía el más oscuro cielo. Me tumbé en el centro de este a la vez que le hacía un gesto para que viniera hasta donde me encontraba.

—La luna será testigo —le dije en voz baja—. Máni les contará a las estrellas nuestra historia.

La historia de aquellos dos jóvenes se había tornado en el simple humo de una hoguera apagada y que jamás resurgiría, o al menos eso creía. Ottar había derruido mi interior para hacer con él lo que se le antojara. Había permitido que la maldita de Skule se divirtiera conmigo o, mejor dicho, con mi

sufrimiento. Pero no volvería a pasar, no dejaría que me volviera a poner una mano encima. Se había acabado el agachar la cabeza. Lucharía por mi verdad y mi libertad.

25

—La luna será testigo. —Repetí la frase que yo misma había dicho tiempo atrás.

¿Sería el lugar en el que había yacido con Ottar la pradera a la que debía acudir para encontrarme con él? Me senté en la cama. Aquel sitio no podía encontrarse muy lejos de donde estábamos, o eso esperaba.

Salí de la habitación con urgencia. Necesitaba encontrar a alguien que me ayudara a llegar, y ese alguien era la elfo de la luz que había estado velando por mi seguridad desde que llegué. Estaba segura de que tan solo podría confiar en ella como para que no desvelara nada de lo que fuera a contarle, a pesar de la dura conversación que habíamos tenido días atrás. Recorrí los pasadizos de todo el caserío, intentando que ninguno de los elfos de Grimm me viera, hasta que me topé de bruces con Moa.

—¡Moa, Moa! —la llamé con urgencia.

Segundos después, una de sus manos estaba cubriendo mi boca para que no dijera nada más. Me sujetó por los brazos con fuerza, fijando sus ojos en los míos.

—Niña, no hables tan fuerte —siseó.

Asentí lentamente a la vez que esta me soltaba. Miré hacia atrás, asustada, tras escuchar cómo alguno de los elfos caminaba no muy lejos de donde nos encontrábamos.

—Moa, tengo que preguntarte algo... Necesito tu ayuda —musité desesperada.

La mujer tomó mi mano y me guio por el interior del largo pasillo hasta su habitación, vigilando que nadie nos viera ni nos vigilara. Cuando llegamos a sus aposentos, cerró la puerta a la vez que dejaba ir un suspiro de alivio.

—No sabes lo que has hecho, Lyss... —No entendía a qué se refería, por lo que hice una mueca y alcé los hombros, esperando a que me lo explicara —. No deberías haber salido de tus aposentos así como así —murmuró con pesar.

—¿Por qué? —Estaba confusa. No comprendía a qué venía aquello.

—Aquí eres una protegida, valkiria. No puedes entrar y salir como si nada.

—Pero, Moa... —intenté hablar.

Negó con la cabeza a la vez que caminaba por la alcoba. Era muy

diferente a la mía, bastante más pequeña y sin apenas luz, pero igual de acogedora. Alzó una de las manos, haciéndome un ligero gesto para que me acercara al gran butacón que había frente a una estantería repleta de libros. La elfo sirvió algo para beber en un par de vasos con hielo y poco después me lo ofreció.

—¿Qué es lo que quieres saber? —me preguntó tras darle un sorbo al líquido.

Fijé la mirada en el repiquetear de los cubitos, que no dejaban de chocar entre sí y contra el cristal, preguntándome si debería explicarle lo ocurrido con Ottar y el baúl o si podía confiar lo suficiente como para relatarle los recuerdos que habían venido a mí, aunque para eso había llegado hasta allí ¿no?. Suspiré. Era la única que había permanecido a mi lado, pero ya no podía fiarme de nadie, y menos de un elfo.

—¿Dónde nos encontramos? —Fui directa al grano, sin andarme con rodeos.

Caminó despacio hasta que llegó frente a mí y se sentó, aún con el vaso entre sus manos. Chasqueó los dedos, haciendo que la vela que había sobre la mesa de su derecha se encendiera como por arte de magia. Parpadeé perpleja a la vez que sentía que mi rostro pasaba de la tranquilidad a la estupefacción.

—¿Por qué quieres saber eso? —me preguntó sin más.

—Pues... Eh... —murmuré—. Necesito ir a un lugar —conseguí decir.

—¿Sabe Ottar que vas a salir de aquí? —Asentí sin estar del todo segura, ya que no sabía si aún estaría allí para encontrarse conmigo—. ¿Estás segura?

Tragué saliva, sintiendo cómo las manos me temblaban y un sudor frío me recorría la espalda, erizándome todo el vello. La piedra que se escondía bajo mi jersey empezó a calentarse poco a poco, pero lo suficiente como para que pudiera notar el ardor.

—Sí, Moa, lo sabe —le contesté al ver que no acababa de convencerla.

—Espero que tengas razón, Lyss. —Aquella frase me sentó como una puñalada. Podía percibir el pesar que había en sus palabras, cosa que no me gustaba nada—. Nos encontramos junto al parque nacional de Hardangervidda —dijo por fin.

No conocía aquel lugar, pero aún recordaba las palabras de Niels. Estábamos al norte del territorio, no muy lejos del poblado en el que vivían los Dökkvalkyr. Tenían controladas todas aquellas tierras. Rogaland era su patio de recreo.

Di un último sorbo al dulce líquido que empalagaba mi paladar y dejé el vaso sobre la mesa para tomar las manos de Moa entre las mías.

—Ayúdame —le pedí. Hizo una mueca a la vez que desviaba la mirada para fijarla en el armario que había más allá—. Por favor —le rogué desesperada.

Necesitaba salir de allí, encontrar el prado en el que la luna se dibujara y conocer qué se escondía en él. Pero, sobre todo, debía descifrar qué había en aquel collar que conseguía reaccionar con mi piel, pero eso solo lo sabía Ottar.

—Debo volver a mi tierra, Moa. —Suspiré—. Encontraré mi verdad y regresaré. No hay nada que debas temer.

Se pasó una de las manos por el cabello, dubitativa. Durante unos segundos permaneció en silencio, recapacitando, pensando en lo que le había dicho. Pero ¿y si no aceptaba? ¿Y si no me ayudaba a salir de allí?

—Te ayudaré.

Sonreí de oreja a oreja abalanzándome sobre ella. Besé su mejilla sin poder evitar que la alegría me invadiera, quitándome un gran peso de encima.

—Gracias, gracias.

—Ahora debemos prepararte. No puedes marcharte así.

Asentí sin apartar la mirada de ella, quien de un bote se puso en pie para dirigirse hacia el armario que se encontraba al final de la alcoba. La observé una vez más, y es que, a pesar de ser pequeña, tenía muchas cosas dentro de ella.

Al entrar te encontrabas de frente con los grandes butacones en los que nos habíamos sentado. Estaban acompañados de una mesa llena de piedras y, junto a esta, una gran estantería repleta de libros se alzaba casi hasta llegar al techo. Al lado opuesto vi una cama para una sola persona y el armario al que se había acercado.

Sobre la cama echó una bolsa de tela de color oscuro que no supe distinguir, ya que apenas había luz. En ella metió ropajes, mantas, un hacha, un mechero... Todo lo que pudo y más.

—Muchas gracias, por ayudarme —le dije desde la distancia.

—Solo prométeme una cosa.

—¿El qué? —le pregunté.

—No te rindas. Debes encontrar tu verdadero sino, por lo que tendrás que luchar como la guerrera que eres —me contestó con los ojos brillantes—.

¿De acuerdo?

Le dije que sí varias veces con la cabeza, hasta que la mujer, en un arrebato de amor, se lanzó a mis brazos.

—No quiero que nada te ocurra, Lyss.

—Nada me pasará, Moa, sé cómo cuidarme.

—Ojalá los dioses estén contigo a pesar de todo.

No respondí. No quería oír hablar de los dioses, pero tampoco quería volver a herir a Moa, porque estaba segura de que lo había hecho aquella misma mañana.

—Entonces, cuéntame cómo llegar.

Asintió a la vez que dejaba la bolsa junto al butacón y se sentaba en el vacío.

—De acuerdo.

Antes de explicarme cómo llegar hasta la zona sur del reino de Rogaland, aquel que había sido protegido durante años por mi familia, se puso en pie y fue en busca de una hoja de papel en la que poder escribir.

—Bien, Lyss —me dijo en voz baja garabateando algo en la hoja. Lo escribió todo claramente. Cuando terminó, me la dio para que pudiera echarle un vistazo, pero no sin antes explicarme lo que debía hacer—: No te preocupes, es muy sencillo, solo que deberás buscar cómo llegar.

—Encontraré la forma.

Antes de que me marchara, la elfo me dio unos billetes y monedas con las que me aseguró que podría tomar el *ferry* hasta Nesvik-Hjelmeland, donde desembarcaría para continuar hacia Kleivaland.

—Es hora de partir. —Sentí cómo las palabras no querían abandonar mi boca, pero no había otra opción.

26

Escapé del gran caserío tan rápido como pude, escondiéndome de los elfos que protegían los alrededores y de los que servían a Grimm. Corrí entre los árboles como si me fuera la vida en ello. Sentía que mi corazón se aceleraba cada vez más, cómo el sudor frío que me había provocado la huida iba desapareciendo a medida que me alejaba de aquel lugar.

No quería volver. Necesitaba encontrarme a mí misma, a la auténtica Lyss, al propósito por el que las nornas me habían llevado hasta aquel momento. Miré hacia atrás, aunque la vegetación me tapaba la visión, y es que ya apenas se podía divisar la casa. Me detuve durante unos segundos, apoyando mi espalda contra uno de los árboles que me rodeaban, cogí aire y lo dejé ir en forma de suspiro. Sonreí, sintiéndome viva por primera vez en mucho tiempo.

Caminé y caminé mientras cientos de pensamientos cruzaban mi mente. El nerviosismo empezó a crecer en mí. Ansiaba conocer a aquellos que habitaban el Midgard, conocer los seres que una vez habían sido mi raza y que tan solo había observado desde el gran trono de Odín Hlidskjalf, desde el que se podía divisar todo lo que ocurría en los nueve reinos. En ocasiones, el padre de todos nos permitía ver lo que acontecía más allá de las fronteras de Asgard, al otro lado del puente Bifröst, que comunicaba el reino de los dioses y el de los mortales.

Sonreí al recordar a mis hermanas, el amor que se respiraba en el Valhalla y en los jardines que lo rodeaban. Había veces que hubiera deseado no conocer nada de lo que pasó y haber vivido engañada durante el resto de mi vida en esa mentira que los dioses habían creado para mí. Negué con la cabeza a la vez que salía de mi ensimismamiento. Debía dejar de pensar en ello. El pasado no se podía cambiar; ni siquiera los dioses habían podido ocultarlo.

Debía seguir avanzando. El día iba pasando y, si no encontraba la forma de llegar antes de que el sol cayera, la noche sería más dura de lo que creía. Me puse la capucha de la prenda que me había dado Moa. Era realmente grande, pero gracias a ello podía cobijarme del frío que asolaba el territorio.

Seguí caminando hasta llegar a una de las carreteras que comunicaban el parque nacional con el resto de las ciudades. Supuse que me encontraba en la vía principal, Haukelivengen. Miré a ambos lados, pero no parecía venir

nadie, por lo que decidí que lo mejor sería continuar hasta que alguien pasara.

Aquel camino parecía estar abandonado, por lo menos en aquel momento. Apenas pasaba nadie, tan solo algunos animales cruzando de linde a linde sin prestar mucha atención a lo que los rodeaba. Le di un sorbo a la botella que Moa había guardado en mi capazo, la cual estaba llena de aquel dulce líquido que me sirvió nada más entrar en sus aposentos. Era delicioso, tanto que incluso llegaba a recordarme al *hidromiel* del que se alimentaban los dioses, aunque sin sentir la embriaguez que algunos llegaban a notar con dicha bebida.

Un brillante rayo relució no en la lejanía, sino frente a mí, y junto a él, un poderoso trueno resonó en el cielo. Inmediatamente después de escucharlo, sentí cómo algo latía en mí. Aquella maravilla creada por los dioses hacía que los rayos que había en mi interior despertaran y bailaran alegres. Podía sentir la mirada de Thor, a pesar de que había perdido todo el amor que sentía por él y el resto de su estirpe. No necesitaba que nadie guiara mi camino. Yo misma sería quien decidiría qué pasos dar y hacia dónde dirigirme sin dejar que nadie impusiera un mal movimiento.

Sin que pudiera esperármelo, un fuerte bocinazo de coche sonó detrás de mí, haciéndome dar un bote, asustada. Me giré tan rápido como pude, aún con el miedo en el cuerpo, y vi cómo un vehículo, parecido al de Ottar, de color rojo se acercaba. Las pequeñas gotas de lluvia empezaron a caer, empapando lentamente mis ropajes. Las nubes habían tapado todo el cielo y apenas había claridad como para poder ver mucho más allá.

Respiré con tranquilidad cuando vi que iba aminorando la marcha. Sonreí contenta, ¡iba a parar! Era justo lo que necesitaba: alguien que pudiera llevarme, aunque tan solo fuera durante algunos kilómetros, los suficientes como para avanzar un buen trecho. Me quité la capucha para que pudieran verme a pesar de la lluvia. Pero poco duró mi alegría. La sonrisa que se esbozaba en mi boca se convirtió en una mueca cuando vi cómo pasaban junto a mí y se alejaban sin detenerse en el arcén.

—¡Maldición! —Tiré al suelo un pañuelo que tenía entre las manos. Me pasé una por la cara tratando de secar las gotas que ya me habían mojado. Dejé ir un grito—: ¡Maldita sea!

Hacía horas que había salido del caserío. Apenas me sentía los pies y el frío empezaba a penetrar en mis huesos. Necesitaba que alguien parara, pero nadie había aparecido salvo ellos. Emití un chasquido y de una de mis manos

salió un pequeño rayo. No debía rendirme; o seguía adelante, o el pasado y las sombras acabarían devorándome para no dejarme salir nunca más.

Las luces del coche desaparecieron entre la niebla que había tomado la carretera y casi no pude ver más allá de un metro. Aquella iba a ser una noche muy larga y dura, demasiado. Cogí aire, intentando calmar los nervios y el mal humor que me corroía por dentro. Entonces, la pequeña piedra del collar empezó a brillar de nuevo, calentando mi cuerpo e iluminando levemente el camino. Aquel mineral parecía saber lo que necesitaba, ya que era incluso capaz de apaciguar el enfado.

Dejé ir un gruñido, me detuve durante unos segundos, cerré los ojos y cogí aire, reponiendo las fuerzas que se me habían escapado al ver cómo la única esperanza de no pasar la noche a la intemperie y llegar cuanto antes al lugar se había esfumado.

En la lejanía pude divisar un coche aparcado en un lado de la carretera. Durante unos segundos achiqué los ojos tratando de ver mejor, ya que se encontraba bastante lejos. A medida que iba acercándome, deduje que era el que me había adelantado una hora atrás, por el color rojizo que fui capaz de intuir. Por alguna extraña razón, se había detenido en el camino y había apagado las luces, como si aguardara algo.

Seguí caminando, cogiendo aire, sintiendo cómo el enfado volvía, pero ¿qué iba a hacer si no habían querido parar? Nada. Hay gente bondadosa y otra que no lo es tanto, por lo que deduje que el conductor del vehículo formaba parte de este segundo grupo.

—Eh, tú —escuché que me llamaba una mujer a mi espalda al pasar junto al vehículo.

Me giré, dispuesta a fulminarla con una sola mirada, pero entonces vi cómo de este se bajó una chica de cabello corto y blanco, bastante delgada y con una altura semejante a la mía. La miré de arriba abajo e hice una mueca. Había visto cómo caminaba sola bajo la lluvia y ni siquiera había sido capaz de acercarme a un lugar en el que cobijarme.

—¿Qué? —le pregunté malhumorada.

—Será mejor que subas —me dijo—. Anuncian tormenta para esta noche.

Hice una mueca de asco. No me gustaba la forma de hablar que tenía ni la superioridad con la que me miraba. Aun así, asentí. Necesitaba que me llevara, o no llegaría jamás al *ferry* que debía coger para llegar a Kleivaland.

—Soy Liv. —Me tendió la mano, esperando que hiciera lo mismo. No

hice caso. Me metí directamente en el coche, en el asiento del copiloto, ya que en la parte trasera había bolsas y mantas—. De acuerdo... —escuché que me decía antes de que cerrara la puerta. Cuando entró me miró, puso los ojos en blanco y acto seguido arrancó el motor—. ¿A dónde vas?

—Tengo que llegar a Kleivaland.

Asintió un par de veces, pero decidió permanecer en silencio, por lo que yo hice lo mismo. Me quité la ropa más pesada, dejándola entre mis pies, igual que hice con la bolsa que me había preparado Moa. Guardé la *geirr* en el interior de las mangas del jersey que vestía y fijé la mirada en la carretera.

—¿De dónde vienes? —me preguntó.

Alcé una ceja a la vez que desviaba la mirada hacia ella. Me había dejado tirada en la carretera una hora atrás, sin embargo, ¿no hacía más que tratar de averiguar cosas sobre mí?

—¿Es que solo tú puedes hacer las preguntas? —la encaré.

De la bolsa saqué un trozo de pan y me lo llevé a la boca. No era gran cosa, pero por lo menos así podría calmar el hambre que me estaba volviendo loca.

—¿Y? —volvió a decir.

—¿De dónde vienes tú?

—De algo más lejos del parque nacional.

Me fijé en ella, en esos ojos claros que se desviaban de la carretera hacia los míos y eran capaces de transmitirme una serenidad que no había notado a simple vista. Sentí cómo la pequeña piedra brillaba en el interior de mi ropa, emitiendo un ligero calor que poco después se volvió algo más intenso. Puse mis manos sobre la piedra, intentando separarla de mi piel; aquello dolía demasiado.

—¿Estás bien?

—Eh... —murmuré—. Sí, sí —terminé titubeando.

¿Por qué demonios había reaccionado así el colgante?

Durante más de una hora permanecemos en silencio, avanzando en el camino, sin decirnos nada la una a la otra. Liv estaba en lo cierto: una enorme tormenta se había cernido sobre nosotras kilómetros atrás y aún permanecía. Allí estaba Thor, llenando de rayos el cielo y haciendo temblar la Tierra con sus truenos. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza al sentir la mirada del dios puesta en mí. Estaba siguiendo mi camino desde el trono de Odín, quien estaría junto a él. Desvié la vista hacia el oscuro cielo mientras negaba con la cabeza. No volvería a estar cobijada bajo su manto, no había razón alguna para volver a su regazo.

—Dentro de unos kilómetros nos detendremos —me dijo a la vez que sacaba un cigarrillo de la cajetilla que tenía—. Necesito estirar las piernas. — Se metió el cigarrillo en la boca y lo encendió mientras subía el volumen de la música que nos acompañaba—. ¿No conoces la leyenda que hay en estas tierras? —me preguntó. Le dije que no con un ligero movimiento de cabeza—. Se dice que hay un ser capaz de matar todo aquello que lo rodea. — Exhaló y dejó ir el humo—. Un hombre encontró al sur de Noruega, en Hardangervidda, más de trescientos renos muertos en una pradera. En los medios achacaron el suceso a una tormenta eléctrica, pero hay gente que habla de un monstruo.

Puse los ojos en blanco. No sabía si Liv estaba intentando liarme o simplemente quería ser agradable. Hice una mueca y volví a mirar por la ventana.

—No me lo creo. —Fui sincera.

—No hace falta que lo creas. De todas formas, te hablaré de ello. — Sonrió de medio lado y le dio una calada al cigarrillo—. No solo es una persona la que cree que fue Helhest quien cabalgó por estas tierras.

Al escuchar el nombre del ser, mi corazón se revolucionó. ¿Cómo aquella simple humana era capaz de creer en un monstruo como él? Helhest no era solo un simple caballo, sino el anunciador de la muerte, de la enfermedad y de los decesos, aquel que era capaz de pudrir todo aquello que sus tres patas tocaran. Durante eones se había creído que no era más que uno de los acompañantes de Hela, pero era mucho más. Verlo o simplemente escucharlo advertían a quien lo sentía de su cercano fin.

—¿Helhest? —le pregunté ingenua. Asintió seriamente a la vez que fijaba

la mirada en la carretera—. ¿Qué sabes de él? —quise saber.

—Poco, la verdad.

Continuó fumando como si nada, con la ventanilla bajada, dejando que la humedad y el frío se adentraran en el coche, llenándolo con el más profundo olor a tierra mojada.

—El caballo de Hela, dicen, la diosa de la muerte. —Dejó ir el humo que aún guardaba en su interior y segundos después prosiguió—: Hela saldrá de Helheim cuando el monstruoso Garm¹⁵ abandone las puertas, abandonado la cueva Gnipahellir, liberándose así para la llegada del Ragnarök.

—Donde se enfrentará a Tyr... —dije inconscientemente.

Liv echó a reír, riéndose de mí, por lo que sentí cómo la rabia iba naciendo en mí a la vez que cerraba las manos en puños. Cogí aire, intentando reprimir los instintos asesinos que no dejaban de gritarme que la chamuscara en aquel preciso instante.

—¿Vas a decirme que crees en elfos, enanos, dioses y valkirias? —Dejó ir un chasquido y, acto seguido, me dedicó una risotada que me sentó como un bofetón—. ¿En serio?

Apreté la mandíbula, ahogando el gruñido que mi ser quería liberar pero que no podía dejar escapar, o desencadenaría los rayos que empezarán a correr por mi piel, y ella era una humana.

—No esperabas que fuese a hablar en serio, ¿no?

Alcé una ceja y bufé molesta, pero poco después opté por negar con la cabeza, alejando el enfado que había en mi interior. No era momento de dejar que tomara el control de la situación, o acabaría haciéndole daño sin querer. No sabía hasta dónde podían llegar los dones ni si sería capaz de controlarlos cuando actuaran por su propia cuenta.

El tiempo pasaba en aquel coche como los eones habían sucedido en el Valhalla, aunque se estaba haciendo incluso más eterno. En la lejanía divisamos un pequeño pueblo de nombre indescifrable, por lo que decidimos detenernos. En la entrada había algo parecido a una tienda, y en la falda de la montaña, cuatro casas dispersas con las luces encendidas y las hogueras prendidas.

—Nos detendremos allí —me dijo a la vez que señalaba un bar cafetería.

La oscuridad de la noche se había cernido sobre nosotros, apagando todo lo que nos rodeaba. El frío era tal que, aun estando en el interior del coche, podía sentir cómo el helor empezaba a penetrar en mis huesos, por lo que

antes de salir me abrigué aún más.

Era extraño sentir todo aquello. En el Valhalla no había calor ni frío. Teníamos una temperatura fija que para nosotros era normal. Pero descender al Midgard hizo que experimentara sensaciones muy distintas a todo lo que había vivido con anterioridad.

—Vamos —murmuró la chica cuando detuvo el coche por completo frente al establecimiento.

Asentí sin decir nada más y escondí mi *geirr* en uno de los bolsillos interiores de mis ropajes. No me iba a separar de ella por nada en el mundo. No sabía qué podría encontrarme en aquel lugar ni si Liv era realmente de fiar. Cerró el coche a distancia mientras abría la puerta de la cafetería. No quería ser yo la que entrara primera, por lo que dejé que fuese ella quien pasara.

Nada más atravesar la entrada, mis fosas nasales fueron inundadas por el olor a comida recién hecha, café molido y tierra húmeda, uniéndose en perfecta armonía para despertar todos y cada uno de mis sentidos.

—Siéntate ahí. Ahora vendré —me ordenó Liv.

No se lo iba a discutir, así que hice lo que me decía. Me senté, observando todo lo que me rodeaba. Las paredes de madera estaban adornadas con fotografías antiguas, y en ellas había algún que otro trofeo de caza colgado. Hice una mueca, sintiendo lástima por los animales. Ojalá hubiera ofrecido esos cuerpos a los dioses para que así sus almas descansaran en paz.

Pasé mis dedos por encima de la mesa de madera. Estaba rallada, incluso tenía algún que otro boquete. Cerré los ojos, volviendo a una era pasada, alejándome del lugar en el que me encontraba.

Un hombre de oscuros ojos marrones permanecía sentado en aquel sitio, en aquella misma cafetería tiempo atrás. Habían pasado años desde entonces, o eso creía. Era joven, pero sobre la piel de su cara se erguía una frondosa y varonil barba que adornaba a la vez que escondía un bello rostro. Bebía café solo, igual que lo estaba él; nada de azúcar, pero sí lo acompañaba con un buen plato de carne.

Lo observé durante unos minutos. Era distinto a la gente que lo rodeaba, que era escasa. No parecía pertenecer a aquellas tierras, sino que era un viajero en busca de algo que todavía no había encontrado. Pero ¿qué era aquello que tanto ansiaba encontrar?

—Eh, chica.

Liv me sacó de aquel estado en el que me encontraba para devolverme de pleno a la cafetería.

—¿Qué? —le pregunté confusa.

—Te está preguntando qué quieres tomar.

Desvié la mirada de la joven a la camarera que aguardaba junto a ella con una libretilla en la mano.

—Eh... Pues cualquier cosa para comer —musité, aún desubicada.

—Sírvele una buena hamburguesa.

La muchacha lo apuntó en la libreta, se dio media vuelta y poco después desapareció tras las puertas que llevaban a la cocina.

—Gracias —dije en voz baja.

—Habías desconectado del mundo. —Miró por la ventana—. Parecías estar en otro planeta. Por cierto, ¿me vas a decir cómo te llamas?

Emití un chasquido y sonreí. Por alguna razón, estaba empezando a simpatizar con Liv a pesar de sus comentarios.

—Tal vez lo estuviera. Me llamo Lyss.

—No te preocupes —Sonrió.

—Serán cuarenta dólares —nos dijo la camarera cuando nos sirvió la comida.

«Maldición», maldije para mis adentros. Me había dejado la bolsa en el coche y, con ella, el dinero que Moa me había dado. Ni siquiera sabía si podría pagar después el *ferry* que me conduciría hasta el lugar en el que me había citado Ottar. Pero... ¿de verdad quería reunirme con él? Había conseguido lo que más ansiaba: la libertad de poder hacer lo que me viniera en gana sin tener que justificarle a nadie mis acciones. Nadie podría controlar mis pasos, solo yo.

—Eh... —murmuré—. Tengo el dinero en el coche.

—No te preocupes.

Agradecí aquel gesto e hice una mueca similar a una sonrisa.

¹⁵ Monstruoso perro de la diosa Hela

28

Liv condujo durante más de media hora. Rápidamente, dejamos atrás el pueblo en el que comimos y nos adentramos de nuevo en la oscura carretera que nos llevaría hacia donde se encontraba el *ferry*, o eso esperaba.

—Eh... ¿Dónde estamos? —escuché la voz de un hombre.

Con agilidad y sin que me temblara el pulso, sujeté con fuerza mi *geirr*, colocándola junto al cuello del hombre. No necesité verlo para amenazarlo con mi arma, tan solo sentirlo. Liv frenó en seco, mirándome asustada.

—¡Tía! ¡¿Qué coño haces?! —alzó la voz.

—No, ¿qué demonios hacéis vosotros? —pregunté exaltada, arrugando el entrecejo dadas sus palabras—. ¿Quién es? ¿Qué extraño vocabulario es ese?

Pensaba que estábamos las dos solas, pero, al parecer, no era así. Aquel hombre había permanecido en silencio durante todo el trayecto.

—¡Eh, eh! —dijo él—. Aparta el pincho, colega —murmuró el joven, el cual no parecía estar muy en sus cabales.

—¿Quién coño eres? —le preguntó Liv a la vez que colocaba un extraño objeto, que usaban los humanos como armas, en mi sien—. ¿Y qué coño haces con ese pincho?

Tragué saliva, sintiendo cómo mi corazón se aceleraba. Solo tenía dos opciones: inventar algo o salir huyendo de aquel vehículo. Cogí aire a la vez que desviaba la mirada hacia el arma que sostenía Liv.

—Es una daga, no un pincho —la corregí.

Aparté lentamente mi *geirr* del cuello del hombre, con las manos temblorosas, mientras la escondía de nuevo en mi manga para guardarla en la bolsa. Liv no hizo lo mismo, sino que sujetó el arma con más seguridad que antes. Parecía estar acostumbrada a ello.

—¿Quién eres? —gruñó cabreada.

—Lo llevo por protección —inventé.

—¿Para protegerte de quién? —intervino el joven.

—Iba caminando sola por la carretera —le informó Liv.

Hice una mueca, tratando que el joven entendiera que tan solo llevaba mi *geirr* para poder defenderme de todo aquel que quisiera lastimarme. Porque así era, la necesitaba para sentirme completa. A pesar de que Freyja me explicó que tan solo era una conductora de mi poder, no servía nada más que para eso, para guiar mi fuerza.

—¿Qué se te pasó por la cabeza para recogerla? —le recriminó él.

Fijé la vista en los claros ojos envueltos en kohl negro de ella, intentando descifrar lo que pensaba, pero ni siquiera era capaz de sentir su energía.

—Dime quién eres —repitió.

La joven de cabellos blanquecinos pegó el inicio de su arma en mi frente, provocando que mi corazón se acelerara.

—No me fío de ti —murmuró el joven.

Achicó los ojos a la vez que los posaba en mí, desafiante. Apreté la mandíbula, intentando impedir que los rayos que luchaban por correr sobre mi piel se mantuvieran a raya. Alcé una ceja, sin apartar los ojos de él; no me amedrentaría. Negué con la cabeza y poco después me centré en Liv, quien se limitaba a observarme.

—¿Vas a responder a mi pregunta? —me preguntó molesta.

—Ya tienes la respuesta —le respondí—. Soy Lyss.

—¿A dónde vas?

Tragué saliva a la vez que cientos de preguntas e ideas rondaban mi mente. Debía contarles algo que sonara convincente para que no me abandonaran a mi suerte.

—Debo coger un *ferry* hacia el sur de Rogaland para poder llegar al pueblo en el que nací —les expliqué llena de tristeza, tratando que no descubrieran mi verdadera identidad—. Cuando no era más que una niña, me arrebataron todo lo que tenía, me alejaron de mi hogar, separándome de... — Mi voz empezó a quebrarse. Podía sentir la nostalgia invadiendo mi ser, la pena erizando cada uno de mis vellos.

—¿De quién, Lyss? —me preguntó Liv.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, sintiendo cómo el dolor y el rencor las impulsaban a salir, intentando aliviar el mal que me corroía.

—De mis padres... —conseguí decir—. Ni siquiera soy capaz de recordarlos con claridad —murmuré con pesar.

Era cierto, ni siquiera los recordaba, solo acudían a mi mente en forma de esos dos jóvenes guerreros que vi al descender junto con la ayuda de Urd. La congoja me encogió el pecho, impidiéndome respirar con normalidad. Un fuerte quejido se escapó de mi interior, provocando que el llanto que intentaba retener acabara tomando el control para arrollar con todas y cada una de las murallas que había conseguido forjar.

Enterré el rostro entre mis manos, ocultándome de las miradas de aquellos

desconocidos que habían conseguido sacar mi pesar con tan solo mirarme. Lloré como una niña, desconsolada, recordando el dolor que me asoló durante mi cautiverio en el refugio en el que me retenía Ottar, sufriendo cada una de las torturas que Skule me había dado y el abandono de aquellos que creía mi familia.

—Yo... —murmuró él.

Negué con la cabeza. Me dolía el pecho e incluso el corazón. Recordar todo aquello no me hacía ningún bien.

—Lo siento... —dijo el joven, lleno de dolor.

Con delicadeza, pasó una de sus manos por mi espalda, intentando calmar mis insistentes hipidos, repletos de dolor y agonía. Pero de nada servía. Aquel mal me acompañaría durante el resto de mis días.

—Liv —la llamó el joven con la voz temblorosa.

Alcé la vista, secándome las lágrimas con las mangas del jersey, y vi cómo esta desviaba la mirada hacia él, pero rápidamente la dirigía hacia donde miraba el joven, quien tenía la vista fija en la parte trasera del coche. Un hombre de apariencia lúgubre y desaliñada se acercaba a toda velocidad hacia nosotros, hacha en mano.

—¡Arranca, vamos! —vociferó.

Liv lanzó el arma, haciendo que cayera sobre mi regazo. Giró la llave intentando que el coche se pusiera en marcha, pero no había manera.

—¡Liv! —gritó.

La chica cada vez se estaba poniendo más nerviosa, y parecía que la seguridad con la que me había apuntado había desaparecido en apenas unos segundos.

—Tenemos que irnos de aquí —añadí.

—Vamos, ¡va! —alzó la voz el chico.

El hombre estaba cada vez más cerca, tanto que casi podía ver su rostro, el cual estaba cubierto por la oscuridad de la noche y la sombra de la capucha de la ropa que vestía. Me fijé en el arma. Llevaba un hacha muy grande con la que fácilmente podría acabar con todos nosotros en apenas unos minutos.

Apreté las manos, formando puños. No podía dejar que ese hombre nos atacara, pero tampoco podía mostrarme ante ellos como la valquiria que era. Apoyé una de mis manos sobre el salpicadero, cerré los ojos y dejé que la electricidad corriera por todo mi cuerpo, hasta que el motor se encendió. Tan rápido como pudo, Liv revolucionó el coche hasta que consiguió que nos

moviéramos.

—¡Acelera, acelera! —gritó él.

—¡Deja de gritar, Ash! —le contestó molesta.

A pesar de estar alejándonos, el hombre no se rindió, sino que continuó corriendo, armado y cada vez más furioso.

—¿Quién coño es? —me preguntó Ash, mirándome.

—¿A mí me lo preguntas? —le contesté, abriendo los ojos como platos.

Alzó los hombros e hizo una mueca. Mientras, Liv seguía conduciendo, alejándonos de aquel hombre.

—Joder... —musitó entre dientes.

Dejó ir un profundo suspiro que alivió el nerviosismo que había en ella. Fue entonces cuando pude sentir la energía de su ser. Aquella muchacha, aun siendo humana, tenía un gran poder en su interior. Había sido capaz de esconderme su aura hasta aquel preciso instante.

29

—Necesito parar —dijo Ash.

Liv lo miró por el retrovisor, fijando sus ojos en los de él. Cogió aire a la vez que se llevaba a la boca un cigarrillo y lo prendía.

—¿Por qué? —le pregunté.

—No podemos detenernos, Ash. —Liv hizo una mueca con la boca—. ¿Es que no recuerdas lo que ha pasado?

Por el espejo pude ver cómo Ash ponía los ojos en blanco, aunque no tardó más de unos segundos en negar con la cabeza. Claro que lo recordaba, pero por algún motivo quería parar.

—¿Crees que ese hombre continuará persiguiéndonos? —me preguntó.

Le dio una larga calada al cigarrillo y poco después lo sacó por la ventana, dejando que el agua de la lluvia lo apagara.

—Ojalá no lo haga —contesté en voz baja—. No me gustaría tener que encontrármelo de nuevo.

Hice una mueca. Aquel hombre parecía estar completamente ido. No hacía más que correr y gritar algo que fui incapaz de entender a la vez que sujetaba aquella gran hacha vikinga.

—Espero que se haya cansado antes de encontrar un maldito coche con el que poder seguirnos. Estaba loco —murmuró Ash.

Cogí aire, perdiendo la mirada en la oscura noche que se había cernido sobre nosotros. No era más de media tarde, pero apenas se podía ver más allá de donde alumbraban las luces del coche. Durante unos segundos me sentí afortunada por haber encontrado a aquella pareja de viajeros que me dejaban acompañarlos hasta que fuera el momento de partir.

—Y... —comencé a hablar—. ¿A dónde os dirigís vosotros?

—Vamos hacia Hjelmeland —me respondió Liv.

—¿Qué se os ha perdido allí? —quise saber curiosa. La joven de ojos claros y cabellos blanquecinos me miró de reojo, aunque sin dejar de prestarle atención a la carretera. Apretó la mandíbula, y por un momento deseé no haber preguntado nada—. No hace falta que respondas si no quieres —añadí, intentando que no se viera obligada a ello.

—Vivimos allí —comentó el chico—, aunque vamos en busca de su hermano.

—¡¡Ash!! —gritó Liv.

—¡Lo siento! —alzó la voz él, disculpándose.

Liv permaneció en silencio y con la vista fija en el oscuro y frío camino mientras yo no podía hacer más que darle vueltas a qué demonios era lo que debería hacer. Estaba perdida. Durante eones confié en lo que me decían. No era capaz de cuestionar ni uno de los pasos que daba, pero desde mi llegada no había dejado de hacerlo. Me sentía incompleta, desorientada, no sabía hacia dónde debía tirar ni qué era lo que me decía mi corazón. Quería conocer a aquellos que una vez fueron mi raza, pero no sabía qué consecuencias tendría. Y eso, en cierto modo, me asustaba. Cogí aire, fijando la vista en el exterior, en los cientos de rayos que cruzaban el cielo acompañando la furia de Thor.

—¿A dónde has ido, valkiria?

Podía escuchar su voz tan dentro de mí..., tanto que era incluso difícil no pensar que estuviera a mi lado. Aquello no era un recuerdo como los que había visto decenas de veces. Era tan distinto que ni siquiera era capaz de reconocer el lugar en el que me encontraba.

La oscuridad lo había ensombrecido todo a mi alrededor. No podía ver nada más allá. Tan solo un halo de luz me acompañaba, iluminándome entre la negrura. Alcé las manos. Ni siquiera vestía como recordaba. El colgante ya no colgaba de mi cuello y mi geirr había desaparecido. ¿Dónde estaba?

—No puedes huir de mí, Lyss —murmuró—. Estoy en tu cabeza, en cada árbol que se mueve al son del viento, en cada una de las piedras sobre las que caminas, en cada canción, en cada trueno.

—No pienso huir de ti, Ottar —le respondí, a sabiendas de que me escucharía—. Solo quiero respuestas.

Apareció ante mis ojos, vestido tan solo con unos pantalones negros y pintado con sus marcas de guerra, tan rojas como la sangre. Se acercó a mí con lentitud, fijando su mirada en la mía. Podía sentir cómo todo su ser gritaba, cómo aullaba buscando algo que no lograba encontrar. Estaba perdido, casi tanto como yo, pero... ¿su fortaleza era tan grande como para resistir al pasado?

—Yo te daré respuestas, mi vikinga —me susurró al oído, acercándose cada vez más.

Acarició mi cabello con delicadeza a la vez que posaba una de sus manos sobre mi hombro. Sentí cómo mi corazón se desbocaba, cómo me rogaba

salir de allí o quedarme para que las tinieblas hicieran conmigo lo que quisieran, para que él lo hiciera.

—Lyss, despierta —escuché que me decía Ash con mimo.

Sentí una de sus manos rozando mi hombro. No pude evitar dar un bote hasta que me di cuenta de que realmente era él quien me tocaba y no Ottar. Cogí aire, intentando calmar mi extasiado corazón.

—Hemos llegado.

—¿A dónde? —le pregunté.

Me notaba cansada, sin fuerzas para apenas nada, ni siquiera para mantener alzados mis párpados. Suspiré, sin apartar la mirada de Ash.

—A Hjelmeland.

Abrí los ojos como platos. ¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo? Carraspeé, me senté bien en el asiento y miré la casa que había frente a mí. No era muy grande, lo suficiente como para poder albergar a una familia no muy numerosa, y sus paredes eran de un rojo oscuro casi granate con algunos toques blancos.

—¿Dónde estamos? —pregunté de nuevo.

—Me debes treinta euros —me contestó Liv.

La miré de reojo, sin entender a qué venía aquello, hasta que recordé el maldito *ferry* que debíamos coger. Me pasé una de las manos por la cara y empecé a rebuscar en la bolsa que llevaba hasta encontrar el dinero.

—Quédate a dormir —me dijo Liv—. Es tarde para que vayas a ninguna parte.

—¿Qué más te da si me marcho?

—Pues la verdad es que me da igual, pero no me gustaría encontrarte por ahí muerta —musitó—. Me empiezas a caer bien.

Ash se apartó de mí y, con una enorme sonrisa, me miró.

—Quédate —me pidió él.

No tenía a dónde ir. La noche había entrado salvajemente, apenas se veía, y no sabía cómo llegar hasta el prado ni dónde se encontraba. En realidad, ni siquiera tenía claro qué hacer, por lo que decidí aceptar la oferta que me había hecho.

—Gracias. —Sonreí.

Ella se limitó a hacer una mueca a la vez que se encendía un cigarrillo. Le tendí los billetes y rápidamente los cogió para, acto seguido, guardarlos en

uno de los bolsillos de sus pantalones.

—Vamos —me dijo Liv.

Parecía seria, demasiado, pero no lograba entender el porqué. Debíamos sentirnos afortunados de no haber visto de nuevo a aquel maldito loco que no hacía más que perseguirnos. Pero no era así.

De la parte trasera, sacaron dos bolsas. Parecían ser bastante pesadas. Aun así, ambos se la colgaron del hombro y me observaron durante unos instantes, esperando a que saliera del coche. Cogí mis cosas, guardando de nuevo mi *geirr*, la cual no había desaparecido, en el interior de mi manga, en guardia, por si algo ocurría en la casa.

30

—Ve con cuidado, valkiria —escuché su voz de nuevo. Hacía demasiado que no la oía, aunque hasta entonces tampoco la había echado en falta—. No sabes lo que puede haber en el interior. Mantente en guardia —volvió a hablar Sigrún.

Negué con la cabeza. No la necesitaba conmigo, y mucho menos después de haber contribuido al engaño en el que había estado metida durante tanto tiempo.

—Cállate —le ordené en voz baja.

No podía verla por ninguna parte, pero sí sentirla junto a mí. La oí refunfuñar por lo bajini, pero no dijo nada más. Permaneció en silencio a mi lado durante unos minutos hasta que acabó por desaparecer.

—No hace falta que vuelvas —murmuré.

—¿Decías algo, Lyss? —me preguntó Ash, extrañado. Hice una mueca y le dije que no con un ligero movimiento de cabeza mientras observaba cómo Liv se encaminaba hacia la casa con las llaves en la mano, haciéndolas tintinear—. No es gran cosa, pero por lo menos no tendrás que pasar la noche en la calle. —Ash sonrió después de subir los cuatro escalones que nos dirigían hacia la casa.

—Gracias por dejar que me quede —le dije a Liv, aunque esta se limitó a abrir la puerta de la casa sin ni siquiera contestarme.

De repente, se detuvo. Su cuerpo dejó de responder. Estaba completamente paralizada, incluso la bolsa que sujetaba se había caído al suelo sin que pudiera hacer nada por remediarlo. Tenía la vista fija en el interior, pero no decía nada.

—¿Liv? —le preguntó Ash, asustado.

Se acercó a ella, dejando la bolsa que llevaba junto a la de Liv. Posó una de sus manos sobre su hombro derecho, la apartó ligeramente, y lo que vio en el interior lo dejó completamente sin palabras. Me acerqué a ellos, ya que ninguno decía nada. Asomé la cabeza y pude ver cómo todo estaba revuelto: las cosas tiradas por el suelo, los sillones volcados, cientos de papeles y libros destrozados... Era un caos absoluto.

—¡Abuela! —chilló Liv.

Tan solo pasaron unos minutos desde que abrió la puerta hasta que corrió hacia el interior en busca de la mujer, pero se hicieron eternos.

—¡Nura! —alzó la voz Ash.

Ambos fueron en su busca, quien no parecía estar en la casa. Cogí aire. La desazón que recorría a Liv y a Ash invadió mi cuerpo, por lo que no dudé en entrar a buscarla. Estaba todo tan oscuro que apenas se podía ver nada más allá de lo que la farola de la calle iluminaba, por lo que chasqueé los dedos, haciendo que las luces se encendieran. No tenía tiempo de estar buscando interruptores.

Nada más entrar, noté cómo mi cabeza empezaba a dar vueltas. La presencia oscura que había en su interior estaba haciendo estragos en mí. Empecé a sentirme mareada, tanto que durante unos segundos tuve que apoyarme contra el marco de la puerta. Negué con la cabeza. No podía dejar que aquella energía me debilitara, así que debíamos encontrarla.

Por suerte, la casa no era muy grande, por lo que rápidamente nos dividimos para poder buscarla. La llamé, igual que hacía el resto, hasta que cuando entré en el baño vi cómo algo se movía en el interior de la bañera, al otro lado de la cortina. Di varios pasos, con lentitud, sujetando mi *geirr* con fuerza, preparada para lo que estuviera a punto de suceder. El corazón me iba a mil. No era capaz de sentir nada, tan solo el nerviosismo y el terror de poder encontrarme con algo que no quería ver. Cogí aire mientras me acercaba y cerré los ojos. Al abrirlos, cogí la tela que nos separaba.

—¿Nura? —pregunté mientras apartaba la cortina.

En el interior había una manta que cubría algo abultado. Rogué a los dioses, y sí, rogué por que aquella silueta no fuera la de mujer sin vida. «Vamos, vamos», me dije a mí misma, instándome a abrirla.

Levanté con delicadeza la manta, poco a poco, intentando no asustarla, pero entonces me di cuenta de que lo que había debajo de esta era la mujer, totalmente inconsciente. Me arrodillé junto a ella.

—¡Liv! —grité—. Por favor, venid —les rogué. Ambos acudieron a mi llamada como alma que lleva al diablo. El gesto de Liv se torció. Estaba tan aterrada que pude ver cómo su dureza desaparecía para dejarla indefensa—. Ayudadme a levantarla —les pedí.

Ash reaccionó antes. Asintió y la sujetó para que pudiera colocarme entre la mujer y parte de la bañera para que así fuera más sencillo. Liv, mientras, seguía petrificada, observando la escena sin saber qué hacer.

—Todavía tiene pulso —le informé. Como si aquello le hubiera quitado un gran peso de encima, cogió aire, dijo que sí dos veces con la cabeza e

intentó ayudarnos—. Cogedla por las piernas y yo sujetaré su tronco —les informé.

Por suerte, tanto las valkirias como los einherjars contábamos con algo más de fuerza de la que podría llegar a tener un humano, por lo que me era más sencillo alzarla que a ellos dos.

—¿Podrás? —me preguntó Ash.

—Sí, tranquilo.

Intenté sonreír, pero mi gesto acabó volviéndose una mueca. Liv parecía estar realmente asustada, pero ya no había nada que temer.

Empapé mis manos con el agua que salía del grifo; necesitaba despejarme. Aquella sensación que me corroía acabaría por desmoronarme si no acababa con ella, pero... ¿cómo podría terminar con la nostalgia y el dolor?

—Hay demasiado que aún desconoces, vikinga —escuché que me decía Sigrún de nuevo.

Cuando alcé la vista y me miré en el espejo, pude divisar la imagen de la antigua valkiria. Cerré los ojos, esperando que aquello no fuera más que un espejismo creado a partir de mi imaginación, pero, al abrirlos, nada cambió.

—¿Por qué has vuelto? —le espeté nerviosa.

—Porque estás más perdida que cuando empezaste.

—No necesito a nadie que me guíe. —Me senté frente a ella, sobre la tapa del váter.

—Claro que lo necesitas, si no, esta historia jamás avanzará. —Alguien golpeó la puerta, sobresaltándome. Cogí aire, cerrando los ojos, y al abrirlos vi cómo Sigrún me observaba con pesar—. Será mejor que te marches. —La joven mujer de cabellos dorados asintió—. Esto no quedará así, valkiria —apuntilló—. Los hilos del destino siempre tienen razón, y las nornas volverán a escribir tu destino.

—El destino está en manos de quien lo escribe, y solo yo podré decidir lo que ocurre —siseé.

Volvieron a tocar la puerta una segunda vez, por lo que le lancé una última mirada a la valkiria y me dispuse a abrir la puerta.

—¿Estás bien? —me preguntó Ash en voz baja.

—Sí. —Sonreí, cerrando la puerta del baño tras mi espalda.

Atravesé el salón hasta llegar a una pequeña terraza en la que Liv se aislaba de todo, apoyada sobre la barandilla y mirando hacia la falda de la

montaña.

—¿Cómo está Nura? —le pregunté al salir.

Le dio una larga calada al cigarrillo, casi terminándoselo por completo. Tenía la vista fija en el monte, allí donde la luz se perdía y solo las estrellas iluminaban un incompleto paisaje.

—Ha estado mejor —murmuró.

—Supongo —musité.

—Se pondrá bien —me aseguró—. De momento, descansa en su cama.

Fijé la mirada en la linde del bosque, quedándome absorta, escuchando el agua recorriendo el río y el sonido de los búhos acompañándonos en la fría noche.

—¿Quién puede haber hecho algo así? —le pregunté.

31

Algo brillante en la montaña llamó mi atención; un fugaz destello que me decía que allí estaba la respuesta de lo que había ocurrido o, tal vez, parte de ella.

—¿Lo has visto? —le pregunté.

—¿El qué? —musitó Liv.

No aparté los ojos del punto en el que había vislumbrado el destello. Necesitaba saber si aquello estaba relacionado con el asalto a la casa de Liv. Además, la energía oscura que había alrededor de todo aquel lugar me hacía pensar que no había sido un asalto fortuito. Giré sobre mis talones, dispuesta a ir a buscar lo que allí se escondía, pero entonces la joven de cabellos blanquecinos me tomó por la mano.

—Será mejor que todos vayamos a descansar —me anunció—. No es hora de jugar a los detectives, Lyss.

—Pero...

—Mañana será otro día. Hablaremos con las autoridades y dejaremos que sean ellos los que se encarguen de buscar al malnacido que ha hecho esto.

Asentí sin estar muy convencida de lo que decía. Quería saber qué se escondía más allá de la linde y averiguar qué había ocurrido, pero aun así acaté sus normas. Volví al salón, donde me encontré a Ash sentado en el sofá y mirando un aparato que no sabía para qué servía.

—Dormirás en el cuarto que hay junto al baño. —Liv señaló la habitación a la vez que entraba detrás de mí.

—¿Y Ash? —le pregunté confusa.

No había más de tres habitaciones en aquella casa, por lo que las cuentas no me salían: una para Nura, otra para Liv, la de invitados que ocuparía yo, pero... ¿dónde dormiría Ash?

—Él dormirá en mi habitación. Pondremos un colchón en el suelo.

—Sí, no te preocupes por eso. —El joven sonrió de medio lado.

—De acuerdo.

Por alguna razón, aquella sonrisa me cautivó y me trajo recuerdos que ni siquiera sabía que existían, transportándome a la era pasada a la que de verdad pertenecía.

—¿Por qué sonrías? —le pregunté.

Ottar estaba frente a mí, con las manos posadas sobre mi cintura, con esa sonrisa de medio lado tan insufrible pero a la vez cautivadora con la que casi siempre me miraba. No podía apartar la mirada de su boca, de esos carnosos labios con los que era capaz de robar mi corazón y llevárselo consigo al más oscuro y aterrador Svartalfheim.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —me preguntó burlón.

Alcé los hombros ligeramente. Aquel Svartálfar conseguía hacer que perdiera los nervios con cualquier cosa, y aquella era una de las ocasiones. Era tan distinto a los hombres del poblado que me resultaba terriblemente atrayente en comparación con ellos. Amaba tanto a aquel distinto ser que habría sido capaz de dar la vida a su lado con tal de que los dioses nos dejaran estar juntos. Pero, por suerte, no había sido necesario. Estaba segura de que los dioses habían bendecido nuestra unión desde el Valhalla, protegiéndonos de todo mal que pudiera rodearnos.

Ottar permanecía en la oscuridad de la noche, en las tinieblas del bosque, aguardando cada instante en el que poder estar a mi lado una vez más.

Ottar... Había emprendido aquel viaje para saber qué se escondía en la pradera en la que la luna dibujara su rostro, pero no sabía realmente si llegaría en algún momento. Quería vivir, averiguar cómo era aquel reino, ver el territorio que alguna vez fue el reino que mi padre protegió ante los enemigos, qué era lo que los elfos tenían planeado contra aquellos seres y qué papel tenía yo en todo aquel embrollo.

—¿Entendido?

—Eh... —murmuré—. Sí, sí.

Los tres nos dirigimos hacia la habitación de invitados, uno detrás del otro. Cuando entré, me encontré con algo distinto a lo que creí que vería. Las paredes que me rodeaban estaban llenas de marcos llenos de fotografías en las que pude distinguir a una pequeña Liv junto a una joven Nura que no hacían más que sonreír. Sentí pena por la chica, recordando el terror que había en su rostro al ver cómo la abuela yacía en el interior de la bañera. Sentí lo mismo que la joven. Me había dolido como si hubiera encontrado a Astrid en ella, o incluso más.

—Te quedarás aquí —me ordenó Liv—. ¿De acuerdo?

Asentí un par de veces a la vez que seguía observando todo lo que me

rodeaba, incluyendo la enorme ventana que daba a la parte trasera de la casa.

—Gracias una vez más por dejar que me quede.

—No hay de qué.

Me senté en el lecho mientras veía cómo ambos se marchaban, desapareciendo tras la puerta, aunque unos minutos más tarde volvió a abrirse. Tras ella vi cómo una mano asomaba con una manta sujeta.

—Adelante —dije, aguantando una pequeña risotada.

—No sabía si estarías ya en la cama —se excusó Ash—. He pensado que tal vez necesitarías una de estas. —Sonrió a la vez que se acercaba a mí y dejaba la manta sobre el colchón. Parecía un buen muchacho, a pesar de tener un carácter fuerte. En él había bondad y lealtad, cosa que parecía escasear en Asgard—. Esta habitación es bastante fría.

—Gracias por cedérmela.

—No tienes que dármelas. En realidad, la casa es de Liv. Es ella quien nos deja estar aquí.

Sí, había sido Liv quien permitía nuestra presencia en aquel lugar. Si no fuera por ella, ambos estaríamos en la calle muertos de frío y sin saber a dónde ir.

—¿De qué conoces a Liv? —le pregunté curiosa, deseando saber un poco más de la amistad que parecían compartir.

El joven de ojos marrones suspiró a la vez que me hacía un gesto, pidiéndome permiso para poder sentarse. Asentí a la vez que le daba dos golpecitos al colchón para que se colocara a mi lado.

—Pues... —murmuró—. Liv y yo nos conocimos una noche en un local. Ella estaba en la barra con esa mirada penetrante y fría pero con una enorme sonrisa en los labios —recordó—. Algo le había salido bien, cosa que normalmente no ocurría. Estaba feliz. —En su boca se esbozó una tímida sonrisa que me hizo pensar que en Ash había más de lo que parecía—. Me invitó a una copa, estuvimos charlando y poco más. —Ver cómo hablaba de Liv era una auténtica maravilla. No sabía realmente qué era lo que sentía por ella, aunque podía ver el cariño en sus ojos cuando las palabras salían de su interior como si viera en mí alguien de quien fiarse—. Liv es una mujer fuerte y cabezota. Tiene una enorme muralla rodeando su alma, pero, aun así, confió en mí a pesar de todo.

—Parece muy seria.

Cierto era que apenas conocía a Liv, pero no lo necesitaba para saber qué

se escondía tras esa gran barrera. Era dura, fría, mandona y calculadora, pero algo me decía que su corazón era más grande de lo que dejaba ver.

—No te creas. —Bajó la vista—. Solo necesitas entrar bajo la coraza que lleva. Entonces, todo cambia.

—Supongo... —murmuré.

El joven de cabellos dorados se puso en pie a la vez que sonreía ligeramente y me dio un par de golpecitos en el hombro.

—Será mejor que descansemos —me dijo antes de acercarse a la puerta—. Buenas noches, Lyss.

—Buenas noches.

Todo el mundo se había ido a dormir. No se escuchaba nada fuera de la habitación ni de la casa. Tan solo podía oír en la lejanía el sonido del agua del río corriendo ladera abajo. Salí con lentitud de la cama. Ni siquiera me había quitado los pantalones ni el jersey con los que iba vestida. Me asomé por la puerta, confirmando que todos estaban durmiendo y que no había nadie que pudiera descubrirme, por lo que volví al interior.

Abrí la ventana que daba a la parte trasera de la casa, con cuidado de no hacer ningún ruido que pudiera alertarlos. Miré hacia abajo. Estaba a más altura de la que esperaba, pero me dio igual, ya que salté sin pensarlo dos veces. Aterricé apoyándome con pies y manos. Cuando estuve en el suelo, di un salto para ponerme en pie y miré hacia la zona en la que había divisado el reflejo. Debía llegar antes de que alguien se percatara de que me había marchado, o acabaría metiéndome en un lío.

Miré hacia todos lados, buscando la forma con la que poder ir hasta el sitio, hasta que encontré un pequeño camino de arena que llevaba hacia la parte más frondosa del bosque. Tomé aire, saqué mi *geirr*, la cual guardaba en la parte trasera de mis pantalones, y la sujeté con fuerza. Avancé varios metros alejándome de la casa, hasta que vi con nitidez cómo el camino se adentraba en lo más profundo del bosque. Por ahí llegaría a la zona que había visto desde la casa.

De repente y sin que pudiera esperármelo, empecé a sentir una presencia extraña que me resultaba demasiado familiar, hasta que me di la vuelta y vi de quién se trataba.

—Lyss, no puedes alejarte así —escuché que me decía Sigrún a mi espalda.

—¿A ti qué te importa? —le pregunté molesta.

Cada vez me hacía sentir peor y más enfadada. No soportaba que nadie me dijera lo que debía o no hacer, y mucho menos ella, quien había ayudado a continuar con la maldita mentira que me había alejado de todo y de todos.

—Me preocupo por ti —me dijo en voz baja—. Ni siquiera sabes a dónde vas.

Podía oír cómo se acercaba, caminando detrás de mí con ligereza. Incluso era capaz de sentir que las piedras se apartaban a su paso.

—Claro que sé a dónde voy —gruñí—. Pienso descubrir qué ha ocurrido

en la casa de Liv y quién ha herido a Nura.

—Ese es un asunto en el que no debes entrometerte.

Mis pies se detuvieron. Me di la vuelta tan rápido como pude, girando sobre mis talones, y observé a la valquiria.

—¿Sabes lo que ha ocurrido? —le pregunté. Negó con la cabeza, desviando la mirada hacia otro lado. Cogió aire y lo dejó ir en forma de suspiro—. Lo sabes —musité, sabiendo que estaba en lo cierto.

—Lyss... —murmuró insegura.

Aquella no era la valquiria de la que durante eones hablaron las sagas, la primera guerrera que descendió para hacer del Midgard un lugar seguro. No era ella la mujer valiente de la que se enamoró Helgi.

—¿Qué demonios te está pasando, Sigrún? —quise saber.

—Apenas me queda energía, Lyss.

—¿Cómo? —le pregunté confusa.

Tomó mis manos con delicadeza. No solo era un espíritu, el alma de líder, sino que en realidad parecía estar allí, frente a mí. Podía notar cómo sus manos apretaban con delicadeza las mías.

—Durante mucho tiempo he estado cautiva junto a los elfos oscuros. Grimm me ha retenido en contra de mi voluntad desde mi desaparición. —Su voz se quebró—. Como ya te expliqué, estoy viva —me dijo cuando consiguió recomponerse.

—¿Dónde te encuentras? —le pregunté nerviosa.

Me entristecía saber que había vivido durante eones secuestrada por unos seres que tan solo querían hacer el mal en el reino al que ella llegó para proteger. Eran capaces de acabar con todo lo que se cruzara en su camino. Sin embargo, por alguna razón, ella seguía viva.

—No lo sé, pero... —murmuró—. No debes preocuparte por mí, sino encontrar las respuestas a todo lo que el pasado oculta.

—¿Qué demonios esconde el pasado? —le pregunté desesperada.

Sentí cómo mis ojos se llenaban de lágrimas. Me sentía colapsada y perdida. Eran tantas las preguntas de las que no sabía la solución que llegaban incluso a abrumarme. No era capaz de reaccionar.

—Nada es lo que parece ser, Lyss. —Me miró directamente a los ojos—. Descubre qué pasó aquella noche bajo la mirada de los dioses, los secretos que envuelven al Midgard y la verdadera historia que amenaza con acabar detonando el Ragnarök.

—Pero... —Negué con la cabeza.

—Conócete a ti misma antes de que sea tarde —me aconsejó—. Resuelve los enigmas, o acabarán haciendo que pierdas la cabeza.

Negué con la cabeza una y otra vez. Todo aquello iba a ser demasiado para mí. Ya no sabía qué camino seguir ni a dónde me llevaría el que ya había tomado, pero la única opción que tenía era seguir adelante.

—No puedo dejar así a Liv, ni siquiera a Ottar.

—No te pido que los abandones. —Sonrió con tristeza—. Avanza, Lyss, solo avanza.

—Ayúdame a averiguar qué ha ocurrido en casa de Nura.

La mujer hizo una mueca llena de pesar, apretó de nuevo mis manos y bajó la mirada hacia ellas.

—Lo siento, Lyss, pero no puedo hacer eso...

—¿Cómo que no?! —alcé la voz.

La miré extrañada. No podía creer lo que me estaba diciendo. Después de todo el mal que me había rodeado y que ella no había disipado, era capaz de negarme hasta eso.

Sigrún me hizo un gesto para que no gritara. Lo cierto era que a mí tampoco me beneficiaba hacerlo, por lo que asentí.

—¿Y la luz? —le pregunté—. Solo respóndeme a eso —le pedí.

Ya no sabía cómo sonsacarle información a la antigua líder de los valkyr. Era demasiado cabezota como para dar su brazo a torcer, cosa que cada vez me molestaba más.

—Debía hablar contigo.

—¿Has sido tú? —le pregunté desilusionada.

—No podía esperar a que volvieras a estar sola. Necesitaba hacerte entrar en razón.

Negué con la cabeza. Ella no había hecho nada, ni siquiera era capaz de ayudarme. ¿Cómo iba a volver a confiar en ella?

—No hay razón que pueda convencerme, Sigrún.

—Necesitas a alguien que te guíe.

—Yo misma sé guiarme perfectamente. No necesito que nadie me controle —le contesté indignada.

—¿Cómo lo vas a hacer?

—Conoceré a mi raza y, después de eso, ya veré qué hacer.

Cerré las manos en puños a la vez que sentía cómo el collar empezaba a

brillar y a calentarse. Sigrún me miró sorprendida.

—¿Qué llevas ahí? —me preguntó con preocupación. Se acercó a mí a la vez que tomaba la cuerda de cuero que rodeaba mi cuello y la alzaba, descubriendo la piedra que colgaba de esta—. Te la ha dado —me dijo en voz baja sin apenas fuerza—. Estás conectada a él...

—Quién sabe —murmuré—. Tal vez, jamás haya dejado de estarlo.

Pasé junto a ella, zafándome de sus manos, y continué caminando. Necesitaba adentrarme en el bosque, saber qué había en el punto en el que vi el reflejo y si Sigrún me había mentido o me había dicho la verdad.

—Será mejor que te cuides las espaldas, valkiria, o ese maldito elfo acabará arrastrándote a las más profundas tinieblas.

33

Contemplé desde la lejanía cómo una de las luces que había en la casa se encendía para apagarse poco después. Suspiré aliviada al ver que no habían ido a percatarse de si seguía en la habitación o no. Llegué al punto en el que se suponía que debía estar la luz reflejada, pero allí no había nada que me hiciera pensar que el destello había sido algo real. Maldije para mis adentros, decepcionada. Esperaba encontrar alguna cosa, aunque tan solo fuese una linterna medio estropeada que me indicara que allí había habido alguien.

Me senté sobre una de las rocas que quedaban, mirando hacia la casa, y la observé. No había nada que sobresaliera de lo normal, nada que me hiciera creer que efectivamente había sido un elfo o un ser oscuro el que había desordenado la casa de Liv.

—Dioses... —murmuré. Deseaba con todas mis fuerzas poder ayudar a Liv, pero parecía que todo se había vuelto en mi contra—. Ojalá me hubiera encontrado algo en vez de irme con las manos vacías de nuevo a la casa.

Alcé la mirada al cielo, esperando una respuesta que jamás llegaría. Había renegado de todo lo que había en el Valhalla, incluso de mi *systir*, mi mejor amiga, mi hermana Thrúd. Ni siquiera ella me había contado lo que realmente pasaba, y su traición me costaría perdonarla.

La piedra volvió a brillar una vez más, ardiendo cada vez con más fuerza. Incluso llegó a alzarse ligeramente, hasta que de repente cayó sobre mi pecho.

Había vuelto a la casa. Me rendí. Sola no podría encontrar nada, y mucho menos en un lugar como aquel, que ni siquiera conocía. Me metí en la cama solo con la ropa interior, cubriéndome con las mantas hasta la barbilla, y con la *geirr* bajo la almohada por si ocurría algo. Cerré los ojos y lentamente me quedé dormida, hasta que sentí cómo su cuerpo se pegaba al mío. Sobresaltada, abrí los ojos a la vez que notaba su agitada respiración chocando con mi hombro. Era capaz de erizar todo mi vello solo con su aliento. Me mordí el labio inferior, intentando contener las ganas de alejarlo de mí.

—Eres tan sumamente hermosa cuando duermes, mi vikinga... —me susurró al oído.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte. —Su voz sonaba ronca, seductora.

Mi cuerpo reaccionaba a él de manera independiente. No hacía ni caso a lo que mi mente le decía, tan solo quería seguir sintiéndolo cerca, por lo que no se movió ni un ápice.

—¿Cómo sabías donde estaba? —le pregunté con nerviosismo.

—Siempre te encuentro, Lyss —murmuró socarrón—. ¿Es que aún no te has dado cuenta? —Me di la vuelta, mirándolo directamente a los ojos, sintiendo cómo su pecho subía y bajaba con rapidez. En su boca había esbozada una sonrisa de medio lado, tan seductora como desquiciante—. Desapareciste una vez, los dioses te cambiaron, pero no lo suficiente como para que no pudiera reconocerte. —Él podía recordar todo lo que había pasado tiempo atrás. Lo envidiaba, y deseaba poder contar con aquellos momentos junto a él, saber cómo fue el amor que nos unió como para que me buscara a través del tiempo—. Nuestras almas están ligadas, vikinga —me dijo en voz baja, fijando sus ojos en los míos para no desviarlos ni en un solo instante—. Tú siempre serás mía, igual que yo siempre seré tuyo.

Mi alma se removió al escucharlo, provocando que el corazón se me acelerara sobremanera. No lo entendía, pero supongo que hay cosas que se escapan a la razón y al entendimiento, y aquella era una de ellas. Lo que ocurrió tiempo atrás entre Ottar y la antigua Lyss nos marcó para siempre.

Acercó una de sus manos a mi barbilla y acarició mis mejillas con delicadeza sin apartar la mirada de mí.

—Mi indómita guerrera...

Por alguna razón, la atracción que sentía por él era tan grande que ni siquiera era capaz de alejarme. Necesitaba sentir su cuerpo contra el mío, sus labios devorándome y sus manos acariciando cada centímetro de mi piel.

Fui acercándome, igual que hacía él. No era Ottar, el elfo que acabó con la vida de cientos de elfos de la luz, sino el Ottar del que me enamoré tiempo atrás. Una de mis manos voló hacia su pecho y entonces me di cuenta de que tenía la misma cicatriz que yo lucía bajo mi clavícula, la runa Nauthiz.

—Tú también...

La recorrí con cuidado, dándole la forma de la runa que representaba. Todo lo que decía era real, a pesar de que fuese difícil de creer.

—Jamás debías faltarme, vikinga —me dijo con pesar—. Nuestro camino debía ser eterno. No tenía que separarse, hasta que te arrebataron de entre mis brazos.

—Pero ahora estoy aquí —le contesté, poniendo una de mis manos sobre

su corazón.

Noté cómo este latía desenfrenado, tanto que parecía que incluso iba a salirse del pecho.

—Contra tu voluntad.

—He elegido estar.

—Por venganza —me rebatió.

Bajé la mirada. Era cierto que todo aquello empezó como una simple venganza, con el corazón henchido de dolor y rabia, pero se había convertido en algo distinto. Entonces ya solo necesitaba conocerme, saber qué pasó y elegir con qué bando luchar.

—Debería haberte matado cuando tuve oportunidad —musité.

—Sí, deberías haberlo hecho, pero no te habría servido de nada —me aseguró—. Habrías sentido mi falta durante el resto de tu vida, el dolor corroyéndote día a día —murmuró—. Y no podrías evitarlo.

—¿Eso te ocurrió a ti? —le pregunté curiosa.

Asintió dos veces a la vez que tomaba uno de sus dedos para alzar mi barbilla y que así acabara mirándolo de nuevo a los ojos.

—Sé que todo tu ser me recuerda, Lyss; solo hace falta que lo haga tu mente —me explicó con pesar—. Solo está dormida. Necesita despertar.

—Lo hará.

—Te juro que haré todo lo que esté en mi mano y más para que eso ocurra, Lyss. —Me acarició el rostro con cuidado—. No permitiré que nadie vuelva a separarnos de nuevo. —Podía sentir cómo todo mi espíritu se volvía loco al escuchar todas aquellas promesas. Tenía una extraña necesidad de saber si eso iba a ser verdad—. Será su vida o la nuestra.

Con delicadeza me tomó por la cintura, haciendo que quedara tumbada y él sobre mí, por lo que aprovechó para mirarme desde las alturas. Era tan distinto al ser que vi por primera vez, al despiadado hombre que recordaban Niels... Apoyó uno de sus brazos a un lado de mi cabeza, desvió la mirada hacia mi boca y de nuevo hacia mis ojos y acarició con mimo mi mejilla hasta llegar a mis labios.

—¿Qué demonios haces conmigo, vikinga?

Alcé los hombros, desconociendo la respuesta a dicha pregunta, pero la verdad era que me moría por recordar cómo era sentir sus labios contra los míos. Así que, sin dudarle ni un solo instante, levanté lo suficiente el rostro hasta que fue él quien nos unió en un dulce y casto beso.

—Me muero por tenerte, Lyss —gruñó—, por volverte a hacer mía.

34

Podía sentir sus manos recorriendo mi piel, cómo cada uno de sus besos colmaba mi ser llevándolo de nuevo al Valhalla, a un santuario perfecto construido tan solo para nosotros en el que nuestras almas pudieran reencontrarse, reconciliándose después de tanto tiempo de ausencia.

—Ottar... —dije en voz baja.

Por primera vez en mi existencia me estaba sintiendo amada, y es que tan solo Ottar era capaz de alimentar mi espíritu dándole lo que necesitaba en cada instante. Sonreí contra su boca. Me sentía realmente afortunada de poder tenerlo junto a mí, velando por mi seguridad, amándome y protegiéndome.

—Jamás dejaré que te alejes de mi lado —murmuré dichosa.

—No habrá nada que me separe de ti, mi hermosa vikingr¹⁶.

Fijé mis ojos en su oscura mirada, tan penetrante como excitante. Había algo en él que me resultaba tan distinto a todos los hombres que había visto a lo largo de mi corta vida que me era imposible no sentirme atraída por él.

—¿Me lo prometes? —le cuestioné.

—Por los dioses... ¡Claro! —exclamó.

Lo amaba. Era cierto que no me convenía, pero no podía evitarlo. Mi corazón era suyo, igual que lo era el de madre para padre, dos almas predestinadas a unirse, igual que ocurría con valkirias y einherjars.

—Prometiste que no te alejarías... —susurré con pesar.

—Y no lo hice, valkiria —me replicó—. Jamás me alejé de ti. Fueron ellos.

—Pero... —contesté sin entender—. ¿Qué demonios iba a hacer un elfo como tú con una humana como lo era yo? Era una unión antinatural.

—¿Y quién decide lo que es normal o no, Lyss? —contrarrestó—. El corazón no entiende de razones, leyes o razas, y los nuestros se unieron para crear una combinación perfecta.

Aquello era tan irracional que no era capaz de comprender todo lo que estaba ocurriendo. ¿Cómo un elfo oscuro, despiadado, iba a enamorarse de un ser tan endeble como yo fui? Los dioses habían decidido separarnos a pesar del amor que nos profesábamos, pero en cierto modo estaban en lo cierto: aquello no era normal.

—Me siento tan confusa, Ottar... —dije en voz baja, perdida.

—No tienes porqué sentirte así, mi vikinga. —Me acarició el cabello con delicadeza—. Solo necesitas recordar nuestro amor, y entonces sabrás a qué bando debes pertenecer. —Pasó sus manos por mi rostro, acunándolo con más mimo que antes, y acercó su cara a la mía, hasta que, sin pensarlo ni un solo segundo, acabó uniéndonos en un dulce y casto beso que me dejó sin respiración—. Serás mi reina, vikinga, solo mía. Mientras recuerdas, conoce tu reino, los seres que lo habitan... —me dijo—. Cuando llegue el Ragnarök, no habrá lugar para ellos en el Midgard. Solo la destrucción y el caos reinarán.

—No podéis...

Antes de que pudiera hablar, cogió aire y me sopló, haciendo que mi vista se nublara, que el sueño me invadiera y que mis párpados acabaran cayendo, hasta que me quedé completamente dormida.

—Dulces pesadillas, mi hermosa vikinga.

Los rayos del sol se habían colado por la ventana, iluminando toda la habitación, pero había estado sumida en un sueño tan profundo que ni siquiera me había percatado de ello. Me sentía tan cansada que no quería ni levantarme de la cama, por lo que me cubrí los ojos con el brazo. Hasta que escuché cómo alguien que no conseguí identificar hablaba al otro lado de la pared. Rápidamente me puse en pie, con la *geirr* bien sujeta. Abrí con ligereza la puerta, pero no vi a nadie. Hice una mueca. Si no eran ni Ash ni Liv, debía detenerlos, o acabarían haciéndoles daño, por lo que cogí aire y rebusqué por el salón.

—Tía, deja ya el rollo del pincho —espetó Ash antes de darle un mordisco a la un trozo de pan que sostenía en una de las manos.

Me pasé una mano por el rostro. Cuando fui a guardarme la *geirr* en la parte trasera de los pantalones, me di cuenta de que no los llevaba y tan solo iba vestida con el jersey, el cual ni siquiera recordaba haberme puesto.

—Buenos días, por cierto —dijo, mirándome de arriba abajo y haciéndome un buen repaso.

—¡Ash! —exclamé.

Este dejó ir una sonora risotada que no me hizo ni pizca de gracia, igual que no me lo hacía ver cómo me observaba.

—Deja de mirarme —le ordené.

—¿O qué?

Alcé una de mis cejas sin apartar la vista de él.

—Usaré mi pincho para dejarte sin el tuyo. —Sonreí con maldad—. Y luego haré que te lo comas.

Negó varias veces, con el gesto lleno de pavor, por lo que me limité a sonreír y volver a mi habitación para poder vestirme. Poco después salí para poder alimentarme.

Liv ya se había levantado cuando lo hice, incluso podía escuchar cómo Nura hablaba al otro lado de la casa. Estaba consciente después de haber pasado toda la noche sumida en un sueño tan profundo que ni siquiera se percató del movimiento.

—Buenos días —la saludé al salir.

Hizo un ligero movimiento con la cabeza a la vez que le echaba una ojeada al mismo objeto con el que vi a Ash la noche anterior. Sorbió el café que había en su vaso y después se levantó, cogió el paquete de tabaco y salió al balcón para fumar.

—¿Quieres comer algo? —me preguntó Ash.

—Pues la verdad es que me muero de hambre... —Sentí cómo mi estómago rugía como una auténtica bestia.

—Siéntate. Ahora te prepararé cualquier cosa.

—Gracias. Oye, Ash. Eso que tiene Liv en las manos ¿qué es?

Me miró de una forma extraña.

—¿El teléfono móvil? ¿En qué mundo vives, Lyss?

«El móvil», pensé. Y me di cuenta de que, si seguía haciendo ese tipo de preguntas, descubrirían que no era una humana en realidad. Sonreí restándole importancia, para que él tampoco hiciera más preguntas.

Vi cómo el semblante de Liv se torcía. Había visto algo junto a la casa que no le había gustado. Antes de que pudiera acercarme a ella, Ash apareció con una bandeja con un par de tostadas y un café que dejó sobre la mesa del salón.

—Aquí tienes.

Sonreí, agradeciéndole el gesto, pero no pude evitar desviar de nuevo la mirada hacia la joven de cabellos blanquecinos. Había algo en ella distinto a la noche anterior. Entonces parecía incluso más fría de lo que fue al conocerla.

—¿Qué le pasa a Liv? —le pregunté al ver que Ash también la observaba.

—Pues la verdad es que no tengo ni idea —murmuró—. Pero no me gusta

su expresión.

—A mí tampoco. No sé por qué, pero algo me dice que hay algo que no va nada bien.

Alguien tocó la puerta, dando varios golpes en ella. Di un bote sobre mí misma. No me esperaba que nadie fuera a aparecer.

—Voy a ver quién es —murmuró Ash—. Tú quédate aquí y, sobre todo, no saques el pincho, por favor.

—No es un picho —le contradije.

Puso los ojos en blanco y me lanzó una última mirada a la vez que se acercaba a la entrada de la casa. Lo cierto era que no llevaba mi *geirr* encima, y esperaba que no fuese a echarla en falta. Cogí aire. El semblante de Ash cambió al asomarse por la mirilla. Al parecer, conocía perfectamente a quien se encontraba al otro lado.

Frente a él apareció un hombre de ojos verdosos, claros como la luz del sol y radiantes como este. Su barba de algo más de una semana le hacía parecer interesante, casi tanto como su tupé despeinado y el cigarrillo que sostenía entre sus carnosos labios. Toda mi atención se centró en él, en cómo una leve sonrisa de medio lado se esbozaba al verme. Me acerqué a donde se encontraba Ash, quien parecía estar petrificado ante la presencia de aquel hombre, aunque cierto era que yo también podía sentirme ligeramente seducida por su apariencia.

—¿Qué haces aquí, Adam?

¹⁶ Vikinga

35

No podía apartar la mirada de él. El magnetismo que había entre nosotros era tan grande que incluso sentía la necesidad de acercarme a donde se encontraba, saber quién era y qué relación tenía con Liv. Tragué saliva, intentando desviar la mirada de la suya. No quería parecer una demente, pero lo cierto era que algo en él me había trastocado.

—Pasa —le dijo Ash.

Adam asintió a la vez que Ash se hacía a un lado para dejarlo entrar; eso sí, sin perderlo de vista ni un solo segundo. Liv, que se percató, abrió la puerta que daba a la terraza para ver de quién se trataba, aunque algo me decía que sabía perfectamente quién nos visitaba.

—Adam —lo saludó, acompañándolo de un movimiento de cabeza.

—Buenos días, Liv. —Esta achicó los ojos sin apartarlos de él dejándose caer en uno de los butacones de piel que había junto a la chimenea—. ¿Cómo está Nura? —le preguntó.

—¿Cómo lo sabes? —siseó molesta.

Él sonrió acercándose hasta donde me encontraba, tomó uno de los vasos que había sobre la mesa y le dio un largo trago al agua. No aparté los ojos de él, de las pequeñas gotas del líquido que resbalaban por sus carnosos labios hasta que llegaban a morir sobre su camiseta blanca.

—Hay quien lo comenta en el pueblo.

Sin pensárselo dos veces, Liv se puso en pie, dirigiéndose hacia él como una salvaje loba, encarándolo y agarrándolo por el cuello de la camiseta. Le propinó un fuerte empujón que acabó haciendo que este quedara apesadumado entre ella y la pared.

—¿Qué coño dicen, Adam?

—Alguien vio un tío entrando en tu casa.

Liv dejó ir un fuerte gruñido que nos erizó el vello a todos, incluso a Adam, quien, aun pareciendo rudo y poderoso, se había visto intimidado por aquella pequeña mujer de agallas de vikingo.

—¿Quién?! —alzó la voz. El hombre se limitó a fijar la vista en la mía. Ni siquiera parecía estar prestándole atención, lo que enfurecía aún más a Liv. No tendría más de treinta y cinco años, y era realmente atractivo y varonil—. ¡Responde! —gruñó.

—Jax —murmuró—. Fue él quien vio al hombre que entraba en la casa.

Estaba junto al bar de Ron cuando vio que algo ocurría, aunque tampoco puedes fiarte mucho de él, ya que iba como una auténtica cuba.

Me pregunté qué significaría eso de «cuba».

—¿Por qué coño no me llamó? —le preguntó exaltada. Soltó el cuello de la camiseta de Adam y cogió el paquete de cigarrillos a la vez que negaba una y otra vez con la cabeza—. Joder, joder... —maldijo a la vez que caminaba hacia el exterior—. ¡Podrían haber matado a Nura! —exclamó, mirándole—. ¿Es que no te das cuenta?

—Pero no lo han hecho.

—¡Pero podrían!

Sus ojos se llenaron de lágrimas, esas que se negaba a derramar y que jamás liberaría estando frente a alguien como nosotros.

—Será mejor que nos relajemos todos —apuntó Ash, quien cogió a Liv de la mano y se la llevó al balcón de nuevo mientras esta, con urgencia, sacaba un cigarrillo y se lo llevaba a la boca.

Cogí aire, dejándolo ir en forma de suspiro. Adam y yo nos habíamos quedado completamente solos en el salón. Me senté en el butacón en el que se había sentado Liv, observando cómo el fuego bailaba para mí, hasta que me percaté de que Adam se acercaba hasta donde me encontraba.

—No nos han presentado —apuntó con los ojos fijos en los míos—. Soy Adam —dijo, tendiéndome la mano.

Podía sentir cómo me escrutaba con la mirada, cómo quería saber qué había en mi interior y descifrar los enigmas que ni yo misma lograba entender. Tragué saliva, sintiéndome incluso cohibida por su presencia.

—Lyss, encantada. —Apreté su mano.

El contacto de nuestras pieles hizo que todo mi vello se erizara, que los rayos brillaran en mi corazón y que todo mi ser se sacudiera con su energía.

—Es un placer —murmuró llevándose mi mano a la boca para besar el dorso de esta.

—Lo mismo digo. —Las palabras escaparon de mi interior como si alguien las hubiera empujado a hacerlo.

Sonreí como una auténtica idiota, como si no hubiera visto jamás a un hombre como él. Era cierto que nunca había sentido una atracción así, aunque no podía dejar que eso me hiciera débil ante nadie.

—¿De dónde has salido? —me preguntó.

—Vengo de Hardangervidda —me notaba inquieta, sin saber por qué—,

junto al parque nacional.

—Vaya... Vienes desde lejos, ¿eh? —Sonrió.

—Sí, la verdad es que sí —murmuré—. ¿Y tú? ¿Vives aquí?

Asintió a la vez que guardaba su «móvil», como me había dicho Ash, en el interior de su bolsillo delantero derecho.

—Sí, desde que era pequeño. —Hizo una mueca—. Ahí.

Señaló en dirección a las montañas, no muy lejos de donde había estado la otra noche cuando me encontré con Sigrún y posteriormente con Ottar al volver. ¿Tendría alguna relación con la luz que había visto, o era cierto que había sido Sigrún quien la había creado para que fuera a verla?

—Es un lugar precioso —añadí.

Miré por la ventana y vi que la nieve iba deshaciéndose, dejando que pequeños riachuelos corrieran a lo largo del camino que llevaba hasta la carretera.

—Sí, lo es —afirmó—. Nuestro hermoso país lo es.

—¿De qué conoces a Liv? —quise saber, llena de curiosidad.

—Nos conocimos cuando no éramos más que unos críos. Compartimos una etapa muy dura de su vida y desde entonces no me he separado de ella en ningún momento.

—Ajá.

Asentí sin dejar de mirarlo. Sus ojos eran distintos a todos los que había visto hasta entonces. Eran capaces de adaptarse según la luz y los colores que había a su alrededor, sin alejarse de los grisáceos, verdes e incluso azules.

—¿Tienes hermanos, Lyss? —me preguntó.

—No, no tengo.

En cierto modo, me alegraba que así hubiera sido, si no, habría sufrido igual que lo hicieron mis padres cuando desaparecí.

—¿Y tú?

—Tampoco. —Hizo una mueca.

Lo que había dicho sobre Liv no se apartaba de mi mente. ¿Qué había ocurrido con ella para que fuera así de traumático? Jugueteeé con mi pelo durante unos segundos, meditando si profundizar más en la relación de Liv y Adam o dejarlo pasar.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Qué le pasó a Liv?

Antes de que pudiera contestar, oí cómo la puerta del balcón se cerraba a mi espalda. El semblante de Adam cambió; Liv lo había escuchado todo.

—Que mis padres fueron asesinados cuando era una cría —contestó con dureza.

Mi corazón se rompió en mil pedazos. Ella también había perdido a sus padres de niña. No había podido disfrutar de ellos, como tampoco lo pude hacer yo. Mis ojos se llenaron de lágrimas y un irrefrenable deseo de abrazarla nació en mí.

—¿Era eso lo que querías escuchar?

36

Habían pasado dos días desde que había venido Adam a la casa, aunque a mí me parecía una auténtica eternidad. Nura parecía haberse recuperado por completo, cosa que me hacía sentir plena. Si no la hubiéramos encontrado, tal vez no estaría viva.

—Esta mañana iré a la tienda de Lorraine —nos anunció Nura.

—No te vas a mover de casa —zanjó el tema Liv—. No estás en condiciones de salir ahí fuera, y no voy a permitir que te pase nada.

—Liv, mi niña, no soy una inválida.

—Lo sé, abuela —dijo en voz baja—, pero me aterra la idea de que el hombre que entró pueda volver a hacerte daño.

No habíamos conseguido hablar con Ron ni con Jax, por lo que desconocíamos lo que había pasado. Nura parecía no recordar apenas nada de lo ocurrido, ni siquiera cómo acabó en el interior de la bañera. Según nos digo el doctor, sufría una amnesia transitoria que esperaba que desapareciera en unos días. Y yo, parecía una intrusa en medio de aquel embrollo, con gente que ni siquiera conocía y que, por suerte, me habían dejado cobijarme en su hogar. Hacía días que debía de haber cogido el *ferry*, pero las fuertes nevadas lo habían impedido, cosa que en cierto modo agradecí. Mi ser necesitaba conocer la vida en la Tierra y ver cuan diferentes eran nuestros reinos.

—Tenemos que encontrar a ese hombre. No puede estar suelto.

—Liv, cielo, de veras que por cruzar de una acera a la otra no me va a pasar nada.

—No hay nada que hablar, abuela —sentenció.

Cerré la puerta de mi habitación con cuidado, esperando que no se hubieran percatado de que había estado escuchando lo que habían hablado. A veces me costaba entender muchas de las cosas que decían, más bien de la forma en la que hablaban. Aunque eso no era impedimento para que, poco a poco, fuese conociendo sus costumbres.

Me dejé caer sobre la cama, tapándome los ojos con uno de mis brazos y evitando que el sol me deslumbrara. Poco después alguien tocó la puerta y tras ella apareció Ash con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días —me saludó.

—Buenos días.

—Nura ha preparado un bizcocho para desayunar, ¿te animas?

Ni siquiera me lo pensé. Me puse en pie y salí tras Ash. ¿Cómo no podía haber olido el bizcocho que había hecho? Liv y Nura tenían la mesa lista para que pudiéramos desayunar todos juntos, aunque había un sitio vacío. Lo miré con recelo, me senté y esperé a que también lo hiciera Ash, pero ese momento no llegó.

—¿Quién falta? —pregunté.

—Adam.

Mi corazón se aceleró al escuchar su nombre, al recordar su presencia el otro día y esa mirada salvaje que solo él tenía. Golpeó la puerta con los nudillos. Ash le abrió y con rapidez pude sentir su mirada en mí.

—Buenos días. —Sonrió, deleitándonos con su blanca y perfecta dentadura.

Mis mejillas se encendieron como una bombilla cuando sentí que una de sus manos se colocaba sobre mi hombro y se sentaba junto a mí.

—Buenos días, Lyss —me saludó.

Hice una ligera mueca, una sonrisa tímida que asomó sin que nadie le hubiera dado permiso. Cogí aire, tratando de alejarme de lo que ese desconocido provocaba en mí y no podía controlar.

—Como... —empecé a hablar, hasta que fijó la mirada en mí.

¿Qué demonios me estaba haciendo aquel hombre? No entendía qué había en su interior para que me sintiera tan atraída por su ser. Tan solo me había ocurrido una vez anteriormente, al conocer a los Dökkvalkyr y ver a Ulric. Noté que el corazón se me encogía. Ni siquiera Ottar fue capaz de hacerme reaccionar así. ¿Cómo iba a creer en lo que me decía si ni siquiera había conseguido hacerme reaccionar como lo había hecho Adam?

—¿Cómo que has venido a desayunar? —conseguí decir.

Antes de que Adam pudiera responder, Nura carraspeó, captando la atención de los que nos encontrábamos en la mesa.

—Yo lo he invitado —dijo Nura a la vez que cogía la taza de café y soplaba, intentando enfriar el líquido.

Asentí. Aquella respuesta me había sentado como un buen puntapié. No entendía a qué venía la seriedad con la que me contestó.

—Gracias —contestó Adam.

—Cuando terminemos, iremos a hablar con Jacobson, a ver si alguien, además del borracho de Jax, estuviera en el bar de Ron —murmuró Liv, seria

—. Alguien tiene que haberlo visto. No puede ser que...

Nura posó una de sus manos encima de la de Liv. Algo me decía que solo la anciana de cabellos canosos era capaz de calmar los nervios que corroían a su nieta. Esa muchacha era especial. Había una fuerza en ella que acababa desconcertándome y fascinándome a partes iguales.

Adam me fascinaba de otra forma. Era capaz de desmontar todo lo que creía sobre los humanos, y tenía una fuerza interior mayor, atrayente, aunque no llegaba a alcanzar el nivel de Liv. Ella era distinta, pero Adam contaba con una energía inigualable.

Le di un largo trago al café que me sirvió Nura mientras observaba a Ash, quien parecía estar desconectado de lo que ocurría a su alrededor. Pensativo, le dio un mordisco a la tostada —así la llamaban allí— que se había untado en mantequilla.

—Lyss, ¿puedes acompañarme? —Liv me miró fijamente e hizo un ligero movimiento con la cabeza para que me pusiera en pie.

—S... Sí, claro —murmuré, confusa.

Se colocó junto a la puerta que daba hacia el balcón, dejando pasara por delante. No comprendía a qué venía aquello, pero hice una mueca y no dije nada. Lo más seguro es que quisiera hablar de algo y que el resto no se percataran de ello.

—Lyss, tenemos que hablar.

Efectivamente, había acertado.

—¿Qué ocurre?

—No sé qué pasa con Adam, pero no creo que debas hacerte ilusiones. He visto cómo os miráis y, bueno...

—¿Cómo?

—Lyss, de verdad —murmuró, pasándose una de las manos por el rostro—. Tengo ojos en la cara, y no hace falta mucho más para darse cuenta.

—Liv, yo... —intenté decir, meditando bien qué era lo siguiente—. Es cierto que hay algo en Adam que llama mi atención, pero te aseguro que no va a pasar nada entre nosotros dos.

—No hace falta que me asegures nada. —Suspiró—. Eres libre de hacer lo que te venga en gana. Nadie te ha dicho que te olvides de él.

Me apoyé en la barandilla, observando la montaña. Era cierto que aquel hombre era capaz de despertar los más primitivos instintos que había en mí, sensaciones que ni siquiera conocía aún pero que me resultaban excitantes, y

aquello me gustaba. Haber vivido dormida durante tanto tiempo había hecho que mi cuerpo reaccionara a nuevos estímulos que ni siquiera pensé que sentiría.

—¿Sabes? —preguntó sin esperar respuesta—. Adam es un buen chaval. En algún momento nuestras vidas se unieron, pero el destino no quiso que aquello prosperara.

—¿Qué pasó?

—Simplemente, nada. —Se llevó un cigarrillo a la boca, sacó el mechero que guardaba en el bolsillo trasero de sus pantalones y lo encendió—. Eso es lo que pasó, nada. —Le dio una larga calada y prosiguió—: Solo se alejó de aquí, y nos separamos.

Había nostalgia en sus palabras, pero no rencor ni dolor, tan solo cierta pena que llegaba a encogerme el corazón por momentos. Parecía estar en paz con él, con lo que había ocurrido y con lo que podría llegar a ocurrir.

—Lo siento.

—No hay nada que lamentar, Lyss. —Sonrió con tristeza—. Supongo que hay cosas que deben ser así y no hay manera de cambiarlas.

—El destino está tejido, pero siempre hay posibilidad de domar las cuerdas que lo unen y darles una nueva forma.

Acaricié con cuidado una de sus manos, las cuales se posaban en la misma barandilla sobre la que estaba apoyada, y le sonreí, tratando de alegrar su entumecida alma, la cual no dejaba de recibir golpe tras golpe.

37

Apreté la mandíbula con rabia; no dejaba de observarla. Había salido de la casa con aquel patán. Veía cómo le sonreía a aquel hombre, que no hacía más que encandilarla con cada uno de sus gestos. Sujeté con fuerza el puñal, preguntándome si debía acabar con la vida de ese miserable antes de que todo se me fuese de las manos.

Lyss se arrepentiría de haberse marchado, pero aún no había llegado el momento. Debía conocer todo lo que la rodeaba, a ella y a su raza. Era demasiado importante para su recuperación. Si no lograba que recordara antes de que la luna dibujara su rostro en la pradera, sería Grimm quien tomaría el mando. Skule y él estaban ansiosos por destrozar aquello a lo que más había amado en toda mi existencia.

—El amor nos hace débiles, hijo.

—Nada me hace débil si la tengo conmigo, padre —murmuré sin apartar la mirada de ella.

Era cierto que en algunos instantes era capaz de conseguir que hubiera un ápice de clemencia, una parte que recordaba a la pequeña vikinga que conocí y que podía manejarlo todo a su maldito antojo. Dejé ir un fuerte gruñido. Aquella valquiria era todo lo que necesitaba para terminar con lo que había empezado. Sería la reina de mis elfos, la líder de mis guerreros. Mataría en mi nombre, igual que yo había matado en el suyo vengando su falsa muerte.

—Debes olvidarte de ella —apuntilló Grimm.

—¿Qué crees que he estado intentando durante todos estos eones? —gruñí.

—No haces más que perder el tiempo —añadió Skule.

—¿Quién te ha dado vela en este entierro?

—No hace falta que nadie me la de. Yo soy la muerte —contestó a la vez que me guiñaba un ojo.

Sonrió con malicia. Adoraba la maldad que había en ella, pero en algunas ocasiones llegaba a resultarme insoportable, sobre todo cuando se trataba de Lyss.

—Será mejor que te calles, Skule —murmuré con enfado—. No estoy para juegos.

—Juega conmigo, elfo, y te haré arder en el más delicioso de los infiernos. —Me acerqué a ella, decidido, apretando la mandíbula con fuerza,

intentando calmar el enfado que ardía en mi interior. Alcé una de mis manos, colocándola sobre su fino y largo cuello a la vez que sonreía de medio lado—. No te resistas más, mi rey —me susurró. Posé mi boca sobre su oído, dejando ir un profundo gruñido que erizó todos y cada uno de sus vellos—. Algún día liderarás este ejército, mi amor —me dijo a la vez que acariciaba uno de mis brazos—. Serás la cabeza de nuestra raza, y yo seré tu reina. —Sonrió—. Estaré a tu lado para doblegar a todos aquellos que osen interponerse en tu camino.

—Jamás seré tu rey, Skule —le dije con desdén—. Mi única reina tiene nombre, y no es de esta era.

Dejó ir un fuerte quejido que sonó lleno de rabia. Su furia era tan poderosa que si la usabas bien podías acabar con cualquiera en un santiamén. Por eso nos resultaba tan valiosa en los campos de batalla, porque era capaz de utilizar su ira en contra de todos los que creía sus enemigos.

—Se te ha escapado, Ottar —comentó riendo—. Has dejado que esa maldita furcia se marche. Solo tenías que hacer una cosa...: follártela y hacer que recordara esos asquerosos recuerdos que los dioses le arrebataron. —Cogí aire y apreté con fuerza la mano que tenía libre, aunque ni siquiera podía evitar que la otra respondiera de la misma manera. Cada vez la sujetaba con más energía, tanto que el aire ya no llegaba a sus pulmones—. Dijiste que cuando su pasado volviera, tomarías el control que abriría las puertas del Ragnarök... —consiguió decir—. Y no has conseguido nada —rio semiahogada.

—Una noche de estas me verás acercarme a tu cama —siseé contra su oído—. Me sentirás junto a ti y no dejaré que te muevas ni respires, porque cuando no lo esperes, notarás cómo lentamente hundo mi mano en tu pecho y acabo arrancándote el corazón.

Nuestra respiración se había vuelto tan agitada que nuestros pechos no hacían más que moverse al mismo son, unidos por la rabia.

—Ottar... —me llamó Grimm. Le lancé una mirada llena de odio, con la mandíbula prieta y el corazón henchido de ira. La mataría, y no me temblaría el pulso por ello—. Suéltala.

Fijé mi vista en la de ella, hasta que su gesto cambió por completo. Pasó de la cólera a mostrar una sonrisa seductora e incluso excitante. Entonces, la solté.

—Me quedaré con eso de que vendrás a mi cama.

Me guiñó un ojo y, tras eso, dio media vuelta y se dirigió hacia donde se encontraba Grimm. Era afortunada de contar con su protección. Había veces en las que no me pensaría ni un solo instante acabar con su vida.

—Será mejor que nos marchemos —nos anunció Grimm.

Miré fijamente hacia donde estaba Lyss, mientras ellos desaparecían, pero ya no era capaz de encontrarla. Oteé el horizonte, sin embargo, ni siquiera veía a aquel maldito humano con el que hablaba. Los nervios cada vez iban a más, igual que mi odio hacia aquel ser. Todo se me estaba yendo de las manos, y no me hacía ninguna gracia.

—Estás aquí... —escuché su dulce voz tras mi espalda. Al darme la vuelta, me percaté de que no había ni rastro de Grimm ni de Skule, solo Lyss me observaba con esos dos hermosos y grandes ojos verdosos que tenía. El nerviosismo se calmó, dando paso a una paz que tan solo ella era capaz de crear en mi interior—. Ottar... —Escuchar mi nombre en sus labios era una tortura de la que no me cansaría jamás. Era tan pura que haría cualquier cosa por no dejar de oírla por el resto de mis días—. ¿Por qué has vuelto? —me preguntó.

No había rabia ni rencor en ella, tan solo la curiosidad de una joven que desconoce lo que sucedía a su alrededor.

—Necesitaba verte —le confesé.

Lyss

Sus oscuros ojos me observaban como si fuera el ser más hermoso que había visto jamás, lo que provocó que mis mejillas se encendieran. No sabía qué hacía ese hombre en mí, pero me recordaba lo que Adam había conseguido. Ottar era totalmente distinto. En él no había bondad, tan solo un alma oscura y rota que curar. ¿O tal vez era mi alma la que estaba rota y solo quería un poco de luz? Él no podía proporcionarme aquella paz que tanto ansiaba, ya que su propósito era acabar con los que estaban en su contra y vengar mi desaparición con el inicio del Ragnarök, pero ¿era aquello lo que yo ansiaba o conocer el reino que fue mi hogar? Puede que solo así consiguiera recordar todo lo que durante tanto tiempo me escondieron.

—¿Por qué haces todo esto, Ottar? —quise saber.

—Necesito que vuelvas a recordarme —susurró ansioso.

Se acercó a mí con urgencia, deseoso de poder sentir mi piel contra la

suya. Posó sus manos sobre mis hombros a la vez que fijaba su mirada en la mía. Pero ¿qué era lo que veía en ellos? Una mezcla de rabia y tristeza los asolaba, lo que me suscitó un sentimiento de pena hacia él.

—Pero...

Antes de que pudiera decir nada, sus labios se unieron a los míos en un beso que sabía a dolor y miedo, pero también a una pasión dormida y un deseo irrefrenable. Todo mi cuerpo tembló ante su contacto y mis piernas flaquearon, y gracias a que me sujetaba por los hombros, no caí de bruces contra el suelo.

—No sabes cuánto anhelo amarte con todo mi ser y sentir que me correspondes, Lyss —gruñó contra mi boca.

Cerré los ojos, intentando contener las amargas lágrimas que poco a poco se agolpaban, recordando el dolor que vivió en mí cuando los dioses nos separaron, antes incluso de que llegaran a borrar mis pensamientos.

Tres semanas después. Hardangevidda

—¿Dónde demonios te habías metido? —me preguntó Liv mientras se ponía unos pendientes en forma de aro medianos.

Cerré la puerta tras mi espalda, deshaciéndome de la chaqueta de polipiel que llevaba y dejándola sobre el sofá del salón. Adam acababa de aparcar el coche frente a la casa, así que no tardaría en aparecer por la puerta. Me pasé una mano por el cabello y por el rostro. Necesitaba arreglarme, aunque solo fuese un poco. Llevaba el cabello totalmente enredado, unido en forma de moño, y ya ni siquiera olía al perfume que había tomado prestado de la habitación de Liv.

—¿Hola? —preguntó con retintín—. Tierra llamando a Lyss, Tierra llamando a Lyss. ¿Hay alguien ahí o te has perdido?

Lo cierto era que jamás me había sentido tan yo como en aquel preciso instante. Por primera vez en mucho tiempo podía decidir sobre lo que quería o no hacer, y eso incluía las visitas nocturnas que de vez en cuando hacía Ottar a mi habitación, esperando que algo me hiciera reaccionar.

Recordaba más de lo que jamás había hecho, pero aún había demasiado que permanecía oculto en mi mente y que debía conocer antes de que fuese tarde para los nueve reinos. No los salvaría del Ragnarök, no sería la líder que esperaba la profecía ni la guerrera que cuidaría al Midgard del ocaso de los dioses.

—Eh... —murmuré. Me dejé caer en el sofá, pensando en qué demonios decirle. Sabía que no estaba del todo de acuerdo con que Adam y yo nos viéramos, pero aun así lo aceptaba, esperando que en algún momento todo desapareciera—. Estaba con Adam —me sinceré.

Estaba viviendo en su casa. Habíamos entablado una amistad que jamás pensé que podría tener con alguien que no fuera un valkyr, y me gustaba, me gustaba muchísimo. Le pedí que me dejase quedarme unos días, a lo que ella contestó, para mi sorpresa, que podía hacerlo el tiempo que hiciera falta. Necesitaba conocer el mundo en el que viví, y una simple excusa me sirvió para poder llevar a cabo mi plan. No podía mentirle. Sabía lo que era descubrir que alguien te había engañado, el dolor y la impotencia. No me gustaría que tuviera que pasar por lo mismo que yo, pero tampoco podía explicarle de donde provenía en realidad.

—¿Dónde habéis ido?

—Simplemente, a dar una vuelta.

Lo cierto es que apenas hacíamos nada. Adam me hablaba de su vida, de cómo había vivido su infancia... Aprendía poco a poco, sin necesidad de ir con prisas, conociendo cómo eran los humanos y de qué manera se sentían. Sus costumbres, su forma de hablar, las cosas más simples que, en su momento, no llegaba a comprender.

Adam tocó la puerta antes de que Liv pudiera decir algo más, por lo que se acercó para abrirle. Nura, por su parte, apareció en el salón con su dulce sonrisa y esa mirada brillante y llena de curiosidad que solo ella tenía.

—Oh, Lyss, has llegado —dijo con alegría al verme.

—Sí, lo acabo de hacer. —Sonreí.

La abuela de Liv era dulce y tranquila. Al principio noté cómo la desconfianza le hacía ponerse una coraza con la que no me dejaba acercarme, pero unos días después de conocerla y con paciencia pude acercarme a ella.

—¿Vas a abrir? —le preguntó a Liv.

—Claro.

Esta no parecía muy entusiasmada con el hecho de que Adam pasara tanto tiempo en la casa o, mejor dicho, revoloteando alrededor del grupo que habíamos formado. Ash, por su parte, seguía igual que el día en el que lo conocí: enamorado de Liv, aunque intentaba esconderlo.

Cuando la puerta se abrió pude ver que tras ella no aparecía Adam, sino Ottar, con su sonrisa de medio lado, vestido como lo habría hecho cualquier otro joven y totalmente distinto. Mi corazón se aceleró al pensar en las atrocidades que podría hacer el elfo en contra de todas aquellas inocentes personas. Tragué saliva y con rapidez me puse en pie, sujetando con fuerza mi *geirr*, preparada para lo que pudiera de ocurrir. Nada me importaba, solo protegerlos de él. Su mirada se fijó en la mía. Había chulería en ella. El despotismo y la sobriedad emanaban por cada poro de su piel, haciendo que mis nervios se revolucionaran.

—¿Quién coño eres? —le preguntó Liv.

—Esa boca —la regañó Nura.

—He venido a ver a Lyss. Ha llegado a mis oídos que estaba por la zona y no he podido evitar acercarme —le contestó con toda su labia, intentando encandilar a mis dos nuevas amigas—. Mi querida Lyss. —Posó de nuevo su mirada en mí.

—Hola —murmuré sin saber cómo reaccionar.

¿Qué demonios hacía? Sentí cómo mis piernas flaqueaban, sentí cómo la cabeza empezaba a darme vueltas, y unas terribles nauseas me sacudieron. Solo debía aparecer durante la noche, cuando nadie pudiera percatarse de su presencia, y jamás cuando alguien pudiera verlo. Pero, por alguna razón que desconocía, había roto nuestro pacto presentándose frente a ellos.

—¿Qué está...? —comenzó a preguntar Ash a la vez que salía de la habitación.

—Ejem... —carraspeé—. Es un conocido de la familia. —A pesar de que los nervios me corroían, intenté hablar con la normalidad que requería el momento.

—No solo eso, hermosa Lyss —apuntilló el elfo.

Me acerqué a donde se encontraba, haciendo todo lo posible para que no entrara en el interior de la casa. Tomé sus manos, las cuales estaban extendidas esperando a que estuviera frente a él. Liv se alejó de la entrada, dejándome paso, sin embargo, antes de hacerlo, me lanzó una mirada acusatoria, pues yo le había dicho en su momento que no era de allí. ¿Cómo iba a buscarme alguien conocido? Me costaría buscar una excusa para poder solucionarlo.

—¿Te ocupas de él? —me preguntó con seriedad.

Liv parecía un gato con el lomo erizado, preparada para atacar. Era desconfiada, fría y calculadora, por lo que no le gustaban los sobresaltos ni los extraños. Ottar era el peor que podría haberse encontrado: un extraño con una energía tan fuerte que era capaz de contagiar a quienes lo rodeaban.

—Sí, claro, hablaremos un rato y luego se marchará. —Hice una mueca—. ¿Verdad?

—Verdad —me contestó con una sonrisa de medio lado.

Cogí con fuerza una de las manos de Ottar soltando la otra y tiré de él hasta que ambos salimos del interior de la casa, cerrando la puerta con un golpe de pie y bajando las escaleras del porche. Tenía que alejarlo de allí a toda costa. No podía dejar que ninguno de los que había en la casa descubriera nuestra verdad.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté inquieta.

Dio una vuelta a mi alrededor, observándome como hacía tiempo que no lo hacía. Nuestra relación había pasado por varias fases y, por alguna extraña razón, en ese preciso instante nos encontrábamos en la más rara de todas

ellas. En mi interior sentía que Ottar me pertenecía, igual que yo le pertenecía a él, pero no mantuvimos ningún tipo de relación íntima, ni siquiera de amistad.

—¿Has venido a vigilarme?

—Tal vez.

Me agarró por los hombros con firmeza, mirándome directamente a los ojos, y es que los suyos eran tan oscuros, penetrantes e incluso brillantes que eran capaces de mostrarte la más hermosa y estrellada noche. Ni siquiera podía parpadear de lo inducida que me tenía, y es que Ottar conseguía desarmarme con una sola mirada.

—Necesito hacer algo.

—¿El qué? —le pregunté.

Posó sus grandes manos a ambos lados de mi rostro, con delicadeza, la cual era cada vez más habitual que cuando nos reencontramos, y lentamente fue acercando su rostro al mío hasta que nuestros labios se sellaron. Pasé mis manos sobre sus hombros hasta llegar a unirlos en su nuca. Mi corazón me rogaba que no me apartara ni un solo centímetro de él, que permaneciera unida a su ser fuera como fuese. Pero, en cambio, mi mente me pedía que me alejara de la oscuridad que lo rodeaba y del mundo de caos que quería crear. Me sentía tan confusa que ni siquiera era capaz de pensar con claridad.

—Ottar —susurré sobre su boca.

No dijo nada, solo volvió a besarme, dejándome ver parte de su interior, de ese dolor que había estado viviendo en él desde el momento en el que los dioses me arrebataron. Podía ver cómo todo en su ser cambiaba al verme, cómo la bondad y el amor más puro se unían tomándose de la mano, alejándose de todo el mal.

—Quiero que seas solo mía, Lyss.

—Primero debo ser mía para poder comprender lo que pasó y lo que está por pasar, Ottar.

39

Aquel dulce beso desembocó en otro lleno de pasión que me dejó con el corazón henchido de nostalgia. Podía recordar nuestro amor, la pureza que nos había rodeado durante todo el tiempo en el que habíamos estado juntos y que no había desaparecido a pesar de la distancia. A cada beso que me daba, algo se movía en mi interior, una pieza del puzle se encajaba en mi mente.

—Será mejor que te marches, Ottar —murmuré, aún con los ojos cerrados cuando sus labios se separaron de los míos.

—Espérame esta noche, ¿de acuerdo?

Asentí sin ni siquiera mirarlo, recordando cómo eran cada una de sus caricias y mimos, hasta que, de repente, a mi mente vino el dolor y la tortura a la que me había sometido durante mi internamiento en el zulo en el que me había mantenido cautiva.

Al abrir los ojos, Ottar había desaparecido. Me pasé una mano por el rostro, confusa, sin saber qué hacer ni qué inventarme con tal de salir del embrollo en el que me había metido ese maldito elfo. Todo me daba vueltas, tanto que empecé a sentir que iba quedándome sin fuerzas. Los párpados me pesaban y las piernas empezaban a tambaleármese, resistiéndose a dejarme caer. Entonces, unas manos me sujetaron con cuidado. Parpadeé con lentitud, deseando que fuese mi elfo quien estuviera cuidando de mí, pero no era así.

—¿Estás bien? —me preguntó Adam.

—Eh... Pues... —farfullé.

Decepcionada, asentí. No entendía cómo podía desear que hubiera sido Ottar ni por qué de repente todo había cambiado. Adam me gustaba. Entre nosotros existía una energía tan fuerte que ni siquiera el elfo podía igualar, pero durante unos segundos deseé que hubiera sido este último quien me hubiera salvado de caer.

—¿Qué hacías aquí sola? —me preguntó a la vez que me soltaba.

—Estaba... —Pensé—. Un viejo conocido vino a verme y...

—Yo no he visto a nadie —murmuró, encaminándose hacia la entrada de la casa.

—Pues ha estado aquí hace apenas unos minutos —me justifiqué, intentando no quedar como una auténtica loca.

—Bueno... —Hizo una mueca alzando las cejas—. ¿Vamos dentro?

—Sí. —Miré a la lejanía, cómo el camino desaparecía en la oscuridad de

la noche. No había ni rastro de Ottar—. Claro.

Adam extendió un brazo, ofreciéndome una de sus manos para sujetarme por si volvía a sentir que mi cuerpo poco a poco desfallecía. Miré nuestras manos unidas, cómo la chaqueta de piel se arremangaba por debajo de su codo, dejando al aire el tatuaje de un brazalete de runas nórdicas. Las observé con detenimiento. En el centro de este estaba Pertho, la runa de la iniciación, el comienzo y el ocultismo. ¿Por qué demonios llevaba esa runa tatuada?

—No había visto tu tatuaje —musité antes de entrar en la casa.

—Lo llevo desde hace un año aproximadamente —se apresuró a decir.

Subimos al porche. Tiré de una de sus manos para que no pudiera acercarse a la puerta. Necesitaba saber el significado de llevar grabado en su piel algo así y si realmente conocía lo que representaba aquella runa.

—Es muy bonito.

Cogí su mano con fuerza, sujetando el brazo que llevaba tatuado para poder pasar mis dedos sobre su piel. Cerré los ojos y a mi mente vinieron las decenas de hombres que vivían en nuestro poblado. Todos ellos iban tatuados, marcados para protegerse de todo el mal que los podría rodear, pero ninguno había llevado jamás aquel símbolo.

—¿Qué significa? —me interesé.

—Pues... —dijo pensativo—. Realmente no tiene ningún motivo. Vivir en estas tierras me hace pensar que en algún momento mi familia perteneció a un gran clan vikingo, esos apasionados de sus tierras, sus dioses y su cultura.

—Ajá —mascullé.

Reseguí cada una de las líneas que lo formaban, intentando despertar algo en él. Pero, por alguna razón, ninguna de ellas respondía a mi contacto, cosa que en cierto modo me alegró.

—¿Sabes qué quiere decir cada runa? —le pregunté curiosa a la vez que no dejaba de acariciar su piel.

Parecía gustarle. Durante unos segundos no supo qué decir. Se notaba incluso nervioso, pero poco después sonrió.

—Pues... La verdad es que no conozco el significado de todas. —Se pasó la mano que tenía libre por la nuca—. Esta es Algiz —dijo, señalando la runa—. Representa la protección y la defensa de lo maligno. —Fue girando lentamente el brazo para buscar alguna de la que sí supiera el nombre—. Esta es Ehwaz, que habla del movimiento, el viaje y el traslado —me explicó—. Me encantaría poder viajar por todo el mundo.

—¿Y esta? —Le señalé a Pertho.

Durante unos instantes permaneció en silencio, pensando en qué decir, pero no tardó en alzar los hombros.

—No lo sé, la verdad.

—¿No lo has buscado nunca? —le insistí.

—No, no me importa no saber qué significan todas. Las más importantes siempre las tengo presentes.

Asentí, mirándolo fijamente. Parecía decir la verdad, pero ya no sabía si podía fiarme de lo que me contaba o no. Tragué saliva e hice el esfuerzo de sonreír como si no conociera lo que Pertho significaba.

—¿Vamos?

—Sí, será mejor que entremos, o Liv acabará echándonos la bronca —comentó jocoso.

—Lo más seguro es que lo haga de todas formas. —Reí.

Antes de que pudiéramos tocar la puerta, se abrió. Tras ella, y por suerte, apareció Ash con una sonrisa de oreja a oreja que me encandiló. Aquel hombre era tan risueño que jamás podía borrar la alegría de su rostro.

—¿Ya has acabado? —me preguntó.

—Sí, ya se ha marchado —le contesté a la vez que ponía los ojos en blanco—. No era más que un viejo amigo que se ha puesto un poco pesado. No sé ni cómo ha podido saber que estaba aquí —le expliqué.

Dejó ir una sonora risotada que llenó el salón, haciendo que Liv apareciera con su cara de pocos amigos, recién arreglada. La verdad es que aquella agria muchacha era realmente bonita. Tenía unos enormes ojos azules como el cielo que te observaban como si quisieran sacarle los más profundos secretos a tu alma, cosa que me parecía curiosa e incluso divertida. Con otros tal vez funcionara, pero conmigo no servía de nada. Me fijé en su blanquecino cabello. Era tan rubio que incluso había veces que, según la luz, parecía canoso. Se había trenzado la parte derecha de este, dejando el resto suelto y con unas ligeras ondas.

—Estás muy guapa —le comenté.

Aunque era poco de sonreír, lo hizo. Me mostró su perfecta y blanca sonrisa a modo de agradecimiento, cosa que me encantó.

—Será mejor que te cambies. Tú vas hecha un desastre.

Cogí aire y lo dejé ir en modo de suspiro. Liv era arisca y directa. Era de las que lo que opinaba, te lo decía sin pensar en lo que pudiera ocurrir

después.

—Gracias.

—Date prisa. No tenemos tiempo que perder si queremos llegar al bar de Ron antes de que aparezca Jax y se beba todo lo que hay dentro.

—Podéis ir tirando, no me importa llegar un poco más tarde —le contesté—. Además, así cogéis mesa para que no nos quedemos sin ella.

—Te esperaré —se ofreció Adam.

—No es necesario... —murmuré—. Yo...

—Tranquila, no me resulta un inconveniente.

Adam parecía cada vez más protector, cosa que no comprendía. Me gustaba tenerlo cerca de mí, pero en momentos como aquel llegaba a resultarme un poco cargante.

—Bueno... Gracias.

Ash y Liv se marcharon sin pensarlo dos veces, dejándome con Nura y Adam en la casa para que me arreglara. Estaba tranquila, hasta que entré en la habitación en la que dormía y sobre la cama encontré una nota.

Cuando su luz se apague y Heimdall deje de mirar, la muerte llegará. Su último aliento expirará, dejando que sea Garm quien abandone la cueva Gniphellir para llevársela al más profundo Helheim.

40

Me quedé sin aliento. El corazón me latía con tanta fuerza que me asustaba el hecho de pensar que alguien pudiera escucharlo. Las manos me empezaron a temblar con la nota en ellas. ¿A quién se refería aquella profecía?

—«Cuando su luz se apague y Heimdall deje de mirar, la muerte llegará» —leí la primera parte de la nota—. «Su último aliento expirará, dejando que sea Garm quien abandone la cueva Gnipahellir para llevársela al más profundo Helheim».

Durante unos segundos permanecí en silencio, pensando en quién podría estar relacionado con aquel futuro. Cerré los ojos, intentando concentrarme, ver qué había en la nota. Necesitaba averiguar quién la había dejado allí.

—Su luz —murmuré.

Había cientos de seres de luz con los que los elfos oscuros habían acabado sin tener miramientos, pero no sabía cuántos de ellos podrían seguir con vida. Según Niels, no eran muchos, pero tal vez sí suficientes como para luchar junto a los valkyr y acabar con los seres que sembraron el caos en su raza.

—Garm está atado en la cueva, por lo que no puede salir de ella hasta que se desencadene el Ragnarök. Sería entonces cuando el monstruoso perro escaparía para arrasar con todo lo que se pusiera en su camino. —Negué con la cabeza—. Garm simboliza la muerte, pero... ¿de quién?

Eran tantas las preguntas que se agolpaban en mi mente que no era capaz de ordenarlas para darles un sentido. Mi cabeza me gritaba que había sido Ottar quien había dejado aquella nota, pero no entendía el porqué, aunque no dudaría en preguntárselo cuando volviera a verlo.

—Para llevársela —repetí.

Debía averiguar a quién debían llevarse y porqué Heimdall dejaría de mirar. La vida de esa persona estaba en juego, y si no llegaba a tiempo, no habría otro camino que la llegada a Helheim.

—¿Decías algo? —me preguntó Adam, abriendo la puerta.

Con agilidad, escondí la nota detrás de mi espalda, esboqué algo parecido a una sonrisa, tratando de disimular, y negué con la cabeza. Arrugué el pequeño papel y lo guardé en el bolsillo trasero de mis vaqueros, y entonces sentí cómo la piedra del collar volvía a brillar. Hacía mucho desde la última vez que había ocurrido, por lo que mi expresión cambió por completo.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Eh... Sí, tranquilo, salgo en unos minutos.

—¿Segura?

—Sí, sí —insistí.

El tiempo que tenía para pensar en el acertijo era tan escaso que no sabía si sería capaz de resolverlo antes de que cayera la noche profunda y Ottar volviera a mi habitación como hacía algunas noches.

—Ahora salgo.

Me acerqué a la puerta, le di un ligero empujón para que saliera, echándolo, y cerré veloz. Apoyé mi espalda en ella, pensando en cómo demonios iba a arreglar aquello.

—No tardes —escuché que me decía desde el otro lado.

—Nooo —le contesté, alargando la vocal.

Miré la ropa que me había dado Liv que ya no utilizaba. Me cambié los vaqueros por unos pantalones negros y me puse unos botines algo desgastados y un jersey grisáceo. Aún no me había acostumbrado a aquella ropa, pero debía admitir que era mucho más cómoda que la que llevábamos en el Valhalla. Me recogí el cabello en una larga trenza que llegaba a la mitad de mi espalda y salí de la habitación.

—Estás perfecta. —Adam sonrió.

—Gracias.

Busqué a Nura por la casa y la encontré en la cocina, donde preparaba la cena para ella.

—Nos marchamos, Nura. —La besé en la mejilla—. Llámenos si ocurre algo, ¿de acuerdo?

—Ya lo sé, chiquilla, no hace falta que me lo recordéis cada vez que os vais —me dijo, negando con la cabeza—. No os preocupéis, estaré bien. — Sonrió y me abrazó con ternura.

Mi corazón se llenaba de amor y alegría cuando me abrazaba. La pureza y bondad que había en ella no la había encontrado en ninguna otra persona... Salvo en Astrid. ¡Cuánto echaba de menos a Astrid! Ella había sido el único vínculo que tenía con mi pasado y con mi verdadera familia, pero saber que también me había ocultado la gran mentira me dolía demasiado.

Cuando entramos en el bar, todos mis sentidos quedaron embriagados por la mezcla de olores y energías que había en él. El olor a humedad y tierra mezclado con el de la cerveza o el *hidromiel* me hacía sentir extraña, incluso

mareada. Adam tiraba de mí entre la gente para adentrarnos hasta el final de la sala, donde se encontraban sentados Liv y Ash mientras el resto permanecía en pie y repartidos en el resto de las mesas. Antes de que llegáramos, mi hombro se topó con el de un hombre de cabellos oscuros y largos, mirada penetrante y mandíbula marcada. Sus brazos estaban totalmente tatuados, y de su cuello colgaba algo parecido a la punta de una flecha, pero algo me decía que no era lo que creía. Mi corazón se heló cuando nuestras miradas se encontraron y, a pesar de que fueron tan solo unos segundos, sentí cómo escrutaba mi alma.

—¿Quién es ese tío? —le pregunté a Adam cuando nos alejamos.

—¿Quién?

—El que está junto a la barra con el pelo largo y oscuro —le describí—. El que se ha chocado contra mí.

—*Ve con cuidado, valkiria* —escuché la voz de Sigrún en mi cabeza.

Me giré tan rápido como pude, buscando a la valkyr. Su voz había sonado tan nítida que parecía estar a mi lado.

—Pues la verdad es que no tengo ni idea —me dijo al oído, ya que la música apenas nos dejaba hablar—. No lo había visto antes.

Cada vez me sentía más agobiada y desesperada. No entendía qué tenía aquel hombre, pero me hacía estar inquieta. Cuando llegamos a la mesa en la que estaban los demás, me senté en un sitio estratégico desde el que podía vigilarlo en todo momento.

—Liv —llamé a la joven, que se sentaba junto a mí.

—¿Qué ocurre? —me preguntó preocupada.

Podía notar mi nerviosismo, el cual era tan grande que incluso me había aparecido un tic en la pierna y no podía dejar de moverla.

—Ese hombre. —Hice un gesto con la cabeza para indicarle de quién hablaba—. ¿Sabes quién es?

—¿Por qué? —quiso saber.

—Adam no lo ha visto nunca —le expliqué—. Hay algo en él que no me gusta. No sabría decirte el qué, pero... No me fío de cómo nos mira.

La joven hizo una mueca sin dejar de observarlo, como si quisiera averiguar algo que yo no podía ni siquiera ver.

—Mira, junto a él está Jax. —Abrió los ojos de forma desorbitada.

Señaló al hombre barbudo que se había colocado a su lado y que no hacía más que beber cerveza como si fuera agua.

—¿Y si es ese el hombre que entró en tu casa?

Pude ver cómo en la mirada de Liv rugió de enfado. No estaba segura de lo que acababa de decir, pero algo en él me hacía sentir mal, y eso no pasaba con todo el mundo.

—Habrá que averiguarlo.

Las manos de Liv se cerraron en forma de puños. Estaba decidida a ir a por él, y tuve un presentimiento. No iba a acabar nada bien. Después de lo que había visto de la muchacha, estaba segura de que no lo haría de forma sosegada y tranquila.

—Voy a por él —anunció.

Cuando fue a ponerse en pie, la sujeté por la muñeca, tirando de ella para que volviera a sentarse. No podía ir sola, y mucho menos sin saber de qué era capaz aquel hombre. Si había sido el que había entrado en su casa, lo más seguro es que no acabara contento con el resultado.

Liv se zafó de mi agarre con un fuerte tirón y se encaminó hacia la barra sin pensarlo ni un solo instante.

41

—Liv, Liv —la llamé, levantándome detrás de ella.

No podía dejar que se acercara, sobre todo si de verdad era peligroso como creía. Si estaba en lo cierto, acabaría metiéndose en un buen lío, y nos echarían del bar.

—¡Liv! —grité.

La cogí por la mano con fuerza, para que no pudiera zafarse de mí, y aunque tiraba con fiereza, no pudo escapar. La tenebrosa mirada del hombre volvió a posarse en la mía, provocando que un poderoso escalofrío me recorriera, dejando que una sensación terrible se adentrara en lo más profundo de mi ser. Observaba cómo nos acercábamos mientras hablaba con otro que no hacía más que beber como un auténtico borracho.

—*No os acerquéis* —escuché que me decía Sigrún—. *Es peligroso. No dejes que Liv llegue a él.*

—¿Quién es? —dije en voz baja para que Liv no pudiera escucharme.

No dejaba de entrar gente, pasando entre nosotras y nuestro objetivo, hasta que, de repente, desapareció. Lo busqué con la mirada por todo el local, soltando a Liv, intentando encontrar al hombre misterioso que no había apartado la mirada de nosotros. Estaba segura de que escondía algo, de que no era un hombre cualquiera. Ni siquiera podía asegurar que era del mismo reino en el que nos encontrábamos.

Tragué saliva al ver cómo Liv giraba sobre sus talones para mirarme con cara de enfado, más del que ya llevaba consigo.

—¡Has dejado que se escapara!

—No, no lo he hecho —la contradije.

Ignoraba quién o qué era, pero si algo tenía que ver con el mundo de oscuridad, estaba segura de que Ottar sabría de quién se trataba. Solo necesitaba averiguar una simple pista, un detalle, algo que me guiara hasta la primera piedra del camino que me llevara hasta él.

—Joder, ¡Lyss! —alzó la voz.

Negué con la cabeza y la aparté hacia un lado, intentando pasar entre la gente. Debía encontrarlo antes de que lo hiciera Liv. No sabíamos qué podría llegar a hacer si se sentía amenazado, y la muchacha conseguiría que la matara con tan solo una de sus miradas.

—¿Ahora a dónde coño vas? —me preguntó, persiguiéndome.

Me di la vuelta veloz para detenerla e inventarme una excusa con la que volviera a la mesa con el resto.

—Necesito tomar el aire. Me siento un poco mareada.

Era cierto. La energía de aquel ser me había trastocado, haciéndome sentir pesada y confusa, pero no lo suficiente como para dejarme fuera de combate. Desde que había llegado al Midgard me notaba débil, cosa que las valquirias no éramos. ¿Estaría mi cuerpo recordando mi verdadero reino?

—Vuelve a la mesa —añadí.

Hizo un gesto de disgusto, aunque segundos después asintió, volviendo a donde se encontraban los demás. Sin embargo, no parecía muy convencida de ello, me lanzó una última mirada antes de sentarse.

Pasé entre la gente, esquivando a los que se cruzaban en mi camino, apartándolos con los brazos, hasta que el mismo borracho que hablaba con el hombre acabó echándome por encima su cerveza, bañándome por completo. Por suerte, aún llevaba la cazadora de cuero, y la gran mayoría del líquido acabó resbalando por ella hasta emparar nuestros zapatos.

—¿Es que no tienes ojos para ver por dónde andas? —gruñí molesta.

—¿Y tú, *norsk*¹⁷?

—¿Es que aún no has aprendido? —le pregunté.

Ottar corría detrás de mí como si fuera el depredador más salvaje de los animales de los nueve reinos. Pasaron años desde nuestro primer encuentro hasta aquel momento, tantos que apenas era capaz de recordarlos. Corrí como si me fuera la vida en ello, hasta que rodeé un gran fresno alto como las montañas y me quedé pegada a él. Mi pecho subía y bajaba con fuerza. Cuando me encontró, colocó las manos a ambos lados de mi cabeza y gruñó con ferocidad, haciendo que todo mi vello se erizara. Estaba totalmente aprisionada entre el árbol y su cuerpo, lo que me hacía sentir excitada e incluso inquieta.

—Norsk —susurró Ottar sobre mi boca.

Me sentía extasiada, abrumada por su olor, por su presencia... Todo lo que lo rodeaba me fascinaba casi tanto como su persona. El elfo era tan poderoso, fuerte y salvaje que me hacía desear abandonar la vida que tenía junto a padre y madre para conocer todo lo que llenaba su mundo.

Notaba cómo su pecho chocaba contra el mío, igual que lo hacían nuestras agitadas respiraciones, uniéndose en un suspiro lleno de pasión y

riesgo que hablaba de nuestros deseos más profundos.

—Mi vikinga... —masculló.

Acarició con delicadeza mi rostro, descendiendo por mi cuello y mis brazos hasta llegar a mi cintura. Nuestros labios estaban tan cerca... Necesitaba sentirlos contra los míos, saber que amaba me amaba como yo lo amaba a él a pesar de pertenecer a dos mundos distintos. Me acerqué un poco más a su rostro, hasta que apretó la mandíbula y dejó ir un profundo gruñido que me aceleró el corazón. Solo él era capaz de avivar mi alma como las brasas de una hoguera a punto de volver a prender. Igual ocurría con padre y madre.

—Hazlo —le rogué.

—¿Realmente lo deseas?

—Claro que sí.

Nuestros labios se unieron en un beso salvaje como el instinto que recorría las venas de Ottar y puro como la pasión que había en ambos.

—¿Qué has dicho? —gruñí, cada vez más molesta.

Era como si todo el mundo supiera cosas sobre mí, cosas que ni siquiera yo conocía, y eso no hacía más que avivar la llama de mi enfado. Cerré las manos en puños, cogiendo aire e intentando calmar mis nervios.

—¿A dónde vas, preciosa? —dijo, babeando. Intentó acercarse a mí, alzando una de sus manos para tocar mi rostro, y me aparté de él—. Quédate conmigo, hermosa —volvió a intentarlo.

Lo sujeté por la muñeca con tanta fuerza que ni siquiera fue capaz de articular ni una sola palabra más.

—Si vuelves a intentar tocarme... —cogí aire—, te cortaré esa repugnante mano, patán asqueroso.

Lo miré perpleja, fulminándolo con una sola mirada. No necesité más para que el hombre tragara saliva, bebiera la última gota de cerveza que quedaba en el vaso y se diera media vuelta para volver a centrarse en Ron, el dueño del bar, quien, tras la barra, no hacía más que hablar con los clientes que lo acompañaban.

Salí de aquel antro envuelto en humedad, cerveza y olor a humo de madera fresca, dejando que el frío tenue de primavera me envolviera con su velo. Cogí aire, llenando mis pulmones, deshaciéndome de la mala energía que había en el interior de aquel sitio y que había estado danzando a mi

alrededor desde que había entrado.

Miré hacia todas partes, buscando al oscuro hombre que nos había estado vigilando, pero no lo veía por ninguna parte, ni siquiera en la linde del bosque. No había ningún coche encendido, tampoco podía encontrar marcas en la tierra húmeda con las que poder guiarme hacia alguna parte en la que se encontrara el hombre.

—Maldición... —siseé.

Me pasé una mano por la cara a la vez que negaba. ¡No podía ser! No podía desaparecer así como así. Tan solo había salido dos minutos tarde. Si no hubiera sido por Liv, seguramente lo habría encontrado.

En la lejanía divisé la casa de Liv, donde se encendieron algunas de sus luces, cosa que me extrañó, ya que eran pasadas las doce de la noche y Nura ya debía estar durmiendo; además de que en ninguno de los casos podría haberla encendido ella, pues esas habitaciones estaban cerradas.

¿Y si el hombre había entrado en la casa y Nura necesitaba ayuda? La sangre que recorría mi cuerpo se heló. Por un momento deseé rogarles a los dioses que me ayudaran, pero eso ya no volvería a ocurrir. Corrí al interior del bar, pasando entre la gente de nuevo, tratando de llegar hasta Liv, pero a cada segundo que pasaba, menos avanzaba. Parecía que el mundo se había puesto en mi contra para que no llegara jamás a donde se encontraban.

—¡Liv! —llamé a mi amiga desde la distancia.

Moví una mano con urgencia para hacer que me viera y se percatara de que algo estaba ocurriendo. Tragué saliva. No me veía... Maldije para mis adentros, hasta que recordé la nota: «Cuando su luz se apague y Heimdall deje de mirar, la muerte llegará. Su último aliento expirará, dejando que sea Garm quien abandone la cueva Gniphellir para llevársela al más profundo Helheim».

¿Y si aquella nota hablaba de Nura? Negué una y otra vez con la cabeza. No podía estar hablando... Y si lo hacía, ¿quién me estaba avisando de su posible muerte? Y lo más importante, ¿cómo lo sabía y por qué lo hacía? No comprendía nada de lo que estaba pasando, y lo que más descolocada me había dejado era la presencia de aquel hombre. ¿Sería el mismo que nos persiguió aquella noche cuando llegábamos a Hardangevidda?

Ladeé la cabeza y pude ver sus ojos, la oscuridad y las tinieblas que habitaban en ellos, amedrentando a todo aquel que los miraba. Pero yo no me dejaría doblegar. Jamás lo había hecho y no empezaría a hacerlo entonces.

Parpadeé, sin creerme lo que veía, y es que no podía hacerlo. La mirada del hombre desapareció, siendo fruto de mi imaginación.

¹⁷ Nórdica

42

Volví a donde se encontraba el resto, calmando el desasosiego que me corroía por dentro o, al menos, intentando controlarlo. No estaba segura de quién había en la casa, pero tampoco podía alertar a Liv de manera que perdiera los nervios y se fuera todo al traste, por lo que tomé una de sus manos nada más llegar.

—¿Qué haces? —me preguntó confusa.

—Necesito hablar contigo —le contesté—. Ven conmigo.

Tiré de su mano para que se pusiera en pie. Su gesto se había tornado extraño, como si no entendiera lo que estaba pasando. La guie por el interior del bar, pasando entre aquellos que ocupaban nuestro camino hasta llegar a la salida.

—¿Qué demonios ocurre? —me preguntó, ligeramente irritada.

—Tira. —Le di un ligero empujón.

—Antes me arruinas el plan y ahora quieres que salga —murmuró—. Tía, no te entiendo.

Cogí aire, dejándolo ir en forma de suspiro, y alcé la mirada al cielo, donde las estrellas y los dioses observaban cada paso que dábamos.

—Hay alguien en la casa —le resumí.

Liv abrió los ojos como platos. Segundos después, frunció el ceño, acabó dejando ir un fuerte gruñido y se encaminó como un toro enfurecido hacia el camino que llevaba a la casa.

—Liv —la llamé mientras veía cómo se acercaba—. Espérate, no puedes ir así...

Si entraba con aquellos humos, acabaría matando al que estuviera dentro sin pensarlo ni un solo segundo.

—Claro que puedo —gruñó—. No voy a dejar que nadie le haga daño a Nura. Si fuera tu abuela lo entenderías.

Aquello me sentó como una auténtica puñalada. Ojalá pudiera tener a Astrid conmigo y no tener que vivir sola y alejada de los que eran mi familia, como tuve que hacer durante eones. Cogí aire, intentando reprimir las ganas de asestarle un bofetón.

—Liv, detente.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! —alzó la voz—. Lo has hecho una vez, y mira cómo ha acabado la cosa. —No sabía quién podía ser, pero

era cierto que, en el caso de que Liv acertara, habría sido culpa mía—. Espero que no sea el hombre que había en el bar, si no, ya puedes empezar a recoger tus cosas y marcharte —añadió—. Porque no pienso perdonártelo.

Subió los escalones de dos en dos sin siquiera esperarme. A pesar de que había intentado calmar la furia que la recorría, iba desbocada. No sabíamos si era el hombre quien había entrado o si simplemente se trataba de alguna otra persona.

—¡Liv! —la llamé por última vez, antes de que abriera la puerta.

—¡Márchate, Lyss! —gritó—. No necesito tu ayuda.

Entró en la casa como un auténtico huracán. No existía persona ni ser en el Midgard que fuera capaz de pararla. Antes de que la puerta diera un golpe y se cerrara, corrí para poder entrar tras ella, y al hacerlo, todo lo que habíamos pensado se desvaneció por completo.

—¿Círdan? —preguntó atónita.

—Hola, Liv.

La joven parecía haberse quedado helada; apenas se movía. Su gesto se había torcido, incluso parecía que su tez se había emblanquecido como si hubiera visto un fantasma.

—¿Estás bien? —le pregunté en voz baja al llegar donde se encontraba.

Esta asintió lentamente y se hizo a un lado sin apartar la mirada del hombre de cabellos blanquecinos y ojos verdes como los pastos del territorio en el que nos encontrábamos. Entré antes que ella, convirtiéndome en el centro de su atención.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Liv con seriedad.

—Lyss, ¿puedes acompañarme? —me preguntó Nura.

Asentí varias veces a la vez que veía cómo esta se levantaba del asiento en el que estaba sentada.

—No podemos hablar de eso ahora —le dijo Liv en voz baja, lo suficiente como para que no pudiera escucharla—. Son asuntos muy delicados. Debéis permanecer fuertes y no dejaros amedrentar.

—Lo sé, Liv —le contestó él—. Pero deberías hacernos una visita. No podemos seguir así. Están todos un poco nerviosos.

—Es normal, pero deben aprender a relajarse. No pueden dejar que manejen sus emociones de esa forma.

—Es difícil cuando son tantos —le contestó el hombre—. Los padres están haciendo todo lo posible.

—¿Cómo están los niños? —quiso saber ella.

Podía sentir la preocupación que había en Liv, pero también lo estupefacta que se sentía ante la visita.

—Los niños... —murmuró—. Están un poco nerviosos y se sienten inquietos ante tanta energía, pero las Spakr tratan de tranquilizarlos.

¿Qué demonios eran las Spakr? ¿Y de qué niños estaban hablando? Desde que llegué no había visto a ningún niño, ni Liv había hablado de ellos, cosa que me extrañó.

—Deberían tenerlos más controlados, sobre todo cuando salgan.

Tal vez me estuviera imaginando las cosas y montándome películas, y lo que realmente ocurría era que Liv era profesora de niños pequeños o algo por el estilo, si no, no entendía de qué estaban hablando ni lo podía relacionar con ninguna otra cosa.

—¿Has comido algo? —me preguntó Nura.

—Iba a cenar en el bar, pero no me ha dado tiempo.

Intenté escuchar de nuevo lo que estaban hablando, pero tras hablar con Nura apenas pude enterarme de lo que decían. Hice una mueca mientras ella preparaba unos bocadillos para Liv y para mí. Durante unos minutos permanecí en silencio, pensativa. Todavía no entendía por qué había entrado en mi habitación y en la que estaba cerrada.

—Nura... —murmuré.

—¿Sí, niña?

—¿Quién es ese hombre? —le pregunté sin andarme con rodeos.

La mujer se sirvió un vaso con agua, al cual le dio un sorbo antes de contestarme:

—Círdan es un viejo conocido de la familia. Es como el tío de Liv —me explicó—. Cuando sus padres murieron, él me ayudó a cuidar de ella hasta que pude encargarme yo sola.

—Ajá.

—Tuvo que marcharse hace un tiempo, y desde entonces no habíamos sabido nada de él, por eso Liv ha respondido así.

—Ya veo que no le gustan mucho las sorpresas.

—No, la verdad es que no —murmuró Nura.

—¿Vamos fuera? —le propuse.

Quería saber de qué estaban hablando. Aunque ya me había quedado más tranquila con lo que me había explicado Nura, aún tenía curiosidad por

conocer un poco más sobre quién era.

—Te he hecho un bocadillo, Liv —le dijo a la joven.

—Gracias, abuela.

—No hay de qué. —Sonrió con ternura.

El hombre volvió a fijarse en mí como si tuviera algo raro a mi alrededor, cosa que no comprendía. Me miré las manos con disimulo, intentando no parecer tan descarada como lo estaba siendo él.

—Venga, comed —nos ordenó con dulzura.

Mi estómago rugió como si su interior albergara una bestia tan grande como lo era el monstruoso lobo Fenrir, quien con su poderosa furia acabaría con Odín durante el Ragnarök.

—Gracias, Nura.

Cuanto terminé, pude ver en la mirada del hombre que le urgía algo de intimidad con las dos mujeres para hablar de aquello que no había osado mentar estando yo presente, por lo que me puse en pie y me disculpé.

—Buenas noches, Lyss.

—Mañana será otro día. —Sonreí.

O, a lo mejor, ese todavía no había terminado.

43

Esperé durante más de cuatro horas a que llegara. Todos en la casa se habían ido a dormir, incluso Ash había vuelto de estar junto a Adam en el bar. Tras una larga conversación, Círdan se había marchado hacia su hogar. Pero él, ese maldito elfo que me mantenía cautiva emocionalmente, no había aparecido por la casa.

Miré una vez más por la ventana. Estuve observando la lejanía desde que entré en la habitación, aguardando su llegada. Las luces de todas las casas del pueblo estaban apagadas. Solo las de la carretera permanecían encendidas. Pasó tanto tiempo desde que me despedí de Liv que incluso la luz del alba había empezado a asomar tras las grandes montañas.

Dejé ir un suspiro. Una vez más me había decepcionado. Me metí en la cama, cubriéndome por completo, sintiéndome fría y sola, abandonada por alguien a quien empezaba a querer y a recordar.

—¿Por qué, madre? —le pregunté—. Ojalá estuvieras aquí para guiarme en este camino de sombras con la valentía que solo tú tenías. Ojalá, madre... —susurré, sintiendo que mis ojos se llenaban de lágrimas.

Durante eones no fui capaz de reconocer a mi familia. No había nada en mi mente que me hiciera pensar en ellos, ni siquiera un resquicio o una mera pista que me hablara de mi antigua vida. Hasta que el Midgard despertó mi verdadero yo, y entonces empecé a recordar lo que era.

Padre se alzaba poderoso en su hermoso corcel junto a madre, quien no hacía más que vigilar los territorios lejanos desde los que no hacían más que aparecer animales. El humo empezaba a acercarse a nuestro poblado, por lo que todos nuestros hombres estaban alerta, preparados con agua y armas.

No sabíamos qué estaba ocurriendo. Los enemigos de padre habían sido derrotados, y ya no había reino que no rigiera bajo su mando. Era un gran rey. El territorio nórdico más grande de todo el país era suyo y de nuestros hermanos. Jokull y Hammer partían de vez en cuando, controlando aquellos jarls¹⁸ que padre había designado, los cuales eran solo aquellos hombres en los que más confiaba. Carón se encargaba de la zona norte, dejando el centro para padre y el sur para Gull.

—Lyss —me llamó madre, sacándome del ensimismamiento en el que me había sumido.

—¿Sí, madre?

—Sube al caballo. No sabemos qué puede pasar —me dijo con pesar.

Algún traidor había provocado el fuego que ahora amenazaba nuestro poblado, deseando que el caos y el descontrol se hicieran con nuestras tierras y nuestra gente, sumiéndolo todo en la oscuridad de un adelantado Ragnarök.

Madre bajó del caballo y se colocó frente a mí.

—Si todo esto sigue adelante, te marcharás con Blader. Él cuidará de ti y te protegerá si alguien intenta embarraros el paso antes de que os encontréis con Gull y Linna.

Ellos eran los grandes amigos de la familia, las personas que siempre habían estado a su lado, en las que madre y padre habían confiado hasta mi propia vida.

—Pero, madre... —murmuré.

Balder era un gran guerrero y algún día sería el jarl de su territorio si nadie osaba batirse en un holmgang, duelos a muerte en los que se medía la valentía de los enfrentados. Era la única manera para conseguir optar a un puesto como lo era el gobernador de un pueblo o unas tierras.

—No, sé que eres fuerte, kotr —dijo, acariciándome el rostro—. Pero no me perdonaría el haberte dejado marchar sola sin nadie que pudiera cubrirte las espaldas —me explicó—. No sabemos lo que se esconde más allá de la linde ni si podrías necesitar ayuda.

—Pero, Balder...

Todo el poblado esperaba que en algún momento aquel muchacho y yo contrajéramos matrimonio, uniendo a dos grandes familias unidas para seguir luchando contra aquellos que intentaran perturbar la calma de nuestro pueblo. Pero lo que nadie sabía es que mi corazón ya tenía dueño, y eso jamás cambiaría. Por mucho que Balder fuera el más amado del pueblo, su amor no era para mí.

Tenía los ojos encharcados en lágrimas, las cuales no era capaz de controlar. Anhelaba tanto mi hogar que incluso mi alma se estremecía al recordar los pocos años que pude vivir junto a mis padres. Dejé ir un quejido, lleno de dolor y angustia. Nadie debería haberme separado de ellos, ni siquiera de Ottar.

Cerré los ojos, sintiendo que la congoja tomaba el control de mi ser y

decidía que era mejor dormir, dejando que el mal que había en mí se esfumara como si nunca hubiera estado allí.

—Lyss —me llamó.

Era la misma voz que había estado escuchando desde que llegué al Midgard, la misma que me pedía que recordara lo que el pasado escondía. Allí estaba de nuevo, solo que ahora era capaz de reconocerla a la perfección.

—¿Astrid? —pregunté.

Abrí los ojos, pero ya no me encontraba en la habitación de la casa de Liv, sino que estaba en una sala infinita y totalmente blanca. Miré hacia todas partes, intentando encontrarla, pero no hubo manera. Sentí calor y cómo una mano se posaba sobre mi hombro derecho. Notaba su energía pura como la luz y delicada como una pluma.

—Mi hermosa vikinga.

Me di la vuelta y allí estaba, observándome con esa ternura que solo ella tenía, con la bondad que siempre la había caracterizado. Sin pensarlo ni un momento, me lancé a sus brazos, desesperada, perdida y a la vez encontrada.

—Te he echado tanto de menos... —murmuré.

—Lo sé, pequeña.

No quería separarme de ella, a pesar de que sabía que aquello no tardaría en desaparecer, como el sueño que era. Aun así, no me aparté de sus brazos, sino que dejé que me meciera como si fuera una niña.

—Ay, Lyss —murmuró—. Debías pasar tu tiempo de duelo, aprender a vivir con ese dolor que te llena, ir liberándolo poco a poco hasta que hubiera espacio en tu corazón para conocer la amabilidad y cariño que hay en el Midgard y en los seres que lo habitan —añadió—. Los dioses no se portaron bien contigo.

—Ni contigo, abuela.

—Yo soy lo de menos, Lyss. —Me acarició con cuidado el rostro—. Cuando tu padre nació, pensé que jamás amaría tanto a alguien, hasta que apareciste tú.

No podía dejar de llorar. Mis ojos estaban empapados, y no sabía si realmente era más por el dolor que sentía al no tener a mis padres conmigo o por ser tan afortunada de tener una abuela como lo era Astrid. Ella siempre había cuidado de mí, incluso cuando llegué al Valhalla por primera vez, donde me aguardaba con los brazos abiertos a pesar de ser arisca con todo

aquel que se cruzaba en mi camino.

—Abuela... ¡Siento tanto dolor!... —exclamé con pesar—. Mi alma llora constantemente, pero sé que tampoco puedo seguir huyendo de mi verdadero yo. —Su mirada se fijó en la mía mientras tomaba mis manos entre las suyas, cobijándolas, igual que hacía con mi espíritu—. La antigua Lyss no ha olvidado al elfo por el que me desterraron al Valhalla, abuela. Él... —murmuré—. Sé que no todo lo que hay en él es malo, pero no sé cómo hacer que los dioses lo vean.

—No tienes que hacerlo, Lyss... Sé que lo que te voy a decir no te va a gustar, pero no puedes dejar que ese oscuro te manipule. Está jugando con tu mente, como ya hizo una vez.

—No, abuela, no lo está haciendo —le contesté seria—. Ottar tiene bondad en su interior, se preocupa por mí y me protege cuando yo no soy capaz de hacerlo —le expliqué—. Hay tinieblas en él, pero estoy segura de que, si he podido sacar lo bueno que hay en él para mí, también haré...

Antes de que pudiera terminar de hablar, algo me despertó. Me senté en la cama, confusa, sintiendo un vacío en mi interior que me hería. No haberme despedido de Astrid como debía me afectó.

—Lyss —escuché que me llamaba Sigrún.

Me levanté torpemente, quedándome sentada sobre la cama. ¿Es que aquella noche no iba a dejar de tener visitas? Parecía que no. Cogí aire, dejándolo ir en forma de suspiro, sin entender muy bien qué hacía allí la antigua valkiria.

—¿Qué ocurre? —le pregunté en voz baja.

—Tengo que decirte una cosa —me dijo con urgencia—. Siento que va a ocurrir una desgracia. No sé el qué, pero mi alma me dice que los elfos oscuros están tramando algo.

—¿Cómo?

—Lyss, debes detenerlos o acabarán haciéndole daño a alguien.

Tenía tanta información en la cabeza que no era capaz de procesarla con suficiente velocidad como para darle una respuesta coherente.

—¿A quién? —me limité a preguntar.

—Aún no lo sé, pero Yggdrasil llora, sabe que algo no va bien.

¹⁸ Noble, similar a un rey.

44

La cabeza no hacía más que darme vueltas. No podía pensar con claridad. Todo aquello me superaba en aquel momento, por lo que decidí salir de la habitación para lavarme la cara y no parecer un monigote que no sirve para nada.

—Lyss, no te marches —me pidió Sigrún, asustada.

—Espera ahí, ahora vuelvo.

Pero no lo hizo. Me persiguió por el interior de la casa como si fuera la suya propia. Por suerte, nadie era capaz de verla como la veía yo; nadie salvo el pequeño y adorable elfo de la luz, Niels.

Tras lavarme la cara, cerré la puerta de la habitación a mi espalda, esperando a que fuera ella quien se sentara en la cama para explicarme qué demonios estaban tramando esos malditos hijos de Loki.

—Creo que es Aila. No me fío de ella ni un solo pelo, Lyss —murmuró—. Sé que esconde algo, pero no sé el qué, y necesito que me ayudes a descubrirlo.

—¿Aila? —le pregunté extrañada.

Aquella joven me había ayudado desde que llegué junto a los elfos oscuros sin pedir nada a cambio. Era respetuosa, agradable y discreta, por lo tanto, no me cabía en la cabeza que alguien como ella pudiera llegar a hacerle daño a nadie.

—Necesito que averigües si esconde algo.

Cogí aire, sintiendo cómo el pecho me oprimía y apenas podía respirar con tranquilidad. Había confiado en ella, aunque hubiera sido durante unos minutos, pero lo había hecho. Pensaba que no sería como los de su estirpe, pero... ¿qué podía esperar de un elfo oscuro? Todos acababan dejándome tirada como si no fuera más que un pobre e indefenso animal.

—No puedo marcharme ahora, Sigrún.

—Sola no voy a conseguirlo —admitió—. Solo tú puedes adentrarte entre lo más profundo del clan de los oscuros.

—¿Cómo?

—Ottar confía en ti. Todo el mundo lo sabe y lo ha visto —murmuró—. Solo hay que tener vista para ver que venera cada paso que das, valkiria.

—Pues, al parecer, no es así —dije sin ganas.

Ese maldito elfo me había dejado abandonado una vez más, ya que no

había sido capaz de presentarse en la casa como había prometido. Negué con la cabeza. Para Ottar no era más que un simple entretenimiento, algo con lo que jugar y con lo que divertirse cuando no tenía nada más de lo que ocuparse, si no, ¿por qué iba a hacer algo así?

—No me lo creo, Sigrún. Para él, nada vale la pena.

La mujer hizo una mueca sin apartar la mirada de la mía, esperando a que dijera algo que no iba a llegar. No me marcharía de la casa de Liv, no hasta que descubriéramos quién había intentado herir a Nura.

—Te arrepentirás si no vienes conmigo.

—Me he arrepentido durante tanto tiempo de hacer todo aquello que me ordenaban que ahora solo quiero vivir y aprender de mis errores y no de los de los demás —le dije con rencor.

—Escúchame, estúpida valquiria —me contestó molesta—. Lo que otros hayan hecho no es cosa mía. Te utilizaron, igual que hicieron con todo el mundo, igual que hicieron conmigo. ¿Acaso has visto que yo me haya quejado? —gruñó.

—Tú pediste subir a Asgard junto con Helgi, tú le rogaste a Odín para que eso ocurriera. Lo he visto —espeté—. Yo no pedí nada de lo que he tenido.

—Yo tampoco pedí que me engañaran y me dejaran tirada en un reino que no era el mío y el cual estaba colonizado por la escoria que ahora lo reina junto con los humanos —contratacó—. ¿Es que acaso crees que yo quería que asesinaran a mi alma gemela? —Negué con la cabeza. Nadie desearía algo así, pero yo no tenía la culpa de ello. Los dioses eran caprichosos, y hasta que no tenían lo que querían, no se rendían—. Hay muchos secretos que aún no conoces, preguntas que ni siquiera te haces y que pronto te harás. Pero ¿sabes qué? —me preguntó sin esperar respuesta alguna—. Cuando necesites que te las responda, no estaré aquí para hacerlo.

Cada vez me sentía peor, pero yo no tenía culpa de nada de lo que estaba diciendo, y mucho menos quería que se alejara de mí. Sigrún era la pieza clave que me ayudaría a resolver el enigma que rodeaba a los valkyr, y sin ella no podría encontrar las respuestas que tanto necesitaba.

—Sigrún —dije con pesar—. Te ayudaré. No sé cómo, pero lo intentaré —sentencié.

—Tal vez, cuando quieras hacerlo, ya sea demasiado tarde.

—Hay algo que no te he contado... —susurré.

La mujer me miró frunciendo el ceño, esperando a que le explicara lo que

me había guardado para mí.

—¿El qué?

Rebusqué en los bolsillos de los vaqueros que había llevado y de ellos saqué la nota que me habían dejado sobre la cama. Me senté sobre ella, explicándole cuándo la había encontrado pero no lo que ponía.

De repente, escuché cómo una piedrecita golpeaba la ventana de mi habitación, cosa que me extrañó pero lo dejé pasar. Sigrún me miró haciendo una mueca, hasta que una segunda y una tercera volvieron a llamar mi atención, por lo que me puse en pie. Necesitaba saber quién estaba intentando localizarme.

—Volveré a verte —me dijo cuando vio que me levantaba.

—De acuerdo.

Sigrún desapareció como había aparecido: sin que penas me diera cuenta. Cuando me asomé, me encontré a Adam con más piedrecitas en las manos y aguardando a que saliera. Al verme, esbozó una enorme sonrisa que logró cautivarme y alegrar un poco mi herido y confuso corazón.

—¿Qué haces ahí? —le pregunté al abrir la ventana.

—Necesitaba verte. —Sonrió de nuevo. Durante unos segundos me sentí afortunada de haber conocido a alguien tan agradable como lo era Adam, incluso de que no hubiera venido Ottar. Ese maldito elfo sabría lo que era una valquiria enfadada, pero todo llegaría a su debido tiempo—. ¿Bajas?

—Sí.

Aquello era una locura. No eran ni las seis de la mañana, pero en ese momento nada me apetecía más que alejarme de la habitación, de todos los problemas que me rodeaban y sentir la paz que solo Adam era capaz de hacerme vivir.

—Nos vemos en un momento —le prometí.

Este asintió satisfecho y se dio la vuelta para acercarse a su moto, de la cual colgaban dos cascos. Me cambié de ropa, abrigándome todo lo que podía para no pasar frío. Ya no necesitaba volver a dormir. Con lo poco que había podido descansar, me bastaba y sobraba para poder empezar el día bien pronto. Antes de salir de la habitación, recogí mi cabello en una coleta no muy alta. Lo tenía desordenado e incluso enredado.

Abrí la puerta con cuidado de no hacer mucho ruido. Después de que hubieran entrado en la casa Liv, había desarrollado un sexto sentido para escuchar todo aquello que ocurriera. Sonreí. La pobre muchacha no quería

que nos pasara nada. Salí, cerrando con un ligero portazo, lo suficiente como para que quedara cerrada la puerta pero no los despertara.

Cuando llegué a donde se encontraba me dio un abrazo, reconfortando mi ser, y un beso en la mejilla que me hizo sentir en la gloria.

—Buenos días. —Sonrió de medio lado.

—Buenos días —le contesté como una tonta, sin apartar los ojos de él.

No sabía qué era, pero en Adam había algo especial que me hacía sentir tranquila, confiar en él y querer estar a su lado.

—¿Has dormido? —le pregunté.

—La verdad es que apenas he podido hacerlo —murmuró—. ¿Y tú?

—Algo he descansado —le contesté.

—Sé que esto es una locura —me interrumpió. Pude ver la emoción en sus ojos, cómo su energía cambiaba y se llenaba de pasión, pero también de alegría—. Pero quería enseñarte algo, y necesito que sea ahora —me explicó—. Perdóname por despertarte a estas horas.

—Si de verdad vale la pena, quedarás perdonado —le aseguré.

Asintió dos veces, seguro de que el sitio a donde me iba a llevar valía tanto la pena como el despertarse a esas horas.

—He traído un casco porque tenemos que ir en la moto. —Admiré su Macbor Rockster de color negro mate. Era realmente bonita, aunque jamás había montado en una, y eso hizo que mis nervios empezaran a nacer en la parte baja de mi estómago—. Toma.

Me dio el casco colocándose el suyo para que pudiéramos marcharnos, por lo que le imité. Con un ágil movimiento, se subió sobre el asiento de la imponente moto y me hizo un gesto invitándome a que me colocara detrás de él, y eso hice. Me sujeté con toda la fuerza que pude, tratando de no hacerle daño y no caerme.

—¿Estás preparada?

—Eso creo —le contesté, a pesar del nerviosismo.

—¡Allá vamos! —dijo, alzando la voz.

Adam era un chico joven, soñador y aventurero. Durante las semanas que estuve en Hjelmeland me habló de su vida y de cómo pasaba los días trabajando junto a su padre. También me contó historias de su familia, de cómo estos emigraron desde el norte de Noruega hasta Oslo, donde vivían, a pesar de que él y su padre habían decidido quedarse en el pueblo para seguir con sus obligaciones. Roy era el cuarto hijo de una familia de seis, bisnieto de un importante hombre que marcó un antes y un después en Hjelmeland y su comunidad.

Me fascinaba poder escuchar esas historias, cómo era capaz de recordar y documentar casi todo lo ocurrido tiempo atrás, la pasión que había en sus palabras al hablar de toda su familia y cómo, orgulloso, mostraba sus orígenes. Aunque también había una parte oscura en su historia. Cuando Adam un niño, la casa en la que vivían y el embarcadero que tenían se vino abajo, quedando su madre Marie dentro de esta, donde acabó perdiendo la vida, lo que provocó que Roy no pudiera pasar mucho tiempo con él. Tal vez fuese eso lo que me unía a él: el hecho de no haber podido disfrutar de nuestros padres.

Estuvimos en la moto durante algo más de media hora, lo suficiente como para poder llegar a lo alto de la montaña que había frente a la casa de Liv y desde la que se veía todo el fiordo de Bokna, iluminado con los primeros rayos del sol. Era realmente hermoso, casi tanto como el lago en el que padre le pidió a madre que se convirtiera en su esposa.

—¡Qué bonito! —exclamé cuando me quité el casco.

El sol acunaba el ligero movimiento del agua que balanceaba a los pequeños peces que nadaban en el frío líquido.

—Es lo más bonito que verás en mucho tiempo.

—La verdad es que sí —admití.

Nos sentamos en las rocas que se alzaban frente al acantilado y que nos servían como sillas. Observamos cómo el sol empezaba a salir entre los altos árboles, cómo alumbraba todo aquello donde se posaban sus hermosos rayos.

—¿Has traído a Liv aquí? —le pregunté sin maldad.

—No, nadie ha venido conmigo antes —me explicó—. Eres la primera.

De reojo lo miré. Vi una bonita sonrisa se esbozarse en sus labios, alegrándome el alma, haciendo que incluso olvidara al estúpido Ottar. Aquel

día estaba destinado a ser uno de los mejores que pasaría en Hjelmeland, o tal vez en todo el Midgard, y no sabía si estaba dispuesta a que ese maldito elfo me lo arruinara. El gesto de Adam se torció. No dejaba de jugar con sus manos como lo haría un pequeño, lleno de nerviosismo.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, claro —se apresuró a contestar—. Solo hay algo que...

Antes de que pudiera decir ni hacer nada, me tomó por la cintura, acercándose un poco más a él, y posó sus dulces labios sobre los míos, adentrándose en un mundo lleno de ternura y pasión. Me sujetó cerca de él, haciendo que mi pecho quedara unido al suyo, dejando que sintiera cómo su respiración se volvía agitada. Volvió a besarme, e instintivamente mi cuerpo reaccionó devolviéndole cada uno de los besos y caricias que me daba.

Lo miré perpleja cuando nuestros labios se separaron; incluso llegué a estar confusa durante unos segundos. Sus ojos se fijaron en los míos, devorándome con la mirada, lentamente, como cuando el fuego empieza a crear las brasas.

—Lyss...

Mi corazón rugió ardiendo en llamas al sentir que mi nombre en sus labios sonaba tan hermoso como los poderosos rayos de Thor brillando en el cielo. Había algo en él que hacía que todo mi ser se volviera completamente loco, tanto que era como si reaccionara antes siquiera de conocerlo.

—No te disculpes.

Durante unos segundos permaneció en silencio, con la mirada fija en la mía, como si hubiera algo en ella, algo escondido en el más profundo abismo.

—No iba a hacerlo. —Sonrió contra mi boca

Sin decir nada más volvió a besarme, haciendo que me pusiera en pie, hasta que acabé sentándome a horcajadas sobre él, sintiendo que todo se magnificaba hasta límites insospechados. Me agarró con fuerza, uniéndome más a él, provocando que mis sentidos se volvieran locos.

—Te deseo, hermosa Lyss.

Su voz sonó ronca, provocadora e incluso explosiva, capaz de prender la más apagada de las ascuas, encendiéndome, haciéndome perder la cabeza por completo. Jamás había sentido algo así... Hasta que conocí a Ottar. Mi mente volvió a su lado, recordando las veces en las que había yacido con él. La rabia nació en mí al recordar que no había aparecido como cada noche, aunque ¿qué esperar de un elfo oscuro? Eran pretenciosos, arrogantes,

sangrientos y déspotas, pero jamás se preocupaban de nada salvo de su propio trasero.

Negué con la cabeza, lanzándome de nuevo al vacío y sin nada que pudiera sujetarme, pero tampoco me importaba. Besé a Adam como si me fuera la vida en ello, provocando que mi propio calor hiciera que mi sexo se humedeciera pidiendo a gritos que alguien lo calmara, y solo él podría hacerlo.

—No podemos quedarnos aquí —anunció.

Una de sus manos se adentró entre mis pantalones y las braguitas que llevaba. Ansiosa, me moví sobre su abultado pantalón.

—Vamos, a donde sea, pero vamos.

La moto se detuvo frente a una casita —si es que realmente lo era— frente al glorioso fiordo que nos acompañaba. Era pequeña, más parecida a una cabaña que a una casa, pero aun así acogedora. Al entrar me encontré con una mesita en la que había dos tazas de café vacías, una cama revuelta con mantas y edredones y una minúscula cocina junto a la entrada.

Adam tomó una de mis manos, tirando de ella y haciendo que girara sobre mis talones, hasta que me topé con su pecho y con la profunda mirada que me escrutaba con detenimiento. Besó mis mejillas con delicadeza, mis hombros e incluso mis manos, hasta que llegó a mi boca. Entonces, la ternura desapareció dejando paso a la pasión, y en un arrebato de frenesí, acabó mordéndome el labio inferior. Dejé ir un ligero quejido. Mi corazón se aceleraba a cada segundo que pasaba cerca de él. Era extraño que llegara a hacerme sentir tan sumamente bien.

—No sabes las ganas que tenía de esto, Lyss... —murmuró sin apartar las manos de mi cintura.

Dejé que acariciara mi cuerpo a la vez que iba deshaciéndose de todas y cada una de las prendas que me cubrían, igual que lo hacía yo con las suyas, arrojándolas al suelo, como mis murallas y armaduras.

Estaba desnuda completamente: alma y cuerpo libres para volver a amar, para volver a sentirse queridos y no tan solo ninguneados o chantajeados por los oscuros recuerdos del pasado. Todavía no conocía lo que una vez me envolvió, pero de lo que estaba segura era de que viviría para crear nuevas historias que recordar. Tragué saliva, nerviosa, sintiendo cómo mi vello se erizaba ante su contacto. Era tan hermoso que jamás pensé que pudiera ser real. No podía apartar la vista de él, o creía que en algún momento se

esfumaría, dando lugar a un sueño perfecto y utópico.

—Eres tan sumamente hermosa...

Admiré su fuerte torso desnudo, cómo se erguía frente a mí, musculoso y rudo. Ya no había nada que nos separara; estaba desvestido. El tatuaje que había en su brazo pareció resplandecer cuando se adentró en mi interior, pero ya ni siquiera sabía si aquello me lo había inventado o de verdad había pasado. Cogí aire, ahogando un gemido, sintiendo que se movía, creando que todo mi cuerpo temblara bajo su contacto.

—El día en el que recuerdes...

—¿En el que recuerde? —le pregunté confusa.

—Nuestro hermoso encuentro, Lyss.

Sus besos no dejaban de llenarme. Esos carnosos labios no dejaban de agasajarme como si fuera una reina. Era delicado pero a la vez rudo, paciente y seductor, lleno de lujuria contenida que hacía que ni siquiera fuese capaz de pensar con claridad.

Cerré los ojos, y al abrirlos, fue a Ottar a quien vi sobre mí, quien me observaba como una bestia, salvaje e indómito, regalándome su gozo como yo hacía con el mío.

46

Nuestras cinturas no dejaban de moverse, impacientes, deseosas de provocarnos el placer que tanto ansiábamos. Alcé mis manos, intentando tocar su hermoso rostro. Quería enredar mis dedos en su cabello, sentir cómo nos deshacíamos el uno por el otro. Volví a cerrar los ojos, sabiendo que no era él, que el temor y el miedo no tenían lugar. Al abrirlos de nuevo, la mirada de Adam estaba fija en mi rostro. No dejaba de acariciarme, besarme y mimarme.

—Quiero que te corras para mí, Lyss.

Su voz sonó tan ronca y salvaje que por un momento creí que era el elfo quien me hablaba, lo que hizo que mi cuerpo se dejara llevar.

Estar con Adam me había dejado agotada, y a pesar de que mi cuerpo apenas tenía fuerza, mi mente no dejaba de cavilar. Algo me reconcomía, haciendo que incluso llegara a sentirme confusa, no dejaba de darle vueltas una y otra vez a lo que acababa de pasar. ¿Me arrepentía de lo ocurrido?

Entré en la casa arrastrando los pies, aunque intentando no hacer mucho ruido, pues aún era temprano como para ir despertando a todo el mundo. Me asomé y vi que Ash dormía en el sofá, a pesar de que no estaba allí cuando me marché. Lo observé durante unos segundos, con ternura; era un buen muchacho. Iba a echarlos tanto de menos..., tanto que se me partiría el alma cuando tuviera que irme de nuevo con los elfos. En muy poco tiempo, aquella gente se había convertido en alguien importante en mi vida. Se habían comportado conmigo como si me conocieran de toda la vida, y era de agradecer. No sabían nada de mí, pero aun así decidieron que no podía quedarme en la calle, y me adoptaron en su hogar para que lo hiciera mío y me cuidaron como hacía tiempo que nadie hacía.

Cogí aire, sintiendo que la pena y la nostalgia me apesaban el pecho. Aquel lugar siempre sería especial, pero no podía quedarme, o nadie podría frenar el maldito Ragnarök. Entré en la habitación y me dejé caer sobre la cama, exhausta.

Durante unos minutos, mi corazón se debatió entre alejarme de aquel lugar o quedarme y dejar que el destino siguiera su curso para que las orgullosas nornas acertaran con aquello que habían predicho, igual que la vidente. Recordé cómo Liv se había abrazado a Nura cuando la encontramos, cómo Ash miraba a la joven embobado por su belleza, la ternura de la

anciana, la pasión de Adam... Todo ellos ya eran parte de mí, y no podía dejar que sufrieran por una maldita decisión. Porque así era: los nueve reinos se vendrían abajo si no actuaba.

Intenté alejar mi mente de aquel lugar. Necesitaba hablar con Sigrún y contarle lo que había escrito en aquella nota. Adam nos había interrumpido cuando estaba a punto de explicárselo. Tal vez nos sirviera de pista para averiguar quién estaba a punto de herir a uno de los nuestros y si realmente era Aila quien estaba intentando traicionarnos.

—Sigrún —la llamé.

Sentía cómo los párpados me pesaban, notaba cómo el cansancio empezaba a pesar cada vez más en mí, pero no podía dejar que el sueño tomara el control. Tenía que hablar antes con ella, o todo lo que íbamos a hacer se iría al traste antes de que pudiéramos darnos cuenta.

Esperé durante unos minutos, pero nada pasó. La habitación seguía en silencio, Sigrún no aparecía. Algo le estaba ocurriendo. No le llegaban mis energías, si no, ya habría venido a hablar conmigo. El sueño pudo conmigo y mi cuerpo dejó de reaccionar, haciendo que me quedara completamente dormida. Sin embargo, unos minutos después escuché cómo alguien caminaba al otro lado de la puerta, por lo que me desperté sobresaltada. No me había dado tiempo a nada. En esos escasos minutos no pude descansar, tan solo me habían servido para provocar que un terrible dolor atravesara mis sienes. Alguien tocó la puerta y poco después esta se abrió. La cabecilla de Ash se asomó con el gesto de preocupación.

—Estás aquí... —murmuró.

—Así es. —Sonreí somnolienta.

—¿Dónde has ido? —quiso saber—. Si no es mucho preguntar —añadió.

—No me encontraba bien —mentí—. Necesitaba que me diera un poco el aire, despejarme y ver si así se me quitaba un poco el mareo.

—Vaya... —dijo en voz baja—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, tranquilo. —A pesar de que estaba muerta de sueño y no podía ni con mi alma, intenté sonar convincente.

No pareció creerlo del todo, por lo que hizo una mueca y añadió:

—¿Quieres algo para desayunar? —me preguntó con una sonrisa.

—Sí, por favor.

Necesitaba conseguir fuerzas para afrontar el día, o acabaría durmiéndome en cualquier lado. Me levanté a la vez que él desaparecía por la

puerta, tratando de hacer acopio de las pocas fuerzas que tenía.

Unas cuantas horas más tarde, y habiendo descansado un buen rato mientras el resto se marchaban para hacer sus cosas, decidí que ya había llegado el momento de levantarse, por lo que me puse en pie. Necesitaba que me diera el aire, desconectar la mente de todo lo que me rondaba, por lo que decidí ir a dar un paseo a la montaña.

—Lyss.

—¿Dónde estás? —le pregunté.

—Gírate —me ordenó.

La voz de Sigrún sonó tan nítida como siempre; volvía a estar allí. Aún no había llegado a la altura en la que el bosque engullía el camino que seguía, por lo que continué caminando.

—¿Dónde demonios te habías metido? —le pregunté de nuevo.

La mujer hizo una mueca, pero no dijo nada. Permaneció en silencio, observándome con detenimiento.

—Hay algo distinto en ti —comentó sin apartar la mirada de mí.

—¿Ojeras, tal vez? —murmuré sin muchas ganas.

—No estoy para bromas, Lyss.

—Yo tampoco —admití—. Tengo algo que enseñarte.

Le tendí la nota, aunque poco después me di cuenta de que no podía sostenerla en sus manos, por lo que le enseñé lo que había escrito en ella para que pudiera leerlo.

—Dioses... —susurró. Su gesto se torció y su tez se volvió blanquecina como la nieve. Pasó de la seriedad al completo terror, por lo que mi corazón se aceleró. Sabía que algo no iba bien, si no, no habría reaccionado así—. Lyss, dioses...

Las manos de Sigrún empezaron a temblar, por lo que supuse que algo terrible había pasado.

—¿Qué demonios ocurre, Sigrún? —le pregunté, intentando mantener la calma y pensar con claridad. Tragó saliva y empezó a caminar de un lado a otro, cada vez más nerviosa, cosa que me contagié. La tomé de las manos, sujetándola con fuerza, lo suficiente como para que se quedara quieta durante unos minutos—. ¿Qué pasa? —insistí.

—Aila... Ha sido ella —murmuró—. Anoche, un grupo de elfos vino a la zona norte, la parte en la que Moa y yo convivimos, solo que a mí jamás me dejan salir... Si lo hicieran, acabarían todos muertos.

Alcé una ceja, esperando a que siguiera hablando, pero por alguna razón se quedó callada, con la vista fija en el horizonte.

—¡Sigrún! —alcé la voz.

—Tienes que volver Lyss... Debes hacerlo.

—¿Qué pasó anoche?

Necesitaba que pensara con claridad, aunque fuese durante unos minutos, lo suficiente como para poder sacar algo con lo que tirar adelante.

—Con ellos iban Aila y Grimm —murmuró—. Tal vez también los acompañara Ottar. No lo recuerdo con claridad. —¿Ottar? ¿Qué había hecho? No había ido a nuestro encuentro porque había estado junto a los demás elfos. Maldije entre dientes, cada vez más enfadada. No entendía nada de lo que se me pasaba por la cabeza—. Cuando llegaron, vi cómo la expresión de Moa cambió. Sabía a qué venían. —Su voz se apagó—. Durante horas estuvieron allí. Aila se fue de la lengua y dijo que Moa había hablado alabado a los dioses en tu presencia.

Negué con la cabeza una y otra vez. No podía estar ocurriendo aquello. Moa era dulce, agradable y familiar, protegía a todo aquel que se dejara arropar con el amor que desprendía. ¿Cómo alguien como Aila podría haberla traicionado así? No era capaz de comprenderlo... Tenía el corazón más grande que jamás había visto, y nadie podía quejarse de su bondad.

—Esa maldita y asquerosa elfo... —siseé entre dientes, llena de rabia.

Tenía las manos cerradas en puños y el corazón se me iba a salir del pecho; sentía el odio corriendo por mis venas. Pagaría por lo que había hecho. No saldría impune de aquello, no permitiría que nadie volviera a ponerle una mano encima a Moa.

—Torturaron a Moa hasta que se quedó inconsciente —me explicó con los ojos encharcados en lágrimas.

Dejé ir un profundo grito que me rasgó la garganta. Los rayos empezaron a recorrer mi piel, tan poderosos como el rencor que había en mí.

—¿Dónde la tienen? —le pregunté—. ¿Sigue estando allí?

Sigrún asintió. Estaba en lo cierto: Aila nos había traicionado. Había hablado de algo que acordamos no revelar y había vendido a Moa, quien siempre la había protegido y cuidado como si fuera su propia familia. Incluso lo hacía con Ottar. ¿Cómo podía haberle hecho eso él? ¿Cómo había permitido que algo así ocurriera? Estaba segura de que Skule y su maldito monstruo se habían encargado de torturar a la elfo, igual que lo hicieron

varias veces conmigo.

—Necesito volver allí y ver a Moa.

No podía dejar que aquello fuese a más. Nadie merecía aquel trato, y mucho menos la dulce Moa.

—Si no llegas a tiempo, acabarán con ella.

—¿Te pasa algo? —me preguntó Liv al entrar en la casa

Cogí aire, tratando de encontrar la forma en la que contarle lo que iba a pasar y para deshacerme de la inquietud que había empezado a sentir al cruzar el umbral de la puerta.

—No, solo es que...

No sabía cómo explicarle que debía abandonar aquel lugar, que lo más seguro era que no volviéramos a vernos jamás o que simplemente había estado mintiéndoles durante las semanas que había pasado a su lado.

—¿Qué ocurre? —insistió.

—Tengo que irme.

Solté la bomba como si me hubiera quitado un peso de encima, pero lo cierto era que su expresión hacía que todo se volviera más duro. Una mezcla de pena y asombro la atrapó, creando que una mueca de tristeza se dibujara en su boca.

—¿Cómo? —me preguntó, intentando recomponerse.

—Liv...

Era una mujer dura como ninguna otra, luchadora y valiente, y quería aparentar tener una coraza, esa que en muy poco tiempo había conseguido atravesar. No dejaba que nadie viera su dolor, sin embargo, conmigo parecía ser distinta.

—¿Cómo que te vas? —me exigió con su mirada fija en la mía.

Empezó a negar con la cabeza, una y otra vez, sin poder creérselo. Se acercó a donde me encontraba y tomó mis manos entre las suyas.

—Este día tenía que llegar, Liv... —comencé a decir.

—Pero no ahora, no cuando estamos averiguando quién entró en casa —me interrumpió nerviosa.

—Sé que conseguiréis saber quién lo hizo. No necesitáis mi ayuda —le aseguré.

—¡Claro que la necesitamos! —exclamó. Caminaba de un lado a otro, como si no pudiera quedarse quieta en un punto. Su inquietud cada vez iba a más—. Eres una parte importante de todo esto, Lyss —añadió con desesperación. Su mirada estaba llena de dolor, e incluso pude distinguir en ella un ápice de rabia que la reconcomía por dentro—. No te puedes marchar así como así —sentenció.

Vi cómo el mal se apoderaba de ella, por lo que mi alma y mi corazón me gritaron que la abrazara. Pero de poco sirvió. La energía que tenía por dentro era demasiado grande como para calmarla con un simple abrazo.

—Me habría gustado que te quedaras a ayudarnos a encontrar a ese malnacido —dijo a mientras cogía aire— Espero volver a verte.

—Sí que podéis, Liv.

—¿Qué está pasando? —preguntó Ash de repente.

Apareció tras la puerta del baño, cubierto tan solo con una pequeña toalla que se sujetaba a la altura de su cintura, tapándole sus partes nobles. Miré a Liv, haciéndole un gesto. No quería que el resto se enterara hasta que lo tuviera todo recogido, pero, al parecer, no quiso guardarse para si el «secreto».

—Lyss se marcha.

—¿Estás de coña? —dijo confuso.

—No, no lo está —le respondí con pesar.

Ya solo faltaba que apareciera Nura para poder darle la noticia y que todos se hubieran enterado de lo que pasaría. Por suerte, aquello no ocurrió.

—¿A dónde te vas? —me preguntó—. ¿Volverás?

—Debo volver al sitio del que me recogisteis —le contesté apenada—. No sé si volveré, Ash. Lo único que sé es que debo marcharme ya.

Vi cómo Liv, resignada al fin, cogía aire y volvía a fijar la mirada en mí, apenada por lo que pasaba.

—Puedes llevarte la ropa que te di. Ya es tuya.

—No hace falta...

—He dicho que te la lleves —me ordenó.

Liv era de las personas que necesitaban tener el mando, el control de todo lo que acontecía a su alrededor, y cuando eso dejaba de ser así, empezaba a sentirse mal. Por ello había vuelto a ponerse seria, intentando manejar la situación.

—Gracias.

Sin decir nada más, me metí en la habitación y empecé a guardar en la bolsa que me había dado Moa todas las cosas que serían mías para siempre. Miré las cuatro paredes que me envolvían, cómo aquel lugar se había convertido durante unas semanas en mi hogar, todo gracias a las maravillosas personas que vivían dentro. La nostalgia empezó a apoderarse de mí de tal manera que incluso mis ojos se llenaron de lágrimas. Echaría de menos aquel

lugar, pero no podía permitir que siguieran haciéndole daño a Moa, quien había cuidado de mí como si fuera una madre.

Media hora más tarde y con todas las cosas recogidas, fui al salón, donde me esperaban Nura, Ash y Liv. Bajo sus atentas miradas, dejé la bolsa sobre la mesilla que había frente al sofá. Por la mirada de la mujer, pude ver que ya le habían explicado lo que pasaba, por lo que no tuve que decirle nada.

—Lo siento —le dije a Liv al oído cuando me abrazó para despedirnos.

No contestó; simplemente, sentí cómo su corazón me decía adiós, lleno de tristeza, esa que ella no era capaz de mostrar sin sentirse vulnerable.

—He hablado con Jacobson para que te acerque a la salida del *ferry* —me anunció—. Él va hacia Sæbøvegen, donde te dejará para que puedas coger el *ferry* y desde allí un autobús.

—En Nesvik podrás coger el autobús que te lleve a Hardangervidda —me explicó—. Es allí donde vas, ¿no?

—Así es. —Asentí.

No podía decirle exactamente a dónde me dirigía, pero sabía de dónde había venido, ya que me encontró no mucho más allá del parque.

Antes de que Liv dijera algo más, Nura se puso en pie, cogió mis manos cobijándolas entre las suyas, y me dijo:

—Lamento mucho que tengas que marcharte. —Me miró directamente a los ojos—. Ojalá lo que te reclama en esas tierras no sea tan horrible como crees.

—Ojalá sea así, Nura.

Me miró con pesar, aunque podía sentir su calidez y su afecto llegando a mí. Las amargas lágrimas empezaban a inundar mis ojos, por lo que los cerré y me lancé a sus brazos, esperando ser recibida.

—Sé que volverás —me dijo Nura con su ternura, abrazándome.

—Eso espero.

—El futuro tiene muchos caminos, y estoy segura de que el tuyo pasará por aquí. —La mujer sonrió, haciéndome aún más dura la marcha.

Tragué la pena que me sobrecogía el pecho y que me pedía que no fuese a ninguna parte, pero eso no podía ser así. No permitiría que nadie volviera a hacerle daño a Moa. No le tocarían ni un solo pelo más, ni Ottar ni Skule ni siquiera Grimm.

Durante algo más de media hora estuve en el coche de Jacobson; ni siquiera mediamos palabra. El hombre me había hecho entrar en la parte

trasera del vehículo como si fuera una criminal, cosa que me había sentado como una patada en el estómago. Permanecimos en silencio hasta que llegó el momento de despedirnos. Entonces, solo se dignó a decir:

—Que te vaya bien el viaje.

—Gracias.

Me di la vuelta, divisando en la lejanía el *ferry* que me dejaría frente a la estación de autobuses, donde me esperaban más de tres horas de viaje. Cogí aire, armándome de paciencia, pensando en todo lo que había sucedido durante el mes que, aproximadamente, había estado fuera. Había conseguido recordar parte de mi historia: los encuentros con Ottar, el amor que mis padres me habían profesado, parte de mi vida en el poblado... Pero todavía había cosas que desconocía. ¿Qué ocurrió con el elfo cuando me llevaron? ¿Acaso estaba con él y eso hizo que los dioses actuaran? Él no era el mismo que el elfo con el que me había reencontrado. Estaba segura de que había una bondad dormida en su interior con la que una vez consiguió enamorarme.

48

Durante más de cuarenta minutos esperé a que el maldito autobús llegara mientras la lluvia no dejaba de empaparme y calarme hasta los huesos. Empecé a tiritar, resguardándome como podía bajo un diminuto porche que ni siquiera era capaz de cubrirme por completo. Por suerte, la bolsa permanecía seca, escondida bajo el enorme abrigo que me había dado Moa antes de salir.

Cogí aire, hasta que vi que un hombre se acercaba desde la lejanía con una linterna que apenas alumbraba. Estaba tan cansada y helada que ni siquiera era capaz de alegrarme por contar con la presencia de otra persona.

—Disculpe —le dije al hombre cuando ya estaba más cerca.

Me miró de pies a cabeza y segundos después hizo una mueca, fijando su mirada en mí.

—¿Qué quiere, señorita?

—¿Sabe usted cuándo llegará el autobús hacia Hardangervidda? —le pregunté ansiosa.

Asintió a la vez que miraba hacia atrás, aunque apenas se podía ver más allá del poste en el que se anunciaba la parada del autobús. La lluvia lo cubría todo con su manto, como si fuera una cortina que casi no nos dejaba ver nada.

—Sí, claro —me contestó con una leve sonrisa. Suspiré, quitándome un peso de encima. Necesitaba que algo me saliera bien, deshacerme como pudiera de la ropa empapada y cambiarme para ponerme algo seco con lo que no pasar frío—. Soy el conductor —anunció.

¡Por fin una buena noticia! Si todo salía bien, en unas horas estaría de nuevo junto a Moa para cuidar de ella y sanar las heridas que esos bárbaros le hubieran provocado. Hablaría con Ottar, y no dejaría que volviera a encandilarme con sus palabras. Lo que había hecho no estaba nada bien.

—¡Menos mal! —exclamé.

Acto seguido me tapé la boca, recordando que aquel hombre no era más que un simple humano que ni siquiera conocería la existencia de estos.

—Está algo más allá —anunció—. Tendrás que mojarte un poco.

—Bueno, un poco más ya no me importa. —Sonreí sin fuerzas.

Caminamos durante cinco minutos. Lo cierto era que el automóvil estaba bastante más lejos de lo que creía. El camino hasta este se me había hecho eterno. El frío cada vez estaba más dentro de mí y necesitaba cambiarme

cuanto antes. Cuando entré, vi que estaba casi vacío, por lo que me dirigí al final, donde podría tener algo más de tranquilidad para poder quitarme la ropa y descansar hasta que llegáramos.

Al ver que ya nadie más se acercaba, el hombre cerró las puertas y encendió el motor del autobús, dejando que la calefacción nos hiciera entrar en calor. Abrí la bolsa que llevaba, saqué un jersey de lana gordo y unas mallas que me dio Liv cuando llegué y me deshice de la ropa empapada que aún llevaba.

—Lyss, escúchame —oí cómo Astrid me llamaba.

Me había quedado dormida en el autobús, por eso Astrid era capaz de comunicarse conmigo, trayéndome a la misma sala de paredes blancas e infinita en la que me citó la primera vez. Me giré buscándola, pero no la veía por ninguna parte. ¿Dónde demonios se había escondido?

—Lyss, atiende —volvió a hablar.

Me di la vuelta de nuevo, hasta que su mirada se topó con la mía. Desde la lejanía la observé, vi cómo se acercaba poco a poco hasta que llegó a donde me encontraba. Una enorme sonrisa se esbozó en sus labios.

—Debes ir con cuidado. Hay algo que no me gusta —me dijo preocupada—. Sé a dónde vas y lo que quieres hacer, pero no entiendo cómo puedes ver bondad en un elfo como Ottar. Ya has visto lo que hace.

—Pero sé que puede hacer otras cosas y que no solo son malas —le rebatí.

—Bueno... Solo te pido que tengas cuidado, mi pequeña.

Se abrazó a mí, uniendo nuestras almas. Ella era lo único que tenía de la antigua Lyss, lo único que me unía a mis padres.

—Lo tendré, abuela. No hay nada de lo que tengas que preocuparte.

—Hay algo que debo contarte y que he averiguado.

Observé a Astrid, con su cabello dorado, alta como Freyja y con una belleza digna de la mismísima diosa.

—¿El qué? —le pregunté curiosa.

—Hay alguien entre los valkyr que guarda un profundo secreto, algo relacionado con Helgi y Sigrún.

—¿Algo como qué? —me interesé.

De repente, tras nuestras espaldas, aparecieron dos grandes butacones en los que poder sentarnos. No sabía cómo Astrid era capaz de crear aquel lugar ni cómo podía modificar a su antojo lo que había o dejaba de haber.

—Una traición provocada por el odio acérrimo, por el afán de mando y liderazgo —me explicó—. Hay algo que no me cuadra, cosas que aún no me convencen.

—Pero... ¿quién podría haber traicionado a Helgi y Sigrún? —le pregunté—. Todos amaban a sus líderes, por eso se dividieron. Cada uno de los bandos confiaba en uno de ellos. ¿Por qué ayudar a los elfos?

—Eso es lo que debemos descubrir, Lyss —murmuró—. Debemos averiguar quién sería tan ruin como para atacarlos cuando menos lo esperaran.

Asentí un par de veces, intentando pensar en quién demonios haría algo así. Presumían de ser una familia unida y prácticamente perfecta. Debían ser un clan fuerte para cuidar de los humanos, pero algo falló.

—Alguien intentó interponerse entre ellos, pero... ¿quién?

—Eso es lo que habrá que saber —me respondió.

Aquello no hacía más que mezclarse con lo que había pasado con Moa, y necesitaba a alguien con quien poder hablarlo, así que no dudé en explicárselo.

—Han atacado a Moa —le dije con pesar.

—¿Quién es Moa? —me preguntó curiosa.

—Es la única elfo de la luz que retienen los elfos oscuros —le resumí—. Cuando me secuestraron tiempo atrás, ella cuidó de mí desde el principio, como si fuera una madre. Al volver, no dudó en ofrecermme su ayuda y su amor. Muchas veces me recuerda a ti, con su pureza y bondad.

—¿Y qué le han hecho?

—Aún no lo sé, por eso vuelvo —le expliqué—. Una elfo oscuro que también me ayudó durante mi estancia les explicó a Ottar y al líder Grimm que Moa había hablado sobre los dioses, por lo que decidieron que aquello no podía volver a pasar —le dije con tristeza—. Moa debía arrepentirse de todo, y la torturaron. —Astrid hizo una mueca llena de amargura. Si hubiera estado en mi lugar, habría actuado de la misma forma—. Es lo único que sé.

—Pues ve, mi pequeña, ve y sálvala de esos salvajes.

Se acercó a mí, con los brazos extendidos para que tomara sus manos entre las mías. Parecía tan real..., tanto que era capaz de sentir el calor de su piel y la suavidad de estas. Era como si estuviera conmigo de verdad, como si todo aquello no fuese un sueño.

—Espero verte pronto —me dijo nostálgica.

—¿Por qué dices eso?

Me sentía confusa, perdida, casi tanto como al principio. Había tantas preguntas de las que todavía no tenía respuestas que parecía todo incluso más lioso.

—Porque estás a punto de despertar, mi niña —sonrió con tristeza—, y no sé si cuando estés con esos malditos elfos podré hablar contigo.

—Inténtalo —le rogué.

—Lo haré, mi pequeña y dulce vikinga.

Estiró el brazo, lo suficiente como para alcanzar a tocar mi rostro con la delicadeza de una pluma.

—Te quiero, abuela.

Abrí los ojos. Estaban llenos de lágrimas. Cada vez que Astrid se alejaba de mí, un pedacito de mi corazón se quedaba con ella.

49

Al bajar del autobús sentí que la sensación de desprotección crecía. Su mirada estaba fija en mí y aguardaba mi llegada junto a la estación. Tragué saliva, apretando las manos en puños y sujetando con fuerza mi *geirr*, la cual llevaba escondida en la manga del abrigo. Fijé la vista en la de ella. Aila aguardaba junto a la linde a que llegara a donde se encontraba. Cogí aire, tratando de reprimir las ganas de matarla con mis propias manos antes incluso de llegar a la casa.

—¿Qué haces aquí? —musité a la defensiva.

Sabía que no tramaba nada bueno. Ya había quedado más que claro que en ella no había más que rencor y maldad, algo que jamás pensé que vería en su interior.

—He venido a buscarte.

—¿Y eso por qué? —le pregunté.

Fijó su mirada en la mía. Parecía la misma chiquilla que me había estado ayudando durante mi estancia en el caserío, pero no me entraba en la cabeza que fuese ella quien hubiera delatado a Moa. Por otra parte, en aquella ocasión no había nadie más salvo nosotras tres, y solo ella podría haberlo contado.

—Bueno, así me lo han ordenado y eso he hecho.

Asentí sin apartar la mirada de ella. No quería despistarme y que pudiera hacer algo de lo que luego se lamentara. No sería como Moa, no me quedaría callada ni con ella ni con ninguno de los de su estirpe. Bajo ningún concepto dejaría que me pusiera la mano encima ni tampoco a Moa, quien estaría bajo mi protección pasara lo que pasara.

—Entiendo... —murmuré.

—¿Sí? —me preguntó alegre.

Tragué saliva. El odio me corroía por dentro. En mi imaginación la había ahogado y apuñalado repetidas veces, pero la realidad era que lo único que podía hacer era fulminarla con la mirada y aguantar el ansia hasta que llegara al caserío.

—Claro —le respondí sin ganas—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? —le pregunté.

—En coche. Grimm me ha dejado coger el *jeep*.

Me re Coloqué la mochila, y fue entonces cuando a mi mente vino Adam.

No me había despedido de él antes de marcharme, aunque lo cierto era que tampoco habría sabido qué decirle. Había conseguido cautivarme en tan poco tiempo y hasta tal límite que ya estaba incluso ocupando parte del lugar que mi corazón me gritaba que era para Ottar.

—¿Te pasa algo, Lyss? —se interesó—. Te noto extraña.

—Simplemente estoy cansada, Aila.

Dije su nombre, llena de odio, cansada de que todo aquel que conocía me traicionara como lo habían hecho los demás. Por suerte, durante el tiempo que permanecí con Liv alejada del resto, fui capaz de desconectar, alejarme del camino que debía seguir para descansar y volver más fuerte, aunque lo hiciera por un bien mayor.

—Es normal. Debes haber hecho un viaje largo.

—Así es —le contesté escueta.

La muchacha hizo una mueca, notando mi enfado y las pocas ganas de hablar que tenía. En aquel momento, la rabia me invadía.

—Bien, será mejor que lleguemos pronto a la casa.

Miré el reloj que había junto a la parada del autobús; ya había caído la noche. La noche había caído sobre nosotros como un manto y las nubes cubrían las estrellas que, tímidas, se negaban a mostrarse y brillar para acompañarnos desde el firmamento.

Un poderoso trueno retumbó en todo el Midgard, acompañado de un grandioso rayo que me hizo pensar que a Thor no le gustaba nada la idea de que pudiera volver junto a los elfos oscuros. Aunque eso ya no servía de nada. Mi voluntad estaba frente a todo, y en aquel momento tan solo quería saber cómo se encontraba Moa.

—¿Vamos? —le pregunté a sabiendas de que al dios no le haría ninguna gracia.

—Sí.

Aila había dejado el coche varios metros más allá de donde se encontraba la zona en la que los pasajeros esperaban al autobús o se bajaban de él. Apenas era capaz de distinguirlo en el arcén de la carretera, junto a la linde del bosque.

—Es ese —señaló con una sonrisa.

Hice una mueca, sin ganas de seguir hablando con ella. Solo quería llegar al caserío y saber cómo se encontraba Moa después de lo que le habían hecho.

Al llegar, bajé del coche como un huracán, entrando en el enorme caserío hecha una furia. Necesitaba hablar con Ottar y pedirle explicaciones acerca de lo que hizo con Moa, ya que permitió que la torturaran sin pensarlo.

—Oh, Lyss —escuché que me llamaba Skule cuando me vio traspasar la puerta—. ¿Has vuelto? —añadió, con decepción—. ¿Qué demonios haces aquí?

—Sí, he vuelto, ¿es que no me ves? —pregunté— Creo que eso no es algo en lo que debas inmiscuirte

Su gesto se torció y acabó dejando ir un chasquido. Atravesé el gran recibidor en el que apenas había gente y puse los ojos en blanco. Aquella elfo me sacaba de mis casillas casi más que Aila.

—¿Dónde está Ottar? —le pregunté desde lo alto de la escalera, enfadada.

—¿A mí me lo preguntas? —me replicó.

Alcé una ceja, mirándola de arriba abajo, esperando que lo supiera. Para algo tenía a ese monstruo y esa maldita obsesión por el elfo. Sentía odio, tanto que no sabía si podría controlarlo, pero todo me superaba: la rabia por lo que le habían hecho a Moa, que Aila nos hubiera traicionado y, para colmo, el hecho de que Skule no hiciera más que babear por Ottar.

—¡Y yo qué sé! —exclamó.

—Deberías saberlo, sobre todo porque vas como perra en celo tras él... —murmuré entre dientes, llena de desdén.

Dejó ir un gruñido y se adentró en el largo pasadizo que la llevaba al búnker en el que me habían tenido encerrada durante semanas. Cogí aire, y fue entonces cuando todo cuadró: estaba yendo a por Moa. Estaba segura de que le haría a ella lo que no podía hacerme a mí, pero no iba a permitirlo. De un salto bajé las escaleras, y sentí que todo mi cuerpo se movía a base del enfado que recorría mis venas, envenenándome.

—¡Eh, Skule! —grité antes de que pudiera abrir la puerta.

Iba decidida a hacerlo. Estaba a punto de abrirla y, si lo hacía, ya no habría vuelta atrás. En el momento en el que tocara un solo pelo de la cabeza de Moa, la mataría sin pensármelo dos veces.

—¡Skule! —chillé. Alcé la voz aún más—: ¡Maldita perra sarnosa, te estoy llamando!

Corrí con todas mis fuerzas, intentando llegar a donde se encontraba, hasta que, encolerizada, se giró para mirarme.

—Estúpida valquiria, ¿es que crees que lo puedes tener todo? —Me detuve

a unos metros de ella, aguantándole la mirada, sin dejar de perder de vista la puerta de la entrada al búnker—. ¿Aún piensas que puedes llegar a formar una familia feliz con Ottar? —me espetó con rabia—. Él no ama nada, solo la venganza, el terror y el olor a sangre pura. ¡Jamás amaría a un ser tan simple como tú! —Rio—. Una humana convertida en valquiria, ¡qué despropósito! —añadió—. Y, aun así, te crees suficiente como para ocupar un lugar que nunca será tuyo. —Negó con la cabeza—. Ni siquiera Ottar.

Me daba igual no tener a Ottar, no tener a nadie. Tan solo quería salvarla a ella, saber que podía volver a sanar las heridas que su piel y su alma arrastraban. Así que cogí aire, armándome de valor.

—No sé qué lección me quieres dar cuando al enfadarte has ido a por la indefensa Moa —gruñí, acercándome cada vez más a ella—. Sé lo que habéis hecho, Skule —siseé cerca de su oído—. Lo que has hecho durante mi ausencia, y jamás te lo perdonaré. —La joven elfo me miraba atónita, sin saber cómo reaccionar ni qué hacer para salir de allí antes de que fuera a más. Dio un paso hacia atrás, pero no dejé que se alejara. Tomé una de sus muñecas y la apreté con fuerza—. No habrá noche en la que puedas dormir tranquila, ni siquiera durante el día podrás vivir en paz. Cuando menos te lo esperes, ahí estaré yo, con mi *geirr* —dije, alzándola y desplegándola para que brillara en todo su esplendor—, preparada para acabar con tu insignificante existencia, haciéndote pagar por todo el mal que has provocado en este reino —escupí llena de odio—. En mi reino.

Le solté la muñeca y, acto seguido, le robé las llaves que colgaban de su cinturón, las cuales abrían la puerta del refugio. Cuando Skule se marchó, abrí cogiendo aire, hasta que toda mi fuerza se vino abajo.

—Moa... —susurré con los ojos llenos de lágrimas.

50

El alma se me cayó a los pies, haciéndose trizas. La mujer permanecía hecha un ovillo con las ropas ensangrentadas, tiritando y sin apenas poder moverse. Ni siquiera fue capaz de reaccionar a mi voz. Corrí hacia ella, arrodillándome junto a su debilitado cuerpo. No dejaba de temblar a causa de las heridas que le habían provocado esos malditos hijos de Loki. Habían roto a una de las mujeres más bondadosas y honorables que había conocido en toda mi existencia.

—Moa... —la llamé.

Me quité la chaqueta y también el jersey. Necesitaba hacer que entrara en calor, curarle los cientos de heridas abiertas que brillaban sobre su piel. Miré hacia todas partes, pero no había nada, tan solo el colchón en el que había yacido yo y que ahora la mantenía algo más segura.

—Moa, por favor...

La mujer, casi inconsciente, emitió un pequeño quejido que me desgarró por dentro. Estaba intentando hablar, pero ni siquiera tenía fuerzas para ello. Habían sido unos auténticos sádicos.

—No, Moa... —dije en voz baja—. No lo intentes —le pedí. Pasé mis manos por su cabello, intentando apartarla de su hermosa cara, con cuidado de no hierla más—. Estoy aquí para sanarte. He vuelto por ti.

Debía encontrar algo con lo que poder curarla. Estaba segura de que en sus aposentos podría hallar todo lo necesario. Pero ¿dónde estaba? Antes de salir del búnker la tapé bien, quedándome tan solo con una fina camiseta de tirantes. Acaricié su delicado y magullado rostro con suavidad. Parecía incluso más mayor que cuando me marché.

—Volveré —le prometí.

Cerré con llave y miré a mi alrededor, pero no había ni rastro de Skule ni de su maldito *draugr*. Por suerte, el resto de elfos tampoco se encontraban en la casa, tan solo algunas sirvientas que, como Aila, debían permanecer en el caserío para procurar ocuparse de las necesidades del resto.

—Eh, tú —dije al ver cómo una elfo atravesaba el salón recibidor al que daba el largo pasillo.

La mujer se dio la vuelta, visiblemente nerviosa e incluso temerosa. Durante unos segundos me miró directamente a los ojos, pero poco después desvió la vista, atemorizada.

—¿Qué necesita, señora?

—Quiero un cuenco con agua caliente, paños y una toalla —le dije—. Lo quiero ya, antes de que baje.

La mujer asintió con rapidez y casi aterrorizada se marchó para preparar lo que le había pedido. Subí las escaleras de dos en dos, más nerviosa de lo que nunca antes había estado. Cogí aire, intentando recordar dónde se encontraban los aposentos de Moa. Cerré los ojos, esperando que las imágenes de ella saliendo de allí vinieran a mi mente. «La tercera puerta del pasillo a la izquierda, al final de este».

Antes de ir a por las medicinas, corrí a los míos para coger algunas mantas y las dejé junto a las escaleras para no cargar con ellas. Giré la maneta de la puerta, pero nada ocurrió. No podía entrar.

—Maldición —farfullé.

Le di un ligero golpe hasta que me di cuenta de que había algo con lo que no contaban ni Moa ni ninguno de los elfos. Cerré los ojos, dejando que las pequeñas hebras de luz empezaran a recorrer mi cuerpo, adentrándose por el hueco de la cerradura, consiguiendo que el pestillo que cerraba la puerta se abriera. Sonreí satisfecha y, sin pensarlo, me adentré en ella.

—Vamos, vamos —me animé.

No había tiempo que perder. Necesitaba curarla antes de que todo fuese a más y no hubiera vuelta atrás. Me adentré en la oscura habitación, chasqueando los dedos, haciendo que las pequeñas velas que estaban apagadas se prendieran al instante. Con la tenue luz y llena de nervios, empecé a abrir los cajones del mueble principal, aunque no había nada con lo que pudiera curarla.

Solo había algo de ropa y mantas, pero ni siquiera conservaba objetos de valor ni recuerdos personales. Supuse que los elfos no habían permitido que tuviera nada de su pasado en aquella nueva —aunque ya antigua— vida que vivía junto a ellos.

Miré en las dos mesillas de noche, sin resultados, tan solo unos retazos de tela. Maldije para mis adentros. Sabía que Moa tenía lo que necesitaba, con lo que me había curado ella. Entonces caí en la cuenta. Tal vez estuviera en el interior del armario, por lo que corrí a abrirlo. En la parte baja de este me encontré con una caja de color gris. La saqué, dejándola sobre la cama, y no dudé en abrirla. Había decenas de tarros pequeños y repletos de mejunjes, por lo que decidí llevármelos todos. No tenía tiempo que perder como para andar

dando tumbos.

—Bien, lo tengo. —Sonreí.

Cogí aire. Ya solo me quedaba curarla y limpiar sus heridas para que se cicatrizaran cuanto antes. Al darme la vuelta, todo se me paró. Mi corazón se detuvo, haciendo que incluso mi sangre se helara bajo sus ojos. Su mirada era salvaje, como la de un auténtico animal, y aquello provocaba en mí instintos carnales que luchaba por frenar.

—¿Qué demonios haces aquí, Lyss? —me preguntó. Durante unos segundos no pude ni siquiera hablar. Me encontraba en un microestado de *shock*—. Responde —me ordenó.

Cogí aire, armándome de un vigor que parecía no tener frente a él. Le había deseado la muerte en tantas ocasiones que se me antojaban demasiadas como para contarlas, y en aquel momento ni siquiera era capaz de contestarle.

—Ottar...

La rabia y el enfado volvieron, tomando el control de todo mi ser, anteponiéndose al nerviosismo que ya se había disipado. Dejé la caja sobre la cajonera en la que había rebuscado minutos atrás. Apreté con fuerza las manos, igual que hice con la mandíbula. Aquel maldito elfo iba a saber lo que era la furia vikinga.

El rencor que se había creado en mí hacia él era cada vez más grande, tanto que no sabía cómo iba a ser capaz de seguir viviendo con algo así en mi interior. Llevé una de mis manos a mi espalda, hasta que sentí cómo las yemas de mis dedos rozaban el mango de mi *geirr*, y entonces sonreí. La sujeté con fuerza, sin apartar la mirada de él, desafiante. No me lo pensé mucho: hice una mueca y me abalancé sobre su cuerpo.

De un fuerte golpe en el pecho lo lancé al lecho ocasionando que cayera sobre él y no dudé en colocar el filo de mi daga sobre su cuello. Por primera vez en mucho tiempo deseé rasgar su piel, hacer que se ahogara con su propia sangre y que muriera por lo que le había hecho a Moa.

—¿Qué demonios haces Lyss? —me preguntó incrédulo.

Negué con la cabeza. Él había dejado, o incluso ordenado, que torturaran a Moa por algo tan simple como mentar a sus dioses. Pero se arrepentiría de todo ello. La elfo había dado su alma por él, por cuidarlo, y así se lo estaba agradeciendo.

Agarré sus muñecas con fuerza, dejando la *geirr* sobre su pecho, el cual no dejaba de subir y bajar como loco. Con un rápido movimiento, me quité el

cinturón y lo enrollé en sus muñecas, sujetándolo a parte del cabecero de la cama, del que se erguía una pequeña torre de madera a ambos lados de esta.

—¿Es que te has vuelto loca?

—¿Y tú? —lo encaré—. ¿Es que has olvidado todo lo que ha hecho por ti?

Me miró confuso, por lo que negué con la cabeza. Jamás pensé que pudiera llegar a herirla así. Con el filo de la hoja rasgué la camiseta blanca que lo vestía, dejando al aire su fuerte pecho. Fijé la mirada en la cicatriz que llevaba en la parte derecha de este, llegando a la clavícula. Era la misma que tenía yo. Cogí aire, buscando la fuerza que se me escapaba entre las manos, y bajo su oscura mirada alcé de nuevo la daga.

—Sabía que no tenías corazón. No para mí —contesté, llena de odio—. Pero para ella...

Pase mis dedos por la cicatriz, la cual aún permanecía rosada a pesar del tiempo, a pesar de todo. Aquello me hacía regresar al pasado, a los instantes que compartimos, al amor que nos profesamos y al dolor que sentimos cuando nos separamos. Apoyé la punta de la *geirr* en su pecho, en el lado contrario al de la cicatriz. Lentamente y sin separar la mirada de la suya, fui dejando que la hoja se hundiera, haciendo que Ottar dejara ir un profundo gruñido.

—¿De qué estás hablando? —me preguntó sobresaltado.

—¡De Moa! —alcé la voz.

51

—¿Moa? —preguntó—. ¿De qué hablas? —Se estaba poniendo cada vez más nervioso, lo que hacía que se moviera hacia todos lados—. ¿Dónde está ella?

No hacía nada más que zarandearse sin parar, intentando desatarse del poste en el que estaba sujeto, pero no lo conseguiría. Estreché mis piernas alrededor de su torso, haciendo que no pudiera apenas moverse. Lo observé. Era como intentar domar al más salvaje de los animales. Lo sujeté, intentando que la daga se saliera de su interior para no hacerle un daño que no pretendía.

—¡Lyss! —dijo mediante un gruñido que se me antojó gutural, como el de una auténtica bestia.

Sentí cómo mi vello se erizaba mientras veía que poco a poco iba sacando mi *geirr* de su interior. Fijó sus oscuros y penetrantes ojos en los míos. Respiraba como si fuera un animal, como si hubiera estado corriendo en medio del bosque. Había rabia en él; pero no odio, sino dolor.

—¡Suéltame! —me ordenó.

—De eso nada —me apresuré a contestar—. Tienes lo que te mereces, asqueroso elfo.

—No sé de qué demonios estás hablando —se excusó.

No me lo creía. Él siempre estaba al tanto de todo lo que pasaba en aquella casa y con todos los que la habitaban. Tenía a Skule, quien vigilaba todo para él, y si ella no podía hacerlo, estaba el maldito *draugr*.

—¡Te he dicho que me sueltes! —dijo entre dientes a la vez que alzaba su rostro, intentando llegar al mío.

—¿Cómo has podido hacer eso? —le pregunté.

Posé mis manos a ambos lados de su rostro, aguantándolo para que me mirara a los ojos, pero en ellos no podía ver nada más que el esfuerzo que estaba haciendo y un ápice de preocupación que no sabía si estaba relacionado con sí mismo o tal vez con lo que le pudiera estar ocurriendo a Moa.

Forcejeó con el cinturón que aún lo mantenía cautivo. Su hermoso rostro era la viva imagen de la furia con la que se sacudía, pero nada era suficiente como para que lo liberara de aquel agarre.

—Lyss, por favor —me rogó.

Acerqué mi rostro al suyo, sujetándolo aún entre mis manos, con cuidado

de que no me hiciera daño. No sabía si creerlo o no, si realmente me estaba diciendo la verdad o solo quería librarse de mí para hacerme lo mismo que a Moa. Pero lo cierto era que jamás lo había visto rogar por nada ni nadie.

—Te lo suplico... —susurró en voz baja.

—¿Qué has dicho? —le pregunté, aun habiéndolo escuchado. Quería volver a oír esas palabras en su boca.

Su orgullo era demasiado grande como para dejarlo a un lado y admitir que no podía deshacerse de las ataduras que lo mantenían cautivo. Sonreí de medio lado al ver que se revolvía, hasta que sus labios se unieron a los míos, compartiendo un delicioso beso que me bajó las defensas hasta tal punto que Ottar, con un rápido movimiento, se soltó del cinturón y consiguió girarme, haciendo que mi espalda quedara pegada al colchón.

—Aquí mando yo —gruñó en mi oído. Lo miré anonadada. Aquel maldito hombre era capaz de hacer caer mis defensas para adueñarse de todo aquello que le diera la gana—. ¿Pesabas que ibas a poder atarme durante mucho tiempo, mi vikinga? —Sonrió contra mi boca, haciéndome perder la poca fuerza que tenía.

—¡Ottar! —dije a la vez que le golpeaba el pecho.

Intenté apartarlo de encima, ya que no hacía más que apresarme, acercándose cada vez más a mí. Su boca volvía a estar tan cerca de la mía que todo mi ser me gritaba que la besara, que dejara que aquel salvaje elfo me poseyera como había hecho Adam.

—Hueles a algo —me susurró en el mismo sitio que antes.

Tragué saliva. No quería que supiera que Adam y yo habíamos estado retozando durante horas en aquella casa perdida en medio de la montaña junto a los más hermosos fiordos.

—Quítate de encima. —Volví a golpearlo.

Lo cierto era que no quería que se alejara de mí, pues necesitaba sentirle cerca, pero no podía ser. Debía contarle lo que había ocurrido con Moa, si es que era cierto que no sabía nada de lo que había pasado.

Negó con la cabeza a la vez que acercaba su boca a mi cuello, besándolo sin parar y lleno de lujuria, mordiéndolo como un animal enloquecido por la pasión.

—Quiero que follemos como animales, mi vikinga —dijo ronco—. Quiero hacerte recordar cada uno de nuestros encuentros, cómo te deshacías con cada caricia, con cada estocada —susurró.

Cerré los ojos, intentando coger fuerzas para no ceder, así como así. Quería hacerlo, necesitaba sentirle, calmar esta tensión que me enloquecía. Las manos me ardían cuando su piel las tocaba, los labios me hormigueaban y mi corazón se trastocaba con cada una de sus miradas.

—Ottar, Ottar —intenté hacerlo entrar en razón.

—¿Qué, vikinga?

—Moa.

Entonces, todo desapareció. El chip de la cabecita de Ottar cambió para volver a ser el elfo de siempre, lo suficientemente cuerdo como para recapacitar las cosas.

—¿Qué le ha sucedido? —me preguntó con preocupación.

—¿De verdad no lo sabes?

Negó con la cabeza varias veces. Pude ver la intranquilidad en su mirada.

—Durante una charla conmigo y Aila, Moa mentó a los dioses. No dijo nada, solo les agradeció algo —le expliqué—. Esa maldita esclava —dije entre dientes— se lo contó a Grimm, ya que tú no has tenido nada que ver, según dices, y decidió que no podía quedar impune ante su falta.

—¿Qué ha hecho con ella? —me preguntó nervioso.

—Será mejor que tus propios ojos lo vean —le contesté con pesar—. Lo que pueda llegar a explicarte, jamás hará justicia a lo que esos bárbaros han hecho.

—De acuerdo, vayamos.

Se apartó de mi cuerpo, sujetándose el pecho y colocando una de sus manos sobre la herida. A pesar de no ser él el culpable del daño de Moa, se lo tenía merecido por haberse comportado como un auténtico estúpido.

Antes de salir de los aposentos, abrió uno de los armarios de Moa y de él sacó una camiseta de manga corta que se colocó para deshacerse de la que le había rasgado, la cual estaba llena de sangre.

—Vamos —le dije a la vez que cogía la caja con lo necesario para curarla. Asintió, dejando la camiseta hecha trizas sobre el suelo, y me acompañó, vigilando que nadie nos viera—. Coge las mantas que hay junto a la escalera —le pedí.

—Las cojo.

Lo miré de reojo. Este no era el Ottar que había conocido. Era como el que mi mente recordaba: bondadoso y bueno, no un bárbaro con sed de sangre. Lo cierto era que ya solo importaba Moa, no lo que pudiera pasarnos

a ambos.

—Es por aquí.

—¿Dónde la tienen? —me preguntó inquieto.

Permanecí en silencio, recordando aquel maldito búnker en el que me había encerrado durante semanas, torturándome en un falso intento de que recordara lo que una vez sucedió entre nosotros.

—En el mismo lugar en el que me mantuviste cautiva durante tanto tiempo.

No dijo nada. Permaneció en silencio, igual que hice yo al ver cómo había ignorado mi reproche en forma de respuesta. Su decisión egoísta se había convertido en el peor recuerdo que jamás conservaría, ya que ni siquiera podía acordarme del momento en el que me alejaron de él.

Al llegar abrí la puerta, esperando que Moa aún estuviera con fuerzas para recordar algo que explicarle a Ottar antes de que cayera inconsciente por completo.

—Moa.

La luz del búnker, que era escasa, se encendió, pero la mujer no fue capaz siquiera de girarse para poder mirarnos. Seguía hecha un ovillo, envuelta en el abrigo y el jersey que le había colocado.

—¿Moa? —preguntó Ottar, quien cerró la puerta a su espalda. Me arrodillé junto a la mujer, dejando la caja a mi lado, y poco a poco fui descubriendo las heridas que esos malnacidos le habían provocado—. ¡Malditos...! —gruñó Ottar, dejando caer las mantas al suelo y golpeando con fuerza una y otra vez la pared que más cerca le quedaba—. ¡Los voy a matar!

Dejó que las mantas se cayeran al suelo, por lo que di un bote, sorprendida. Me puse en pie tan rápido como pude, interponiéndome entre su cuerpo y la salida. No podía dejar que se marchara o todo aquello se iría al traste. Ottar no dejaba de resoplar como un toro enfadado que arrasaría lo que se pusiera por delante sin importar quien cayera en el intento.

—Ottar —le dije, sujetándolo por los hombros.

Vi en su mirada la rabia descontrolada que corría por sus venas, cómo el dolor por ver así a Moa lo estaba volviendo loco. Intentó apartarme, pero no dejé que lo hiciera. Los rayos empezaron a correr por mi piel a modo de disuasión. Si volvía a tocarme sin que yo lo dejara, se llevaría una buena descarga. No iba a dejar que saliera de allí, o acabaríamos lamentándolo ambos, no solo él. Su respiración se había vuelto agitada, igual que latía su corazón, que frenético intentaba disuadir la cólera que había tomado el control en él.

—Mírame —le pedí.

Pasé mis manos por su rostro, tratando de calmarlo, pero de poco sirvió. La bestia que había en su interior luchaba por salir, por acabar con los que habían herido a Moa, igual que lo deseaba yo.

—Mírame —le ordené.

Con las manos aún a ambos lados de su cara lo obligué a mirarme, hasta que sus ojos, llenos de desesperación, se encontraron con los míos. Dejó ir un profundo gruñido, tan voraz como salvaje, que resonó en el interior del cubículo haciéndolo aún más potente.

—Ottar, debemos curarla —le dije con tranquilidad.

Sabía lo que quería: matarlos con sus propias manos, no dejar que ni uno de ellos quedara en pie. Y a pesar de que yo lo deseaba con las mismas ganas, no podíamos permitirnos la muerte de alguien como Moa.

—Debe salir de esta. Si nos entretenemos en herir a aquellos que la torturaron, a lo mejor, cuando volvamos, ya no seguirá con vida.

—Quédate tú —murmuró—. ¡No puedo dejar que esos malnacidos sigan vivos! —rugió, lleno de dolor.

—¡De eso nada! —alcé la voz—. Si hay que vengarla se hará, pero ahora ella es lo primero. Piensa en Moa, no en tu arrogante y malherido corazón.

Negó una y otra vez, sin estar convencido de lo que le decía. Sin embargo,

debía hacerme caso si de verdad no quería perder a la elfo de la luz.

—Ottar, por favor —le rogué.

—No puedo dejar que esto quede así.

—No puedes dejarla a ella así —le corregí.

Giró la cabeza, lo suficiente como para poder verla de reojo, ya que no dejaba de temblar a pesar de estar más abrigada. Dejó ir un profundo suspiro que acabó vaciándolo por dentro, resopló y asintió.

—Tienes razón —concluyó poco después.

—Quédate aquí. Debo ir a por agua y paños —le informé—. Vigila que nadie entre.

Me dijo que sí con un ligero movimiento de cabeza. No parecía estar muy seguro de ello, pero aun así accedió. Recogió las mantas que estaban en el suelo y se acercó a donde yacía la mujer.

Cuando salí, cerré la puerta con llave. No permitiría que se marchase de allí, no confiaba en su palabra. En cuanto tuviera oportunidad, acabaría degollándolos uno a uno para que el resto viera lo que les sucedía a los traidores. Apreté la mandíbula, sintiendo su rabia como mía. Yo misma me encargaría de que todos pagaran por el dolor provocado.

Al salir al gran recibidor salón me encontré con el cuenco de agua casi hirviendo y los paños bien doblados sobre la mesa. Me apresuré a llevarlo todo al pequeño búnker antes de que Ottar perdiera la poca paciencia que le quedaba, y eso que apenas tenía. Abrí la puerta como pude, con el gran cuenco a la mitad y las telas sujetándolas entre las piernas.

Al otro lado de esta me encontré a un elfo lleno de tristeza, arrodillado junto a la única persona que se había preocupado por él. Acariciaba con delicadeza el magullado rostro de Moa, hasta que me escuchó entrar. Entonces, se puso en pie de un salto y se acercó a donde me encontraba.

—Dame eso —me dijo, y tomó el cuenco entre sus manos.

Su mirada se fijó en la mía. En ella había agradecimiento, pero también pena. Se lo di mientras yo sujetaba los paños. Durante unos segundos deseé besarla, calmar el dolor que invadía su interior, reconcomiéndola.

—Vamos a limpiarle las heridas con el agua y la tela —le expliqué—. No la moveremos del lecho hasta que esté totalmente limpia, ¿de acuerdo?

El elfo asintió con la mirada perdida, sin apenas atender a lo que le decía. No sabía qué demonios se le estaba pasando por la cabeza, pero algo me decía que no era nada bueno. Me coloqué junto a ella y le quité el abrigo y el

jersey que la cubrían. También me deshice del vestido hecho trizas que la vestía.

—Moa, voy a sentarte—le anuncié, acariciándole el rostro con delicadeza. La mujer no dijo nada, solo me miró sin apenas poder moverse y parpadeó—. Voy a intentar no hacerte daño, pero no te aseguro nada.

Ottar se colocó a su otro lado, ayudándome a colocarla semisentada, lo suficiente como para poder ver bien las heridas que adornaban su delicada piel. La habían estado flagelando hasta que ya no había podido resistir más. Se había quebrado, haciendo que grandes marcas se convirtieran en señales que conservaría para toda la vida. Sus brazos habían sido cortados con dagas, pero no con suficiente profundidad como para que acabara desangrándose. Querían que sufriera, no que muriera. Era un castigo para todos: para ella y para aquellos que osaran hablar de cosas prohibidas como lo eran los dioses.

Humedecí uno de los trapos y limpié con mucho cuidado y delicadeza, intentando hacerle el menor daño posible. La pobre dejó ir un profundo quejido al sentir cómo la tela rozaba su maltratada piel.

—Lo siento, Moa —susurré acongojada por su dolor.

Un rato después, tras terminar de sanar su dolorida piel, nos dirigimos hacia la habitación de Ottar, en el ala norte del gran caserío, allí donde nadie accedía y ni siquiera se acercaban con tal de no molestarlo. Tanto era que ni siquiera las habitaciones colindantes estaban ocupadas.

—Puedes echarte un rato —anunció—. Debes estar cansada.

Me moría del agotamiento que llevaba encima. Apenas había podido descansar en el autobús, solo lo suficiente como para ocuparme de Moa y poder defenderla ante todo lo que me cruzara, si se presentaba algún contratiempo, aunque luego tuviera que arrastrarme por la casa.

—Un poco, la verdad... —murmuré.

Cogí aire, tratando de permanecer despierta. No quería quedarme dormida, no en su alcoba, no estando él a mi lado.

—Puedes dormir tranquila.

—No me fio de ti —admití.

—Antes lo hacías —contestó—. De verdad, no voy a hacerte daño ni dejaré que nadie te lo haga.

Sentí que los párpados me pesaban, cómo mi cuerpo dejaba de reaccionar. Era cierto que en otro tiempo había conseguido confiar en él, pero después de todo lo que había hecho, ¿cómo iba a volver a hacerlo?

—Confía, mi vikinga.

Aquellas tres palabras sirvieron para sumirme en un sueño tan profundo que creí haber muerto. Ni siquiera fui capaz de escuchar el latido de mi propio corazón.

Ottar

Verla dormir era el mayor de los placeres de los que había disfrutado durante los eones de vida en los que había estado en el Midgard. En realidad, todos esos placeres estaban relacionados con ella, con la indómita vikinga que, renacida en valquiria, había vuelto a mí. A pesar del tiempo, nuestros lazos no se habían desatado.

Mi pequeña valquiria se movió entre las sábanas que ya apenas cubrían su delicado cuerpo. Seguía siendo pequeña y delgada, pero estaba fuerte, más de lo que recordaba, aunque lo más seguro es que los dioses, al convertirla en lo que entonces era, la dotaran de dones y cualidades físicas que la diferenciaran de un humano.

Suspiré. Había vagado por los nueve reinos, regresando siempre al Midgard, con el alma rota, si es que realmente la teníamos, buscándola por todas partes. Le rogaba a la vida volver a encontrarla. Necesitaba deshacerme de aquel dolor que me había atormentado durante los años en los que permanecimos separados. Pero nada conseguía apaciguarlo. Solo mediante la sangre y la venganza conseguía dormirlo, olvidarme durante unos instantes del mal que me corroía.

No volvería a dejar que nadie me la arrebatara, ni siquiera esos malditos dioses a los que aún amaba. Porque sí, lo sabía. Había algo en ella que le impedía odiarlos con toda su alma. Tal vez fuera la bondad de mi antigua Lyss quien lo reprimía.

A la mañana siguiente...

—Ottar, hay algo que quiero pedirte.

—¿Qué sucede? —me preguntó.

La misma mirada de preocupación que había tenido con Moa se trasladó a mí, lo que me confirmó que estaba en lo cierto: era capaz de mantener a raya los instintos que esos malditos elfos tenían.

—Me gustaría ir a ver a los valkyr.

—No puedo permitirlo —se apresuró a contestar.

Tragué saliva. Sentía una terrible curiosidad por ir a ver qué estaba ocurriendo en aquellas tierras y si el enorme esfuerzo que hicimos Tyra y yo había servido de algo.

—Volveré —le aseguré.

—¿Quién me dice que eso es verdad?

—Yo te lo prometo —le juré.

Los valkyr no eran mi clan, como tampoco lo eran los elfos, pero no podía dejar que aquella panda de mentirosos siguiera engañándome como habían estado haciendo durante eones. Tomó mis manos entre las suyas, las cuales eran más grandes que las mías, igual que todo él. El largo y oscuro cabello le caía a ambos lados de su rostro, enmarcando la hermosura que solo él tenía, tan salvaje que resultaba incluso como los rasgos de un indígena.

—Te lo ruego... —le susurré en voz baja.

Sus manos subieron por mis brazos, acariciándolos, hasta que llegaron a mi rostro. Sus impenetrables ojos se fijaron en los míos. Eran tan negros como la más profunda noche sin estrellas. Ottar acercó su rostro al mío hasta unirnos en un dulce beso que me embriagó como el mejor de los *hidromieles* y que me dejó el corazón henchido de dudas.

—Por favor.

Aquel lugar tampoco era el mío, pero por alguna razón no me sentía cautiva de él, ni siquiera del salvaje de su padre. Lo que sí que tenía claro era que ya jamás volvería a ser la misma Lyss que llegó y se dejó engañar con tanta facilidad. Descubriría qué se escondía en los valkyr y ese gran secreto del que me había hablado Astrid antes de llegar.

—*Hrafn* —murmuré.

Ottar era como un cuervo, observador, astuto y ambiguo; jamás sabías por

donde podía salir.

—Está bien, permitiré que vayas. —Sonreí, orgullosa de lo que había conseguido. Volvería al territorio de los Lett y allí averiguaría todo lo que necesitaba para ver si seguían estando a salvo—. Pero antes nos reuniremos con el consejo. No podemos permitir que sigan abusando de Moa como lo han hecho —me dijo.

—De acuerdo.

Un rato después salimos de la habitación donde habíamos permanecido desde la noche anterior. Sabía que había algo en él que lo hacía distinto a todos los que nos rodeaban. Él no era un elfo tan oscuro como su padre, o eso quería creer, ya que era lo único que justificaba el amor que había por él en mi corazón.

—Ponte esto.

Me dio un jersey para que no cogiera frío, ya que seguía vistiendo tan solo con la camiseta de tirantes que llevaba del día anterior. Antes de ponérmelo, me deshice de la fina tela que me cubría, dejando al aire mis pechos y el colgante que dejó en mi habitación tiempo atrás.

—Lo llevas... —murmuró.

—Claro que lo llevo. No me lo he quitado en ningún momento.

Se acercó con lentitud a mí, con la mirada fija en el collar, que no hacía más que brillar ante él. No era una piedra normal, eso ya lo sabía, pero lo que de verdad me fascinaba era ver que era capaz de reconocerlo.

—Esta piedra tiene más años de los que siquiera pueda contar —me explicó—. Siempre colgaba de tu cuello cuando eras una niña. Viajaba contigo a todas partes, hasta que me conociste. —Tomó el collar entre sus manos, dejando que resplandeciera con tanta fuerza que era capaz de iluminar toda la habitación—. Eras lo más hermoso que jamás había visto, la mujer más indómita que podría echarme a la cara y la más valiente de todas —prosiguió—. Te veía luchar junto a los tuyos, intentando ser la mejor de todos ellos. —Escucharlo era como si mis recuerdos hablaran. Todo lo que una vez estuvo dormido cobraba sentido ante sus palabras—. Tras meses de encuentros, decidiste que si yo la llevaba, jamás me perderías, siempre sabrías dónde estaba, aunque pasaran eones —me dijo con tristeza—. Pero esos malditos dioses decidieron que era mejor que no recordaras nada de aquello.

Lentamente y con dos dedos me quité el colgante del cuello. Lo miré,

sujetándolo aún entre mis manos. Sin pensármelo dos veces, lo coloqué alrededor de su garganta y lo até pegado a su nuca.

—Si es tuyo, debes llevarlo. —Sonreí—. Así siempre podré encontrarte.

Me miró con esos ojos oscuros que solo él tenía, haciendo que todas mis defensas se convirtieran en nada.

—No quiero tenerlo, Lyss, ahora es tuyo.

Le dije que no con un movimiento de cabeza. Era un cabezota, pero yo también, y no iba a dejar que se saliera con la suya.

—He dicho que te lo quedas, y punto —sentencié.

Cuando fui a darme la vuelta para coger el jersey, sentí que sus manos se posaban sobre mi cintura, agarrándome con firmeza. Besó mi hombro desnudo, me pegó a su pecho y siguió agasajándome con sus mimos. Me sentía confusa. Quería volver a sentirle, saber si lo que recordaba era real o tan solo una invención de mi mente, pero, por otra parte, sabía que aquello era peligroso y que no debía fiarme.

—Ottar, debemos... —murmuré.

—Deja de pensar en lo que está bien y lo que está mal —me susurró al oído—. Solo déjate llevar, como hiciste cientos de veces en el pasado.

Cerré los ojos. Al abrirlos, me di la vuelta para poder mirarlo. En sus ojos volvía a haber pasión y lujuria, las mismas que divisé en nuestro fortuito encuentro en la habitación de Moa, aquellas que no podía reprimir cuando me tenía cerca. Todo mi ser ardió, igual que lo hizo mi sexo cuando nuestros labios se unieron en un húmedo beso. Mi mente se trasportó tiempo atrás, en el que nos dejábamos amar sin prejuicios, sin pensar en lo que vendría después. Solo éramos nosotros, Ottar y Lyss, dos seres que no entendían ni de razas ni de familias.

Con un rápido movimiento me cogió en brazos, haciendo que mis piernas rodearan su cintura, y con lentitud fue caminando hacia el lecho. Sus fuertes brazos me sujetaban, elevándome en el aire, hasta que consiguió dejarme sobre el colchón pero sin separarse de mí. Alcé una de mis manos hasta que toqué su musculado pecho. Era delgado, pero parecía fuerte.

—Te deseo tanto, Lyss... —me dijo con su ronca voz.

Sonreí. Yo también lo deseaba, y ansiaba que aquellos recuerdos se volvieran realidad una vez más. Acarició mi rostro, besándolo. Poco a poco fue bajando su boca hasta mis pechos, dejando un reguero de besos que acabó llegando a la cinturilla de mi pantalón.

—¿Ottar? —escuché la voz de Skule al otro lado de la puerta.

—Joder... —gruñó enfadado—. ¡¿Qué quieres, Skule?! —gritó, apartándose de mí.

Con agilidad, me vestí con el jersey y vi cómo Ottar, enfurecido, se acercaba a la puerta y la abría, fulminando a la elfo con tan solo un vistazo.

—Yo...

—Habla —la presionó. Era tal el enfado de Ottar que la muchacha no sabía ni siquiera qué contestar—. ¿Qué? —le exigió él.

—El consejo ya está preparado para la reunión.

—Lárgate —le ordenó, lleno de rabia.

54

—Esto no quedará así, te lo aseguro —me dijo, mirándome directamente a los ojos.

Tras eso, se vistió de nuevo, ya que tan solo llevaba unos pantalones oscuros, casi negros, y algo desgastados que le sentaban como un guante. Pude ver que había cambiado: de la paz y tranquilidad que tenía al estar conmigo a estar enfadado por completo.

—Vamos.

Me tendió la mano, aunque durante unos segundos dudé si cogerla. Finalmente, acepté su ofrecimiento y la tomé entre las mías. Antes de salir, me aseguré de que mi *geirr* estaba guardada en el bolsillo trasero de mi pantalón.

Nos encaminamos hacia un lugar en el que aún no había estado, algo así como una sala de reuniones donde el consejo, como lo había llamado Skule, se reunía para tratar temas importantes. Cogí aire. No sabía a quién me podría encontrar allí ni si sería una reunión hostil, aunque tampoco me importaba. Defendería el honor de Moa ante todo, sin importar lo que hubiera en juego.

Al entrar, me topé con la inquietante mirada de Grimm, quien esperaba al final de la sala, presidiendo la gran mesa que atravesaba todo el espacio. Junto a él había varios ancianos, elfos de gran sabiduría y peso en el clan. Pero no estaban solos. Los hombres de Norak, el hombre al que asesinó Ottar durante la cena de presentación, también estaban allí, observando cómo entrábamos. Miré de reojo a Ottar, quien parecía no haberse percatado de su presencia, pues no hacía más que observar a su padre.

—Nos has hecho llamar, hijo —murmuró el líder.

—Así es, Grimm.

La voz de Ottar sonó fuerte y clara, llena de rencor y dureza, pero a la vez con el respeto con el que debía tratarse a aquellos hombres. Cogió aire apretando mi mano entre la suya, conteniendo la rabia que le gritaba que matara a todo aquel que había osado tocar a Moa.

—No voy a permitir que nadie vuelva a torturar a Moa —dijo, yendo directo al grano.

—Esa elfo es una maldita esclava, Ottar —contestó molesto ante las palabras de su hijo—. No tiene ningún derecho. Has sido tú el único que le ha permitido comodidades que jamás debería haber tenido.

—Ella merece lo que tiene.

—Tú le has dado un lugar que no era el suyo.

—Porque tú lo permitiste —le acusó—. Cuando tú no tenías tiempo para cuidar de mí, fue ella quien ocupó tu lugar, la única que, aun siendo esclava, me ayudó a crecer —añadió, lleno de rabia. Fijó su mirada en la de Grimm, repasando cada uno de sus gestos, y luego desvió la vista hacia el resto de los hombres—. Si vuelvo a enterarme de que alguien se acerca a ella, lo mataré —gruñó.

—Se lo tiene ganado —dijo uno de los sabios.

Negué con la cabeza una y otra vez. Estaba callando demasiado por no entrometerme, hasta que no pude más:

—¡Ella no merecía algo así! —alcé la voz.

—Tú no tienes derecho a hablar —me rebatió uno de los hombres de Norak—. No eres más que la puta de Ottar —soltó con odio.

Sin pensarlo dos veces, me acerqué a él, enfurecida, con mi *geirr* preparada. Los rayos empezaron a correr por mi piel, dejando ver el estado que me había provocado aquel miserable. Pagaría por sus palabras, igual que una vez lo hizo el asqueroso de su hermano. Porque sí, Sirgar era hermano de sangre de aquel malnacido.

El hombre se puso en pie, creyendo que tenía alguna posibilidad de atacarme o tan solo acercarse a mí. Pero no sabía lo que era una verdadera valkiria. Mis rayos empezaron a envolverlo, hasta que acabó contra la pared, sujeto, sin poder moverse, ya que los filamentos lo matarían en cuanto lo hiciera. Sonreí al ver cómo el pánico tomaba su rostro.

—Para ser un asqueroso elfo, eres un auténtico cobarde.

Acerqué el filo de mi *geirr* a su cuello y lo miré, recreándome con el pánico que le producía sentir los rayos tan cerca. Sin pensarlo ni un solo instante y con un rápido movimiento, hice que la daga se desplegara y acabé atravesándole la cabeza por la parte baja de la barbilla.

—¿Alguien más? —pregunté enfurecida a la vez que me giraba.

Retraje la lanza, que ya tomaba su forma original, escuchando cómo el cuerpo sin vida caía sobre la moqueta que recubría el suelo de la sala. Limpié la hoja en la ropa de aquel malnacido y volví junto a Ottar al ver que nadie respondía.

—Podéis marcharos —contestó Grimm.

—Antes de eso, quiero anunciaros algo —añadió Ottar—. Lyss irá a

investigar a los valkyr. Partiré esta misma tarde y yo lo haré con ella.

—¿Cómo? —pregunté confusa, mirándole—. Eso no es lo que habíamos hablado. ¡Ellos no tenían por qué enterarse!

—Nosotros lo sabemos todo, valkiria —me dijo uno de los sabios.

Condujo durante horas en silencio. Volvíamos al territorio de los Lett vakyr, aunque, según habíamos acordado, tan solo yo podría acercarme al clan. Si se tomaban la presencia de Ottar como una amenaza, acabarían desatando una guerra que no interesaba a nadie.

Estaba molesta con él. Había informado a esas bestias del plan que solo él y yo debíamos conocer.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunté.

—Tú habrías hecho lo mismo si fueran tus superiores.

—¡Claro que no! —le rebatí—. Nunca te traicionaría; porque eso es lo que has hecho: traicionar mi confianza.

Estaba más enfadada de lo que creía. Sentía cómo me había dejado vendida frente al consejo, sabiendo que ninguno de ellos quería que estuviera allí. Había sido una puñalada tramera de la que tardaría en recuperarme.

—Lo siento.

—No mientas —me apresuré a contestar, molesta.

—No estoy mintiendo.

Durante unos segundos, su mirada se apartó de la carretera para fijarse en la mía. ¿Qué demonios pasaba con él? Había veces que parecía tan humano, tan normal, que si no fuera por la belleza antinatural que tenía, pensaría que estaba en lo cierto. Tomó una de mis manos, se la llevó a los labios y volvió a desviar la vista al camino que nos llevaría hacia el territorio de los valkyr.

—Será mejor que lo que queda lo hagas a pie, o me descubrirán.

Por un momento pensé en lo que había pasado a lo largo de los últimos dos días. Nos habíamos convertido en un pequeño equipo que ni siquiera tenía rumbo pero permanecía unido.

—No dejaré que te hagan nada.

—No van a herirme. No tienes de qué preocuparte —le contesté, muy segura de lo que estaba diciendo.

Jamás me harían daño. Ya eran parte de mí, igual que lo eran Moa o incluso él. Sabía que nunca serían capaces de lastimarme. Su mirada cambió; se volvió más oscura que nunca. Era su afán de protección el que hablaba, y me subestimaba.

—Ve con cuidado —me pidió.

—Sí —musité—. No soy la humana débil de la que te enamoraste.

—Ahora que te he recuperado, no pienso perderte —me prometió, sombrío.

Salí del coche sin siquiera responderle. No iba a perderme, pues mi corazón me rogaba que no me alejara de él, igual que a él se lo imploraba el suyo. Miré por última vez el *jeep* rojizo antes de adentrarme entre los árboles. Debía caminar hacia el norte durante algo más de veinte minutos hasta llegar al poblado de los Lett valkyr. Caminé durante un rato, pero decidí que acabaría llegando antes si corría, ya que nuestros maravillosos dioses nos habían dotado con una gran velocidad.

Cuando estuve cerca del poblado, dejé el suelo para observar desde la copa de un árbol cómo los valkyr se habían unido. Los Dökk y los Lett permanecían en un mismo hogar, separados por sus prejuicios pero conviviendo en una misma zona. Tyra hablaba con el pequeño Niels, quien la observaba anonadado. Karena no se apartaba de su madre, Dyre. Mientras, vi cómo Orn y Ulric salían del gran caserío acompañados por Jae y Gunnr. Parecían estar reunidos, preparando algo que ignoraba pero que deseaba conocer antes de que todos nos metiéramos en un lío. Stephen no dejaba de conversar con Mist. No perdía detalle de cada una de sus palabras mientras desde la lejanía Argus observaba a su hermosa mujer.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al ver cómo Astrid aparecía tras el gran portón sujetando a un pequeño bebé entre sus manos. Me dolía saber que ya no podría volver a su lado, estar como si nada junto a ellos, luchando por una causa que ya no sabía si era la mía. Cogí aire, ahogando un quejido que me desgarró el alma al sentirse reprimido. Las lágrimas empezaron a empapar mi rostro. Me sentía tan confusa que no podía pensar con la claridad suficiente que aquella situación requería.

Jae parecía muy seria, igual que Elin, la madre de Engla, quien estaba sentada, apoyada en el muro que rodeaba el caserío, protegiendo a todos los que permanecían en el interior; no como Elin, que descansaba fuera. Tenía la mirada perdida en la lejanía, en el final del camino que acababa desapareciendo entre los árboles, allí donde había desaparecido la pequeña Engla. Debía devolverla junto a los suyos. No podía dejar que los elfos la retuvieran así. Esa niña necesitaba vivir con su clan.

Pasé algo más de media hora viéndolos, pero llegó un punto en el que mi

corazón dijo basta. Cerré los ojos, dejé ir un profundo suspiro, intentando aliviar la pena que me había sobrecogido, y bajé del árbol desde el que observaba a los valkyr.

—¿Lyss?

—Eiliv... —susurré.

Mi dividido corazón se desbocó al verlo, al notar su mirada en todo mi cuerpo, que provocaba que todo mi vello se erizara. Por un momento sentí la necesidad de lanzarme a sus brazos, de decirle que lo había echado de menos. Pero lo cierto era que el dolor y la rabia no habían dejado espacio para ello. Solo pude sobrevivir a la mayor traición que los nueve reinos habían observado.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—He venido a ver si estabais todos bien.

Era cierto que aquel era mi objetivo principal: saber qué había pasado con ellos, si seguían a salvo, si Tyra había conseguido unirlos como tanto deseábamos, si Orn y Jae podían hablar como personas civilizadas... Hasta que no llegué allí, no me di cuenta de cuánto había anhelado tenerlos cerca, a pesar de haber pasado tan poco tiempo con ellos.

—Lo estamos.

—Eiliv... —murmuré con pesar.

El joven valkyr se acercó a mí poco a poco, por lo que no pude evitar bajar la mirada al sentirle tan cerca. Pasó una de sus manos por mi cabello, colocando los rebeldes mechones que tapaban parte de mi rostro tras mi oreja.

—Déjame verte. —Colocó uno de sus dedos bajo mi barbilla hasta que consiguió alzarla, haciendo que nuestras miradas se encontraran.

La pureza de aquel valkyr me confundía casi tanto como la bondad que había encontrado en el elfo que una vez fue el amor de mi existencia. No era capaz de saber qué demonios debía hacer. Ni siquiera mi corazón lo sabía; estaba tan perdido como yo.

—¿Por qué te marchaste? —me preguntó.

—No lo hice... No me marché, aunque debería haberlo hecho —espeté llena de rencor.

Cogí aire, intentando calmar la desazón que me corroía.

—Lo siento —añadí en voz baja.

En realidad, no lo sentía. Los dioses que los gobernaban me habían mentido. No podía seguir viviendo en aquel lugar; no con el odio y el rencor que recorrían mis venas. Por un momento recordé cuando Ottar y yo nos

colamos en la casa de Ulric. ¿Les habría contado lo sucedido?

Permanecimos en silencio durante unos minutos, hasta que Eiliv no pudo aguantar más y nos unió en un cálido abrazo.

—Sé que no eres como ellos —me dijo en voz baja—. Tú jamás le harías daño a nadie.

—Ellos...

No sabía qué decir. Desde que había llegado, no habían herido a nadie, salvo a Moa... Y a mí. Pero a ellos los habían dejado en paz.

—Atacaron el poblado de los Dökk —me explicó.

—¿Cómo? —le pregunté confusa.

Miré anonadada a Eiliv, sin creerme lo que estaba diciéndome. Abrí los ojos. No me lo podía creer.

—Poco después de desaparecer, algo así como un mes más tarde, decidieron atacarlos —me explicó—. Tyra había hecho un gran trabajo, por lo que aceptaron unirse a nosotros. Juntos seríamos más fuertes.

Negué con la cabeza una y otra vez. ¿En qué momento esa panda de bestias había atacado a los valkyr?

—No puede ser...

—Pues tal y como te cuento ocurrió.

Entonces caí en la cuenta. Durante el tiempo en el que había estado con Liv, esos malnacidos podrían haberlos atacado sin que pudiera percatarme.

—Maldición... —siseé entre dientes—. No sabes cuánto lo lamento —dije con pesar.

—Por suerte, no tuvimos que enterrar a nadie —continuó contándome—. Algunos heridos, pero no fue gran cosa.

—¿Cuántos eran? —quise saber.

Fijó la vista en el final del bosque, pensativo. Poco después hizo una mueca y alzó los hombros.

—Alrededor de seis.

—¿Estaba Ottar entre ellos? —le pregunté nerviosa.

Necesitaba saber si él había tenido algo que ver con el ataque a los valkyr, porque si así había sido, no habría vuelta atrás. Sus mentiras habrían sido tantas que ni siquiera sería capaz de asumirlo.

—No, nadie reconoció a ninguno de los atacantes. —Suspiré, quitándome un gran peso de encima. Saber que ninguno de ellos había sido Ottar me alivió—. ¿Has visto a Engla?

—No, no he podido, pero sé que están cuidando bien de ella —le expliqué, a pesar de que, en aquel preciso instante, Engla no tenía a Moa para protegerla—. ¿Cómo está Elin?

—Destrozada. Te puedes hacer a la idea...

—La traeré de vuelta —dije sin pensarlo ni un segundo.

—¿Podrás hacerlo?

—Confía en mí —le pedí.

Lo cierto era que no tenía ni idea de cómo conseguiría que Grimm dejara ir a la pequeña Lett, pero debía intentarlo. Si no, sería yo quien se ocuparía de ella, de cuidarla y protegerla como había estado haciendo Moa hasta que se la llevaron.

—Lo haré.

Escuchar aquellas palabras salir de su boca hizo que me sintiera terriblemente bien. A pesar de todo lo que había sucedido, Eiliv seguía confiando en la valquiria que se había alejado de todos aquellos que eran su familia.

—Te he echado de menos —admitió en voz baja. Volvió a abrazarme, cobijándome con todo su cuerpo, haciéndome sentir una extraña paz que agradecía enormemente. Sin embargo, poco después nos separó, haciendo una mueca de asco—. Hueles tanto a él... —murmuró repugnado. Di un paso hacia atrás, sintiendo cómo me rechazaba—. Qué asco —añadió entre dientes—. Te ha marcado.

Le dije que no con un movimiento de cabeza. Eso no podía ser. ¿Cómo iba a marcarme? No habíamos hecho nada, ni siquiera habíamos tenido relaciones, y había supuesto que estar juntos en el mismo espacio no era suficiente como para marcarnos.

—No ha pasado nada entre nosotros —me apresuré a contestar.

—Lo lamento, pero... —dijo en voz baja— no te creo.

Aquella respuesta me sentó mal. Hacía unos minutos me había dicho que confiaba en mí para traer de vuelta a Engla, pero no era capaz de creerme cuando acababa de decirle la verdad. No era capaz de comprenderlo.

—Sé que lo conoces de tu otra vida —apuntilló—. Os amabais, Lyss, y tu ser no ha sido capaz de olvidarlo a pesar del tiempo.

—Pero sé lo que está bien y lo que está mal —le dije dolida.

Mi reconstruido corazón se resquebrajó un poquito, dejando ver que todavía había gente capaz de herirme. Pero no lo iba a permitir. Haría lo que

quisiera y con quien quisiera, fuese elfo, humano o valkyr, y nadie sería quién para juzgarlo.

—Lo siento, Eiliv, tengo que marcharme.

Sin decir nada más y ni siquiera rozarlo, me di la vuelta, con el corazón lleno de pena y los ojos emborronados por las lágrimas. Los seres vivos éramos crueles, pero aquello era nuestro día a día. Ya nada importaba, ni siquiera cuando tenías la oportunidad de hacer que alguien volviera.

—Vuelve, Lyss —me pidió desde la lejanía.

—¡Este no es mi lugar, Eiliv! —alcé la voz.

—¿Y cuál lo es?

Cogí aire, sintiendo cómo las lágrimas empezaban a desbordarse, empapando de nuevo mis mejillas y parte del jersey de cuello alto que llevaba bajo el abrigo.

—Aún no lo he encontrado.

56

—¿Estás bien? —me preguntó Ottar nada más entrar en el coche.

No dije nada, solo cogí aire y me dejé caer sobre el asiento. No sabía cómo estaba, ni siquiera si aquello había sido bueno o no. Mi corazón había vuelto a resquebrajarse como ya hizo en su momento, y entonces la historia volvía a repetirse.

—¿Lyss? —insistió.

—¿Sinceramente? —le pregunté sin ganas.

—Claro.

Suspiré, dejando ir un ápice de la confusión que me invadía. Quería sincerarme con él, intentar que me comprendiera, pero sabía que eso jamás ocurriría. Era un Ottar distinto al que me había encontrado en mi bajada, pero tampoco era el bondadoso elfo del que me enamoré. Tan solo era una mezcla de ambos, y nunca sabría quién hablaba.

—Sí, un poco aturdida —le contesté—. Solo eso.

Asintió, encendió el motor del coche y nos encaminamos de nuevo hacia el gran caserío. Me acurruqué contra mi hombro, mirando de soslayo los altos árboles que había a ambos lados de la carretera. En aquel momento, tan solo quería llegar al caserío, volver al búnker con Moa y cuidar de ella para que se recuperara lo antes posible.

Mi mente voló. Lo hizo lejos, adentrándose en un profundo sueño en el que caí como si lo hiciera desde lo más alto de un precipicio.

—Pequeña Lyss —escuché su voz—. Te he sentido. Has estado aquí, conmigo.

Astrid estaba sentada en un gran butacón marrón, con las manos apoyadas sobre los reposabrazos y las palmas hacia arriba. En ellas había un símbolo grabado. Era Vegvísir, la brújula que nos guiaba por los nueve reinos. Mientras estuviéramos en cualquiera de ellos, encontraríamos nuestro hogar con él.

—¿Cómo me has sentido, *amma*?

Astrid permaneció con los ojos cerrados. Estaba concentrada en llegar a mí, y el movimiento del coche no hacía más que alejarla. Era difícil encontrarme, sobre todo estando con Ottar al lado.

—Soy tu abuela, niña, ¿cómo no iba a sentirte?

Una leve sonrisa se dibujó en mis labios. Adoraba a Astrid como jamás había adorado a nadie. Recordaba cómo padre hablaba de ella. La amaba casi más que a su propia vida, y jamás se perdonó no haber podido hacer nada más por ella el día de su muerte.

—No pienses en esas cosas, Lyss —escuché que me decía.

—Padre siempre quiso volver atrás para salvarte —le dije con pesar.

Mi corazón se encogió al recordar a mis padres, cómo habían cuidado de mí intentando que fuera una gran guerrera, capaz de defender el reino que una vez sería mío.

—No había nada que él pudiera hacer, pequeña —me contestó.

—Lo sé, abuela... Pero jamás se le olvidó.

Me acerqué a donde se encontraba, arrodillándome frente a sus piernas, y me abracé a ellas, escondiendo mi rostro. Un profundo llanto se escapó de mi interior, aliviando mi alma.

—No sé qué es lo que debo hacer, *amma*... —susurré.

Las lágrimas se escapaban de mis ojos, empapando el fino vestido de Astrid y que le cubría las piernas.

—Solo debes dejar que sea tu corazón quien hable por ti.

—Está demasiado confuso para hablar, *amma*. Está tan perdido como lo estoy yo.

Sus manos dejaron de estar colocadas sobre los reposabrazos y pasaron a acariciar mi cabello con delicadeza, meciéndolo igual que haría con un bebé en brazos, intentando calmarlo.

—Sé qué harás lo correcto, mi dulce vikinga.

—Lyss —escuché que me llamaba Ottar.

Abrí los ojos lentamente. La puerta del coche estaba abierta y me observaba con una ligera sonrisa en sus labios.

—¿Qu..., qué? —pregunté, despertándome.

—Hemos llegado.

Aquella simple conversación, que se me había pasado como un fugaz sueño, en realidad había transcurrido durante todo el trayecto desde el terreno de los Lett hasta el caserío. Bajé del coche a trompicones y, por suerte, gracias a que él permaneció junto a la puerta, no caí de bruces contra el suelo.

—¿Qué te pasa? —me preguntó preocupado.

—Estoy algo atontada todavía, solo eso. —Hice una mueca parecida a una

sonrisa y me aparté de él como pude—. Quiero ir a ver a Moa. ¿Vienes?

—No, tengo cosas que hacer.

Me decepcionó. Esa no era la respuesta que esperaba, pero no podía hacer nada para que viniera. No lo arrastraría por los pasillos con tal de que me acompañara. Además, como había dicho Grimm, Moa era una esclava.

—De acuerdo —musité.

Sin ni siquiera esperarlo, me alejé del *jeep* y me metí en la gran casa, con las llaves del búnker sujetas entre mis dedos. Al entrar, no vi a ningún elfo. Lo cierto era que pocas veces los veía, ya que permanecían siempre reunidos entre ellos, como amigos, y apenas se dejaban ver, cosa que agradecía enormemente.

—¿A dónde vas? —me preguntó Skule.

Puse los ojos en blanco. Por desgracia, la única que no se escondía era Skule, que no hacía más que vagar por la enorme casa, aburrida, y vigilando todo lo que ocurría en ella junto a su maldito y asqueroso monstruo.

—¿Y a ti qué coño te importa? —escupí.

Desde que había llegado al Midgard, no hacía más que hablar mal. Había aprendido muchas palabras groseras que me sentaban de lujo y que me encantaba decir. Eran un deshago enorme.

—Me gusta saber cosas.

—Pues a mí no me gusta que me investiguen y controlen todo lo que hago.

—Eso díselo a tus dioses... —musitó, añadiendo una sonrisa.

La fulminé con la mirada y me acerqué a donde se encontraba, sintiendo cómo el enfado crecía y cómo las pequeñas hebras de luz empezaban a recorrer mi cuerpo.

—¿Qué has dicho? —gruñí.

—Tus dioses no entendían muy bien eso de no controlar. —Sonrió.

Dejé ir un fuerte gruñido, corrí hacia ella y la sujeté por el cuello, pegando su espalda a la pared del pasadizo. Quería matarla con mis propias manos, ver cómo se iba consumiendo poco a poco hasta que su cuerpo se convirtiera en cenizas después de arder con cada una de las chispas que iban a recorrerla.

—Lyss —escuché que me llamaba Ottar al otro lado del pasillo.

Sabía que odiaba a aquella malnacida. Ansiaba poder acabar con su vida y hacerle pagar por todo lo que había hecho, por cada una de las heridas que

había provocado en mí. Cogí aire, pero no la solté, hasta que mi elfo colocó una de sus manos sobre mi hombro.

—Déjala que se marche —me pidió al oído.

Fijé la mirada en la suya como lo haría un auténtico animal sediento de sangre. Abrí la mano y dejé que cayera rápidamente, y con el rabo entre las piernas se apartó de mí, colocándose junto al *draugr*.

—Puede que la próxima vez no tengas tanta suerte.

Sin decir nada más, me di la vuelta y abrí la puerta del búnker. Al cerrarla, apoyé mi espalda contra ella y cogí aire, tratando de calmarme para no asustar a la pobre Moa, que ya parecía más recuperada.

—¿Qué te pasa, niña? —me preguntó preocupada.

—Enfadados, simplemente eso...

—No, a mí no me mientes, chiquilla —me dijo en voz baja, intentando recostarse contra la pared—. Sé que te pasa algo más. ¿Quieres contármelo?

Me acerqué a donde se encontraba y asentí. Solo con ella y con Astrid podía desahogarme con tranquilidad sin miedo a que en algún momento pudieran traicionarme como lo había hecho Aila.

—No sé qué hacer. Tengo miedo a equivocarme y que todo esto acabe peor de lo que ya está —admití—. Quiero que todos estén en paz, que la pequeña Engla vuelva con su familia en vez de estar encerrada en una habitación las veinticuatro horas del día, que todo esto desaparezca y, con ello, los elfos oscuros.

—¿Incluido Ottar? —me preguntó.

No, no quería que Ottar desapareciera, solo la maldad que había en él, todo lo que ocurría con los de su raza, con aquellos que querían destruir los nueve reinos y, con ellos, todos los seres que lo habitaban.

—Quiero que desaparezca esta maldad y poder ser libre de una vez por todas para hacer lo que quiera.

—Todo el mundo desea eso, Lyss: poder elegir qué camino seguir y cuál no. —Sonrió levemente—. Haz lo que tu corazón te pida, valkiria.

—Me pide amar a Ottar, pero... ¿cómo demonios voy a querer a alguien como él? —Suspiré—. Devolver a Engla y que vuelva con su familia.

—Pues hazlo. No temas, o te arrepentirás de no haberlo hecho por miedo a fallar.

Moa era muy sabia; siempre sabía lo que decir. Era la mejor consejera, aunque no siempre me dijera lo que quería escuchar. Era la única capaz de darme luz cuando el camino estaba sombrío.

—Deja que te cure.

Ayudé a que la mujer se apartara de la pared y me deshice del jersey que la cubría y de las mantas que la abrigaban, dejándolas sobre mis piernas. Las gasas estaban empapadas de sangre, por lo que las aparté, colocándolas en el suelo para poder limpiarle de nuevo. Empapé las telas en el agua y las pasé por su espalda, la cual estaba llena de latigazos, algunos más débiles y otros más profundos, que le abrían la carne a su paso. La gran mayoría ya estaban casi cerradas, sobre todo las más finas, pero algunas aún permanecían abiertas.

—¿Te duele? —le pregunté con preocupación.

La mujer tragó saliva. Su cuerpo temblaba, podía sentir el dolor recorriéndola, pero aun así no decía nada, solo ahogaba sus quejidos.

—Tranquila.

—Lo siento... Intento hacerte el menor daño posible.

—Lo sé. —Hizo una mueca, intentando sonreír.

—Te recuperarás en poco tiempo. Tal vez mañana ya estés del todo bien —le comenté—. Los elfos sanáis a una velocidad impresionante.

Observé fascinada cómo sus heridas iban cerrándose ante mis ojos. Lo hacían despacio, aunque más rápido de lo que lo haría una piel humana.

—Coge el tarro ese de allí. —Señaló uno de los botes que había traído y

que encontré en su habitación.

—¿Este? —le pregunté a la vez que alargaba la mano y cogía el que creía que me había señalado.

La mujer asintió. Lo abrí, y el fuerte olor a salvia me aturdió, dejándome un poco mareada, por lo que tuve que recomponerme. Moa, que lo había visto, dejó ir una leve risilla que me alegró el alma. Curé sus heridas como había hecho el día anterior, como no dejaría de hacerlo hasta que viera que estaba completamente curada.

Un rato después me marché del búnker, dejando que Moa pudiera descansar con tranquilidad, ya que apenas había podido dormir los días anteriores a causa del dolor que la corroía. Necesitaba hablar con Ottar, pedirle que me ayudara a conseguir que Moa volviera a sus aposentos y no estuviera encerrada en aquel lugar. Pero no solo eso; también quería devolver a la pequeña valkyr junto a su familia.

Cuando llegué a la altura de su puerta cogí aire, armándome de valor y fuerza para poder hablar con el elfo más cabezota que me había echado a la cara. Antes de que pudiera golpearla, escuché cómo alguien carraspeaba a mi espalda. Al darme la vuelta, me topé con sus oscuros ojos. Estaba enrabiado, no sabía por qué, aunque algo le estaba sucediendo.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

Pensativa, bajé la mirada. Ya no había vuelta atrás. Tenía que conseguir lo que me había propuesto, o no habría servido de nada ir.

—Necesito hablar contigo.

Observé su mirada, cómo todo cambiaba cuando estábamos juntos. Ambos lo hacíamos. No éramos nosotros mismos, o tal vez no lo fuéramos con el resto y tan solo nos dejáramos ser en el momento en el que nuestros ojos se encontraban.

Durante unos instantes permanecemos en silencio, mirándonos, hasta que Ottar se acercó a la puerta. La abrió con la llave que colgaba de su bolsillo derecho y colocó una de sus manos en mi cintura, provocando que mi tranquilo corazón se acelerara.

—Adelante.

—Gracias —le dije a la vez que sentía mis mejillas encenderse.

Me adentré en su habitación, como ya había hecho el día anterior, aunque todavía me resultaba extraño. Era sombría, y solo estaba iluminada por los finos rayos de sol que se colaban entre las lamas rotas de la persiana que no

acababan de encajar, por el pequeño fuego de la chimenea y por algunas velas artificiales, las cuales suponía que estaban encendidas con una bombilla.

Ottar fue directo hacia el botellero, de donde sacó dos vasos y una botella de ron. La alzó, mirándome, e hizo un pequeño gesto. No me gustaba beber, pero en aquel momento todo valía. Necesitaba salirme con la mía, y si aquella era la forma más fácil, accedería. Antes de servir nada, abrió una pequeña puerta en la cajonera, y fue entonces cuando me di cuenta de que realmente no era un somier, sino una pequeña nevera congelador camuflada en mueble. De esta sacó unos cuantos cubitos de hielo que repartió en ambos vasos. Dejó que el líquido ámbar los bañara y me miró.

—Aquí tienes —me dijo a la vez que se acercaba al gran butacón para sentarse. Asentí y me senté junto a él, mirándolo directamente a los ojos, sintiendo cómo una bestia en su interior luchaba por salir, por cazarme como si no fuera más que un indefenso animal—. ¿Qué es lo que necesitas? —me preguntó curioso.

—Quiero que convenzas a tu padre para que Moa salga del búnker y vuelva a sus aposentos —le expliqué—. Estoy segura de que, si se lo pides, dejará que salga. Necesita descansar con tranquilidad en un lugar que no sea ese apestoso cubículo.

—No sé si dará su brazo a torcer.

Le dio un largo trago a la bebida, terminándosela casi por completo, y no apartó la mirada de la mía. Algo rondaba su mente, pero no sabía qué era ni por qué le molestaba tanto. Cogí aire, intentando hacerme con la fuerza que se me escapaba a cada vistazo que me lanzaba.

—Hay algo más que quiero pedirte... —le dije en voz baja.

No dijo nada. Permaneció en silencio, aguardando a que le explicara de qué se trataba, aunque al ver que no continuaba hablando, alzó las cejas. No sabía si aquel era el mejor momento para contarle lo que quería, pero si no lo hacía ya, Engla tal vez no tuviera más opción que quedarse o morir.

—Adelante —insistió.

Se puso en pie tras beberse las últimas gotas que quedaban del líquido ámbar y fue a servirse otro vaso. Carraspeé al sentir el ron corriendo por mi garganta.

—Quiero devolver a Engla a su familia.

Durante unos minutos permaneció en silencio, sirviéndose la copa y

después volviendo al butacón, hasta que sus ojos se toparon de nuevo con los míos, tan fríos y calculadores. Cuando algo no le cuadraba, se volvía distante, serio e incluso inescrutable.

—¿Cómo has dicho? —me preguntó. Su mirada se perdió en el fuego que no dejaba de bailar en la chimenea que había frente a nosotros—. Solo permitiré que te marches si antes me prometes algo.

Le dije que sí con un ligero movimiento. No había nada que fuese a hacerme cambiar de opinión. Quería salvar a esa pobre niña de las zarpas del malnacido de Grimm, y no quería ni imaginar lo que podría llegar a hacerle, igual que ya hizo con Aila y su madre.

—Lo que sea —le contesté sin pensar.

—No te alejarás de mí, no dejarás que nadie nos separe —empezó a enumerar—. Y me apoyarás en todas las decisiones que tome.

No podía dejar de asentir una y otra vez, con una enorme sonrisa en los labios. La pequeña valkyr podría volver junto a los suyos y crecer como la niña que era.

—De acuerdo.

Le tendí la mano con rapidez antes de que se arrepintiera de lo que había dicho o lo pensara con más detenimiento.

—Incluyendo el Ragnarök.

58

Ottar detuvo el coche en la misma zona en la que habíamos parado tres días antes, cuando fuimos a vigilar a los valkyr, solo que esta vez había llevado a Engla cogida de mi mano durante todo el trayecto. Miré a la niña. Parecía asustada, pero también segura de lo que estaba a punto de ocurrir.

Había algo en ella que no sabía descifrar. Siempre parecía saber más que el resto, más incluso que la propia persona. Engla tenía un don especial: leía las energías. Era capaz de saber en qué estado se encontraba cada una de las personas que la rodeaban.

—¿Estás segura? —me dijo en voz baja, tanto que apenas pude escucharla.

Asentí dos veces. ¡Claro que estaba segura! No iba a dejar que le hicieran daño, aunque eso supusiera que fueran a hacérmelo a mí por no cumplir mi palabra. No le juraría lealtad a ningún bando. Haría lo que mi corazón me ordenara, no lo que un dios vanidoso quisiera.

Hice que la pequeña bajara de coche y me esperara junto a la linde. Andaríamos durante un rato, pero todo valdría la pena para que pudiera volver a su hogar.

—Necesito tiempo —le dije a Ottar, mirando a la niña.

—Ten cuidado. Sabe más de lo que piensas —me advirtió.

—Márchate. Conseguiré volver.

Me miró fijamente a los ojos. Parecía preocupado, no sé si por mí o por si decidía romper mi palabra antes de tiempo y quedarme con los valkyr. Pero eso no ocurriría. Volvería a su lado como le había jurado, porque mi corazón, quisiera o no, siempre había sido suyo, y así seguiría siendo.

—Si no estás en tres horas en la casa, volveré a buscarte.

—No te preocupes —le aseguré.

—Vuelve —me dijo en voz baja, como si me lo rogara.

—Volveré —le prometí.

Asintió dos veces. Cerré la puerta y, nada más apartarme del coche, salió prácticamente derrapando de donde se encontraba y se alejó en la carretera sin que me diera tiempo a mirar atrás.

—¿Estás lista, pequeña?

—Sí, Lyss.

Engla me miró con pena. Sabía qué había en mi interior sin tener la

necesidad de contarle nada. En cierto modo era una virtud, pero también un lastre. No debía ser agradable sentir lo mismo que la persona que tenías al lado.

—Tu corazón está triste.

—Sí, sí que lo está —le dije con pesar.

—¿Por qué? —me preguntó curiosa.

—Porque amo a una persona que no es buena, que su raza no es buena para nadie.

—¿Por qué? —repitió.

—Hacen daño a la gente, ¿sabes? —le contesté, agachándome para colocarme a su altura.

La pequeña asintió como si supiera de quién hablaba, aunque muy difícil no era. Había compartido con ellos algo más de tres meses de su vida.

—Es un elfo, ¿verdad?

—Sí, uno de los malos.

—Pero también quieres estar con nosotros, los valkyr, ¿a que sí? —me preguntó.

Con delicadeza, tomó mis manos y las apretó. Quería volver con aquellos que eran los míos a pesar del dolor, de la traición... A pesar de todo, quería volver, pero tenía miedo a que Ottar se tomara la justicia por su propia mano, a que volvieran a herirme una vez más comandados por los dioses.

—Ya verás que todo se arreglará. —Sonrió.

—Ojalá tengas razón, Engla.

—Claro que la tengo.

Y así, sin más, la niña se soltó de mi mano, y más tranquila que nadie empezó a caminar adentrándose en el profundo bosque.

—Lyss, ¿qué demonios haces aquí? —me preguntó Eiliv desde la lejanía.

No estaba muy lejos. Podíamos hablar sin que toda la casa se percatara de que nos encontrábamos allí. Engla permanecía oculta, a mi espalda, hasta que decidió aparecer.

—Engla... —dijo anonadado.

—Te dije que la traería de vuelta.

—Oh, dioses... —escuché que decía Astrid al verme aparecer.

Engla y yo caminamos unos metros hasta llegar a la altura a la que se encontraba Eiliv, quien había estado vigilando el bosque por si volvía a aparecer. Parecía receloso al sentir mi presencia, confuso e incluso algo

molesto por verme.

—¡Lyss! —exclamó mi *amma* nada más verme. Astrid se lanzó a mis brazos, desesperada, incrédula e incluso confusa, pero aun así contenta—. Te sentía, pero no podía creerme que pudiera tenerte de nuevo conmigo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, igual que los míos. Anhelaba sentir su cuerpo unido al mío tanto como lo estaban nuestras almas, ver cómo en su rostro se dibujaba una enorme sonrisa que conseguía alegrarme el corazón y curar las heridas que aún estaban un poco abiertas.

—No me lo puedo creer —susurró aliviada.

—Pues créelo, *amma*, porque estoy aquí —le dije al oído.

—No te marches de nuevo, mi pequeña —me pidió—. Dioses... No dejéis que se marche, por favor —les rogó.

—Abuela, no he venido para quedarme —musité con pesar.

La mujer se apartó de mí, mirándome extrañada. Su gran sonrisa se disipó, convirtiéndose en una mueca llena de congoja.

—¿Por qué no?

Tomé sus manos con delicadeza para poder fijar mis ojos en los suyos y le hablé con la mayor sinceridad que pude:

—He hecho una promesa —le expliqué—. Siempre hay que arriesgar un bien menor por un bien mayor.

—No te entiendo, Lyss.

—Tranquila, ya me entenderás. —Besé una de sus mejillas a la vez que sentía cómo Engla cogía una de mis manos—. Será mejor que llevemos a esta pequeña con su madre. Lleva demasiado tiempo sin verla.

—¡Eh, ha venido Lyss! —escuché que exclamaba Stephen.

Vi cómo Jae aparecía tras uno de los grandes portones que cerraban la fortaleza. Me observó fulminándome con una sola mirada, suficiente como para intentar imponerse ante todos como la alfa del clan. Pero eso para mí ya no significaba nada. Ni siquiera Gunnr seguía siendo mi líder.

—¡Qué alegría! —exclamó Tyra. Se tiró encima de mí, haciendo que incluso tuviera que retroceder para no caerme al suelo con ella encima—. No me lo puedo creer —dijo, aún abrazada a mí.

—Pues créetelo. —Reí.

No podía ni siquiera imaginar cuánto había echado de menos a la joven Lettvalkyr. La gran conexión que tuvimos una vez seguía viva y brillaba con más fuerza de lo que brilló una vez.

—Te echaba mucho de menos —admitió la pelirroja.

—Yo también te he echado de menos.

—Eh, suéltala —escuché a Thrúd a su espalda—. Comparte un poco.

—*Systir*...

Aquella había sido la traición que más me había dolido. Mi propia hermana conocía la verdad de la gran mentira de los dioses, y durante eones no fue capaz de explicarme lo que estaba ocurriendo. Ella, con la que había compartido tanto..., tantas confidencias, miedos y preocupaciones...

Sin pensarlo, cuando Tyra se apartó de mis brazos, se lanzó, ocupando el lugar que dejaba la valkyr. Me abrazó con fuerza. Pude sentir su arrepentimiento, su terror a perderme y la ansiedad por el tiempo que había permanecido desaparecida.

—Dioses... Pensé que te había pasado algo...

—No, estoy bien, tranquila —le contesté escueta.

Me aparté de sus brazos y me acerqué a Orn, que me observaba desde la lejanía, igual que lo hacía Jae, que se había colocado junto a él, pero sin ni siquiera cruzar una sola mirada.

—Hay algo de lo que os quiero hablar —les anuncié.

—Será mejor que entréis en la sala —dijo Jae.

Astrid asintió a la vez que tomaba una de mis manos y tiraba de mí hacia el interior del gran caserío. Me resistía a pensar que todo volvía a ser como antes, aunque, en realidad, era lo que más deseaba: volver a la normalidad.

Todos estaban alegres; todos salvo ella. Thrúd parecía triste, arrepentida y dolida por lo que acababa de pasar. No iba a perdonar tan fácilmente su traición. El resto no eran «nada», pero ella era mi hermana, y no había sido capaz de oponerse a los dioses para ayudarme.

—Lyss, no pudimos hacer nada. Queríamos contártelo, pero en ningún momento los dioses nos lo permitieron —me dijo Thrúd con pesar.

—Siempre hay algo que se puede hacer —le contesté con dureza.

Todos habían alegado que no había otra opción, que los dioses tenían razones para hacer lo que hicieron, pero no era así. Siempre había dos vertientes de un mismo camino, dos opciones... Aunque, tal vez, la otra hubiera sido acabar con la vida de Ottar.

—Teníamos miedo a que hubiese represalias —añadió Gunnr.

—¿Y por miedo vas a dejar de hacer lo que crees justo, Gunnr?

Incluso ella, la más fría de todas las valkirias, estaba allí, en la reunión, excusándose por haberme herido junto al resto. La líder hizo una mueca, sabiendo que estaba en lo cierto. Por un momento, la rabia me controló, pero no quería que eso siguiera así. Debía hablar con ellos y trazar un plan.

—Lo siento tanto... —dijo Gunnr, abrazándome.

Sentí cómo mi corazón se hinchaba de valor y amor. Podía ver en sus ojos el arrepentimiento que los había acompañado desde que desaparecí aquella noche en el campo de batalla.

—Lo lamentamos mucho, Lyss —dijo Argus—. De verdad.

Asentí a la vez que dejaba que me guiaran hasta el interior de la sala de reuniones, donde les propondría un plan que no podrían rechazar. Todos entraron detrás de mí, incluso algunos de los Dökk, entre ellos Orn y Ulric. Fijé la mirada en ese último, que no hizo nada por desviar la suya cuando nuestros ojos se encontraron.

—Jokull —lo llamé en voz baja.

Astrid, que me escuchó, se dio la vuelta para mirarlo de arriba abajo. Ella también conocía su existencia, sabía quién había sido Jokull, pero no sabía

que los dioses le habían dado la forma de Ulric.

—¿Jokull? —preguntó ella.

—Astrid —la saludó.

Ambos se acercaron el uno al otro. Astrid parecía estupefacta ante lo que estaba ocurriendo. Era tanto lo que se escondía y lo que no sabíamos que era imposible no sorprenderse ante una noticia como aquella. A saber qué tenían los dioses escondidos en el Midgard sin que nadie se hubiera percatado de ello.

—No me puedo creer que alguien de aquella época pueda estar entre nosotros. Pensé que todos habíais muerto a causa de la vejez.

—Los dioses me encomendaron una tarea relacionada con Lyss, igual que lo hicieron contigo, Astrid.

—¡Por Freyja! No puedo creer lo que ven mis ojos. ¡Parece un engaño de Loki!

La alegría que vi en su mirada era tanta que no pude evitar sonreír. El dios de la trampa, del caos y el transformista, todos en uno, el más engatusador de los nueve reinos, era capaz de manipular a su antojo la mente de aquellos a los que visitaba, provocándoles visiones y haciéndoles creer lo que él quería.

—Me alegra mucho verte —dijo Jokull.

—A mí también me alegra. ¡Tenemos mucho de lo que hablar! —exclamó Astrid, quien estaba henchida de felicidad al haberse reencontrado con un gran viejo amigo.

Jae empezó a aplaudir, molesta. Negué con la cabeza y dejé ir una risotada. No me podía creer que volviera a hacerlo. Tan solo quería que le hicieran algo de caso, ya que la habían dejado completamente sola.

—Esto no es una reunión de viejos compañeros —dijo en voz alta—. Estamos aquí para detener a esos malditos elfos y saber qué demonios quiere Lyss, ahora que ha vuelto.

Me giré para mirarla, con mala cara. Nunca me había gustado aquella mujer, y aún seguía sin hacerlo. Es más, cada vez sentía más inquina hacia ella. Alcé una de mis cejas cuando vi cómo me miraba y carraspeé.

—Perdona, querida, pero no es qué quiero o qué no quiero, sino qué puedo hacer por vosotros para salvaros el culo cuando ni vuestros propios dioses lo hacen —le espeté enfadada—. Así que siéntate, deja de molestar y presta atención.

Les conté todo lo que había visto durante mi estancia junto a los elfos

oscuros, cómo se comportaban y cómo funcionaba su jerarquía, todo. No sabía si estaba acertando con lo que estaba haciendo, pero necesitaba a alguien que me ayudara a combatir lo que estaban planeando. Para ello debería descubrir cuándo atacarían y cómo podríamos evitar la llegada del ocaso, del Ragnarök.

—¿Te estás volviendo loca? —me increpó Jae.

—No, ¿y tú? —la encaré—. ¿Es que hay algo que escondes y que no quieres que sepamos? —le espeté, mirándola directamente a los ojos. Intentó fulminarme con un solo vistazo, a lo que respondí alzando una de mis cejas. No dejaría que ni ella ni nadie estuvieran por encima de mí—. Será mejor que te calles —le espeté sin esperar a que respondiera.

—Sí, Jae, mejor mantente a un lado —intervino Orn.

Vi cómo Dyre, su mujer, lo miraba asombrada, sin creerse del todo lo que había dicho su marido. Ulric —o, mejor dicho, Jokull— había permanecido en pie, observando a todos los que nos encontrábamos en la gran sala, vigilando que nada ocurriera, pero siempre cerca de Astrid.

Recordaba cómo Jokull había hablado de ella durante años como si fuera un hermoso ángel, un ser lleno de bondad y luz, cosa que era. Astrid había demostrado ser de las mejores personas que jamás había conocido y conocería. Los dioses no sabían lo que tenían, pero hirieron a la mujer que nunca debería haber sido herida. Suficiente había sufrido con la pérdida de padre y del abuelo.

—Orn —gruñó Eiliv por lo bajini.

Había cambiado tanto desde que me marché... Parecía más duro, arrogante, e incluso en ciertos momentos parecía apático con la vida y con lo que lo rodeaba. Me apenaba verlo así, pero por primera vez en mi vida había sido yo quien había decidido mi futuro y mi camino, y no me arrepentiría por ello.

—Los elfos están capacitados para acabar con cualquiera. Son peligrosos, y algo me dice que tienen un gran ejército a sus espaldas que aún no han mostrado, igual que, imagino, tendrán uno de *draugrs*, como el que acompaña siempre a Skule, una de las generales —les expliqué.

—Cuidado —murmuró Engla en voz baja.

La niña aún permanecía en los brazos de Elin, quien la sujetaba como si tuviera un tesoro y no quisiera que nadie se lo arrebatará. Y así era. La pequeña era una importante baza con la que contábamos y que los elfos no

querían que tuviéramos.

Las alarmas empezaron a sonar como si de un incendio se tratar. Las luces se tornaron rojas y apenas se podía ver nada, hasta que algo rompió el gran portón de la entrada y las puertas de la casa. Pude escuchar sus pasos, cómo arrastraba algo, hasta que su sombra se detuvo frente a la sala.

—Será mejor que me la devolváis y así nadie sufrirá las consecuencias — dijo Ottar, irrumpiendo en el gran caserío y sujetando a Tyra por el cuello.

En sus ojos pude ver la ira que corroía sus venas, cómo el más profundo elfo oscuro había salido para atacar al poblado. Su piel se había oscurecido, volviéndose sucia, como si, por debajo, todo su cuerpo se hubiera podrido por el odio que lo invadía. Una enorme sonrisa de medio lado se dibujó en su rostro cuando me vio. Estaba sentada en uno de los butacones, rodeada por los valkyr.

—Ottar... —susurré.

—Mi vikinga, será mejor que salgas de aquí ahora mismo —me advirtió.

—Me dejarán ir —le contesté.

Este desvió su mirada hacia la de Orn, y cuando se encontró con la de Ulric, dejó ir una sonora carcajada que llenó la sala. Mi corazón se desbocó al ver cómo este movía una de sus manos hacia su cinturón, de donde colgaban un par de hachas. Eran como las que solía usar. Si Jokull lo atacaba, Ottar no dudaría ni un solo segundo en degollar a Tyra para lanzarse a por él y terminar lo que no acabó en el poblado de los Dökk.

—Tío... —susurré.

Me miró, cerró los ojos y cogió aire, calmando el fuego interno que le gritaba que matara al elfo que tenía frente a él.

—Patético —murmuró—. Tuve la oportunidad de matarte una vez. No dejes que vuelva a ocurrir, porque en la próxima no tendré tanta bondad para ti.

—¿Cómo? —preguntó Orn.

—Lyss —gruñó Ottar al ver que aún no me había movido.

—Cálmate, *Hrafn* —le pedí con dulzura.

Sus ojos, prácticamente inyectados en sangre, se posaron sobre los míos. Tenía la mandíbula tan apretada que incluso las venas de sus sienes se remarcaban. Estaba muy muy enfadado.

—Suelta a Tyra —le rogué—. Nos iremos ahora mismo, pero suéltala.

60

—¿Qué demonios hacías ahí dentro con esa panda de malnacidos?! — exclamó al entrar en el caserío, hecho una furia.

Había permanecido en silencio las más de dos horas de camino en las solo había sabido revolucionar el vehículo, igual que lo estaba él. Podía ver la cólera corriendo por sus venas, tomando el control de su cuerpo y su mente, nublándole los sentidos.

—Yo... —intenté hablar.

—¡Tú nada! —gruñó exasperado—. ¡No puedo creer lo que he visto!

De su hombro derecho colgaba el gran arco que siempre lo había acompañado, el que usaba desde que nos conocimos. El carcaj, la funda de las flechas, colgaba al otro lado, moviéndose en su espalda a cada paso que daba.

—No has visto nada —contesté—. ¡Nada! —alcé la voz.

Se volvió hacia mí con el ceño fruncido y la mandíbula apretada, tanto que incluso parecía que los dientes iban a acabar saltándosele. Caminó hacia donde me encontraba como si fuera una auténtica bestia. Estaba completamente ido. No era el mismo Ottar que se había preocupado por Moa y por mí. Volvía a ser el elfo sanguinario, cruel y déspota que me encontré al descender al Midgard.

—¿Qué se supone que estaba haciendo, Ottar? —le pregunté desafiante—. ¡¿Qué?! —grité.

Dejó ir un gruñido tan fuerte como el de un oso furioso y tan aterrador como el grito que dio Ymir, el primer gigante de hielo, cuando Odín y sus hermanos Vili y Ve lo mataron para crear el Midgard.

—¡Pensabas quedarte con ellos! —exclamó—. Te dije tres horas, ¡tres!

—Jamás habría llegado a la casa en tres horas.

Di un paso atrás cuando lo tuve más cerca, hasta que mi espalda chocó contra uno de los desgastados muros que rodeaban la casa. Cogí aire a la vez que él acercaba su rostro al mío. Giré la cabeza hacia la derecha, apartando la mirada de la suya y aguantando las ganas que tenía de abrasarle la piel. Ottar era capaz de hacerme sentir paz y a los dos segundos sentir un profundo enfado.

—Te prometí que volvería, y eso iba a hacer.

—¿Cuándo?

—Cuando terminara con lo que estaba haciendo. ¡Tú no eres nadie para controlarme así!

Le dije que no una y otra vez. No dejaría que me volviera a dominar, no dejaría que fuera él quien decidiera qué pasos debía dar. ¡No!

—¡Eres mi mujer! —vociferó.

—Soy libre, no tu mujer —le respondí ofendida. Con un rápido gesto, golpeó el duro muro, haciendo que temblara, igual que lo hacía mi cuerpo al sentir su rabia—. No soy nada tuyo, Ottar. Lo fui tiempo atrás y mi corazón sigue amándote, pero... —Mi voz se apagó—. Yo no puedo quererte siendo como eres.

—Claro que puedes, lo has hecho cientos de veces —contestó casi suplicando.

Cerré los ojos al notar que volvía a separar la mano ensangrentada de la pared, creyendo que habría otro golpe más.

—No, Ottar.

—¿Crees que alguien va a poder amarte, Lyss? —me preguntó con crueldad—. Eres una humana con complejo de valquiria —resopló—, un ser híbrido que no pertenece a ninguno de los reinos, un alma perdida a la que ligaron un espíritu errante como el mío. —Fijó su mirada en la mía, haciendo que todo mi vello se erizara. Cada vez sentía más ganas de ahogarlo, de que la piel se le cayera a trozos por todas las palabras que habían salido de su maldita boca—. Tus propios dioses te condenaron antes incluso de ser conscientes de lo que ocurriría. Esas malditas nornas hilaron nuestro destino, y jamás se deshilará.

Negué una y otra vez. Me negaba a tener que estar con alguien a quien realmente no correspondía. Amaba a Ottar, era cierto, pero tan solo a la parte bondadosa que había en él. Su naturaleza le impedía dejar que el resto la viera, pero conmigo era totalmente distinto, hasta que su mente se nublaba y tan solo el elfo oscuro aparecía para arrasarlo con todo lo bueno que había hecho el otro.

—Jamás encontrarás a nadie, pequeña. —Sonrió con maldad—. No puedes huir de mí, mi reina.

—No seré nunca tu reina, Ottar —gruñí—. Yo soy reina de mi propio reino, y ya es hora de que lo asimiles.

Dejó ir un poderoso grito que inundó todos los confines del bosque, haciendo que incluso los pocos pájaros que había cerca de nosotros salieran

volando, huyendo de la furia del elfo. La calma que tuvo durante apenas unos segundos desapareció, dando paso al enfado más grande de la historia.

Una de sus manos voló hacia mi cuello, haciendo que ni siquiera el aire pudiera llegar a mis pulmones con la suficiente frecuencia como para poder respirar con tranquilidad. Cogí una bocanada; no dejaría que aquello ocurriera. Forcejeé, intentando zafarme de sus manos, pero me sujetaba con tanta fuerza que no lograba apartarlo.

—Será mejor que no te muevas —gruñó, enseñando los dientes como lo haría un lobo enfurecido. Porque así estaba él: totalmente encolerizado.

Negué con la cabeza. Estaba segura de que acabaría soltándome antes de lo que le hubiera gustado. Dejé que las pequeñas hebras de luz empezaran a recorrer mi cuerpo. Sin embargo, por alguna razón, ninguna de ellas era capaz de herir su piel. Hice una mueca. Su rabia cada vez iba a más, tanto que su piel se oscureció, como había ocurrido en el poblado de los valkyr.

—¡Te he dicho que no te muevas!

Era imposible no hacerlo. El aire cada vez entraba con menos frecuencia y en menos cantidad, por lo que acabaría quedando inconsciente como no me deshiciera de sus fuertes manos.

—Si quieres guerra, tendrás guerra, valkiria —me susurró al oído—. No habrá nada que te separe de mí.

Su boca se posó sobre mi clavícula, provocando que un fuerte escalofrío recorriera todo mi cuerpo, hasta que sus dientes se hundieron en mi piel. Pude sentir el veneno, cómo la toxicidad que tenían esos malditos seres empezaba a recorrer mi sangre, esparciéndose por todos lados, debilitándome. Pensé que no era más que un cuento para niños, que nada de eso era cierto, pero me equivocaba.

—¿Qué has hecho, Ottar? —le pregunté sin apenas fuerza.

Cuando vio lo que estaba ocurriendo, sin ser plenamente consciente de lo que conllevaba un mordisco así de un elfo, dejó de sujetarme por el cuello. Mis piernas apenas podían aguantarme en pie, por lo que acabé desplomándome, sintiendo que mis párpados iban cerrándose.

—Lyss... —susurró.

Luché para que mis ojos no se cerraran, para ver cómo su expresión cambiaba del enfado al terror. Su piel se volvió clara como había sido siempre y su mirada se llenó de arrepentimiento. Pero de nada sirvió aquello. El veneno estaba en mi cuerpo, y su efecto sería inmediato.

Moa

—¡Moa! —escuché que me llamaba Ottar.

En su voz había urgencia, auténtico pánico. Oí un fuerte ruido de madera, por lo que no lo dudé. Salí de mis aposentos tan rápido como pude, hasta que lo vi aparecer en la planta baja con el cuerpo de Lyss entre sus brazos, completamente inerte. Durante unos segundos todo mi ser se detuvo, quedando petrificando ante lo que veía.

—¿Qué has hecho, niño? —le pregunté.

—Moa... —me dijo con los ojos encharcados en lágrimas, roto por completo.

«Por los dioses...», me dije a mí misma. Vi que subió las escaleras de tres en tres y de cuatro en cuatro, intentando llegar a mí con la mayor rapidez posible. La joven yacía aún sujeta sin apenas respirar, con los ojos cerrados. Parecía estar muerta. Por suerte, pude ver por su energía que todavía quedaba un halo de luz que la rodeaba, pero era tan débil que no sabía si llegaría a sobrevivir.

61

Moa

—¿Qué le has hecho, Ottar?

—Yo... Lyss...

—Tranquilo, piensa con claridad.

—Estábamos discutiendo. Ella... Joder, ella se negaba a ocupar el sitio que le pertenece. No quiere amarme.

—No puedes obligar a nadie a que te quiera, Ottar —le dije a la vez que acariciaba el rostro de la joven.

No reaccionaba a nada de lo que le hacía, hasta que vi cómo el jersey que llevaba empezó a chorrear sangre. Las pequeñas gotas rojizas empapaban la alfombra, tiñéndola del oscuro tono.

—Ottar... —le dije en voz baja—. Por los dioses y los nueve reinos... —murmuré—. ¿Sabes lo que has hecho?

—Se me ha ido de las manos, Moa... —lloriqueó—. Joder... ¡Joder! —exclamó—. Necesito que me ayudes, por favor... Necesito que la sanes, que le saques ese maldito veneno.

Por primera vez en eones vi al pequeño Ottar, al joven que se enamoró de la chiquilla pelirroja de padres vikingos, líderes del territorio, esa muchacha que consiguió volverlo completamente loco, enamorándolo hasta los confines, y por la que después sufrió como jamás lo había hecho con su pérdida.

Podía recordar todas y cada una de las noches en las que lloró en mi falda, con el alma partida. Había amado a aquella mujer como jamás había querido a nadie. Ella había sido la única que lo había aceptado tal y como era, como antiguamente era. Pero allí la tenía, inconsciente, luchando entre la vida y la muerte.

—Si no la ayudas, morirá... —susurró sin fuerzas y con el corazón roto.

—Llévala a su habitación. Me reuniré contigo en unos minutos, ¿de acuerdo? —le aseguré.

—Sí, Moa.

Debía extraer el veneno que aún permanecía en la herida, contrarrestar el que ya corría por sus venas y provocar un fuerte choque que acelerara su

corazón para que así su cuerpo limpiara la sangre repartiendo el antídoto. No sabía si surgiría efecto, pero tenía que intentarlo. Esa joven valquiria no podía morir en aquel oscuro lugar. Y lo peor de todo era que, si la perdíamos, Ottar moriría con ella.

Recorrí el pasillo, dejándolos atrás. Debía apremiarme, o todo aquello no serviría de nada; ni siquiera podría tratar de salvarla. Cuando fui a girar en dirección a mis aposentos, alguien me sujetó por el brazo con fuerza. Cogí aire. No necesitaba girarme para saber quién era.

—¿Dónde te crees que vas? —me preguntó.

—Grimm, será mejor que me dejes, o tu pieza clave se desvanecerá, igual que tu hijo.

—¿De qué coño hablas?

—Aparta y no tendré que darte explicaciones —protesté—. Deja de hacerme perder el tiempo.

Me deshice de sus manos y seguí mi camino, aunque no por mucho tiempo. El líder me persiguió hasta que llegamos a la entrada de mis aposentos. Fue entonces cuando de un empujón me hizo entrar, tirándome al suelo.

—No oses volver a hablarme así.

—¿O qué? —le espeté—. ¿Vas a volver a intentar matarme, Grimm? —le pregunté sin miedo—. ¿Vas a hacerlo?

Apretó la mandíbula, se agachó colocándose sobre mí y me agarró por el cuello, impidiéndome respirar.

—No necesito hacerlo. Te haré tantas cosas que incluso lo desearás, Moa —gruñó contra mi oído—. Estarás muerta en vida, estúpida elfo.

Dejé ir un profundo grito, activando así el poder dormido con el que contábamos los elfos de la luz. Como si de una onda expansiva se tratara, acabó chocando contra la pared de la entrada.

—Tal vez seas tú quien desee no haberme encontrado jamás —siseé.

Me miró rabioso, pero ya nada me importaba. Lo único que quería era salvar a Lyss. Ella era la elegida para terminar con aquel enfrentamiento que había durado eones. Liberaría a los reprimidos, a aquellos que habían permanecido ocultos.

Cerré los ojos, tomé las manos de la joven valquiria y rebusqué en su interior, intentando ponerme en contacto con alguien de confianza a quien avisar del estado de Lyss. Le había pedido a Ottar que se marchara, ya que

necesitaba estar sola con ella. Sus recuerdos eran tan confusos que empezaba a sentirme mareada. Había muchísima gente en ellos: los valkyr, que la habían acogido, y una joven..., una joven llamada Liv, a quien conoció tras su marcha en busca de Ottar. Entonces apareció una mujer de rostro amable, rasgos dulces y cabellos dorados como el sol. Astrid, su abuela, era sangre de su sangre, la única persona que conservaba de aquella época, además de Ottar.

—Astrid —la llamé.

Ella misma, con su alta recepción mental y toda su fuerza, me trasladó hasta una sala blanca bastante amplia, de la cual no podía ver el final, en la que había dos butacones. Me senté en uno de ellos, aguardando a su llegada, aunque algo me decía que no tardaría mucho.

—¿Quién eres? —me preguntó con el rostro serio.

—Mi nombre es Moa. Soy una elfo de la luz que vive recluida con los elfos oscuros.

Le expliqué todo lo que había estado ocurriendo y cómo Lyss había cuidado de mí durante el tiempo en el que no pude hacerlo por mí misma tras las torturas a las que me habían sometido aquellos salvajes.

—Dioses... Mi pobre niña —susurró con los ojos encharcados en lágrimas.

Tomé sus manos entre las mías, mostrándole lo que tenía frente a mí, cómo la pobre descansaba bajo las mantas en la acolchada cama como si estuviera entre las nubes.

—¿Dónde está? —me preguntó—. ¿Quién le ha hecho eso?

—Ha sido Ottar, en un ataque de rabia.

—Sabía que ese maldito no iba a hacerle nada bueno... —contestó con pesar.

—Jamás le había hecho nada, pero estuvieron discutiendo... Ambos se dijeron lo que pensaban y se les fue de las manos. —Suspiré—. Debéis venir a buscarla. Organizad una partida hasta Hardangervidda. Sigue mi energía, Astrid, y la encontraréis.

—Lo haré. Reuniré a los guerreros valkyr para que nos ayuden a rescatarla de las zarpas de ese malnacido.

—No volverá a hacerle daño, te lo aseguro.

Astrid asintió varias veces antes de desaparecer de la gran sala.

Lyss

Desperté horas después, o lo que yo creía que habían sido horas. Me sentía tan cansada que ni siquiera era capaz de alzar los párpados a una velocidad normal. Había notado cómo el veneno corroía todo mi ser, carcomiendo lo que se encontraba a su paso. Sin embargo, por alguna razón seguía viva. Mi corazón había vuelto a latir.

Intenté sentarme, pero no podía porque me notaba dolorida y exhausta. Cada movimiento suponía un enorme suplicio que no estaba dispuesta a soportar. Miré hacia todos lados, y allí estaba él, dormido en el butacón que había junto a la ventana, enrollado en una manta y con carita de ángel. Verlo así le hacía parecer vulnerable, pero de eso no tenía nada. Empezó a moverse, por lo que volví a cerrar los ojos, esperando que no se diera cuenta de que estaba despierta.

Alguien tocó la puerta, salvándome de que pudiera ocurrir cualquier otra cosa. Estando en aquella situación de debilidad, me aterrorizaba la idea de que Ottar pudiera volver a mordirme e infectarme.

—Ottar —escuché que lo llamaba Moa—. Despierta.

Abrí un poco los ojos, lo suficiente como para poder apreciar entre las pestañas lo que estaba pasando. Hizo que se despertara, sacándolo de la habitación. Tras eso, cerró la puerta y se sentó en la cama.

—Ya puedes abrir los ojos.

—¿Cómo sigo viva? —le pregunté—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Alto, valkiria —me dijo—. Poco a poco... Dame tu mano, por favor.

Obedecí. Con un rápido movimiento, pinchó uno de mis dedos con una aguja, se llevó la sangre que salió de ella a la boca y cerró los ojos. Segundos después, una sonrisa se le dibujó de oreja a oreja.

—Parece que el veneno va desapareciendo. Todavía hay parte de él en ti —me explicó—. Te sientes débil, ¿verdad?

—Así es —le contesté a la vez que asentía.

—Pues ya sabes por qué. —Sonrió con tristeza—. No sabes cuánto lamento lo que ha hecho Ottar contigo... Cuando creyó que habías muerto, casi murió contigo, Lyss. Te ama demasiado, y hay veces que pierde el control.

—Pues su pérdida de control casi me cuesta la vida.

Su gesto se tornó más serio que minutos atrás. Ottar le importaba más de lo que parecía. Había pasado casi toda su vida con él, por lo que era imposible que no se sintiera vinculada con él. Era el único que la defendía y cuidaba frente al resto de elfos, que tan solo querían manipularla y usarla a su antojo.

—Quiero que tengas algo. Sé que saldrás de esta y que cumplirás con la profecía de la völva. Serás una pieza clave en el Ragnarök, pero necesitarás ayuda.

—¿Ayuda?

—Así es. Cuando llegue el código, todo se desencadenará, pero no podrás hacerlo sola.

—Tengo a los valkyr.

—Ni siquiera con ellos será suficiente. —De uno de los bolsillos de su vestido sacó un pequeño trapo en el que había algo escondido—. Toma.

Al desenvolverlo, me encontré con un hermoso brazalete de plata con tres piedras escarlatas incrustadas en ellas, junto a dos radiantes cuervos tallados a cada uno de los extremos.

—Este es Skína, el brazalete de las sacerdotisas de la luz —me explicó—. Ellas te encontrarán y te ayudarán a reunirse con los elfos de la luz que permanecen ocultos.

—¿Hay elfos ocultos?

Asintió un par de veces. No me podía creer lo que estaba escuchando. No creía que pudieran haberlos exterminado a todos, pero no pensé que hubiese tantos como para ayudarnos.

—¿Voy a vivir? —pregunté, sintiendo que aquel dolor no desaparecía.

Llevaba algo más de un día en cama. El dolor aún permanecía en mi cuerpo; no tenía fuerza para nada y no era capaz ni siquiera de ponerme en pie. Moa había permanecido a mi lado desde entonces. No se había separado ni un solo minuto, igual que intentaba hacerlo en ocasiones Ottar.

No sentía miedo, pero sí recelo. No me fiaba de que pudiera volver a hacerlo en un arrebato de furia, y eso no me gustaba. Se suponía que nada de eso debía ocurrir, ni siquiera debería haber aparecido en el poblado de los valkyr, pero su ansia era tal que no podía controlarla.

Alguien tocó la puerta. Poco después se abrió y tras ella apareció el elfo, quien no hacía más que observarme con cara de pocos amigos. No parecía asustado; ni siquiera podía ver la preocupación que había en él cuando casi acabó con mi vida. Este se acercó a donde se encontraba Moa, le dijo algo al oído y, unos minutos más tarde, esta se puso en pie dirigiéndose hacia la entrada.

—Moa —la llamé antes de que desapareciera.

—¿Qué, niña?

—No te marches —le pedí, aunque aquello había sonado más a un ruego.

Me miró con tristeza, pero no tardó mucho en desviar la vista hacia el elfo, que no hacía más que escrutar mi mirada para intentar averiguar en qué pensaba.

—No te haré nada —me aseguró Ottar cuando esta hizo una mueca.

—No me fio de ti —le espeté, mirándolo directamente a los ojos. Eran tan profundos como penetrantes, pero a la vez fríos y distantes, como lo era su dueño, a quien nada le importaba.

Moa desapareció. Por un momento, me sentí indefensa. Cogí aire y rebusqué bajo la almohada, rogando que allí estuviera mi *geirr*, la cual siempre guardaba. Pero no, nadie la había colocado allí, ni siquiera cerca de la mesilla de noche.

—No voy a volver a herirte, Lyss.

Se puso en pie, acercándose a la cama de la que no podía salir. Una vez más estaba a su merced, indefensa ante sus ataques o reproches, como lo había estado desde que llegué al Midgard, siempre sometida a su yugo, nunca a su lado, y mucho menos como la reina que quería que fuera.

—Ya lo has hecho cientos de veces. Al final, terminarás por cansarte —murmuré con desdén.

—No quería hacerlo...

—Claro que querías. Uno no le hinca el diente a cualquiera y por cualquier cosa —le rebatí.

—No pensé que pudiera afectarte así... Tú eres distinta a todos los demás. El veneno no debería dañarte —me explicó.

Por primera vez desde que lo había vuelto a ver podía divisar tristeza y arrepentimiento en él, aunque no hiciera más que justificarse con excusas absurdas que a mí no me servían de nada.

—Eras mi mujer... Jamás te había sentado así.

—Ah, ¿es que me lo hiciste varias veces en distintas ocasiones?

Asintió un par de veces, sin apartar la vista de la mía, serio, pero ligeramente afectado por lo ocurrido.

—Claro que lo hice.

—¿Qué reacción provoca en ti? —le pregunté, haciendo acopio de todas mis fuerzas.

Este hizo una mueca desviando la vista hacia el suelo. Se pasó una mano por el rostro, acabando en su largo cabello, el cual habían trenzado dejándolo completamente pegado a su cabeza, igual que lo llevaría un auténtico vikingo.

—En algunas ocasiones, era simplemente para liberarme. La rabia hablaba por mí y no era capaz de contenerla. No quería hacerte daño.

En cierto modo, no podía sentir más dolor del que ya sentía, pero, aun hiriéndome, llegaba a fascinarme a unos límites que ni siquiera era capaz de comprender. A pesar de todo, del mal que había conllevado conocerlo y del daño físico y mental que había sufrido, lo olvidaba todo cuando me fijaba en cada uno de sus rasgos y gestos.

—Responde, Ottar —le insistí.

—Solo siento liberación, Lyss, sea la que sea.

—Yo siento liberación haciendo otras cosas, y no las hago —murmuré sin ganas.

Se acercó a donde estaba, esta vez seguro de lo que estaba a punto de hacer. Podía verlo en sus ojos azabaches, en cómo brillaban ante la idea que acababa de tener. Se sentó en la cama, junto a mí, a la vez que sacaba mi *geirr* de la parte trasera de su pantalón.

—Desahógate, valkiria —me pidió—. Hiéreme. Hazlo cientos de veces si lo deseas. Rómpeme, quémame, desángrame... —murmuró—. Pero perdóname...

Cogí la *geirr* entre mis manos. Durante unos segundos me pensé lo que estaba diciendo: herirlo una y otra vez hasta que el dolor que aún había en mi interior se desvaneciera para quedar libre y así poder amar de nuevo.

—Hazlo —insistió.

Cogí aire. Ni siquiera tenía fuerza para ello. Me dolía todo el cuerpo. ¿Cómo iba a poder herirlo? Negué con la cabeza. Allí no se derramaría ni una sola gota más de sangre; no por mi parte. Ya tenía las manos suficientemente manchadas de sangre oscura como para seguir haciéndolo sin razón alguna.

—Lyss —susurró—. Te lo ruego, te lo ruego una y otra vez. Si hace falta, me arrodillaré ante ti, pero necesito tu perdón... Cuando vi cómo la vida se apagaba en ti, quise ser yo quien ocupara tu lugar, quien se estuviera consumiendo por el veneno...

—Pero eso ya no sirve de nada, Ottar. No hay lugar para las lamentaciones.

—Si no me perdonas, si te marchas o si simplemente decides que no hay nada por lo que luchar, parte de mí morirá con tu decisión —me dijo en voz baja.

—¿Es que no te escuchas? —le pregunté—. Solo hablas de ti, de lo que pasará contigo si yo desaparezco de nuevo, de cómo te arrepentirás toda tu vida por haberme envenenado... —le espeté, intentando ser lo más sincera posible—. Algo me dice que eres más importante para ti mismo que lo que lo soy yo.

—He vivido durante eones con tu ausencia, martirizándome por haberte dejado escapar. Pensé que habías muerto... Pero ahora necesito la redención, mi vikinga —me dijo acongojado.

Tenía los ojos inundados de lágrimas. Ni siquiera osaba parpadear con tal de que no viera su fragilidad hecha materia.

—Será mejor que te marches, Ottar... Hablaremos de esto cuando esté en mi sano juicio. Ahora mismo no tengo ganas de seguir discutiendo contigo.

—Pero... —intentó volver a hablar.

—Te lo ruego, Ottar. No tengo fuerzas para seguir hablando de esto.

Se puso en pie, asintió un par de veces sin ganas de nada y se dirigió hacia la puerta. Era hora de volver a descansar, aunque tan solo fuese descansar de

su absorbente presencia. Me hacía sentir tan confusa a veces que me temía que en algún momento pudiera llegar a cambiar mi parecer.

Durante un par de horas permanecí sola, en silencio, descansando a ratos y lo poco que mi cuerpo podía, ya que había momentos en los que el dolor se hacía insoportable, consiguiendo que incluso llegara a despertarme cuando mis ojos ya se habían cerrado intentando olvidarse de todo lo que los rodeaba.

Moa tocó la puerta, esperando a que fuese yo quien le diera pie a entrar.

—Adelante.

Esta apareció con una media sonrisa dibujada en los labios. Hacía tiempo que no la veía así, pero, por algún motivo que desconocía, aquel era un momento para volver a sonreír, o eso parecía.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó.

—El dolor cada vez se hace más fuerte... —murmuré.

—Es normal, son las consecuencias del veneno. Por suerte para ti, se te retiró lo suficientemente rápido como para frenar los efectos que podrían ser letales.

Volvió a hacer un gesto similar a una sonrisa, pero poco después suspiró a la vez que tomaba mis manos entre las suyas y las miraba con detenimiento. Su energía parecía distinta, blanca, en calma, por lo que me supuse que algo había cambiado allí fuera como para que estuviera así.

—Lyss, hay algo que necesito que sepas.

—¿El qué? —le pregunté confusa.

En aquel lugar había demasiados secretos que todavía se me escapaban de las manos y de mi mente. Algo me decía que todo aquello no había hecho más que empezar, que llegaría un momento en el que habría deseado no descender al Midgard y olvidarme de lo que allí había ocurrido.

—Quiero confesarte algo..., antes de que sea demasiado tarde.

63

Permaneció durante unos minutos en silencio, cosa que no hacía más que enervar mi nerviosismo. Cada vez tenía más ganas de saber qué demonios tenía que explicarme y qué era tan importante.

—¿Y?

Cogió aire, bajó la mirada, y al alzarla asintió, como si quisiera anunciar que iba a empezar a hablar en aquel preciso instante:

—Ottar realmente no es un elfo oscuro puro —me dijo en voz baja.

—¿Y entonces qué demonios es?

—Un híbrido —me contestó.

No podía dejar de darle vueltas a lo que me estaba diciendo. Por eso Ottar tenía parte de bondad en él, porque no era puro como Grimm o Skule. Por esa misma razón, el veneno no había sido fulminante... Por eso logré enamorarme de él.

—Ottar es mi hijo.

—¡¿Qué?! —exclamé, sin saber qué más decir.

Mi corazón dejó de latir durante unos minutos, helando mi sangre y desencajando mi mandíbula. Todo empezaba a tomar forma. Por eso Moa había decidido quedarse en el momento en el que le ofrecí mi ayuda para marcharse, por eso siempre estaba con él para cuidarlo... «Madre mía», me dije. Aún no era capaz de reaccionar a lo que acababa de decirme.

—Repite lo que has dicho —le pedí.

Necesitaba volver a escucharlo para cerciorarme de que no me estaba volviendo loca a causa del veneno y el estrés.

—Yo soy la madre de Ottar.

Cogí aire, tratando de digerir lo que estaba sintiendo en aquel momento. No podía creerme lo que estaba diciéndome, aunque sabía que era cierto. Ella jamás me mentiría, y mucho menos con algo así.

—Pero... ¿él lo sabe?

Negó con la cabeza haciendo una mueca llena de tristeza. Sentí su dolor en mi corazón. Pensar en la de años que había estado a su lado sin poder decirle quién era de verdad debía haber sido muy duro, tanto que lo mío no era más que un granito de arena con el que no era capaz de formar la gran montaña que ella había vivido.

—Dioses... —musité.

—No puedes contárselo, Lyss.

—Sabía que había algo de bondad en él, pero no entendía por qué —le expliqué—. Pero ahora sí, Moa. Todo cuadra, todo cobra sentido.

—Lyss, Lyss —me llamó.

Dejé de hablar en el momento en el que sus ojos reflejaron miedo. Si alguien se enteraba de que Ottar no era realmente un elfo puro, minaría su imagen como futuro rey del gran ejército. Nadie le tomaría en cuenta y, lo que era peor, se sentiría tan engañado que ni siquiera yo podría pararlo.

—Prométeme que jamás se lo contarás.

Cerré los ojos a la vez que cogía aire. ¿Cómo demonios se suponía que debía quedarme callada? Era una de las grandes noticias que había escuchado desde que llegué; tal vez la mejor de todas.

—Lo prometo —le dije, acariciando con delicadeza sus manos.

—Gracias, Lyss... —Me abrazó con ternura—. Gracias.

—Por eso te niegas a marcharte de aquí, ¿verdad?

La mujer asintió con pena, resignada a la vida que creía que le había tocado vivir o que las nornas le habían deparado. Pero estaba más que demostrado que no era así.

—Dónde esté él, estará mi hogar, valkiria. No puedo dejar que el maldito de su padre le haga daño, y eso tan solo ocurrirá si sigo a su lado.

—¿Por qué Grimm quiere que estés aquí?

—Por venganza, supongo.

No me cabía en la cabeza que una mujer tan bondadosa como Moa hubiese podido tener un hijo con semejante bárbaro como era Grimm. Había conocido y visto a gente mala, pero él era una de las peores.

—No quiero ni pensar en todo lo que has pasado estando aquí, Moa.

—No ha sido nada comparado con el dolor que siento cada vez que veo a mi niño y no puedo gritar a los mil vientos que es fruto de mí.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Por primera vez en mucho vi cómo se sentía aliviada, tanto que el mal que la corroía empezó a salir en forma de amargas gotas que liberarían la carga que había soportado durante tantos años.

—Lo siento tanto, Moa...

—No debes lamentar nada, valkiria. —Sonrió con tristeza—. Son cosas que ocurren... Las nornas...

—Pero, Moa —dije en voz baja—, ¿cómo te enamoraste de un ser como

Grimm?

—No lo hice —admitió con pesar.

—¿Entonces? —le pregunté confusa.

—Los elfos llegaron comandados por Grimm al poblado en el que vivía junto a mi clan. Algunos de ellos consiguieron escapar, pero a mí... —Su voz se desvaneció—. A mí me cogieron por sorpresa y no pude hacer nada por escapar. Tan solo pude salvar a mi primera hija.

—¿Tienes otra hija? —me sorprendí.

—Tenía. Ahora mismo ya no sé si sigue viva o no. Solo espero que lograra marcharse y encontrar al resto —me dijo con pesar—. Mis sobrinos perdieron la vida aquel día a manos de los sabios. Eran la mano derecha de Grimm... —me explicó, llena de dolor—. Él ordenó matar a todo aquel que se resistiera, a todos los que consiguieran coger, pero los elfos de la luz somos más listos que ellos —sentenció—. Sabíamos que aquello podía ocurrir, por lo que estábamos preparados, en cierta medida. —Escuché cada una de sus palabras hasta que no pudo continuar hablando. Cogió aire, cerró los ojos y prosiguió—: Al parecer, ni aun estando preparados fue suficiente.

Me abracé a ella como lo haría con mi propia madre. Solo de imaginar la tortura por la que había estado pasando me dolía el alma. Por suerte, ya tenía a alguien con quien poder hablar de ello sin miedo a que la delataran.

—Gracias por escucharme —murmuró.

—No hay nada que agradecer, Moa... Te debo la vida. Es lo mínimo que podía hacer. —Sonreí, apartándome de sus brazos—. Además, lo hago encantada.

—Hay algo más que debo contarte. Esto no ha terminado.

—¿Algo más? —le pregunté.

Entonces, un fuerte estruendo resonó en todo el bosque, haciendo que la casa temblara. Ambas nos miramos asustadas. De la pared de mi habitación salió toda la tierra y el polvo que no se sujetaba. Las vigas del techo se tambalearon, igual que lo hizo mi lecho.

Eiliv

Todo estaba preparado. Habíamos dado el primer golpe. Sus paredes parecían más fuertes de lo que creíamos, pero no nos marcharíamos de aquel repugnante lugar sin llevarnos con nosotros a Lyss. Miré a Tyra, quien

sujetaba con fuerza un pequeño puñal en la mano derecha. Estaba preparada para entrar y arrasar con aquello que se topara en su camino. A mi izquierda estaba Ulric, con cara de pocos amigos, con su *berserker*¹⁹ interior aullando por sacar de allí a su sobrina. Era un guerrero inmortal traído desde la mismísima era vikinga.

—¿Estáis preparados? —preguntó Orn desde las alturas.

Todos alzaron sus armas y puños, deseosos de arrasar con todos los que se encontraran en la casa. Esos malditos elfos debían morir, pagar por cada una de sus ofensas y por las vidas que habían arrebatado. No dejaríamos ni uno solo en pie.

—¡Vamos! —gruñó Ulric, tomando el mando.

Podía ver como se movía, cada uno de sus gestos, como observaba a los elfos oscuros, imbatible. Era una bestia recluida en el cuerpo de un valkyr, su mirada había cambiado, se había vuelto la de un salvaje lobo preparado para cazar a cualquiera que le impidiera llevar a cabo su cometido.

Tyra me lanzó una última mirada. No éramos muchos, pero sí suficientes como para sacar a Lyss de la habitación en la que estaba encerrada. Necesitábamos llevárnosla de allí antes de que aquel maldito elfo acabara con su vida, o sería demasiado tarde para las lamentaciones. Lyss era demasiado importante para el Ragnarök y para nosotros como para permitir que algo malo pudiera ocurrirle. Jamás me lo perdonaría. Cogí aire, negué con la cabeza y seguí a la joven pelirroja, quien se adentraba en el caserío tras los más grandes guerreros de los valkyr.

Corrí por el interior de la casa con el resto. Nos habíamos dividido en varios grupos. Nunca debíamos permanecer solos, o esos malnacidos conseguirían acabar con nosotros antes de que pudiéramos darnos cuenta. Ulric, Stephen y yo nos quedamos en la planta baja mientras el resto se dispersaba por la casa.

Nos adentramos en un largo pasillo en el que había tan solo dos puertas. Me fijé en el suelo. Había varias manchas de sangre, pequeñas gotas que ya casi estaban difuminadas en la moqueta. «Maldición», pensé para mis adentros. ¿Y si allí estaba Lyss? Cogí aire y, con toda la fuerza que pude, golpeé la puerta, pero de nada sirvió, hasta que fue Ulric quien imitó mi gesto, tirando abajo la entrada.

Mi corazón se detuvo. Aquel lugar era tan horrible que solo de pensar que allí había podido estar Lyss me revolvió el estómago. Al final del zulo vi un

colchón empapado de sangre, varias mantas en el suelo, gasas manchadas de líquido rojizo... Negué con la cabeza. ¡No! No podía ser. Lyss tenía que seguir viva.

—¡Lyss! —grité.

Necesitaba encontrarla; lo ansiaba casi tanto como respirar. No podía dejarla allí, no podía permitir que ese maldito elfo siguiera haciéndole daño como había hecho desde que llegó al Midgard.

—Cállate —gruñó Ulric.

Salimos de aquel lugar mientras Stephen intentaba entrar en la otra habitación, la cual se encontraba vacía. Cuando llegamos de nuevo al gran salón recibidor, nos encontramos con una joven elfo. Tenía el rostro magullado; no parecía gran cosa. El terror se dibujó en su mirada cuando vio aparecer a Ulric. Parecía una bestia salvaje. No podía apartar la vista de ella, de esos cabellos oscuros como la noche y de esos ojos claros como el día. Era totalmente lo opuesto a todo lo que había visto. Era tan hermosa... Parecía tan vulnerable e indefensa... Ni siquiera parecía un elfo oscuro. Debía ser de la luz, si no, no me explicaba aquella belleza.

—¿Quién eres? —me preguntó intranquila, sin apartar la mirada de la mía.

—¿Dónde está Lyss? —gruñó Ulric a mi espalda.

La muchacha dio un paso atrás, bajó la vista al suelo, y cuando la alzó, asintió lentamente como muestra de docilidad.

—Está en la primera planta, subiendo las escaleras en la parte izquierda —nos explicó—. Yo misma os guiaré.

Parecía segura de lo que estaba haciendo, aunque algo me decía que pronto se arrepentiría de ello. Los elfos oscuros eran rencorosos, vengativos y no tenían ni un ápice de benevolencia hacia nadie.

—¡Tyra, a la izquierda! —grité.

Ni siquiera pudimos acercarnos a la escalera cuando Ulric, con su gran agilidad y fuerza, escaló hacia el pasadizo que llevaba a la habitación de Lyss. No había tiempo que perder. Cuanto antes la encontráramos, antes nos podríamos marchar.

Lyss

Alguien había entrado en el gran caserío, y no eran precisamente elfos

oscuros, o eso deseaba. Si entraban sin que Ottar estuviera allí y en las condiciones en las que me encontraba, acabarían matándonos a ambas. Vi el terror en el rostro de Moa, quien se colocó frente a mí, protegiéndome de lo que pudiera entrar.

Sentía mi corazón latir con tanta fuerza que pensaba que se me iba a salir del pecho. Tenía miedo. Sí, por primera vez tuve miedo, terror a que pudieran hacerle algo a Moa, a que pudieran matarme a mí. Había tanto aún por descubrir...

Un fuerte golpe sonó contra la puerta y poco después esta se vino abajo, levantando una gran nube de polvo. «Es el fin...», me dije con los ojos llenos de lágrimas.

¹⁹ Eran guerreros vikingos que combatían semidesnudos, cubiertos de pieles

64

Tras la gran nube de polvo que se había creado al caer la puerta, Ulric apareció, con esa mirada de bestia que solo él tenía, con el semblante serio y el ceño fruncido, preparado para atacar a cualquiera y acabar con él si era necesario.

—Lyss...—murmuró Eiliv.

Después de él entró Eiliv, seguido de Tyra, hasta que un fuerte grito nos alertó a todos; era Mist. Algo estaba ocurriendo en la planta baja. Lo más seguro era que los elfos, alertados por todo el barullo, hubieran acudido a la casa. Miré asustada a Moa. Ella parecía en paz, preparada para lo que estaba a punto de suceder.

—¿Quién eres? —gruñó Ulric.

Moa lo miró de reojo, cogió aire y volvió a mirarme. Desvié la vista hacia mi tío, quien parecía un auténtico animal sin control. Su pecho subía y bajaba alterado y sus ojos no hacían más que escrutarlo todo para no perder detalle de nada.

—Es Moa, es una elfo de la luz, y ha cuidado de mí en todo momento.

—Soy la razón por la cual tú estás aquí, salvaje —le contestó.

—¿Cómo? —le pregunté confusa.

—Era lo que tenía que contarte, Lyss. —Tomó mis manos entre las suyas—. He sido yo quien ha alertado a Astrid de lo que estaba pasando, por eso han venido a buscarte.

—Pero tú... No debías hacer nada, lo tenía todo bajo control.

—Has estado a punto de morir. No lo iba a permitir.

Negué una y otra vez, cada vez más desorientada. El dolor se mezclaba con la confusión, dejándome aturdida, sin saber qué demonios decir ni hacer. Antes de que pudiera ponerme en pie, vi cómo Ulric se acercaba a nosotras, miraba a la hermosa Moa y me cogía en brazos.

—¿A dónde vamos? —le pregunté nerviosa.

—A casa, Lyss, nos volvemos a casa —me contestó Ulric.

—¡No! —grité cuando de un fuerte golpe mi tío destrozaba la ventana para automáticamente saltar por ella—. ¡Moa! —chillé—. ¡Moa!

La necesitaba conmigo. Después de lo que le había ocurrido, no podía abandonarla así. No... Jamás me perdonaría ser la causante de su muerte. Intenté moverme entre los fuertes brazos de Ulric, pero de nada sirvió.

—Prometí mantenerte con vida, y no voy a faltar a mi palabra —gruñó.

—¡Suéltame! —Lo golpeé como pude en el hombro—. ¡Moa! —repetí una y otra vez, sintiendo cómo mi garganta se desgastaba.

—Cállate, niña. No vas a hacer más que empeorarlo.

—Pero, Moa... Y Sigrún... —Sentí como las pequeñas lágrimas que se habían agolpado en mis ojos empezaban a empapar la camiseta de Ulric—. Por favor..., no me lleves. Deja que la vea por última vez —le rogué.

Este negó con la cabeza, rompiendo mi corazón en pedazos. No pude despedirme de mis padres, y ahora había vuelto a marcharme sin poder hacerlo de Moa y sin descubrir dónde tenían encerrada a Sigrún. Lloré desesperada entre sus brazos. Ya ni siquiera tenía fuerzas para seguir luchando para que me soltara.

—Lo siento tanto, Moa... —susurré.

Cerré los ojos. Las amargas lágrimas escaparon una tras otra, materializando el dolor que albergaba mi alma. Debían traerla conmigo. Necesitaba tenerla a mi lado, o ese maldito elfo, Grimm, acabaría con ella y tal vez con Ottar. No podía permitirlo, no después de conocer su verdadera identidad. Sabía que algo bueno había en él, y solo yo sería capaz de sacarlo.

—¡Ottar! —chillé con todas mis fuerzas. Si era cierto lo que Moa me había dicho, podría intentar sacar su bondad, cambiarle para que nos ayudara, para volver a amarlo como ya lo hacía mi corazón pero no mi mente—. ¡Hrafn! —lo llamé una vez más.

—Es mejor que te calles, o nos meteremos en un problema.

—Yo ya estoy metida en un problema, y no pienso dejar que lo echéis por tierra —siseé—. ¡Ottar! ¡Te necesito, Ottar! —alcé la voz.

—¡Nos vas a descubrir! —gruñó a la vez que tapaba mi boca con su gran mano.

Intenté zafarme de ella, pero de nada sirvió. Tenía demasiada fuerza como para que una muchacha como yo pudiera hacer nada en su contra. Tras nosotros aparecieron Eiliv, Orn y compañía, pero, por desgracia, ninguno de ellos cargaba con Moa, aunque sí con mi *geirr*.

—Jokull, te lo ruego —dije cuando conseguí deshacerme de su mano—. Por favor...

—Eres como tu madre —gruñó—. Igual de cabezota.

Lo miré. Si quería que me dejara volver, debía ablandar su corazón, pero algo me decía que Jokull hacía demasiado que no tenía. Se había convertido

en un hombre huraño, muy suyo y que apenas se relacionaba con el resto, o eso había podido ver durante mi estancia con Tyra en el poblado de los Dökk.

—De nada te va a servir rogarme. No volverás a la casa.

—Moa está en peligro —le espeté.

—A mí solo me importáis Astrid y tú, Lyss —me dijo molesto—. No hay nada más de lo que hablar, así que permanece callada.

«Mierda...», me dije a mí misma. Miré el brazalete que me había dado Moa. Tal vez las sacerdotisas pudieran ayudarme, pero ¿cómo demonios podía ponerme en contacto con ellas? Paseé mis dedos por todos los dibujos y hendiduras que se habían tallado en él, buscando la forma en la que activar algo que me llevara hasta ellas, o al revés.

Eiliv

Lyss no dejaba de hablar. Nos decía que volviéramos a la casa, que Moa, la elfo que había estado cuidando de ella, no podía estar sola, o acabaría muriendo a manos de los elfos oscuros. No hacía más que divagar, hablando de Sigrún. Apenas se le entendía, y espetaba cientos de cosas al mismo tiempo sin dejar ninguna clara. El veneno todavía le estaba haciendo efecto y, al final, conseguiría que nos dejemos la vida en un desesperado intento de traerla de nuevo a casa.

Apreté la mandíbula. Habría dado lo que hubiera estado en mi mano por encontrarme con ese maldito elfo que la había envenenado. Quería acabar con él, arrancarle ese podrido corazón que latía en su pecho y hacer que acabara comiéndoselo. Necesitaba borrar de Lyss la marca que él había dejado, el olor que emanaba por cada poro de su piel. Estaba completamente marcada por ese malnacido.

—¿Qué ronda por tu mente? —le preguntó la alegre Tyra.

—Nada... Solo pienso en lo que ha ocurrido.

—Ya... —murmuró sin creérselo—. A ti te pasa algo más. —Dio un salto, colocándose frente a mí para que no pudiera seguir caminando, y me cogió por los hombros a la vez que me observaba fijamente—. No me mientas.

—Quiero matarlo, que sufra como ha sufrido Lyss —gruñí entre dientes.

—¡Lo sabía!

—Pero no estaba en la casa, protegiendo a Lyss, como debería haber

hecho —murmuré—. Si hubiera estado..., lo habría matado con mis propias manos.

Tyra se apartó hacia un lado, satisfecha por lo que había conseguido. Pero lo cierto era que el no matarlo iba a provocar estragos en mí. Tenía tanta rabia contenida que cuando estuviera frente a mí por fin, no dudaría ni un solo instante.

—¿Dónde están Argus y las valkirias? —preguntó la joven pelirroja.

—Junto con algunos de los hombres de Orn, cubriendo nuestra huida.

Horas más tarde...

Lyss

—Es hora de que descanses —escuché que me decía a Astrid a la vez que entraba en la habitación.

Cogí aire. Ni siquiera su presencia era capaz de alegrarme. Mi corazón lloraba desesperado por volver, por salvar a Moa y por sacar de allí a Ottar, pero también por saber si era cierto que Sigrún seguía viva.

—Me alegra mucho saber que estás bien, pequeña —me dijo, acariciando mi cabello con delicadeza.

—Gracias, *amma*.

Se me hacía terriblemente extraño volver a aquella habitación. Habían pasado tantas cosas desde que me marché hasta aquel momento que incluso sentía que no era el lugar al que pertenecía. Habían pasado meses desde la última vez que entré en ella, desde que decidí que era mejor luchar por lo que mi corazón me pedía y no por lo que Gunnr decía.

—Astrid, hay algo que necesito sacar.

65

—¿Qué ocurre? —me preguntó preocupada.

—Sigrún está viva.

—¿Cómo dices?

Parecía confusa, pero no tanto como cabría esperar. Astrid tenía una gran sensibilidad, por lo que era capaz de notar ciertas cosas que para el resto pasaban desapercibidas.

—Desde que llegué, ha estado comunicándose conmigo, incluso durante mi estancia con los elfos. Me ha ayudado y guiado cuando me ha hecho falta —le expliqué—. Pensé que no era más que su espíritu, que seguía ligado a nuestro mundo, pero no...

—¿Está viva?

—Sí, y estoy segura de que alguien de los valkyr conoce el secreto —murmuré—. No puedo creer que una pareja tan amada como lo eran Helgi y Sigrún pudieran desaparecer de la noche a la mañana.

Asintió pensativa, intentando ordenar en su cabeza lo que le estaba diciendo. Eran muchas las cosas que estaban sucediendo a nuestro alrededor, y todas debían ser procesadas a su tiempo. Pero en aquel momento lo que menos teníamos era eso: tiempo.

—Tú misma me dijiste que sospechabas de alguien, de una traición provocada por un odio demasiado fuerte como para esconderlo —recordé algunas de sus palabras—. Pero... ¿quién podría haber hecho algo así?

—¿Jae? —me preguntó.

—No lo sé, pero necesitamos averiguarlo.

Me puse en pie, aunque durante unos segundos mis fuerzas fallaron, haciendo que casi cayera de bruces contra Astrid.

—Debes descansar.

—Algo me dice que esto no termina aquí, *amma* —le dije en voz baja—. Ottar no se rendirá. Vendrá a por mí en cuanto se dé cuenta de que no estoy en el caserío.

Bajamos al recibidor, donde les ordené a todos que entraran en la sala. Necesitaba reunirlos antes de que fuera demasiado tarde. Corrían de un lado a otro, nerviosos, casi tanto como yo.

—¡Rápido, todos dentro del gran salón! —exclamé.

—Algo va a pasar —escuché que me decía Engla a la vez que tiraba de mi

camiseta.

—Niels, llévate a Engla —le pedí al joven elfo—. Llévala con Daven y Stephen, encerraos en la cueva.

El pequeño asintió, confiando totalmente en lo que estaba diciéndole. Engla tenía razón, y lo cierto era que había tardado menos de lo que esperaba. Sabía que iba a venir a por mí, pero esto era muy poco tiempo como para planificar nada.

—Atendedme —les pedí. Todos hablaban, no dejaban de murmurar entre ellos, como si fueran niños, expectantes ante lo que pudiera decir—. ¡Callad! —alcé la voz a la vez que sentía cómo los rayos salían a bailar sobre mi piel.

Era hora de trazar un plan, luchar por una última vez y arriesgarlo todo con tal de conseguir lo que quería, pero solo podría hacerlo contando con su ayuda, si no, todo lo que acababa de pensar no serviría de nada.

Me adentré en el bosque, sola, con el corazón tan acelerado que pensaba que se me iba a escapar por la boca. No estaba segura de lo que estaba a punto de pasar, pero era lo único que podía hacer para sacar al elfo de la luz que Ottar llevaba en su interior.

—¿Creías que podrías escapar de mí, valkiria? —me preguntó—. Estoy en tu jodida cabeza, ¿es que no lo entiendes? —gruñó molesto—. Y ahora me cobraré tu traición.

—Te llamé, lo hice cientos de veces, pero tú no estuviste ahí para protegerme —le espeté en forma de reproche—, para impedir que los valkyr me llevaran consigo, y aquí estoy.

Saqué mi *geirr*. Esta vez no dejaría que volviera a morderme, ni siquiera dejaría que se acercara a mí. Sujeté con fuerza el arma, preparada para atacar en el preciso instante en el que él se acercara. No dejaba de negar una y otra vez, como si quisiera decir algo pero sin estar seguro de ello.

—Es ridículo —se mofó, y soltó una risotada.

—¿De qué hablas? —le pregunté nerviosa.

Estaba en guardia, preparada para lo que viniera, pero lo cierto era que me sentía tan vulnerable como la primera vez que lo vi. Era el ser más especial con el que me había topado. Era atrapante, embaucador como ninguno, seguro de sí mismo y casi espectacular en cada una de sus formas. Hasta que abría la boca.

—¿Creías que alguien podría hacerte sentir especial? —me preguntó, lleno de desdén—. No me lo puedo creer —Rio—. ¿Recuerdas a ese joven al

que conociste?... Adam, ese amor que tienes perdido en Hjelmeland... — Empezó a reír sin control—. ¿De verdad creías que dejaría que alguien te tocara, que permitiría que se acercaran a ti? —preguntó con sorna y rabia—. ¡Jamás!

Los cabos se ataron. Jamás habían estado juntos ni habían coincidido en un mismo espacio de tiempo, ni siquiera en la lejanía. Cuando Ottar estaba, Adam desaparecía, pero... ¿cómo había conseguido hacer algo así?

—Eras tú... —murmuré, recordando cada una de las miradas, cada una de las caricias.

A mi mente vinieron todos los momentos en los que estuve con Adam, cómo su tatuaje parecía brillar, cómo vi a Ottar rugiendo lleno de lujuria en el momento en el que Adam se había adentrado en mí. Nada de eso había sido producto de mi imaginación. Se dejó ver, haciéndome creer que había perdido el sentido.

—¿Cómo? —pregunté.

—Gozaste como jamás lo habías hecho, mi vikinga —dijo, acercándose a mí—. Nuestros cuerpos volvieron a unirse eones después para crear esa maldita maravilla.

Apreté las manos en puños. No me lo podía creer. Consiguió engañarme una vez más. Era un embaucador que no podía dejar de mentir, ni siquiera en un momento como aquel. Los rayos corrieron sobre mi piel, quemando incluso la hierba que había a mi alrededor.

—¿Cómo lo hiciste?! —alcé la voz.

—Magia, valkiria —espetó, completamente ido—. Porque tú eres mía y de nadie más. Ninguna mano te tocará, ninguna que no sea mía.

—Eso no ocurrirá; no siendo como eres —le dije en voz baja—, no siendo el elfo oscuro que crees ser. —Tragué saliva, sintiendo que la rabia cada vez crecía más, con cada palabra que salía de su boca, con cada una de sus miradas—. Me repugnas, Ottar.

—No, no lo hago. Me amas como jamás has amado a nadie, y es eso lo que más rabia te da. —Pasó una de sus manos por mi cabello, colocándolo detrás de mi oreja—. Estás enamorada de un elfo oscuro, Lyss —sonrió de medio lado, victorioso—, de un rey de reyes. —Sin pensarlo ni un solo minuto más, me lancé a por él con la *geirr* en la mano, preparada para atravesar su piel como debería haber hecho en el momento en el que me lo permitió—. Y tú serás mi reina.

Ottar

Dejó ir una sonora carcajada, sin apartar esos ojos esmeraldas de los míos. Sonreí al ver que mi vikinga salía a relucir, cómo no dejaba de atacar a pesar de las estocadas que le arremetía.

—Tú no eres ningún rey ni lo serás jamás. —Podía ver el rencor en cada una de sus palabras, cómo era el dolor quien hablaba—. No eres más que el bastardo de Grimm —añadió llena de rabia—. No eres un elfo oscuro puro.

—¿Qué demonios dices?

Su *geirr* se desplegó en el preciso instante en el que nuestros cuerpos se unieron, atravesándome por el costado, provocando que un fuerte alarido se escapara de mi ser sin que pudiera hacer nada por remediarlo.

—Moa, esa que crees que no es más que una esclava, alguien que no sirve para nada salvo para cuidarte...

Caí al suelo, sin fuerza, la sangre no dejaba de brotar a tal velocidad que ni siquiera era capaz de volver a ponerme en pie.

—¿Qué dices? —musité.

—Moa es tu madre.

Continuará...

Valkirias y einherjar

Guerreros de Freyja y Odín que bajan a Midgard a ayudar a los valkyr en su lucha contra los elfos oscuros.

Lyss
Gunnr
Cohl
Thorn
Tyra
Mist
Thrud
Argus

Lett Valkyr

Viven en Suldal, en Rogaland, Noruega.

Son aquellos valkyr que creyeron en la inocencia de Sigrún tras su desaparición y la muerte de Helgi.

Jae Mcross: Líder de los Lett valklyr
Elin
Eiliv
Engla
Stephen
Tyra

Dökk Valkyr

Viven en Vikedal, en Rogaland, Noruega.

Son aquellos valkyr que creyeron que había sido Sigrún quien había matado a Helgi y luego se había dado a la fuga.

Orn: líder de los dökk valkyr
Ulric
Nysse
Karin
Dyre
Niels
Daven

Karena

Asgard

Valkirias, dioses, y ascendidos que pertenecen a Asgard, aunque en ciertos momentos pueden descender al Midgard.

Odín: dios principal de la mitología nórdica, padre de todos y dios de dioses.

Freyja: diosa del amor, fertilidad, guerra y muerte.

Thor: dios del trueno.

Swann

Ingrid

Sigrid

Sigrún

Astrid

Humanos

Liv

Ash

Nura

Adam

Círdan

Elfos oscuros

Seres malignos enfrentados a los dioses que desean el fin de los tiempos y tomar el control de los nueve reinos gracias a la legión que los forman y a su venerado dios Loki.

Grimm: líder de los elfos oscuros.

Ottar

Skule

Norak

Ottar

Aila

Elfos de la luz

Antagonistas de los elfos oscuros. Originarios del reino Alfheim, también

conocidos como *ljósálfar*. Seres bondadosos creados para ayudar a los dioses, enviados a Asgard para proteger a los humanos junto a los valkyr. Durante un fuerte ataque los elfos de la luz acabaron con la gran mayoría de ellos.

Moa